AGATÍAS

HISTORIAS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 372

AGATÍAS

HISTORIAS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

BEGOÑA ORTEGA VILLARO



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por PATRICIA VARONA CODESO.

López de Hoyos, 141, 28002 Madrid.
www.rbalibros.com

Depósito legal: M. 45.637-2008.

ISBN 978-84-249-0324-4.

Impreso en España. Printed in Spain.
Impreso en Top Printer Plus.

INTRODUCCIÓN

1. VIDA DE AGATÍAS

Nuestro conocimiento de la vida de Agatías procede de referencias no muy amplias en diversas fuentes y de algunos comentarios que aparecen en su propia obra, no siempre todo lo detallados y claros que quisiéramos.

De acuerdo con ellos, se puede afirmar con cierta seguridad que nació alrededor del 532, ya que en *Historias* II 15, 7 y 16 nos dice que estaba en Alejandría cuando tuvo lugar el gran terremoto que asoló Berito en el 551 y que visitó Cos en su viaje de vuelta de Alejandría a Constantinopla, poco después del maremoto que afectó a la isla en aquel entonces (II 17). En general, la educación superior comenzaba a partir de los dieciséis años y la duración del curso de retórica posterior podía ser de uno a seis años[1]; un escritor de la habilidad de Agatías es muy probable que cursara al menos tres, de modo que tendría unos diecinueve o veinte años cuando volvía de Alejandría en el 551, lo que queda además apoyado por el hecho de que los estudios

[1] Sobre las escuelas de retórica en la Antigüedad, véase H. I. Marrou, *Historia de la Educación en la Antigüedad*, Buenos Aires, 1965, págs. 347-355. El propio Agatías nos habla de un estudiante de leyes con diecisiete *(Antología Palatina* VII 589, sobre Eustorgio).

de leyes comenzaban hacia los veinte años[2]: por ello se da el 532 como fecha muy probable de nacimiento.

Agatías nos proporciona en su obra otros datos sobre su origen: «Me llamo Agatías, Mirina es mi patria, Memnonio mi padre, mi trabajo el Derecho romano y los procesos en los tribunales. La Mirina a la que me refiero no es la ciudad de Tracia ... sino la de Asia» (Proem. 14).

Sobre su familia, algunos epigramas de la *Antología Palatina* nos hablan de sus padres, el rétor Memnonio y su esposa Periclea, que murió en Constantinopla cuando Agatías tenía tres años[3].

Por el epigrama y por el hecho de que Agatías, en el fragmento de sus *Historias* citado antes, dijera que vio Berito en su viaje de vuelta a Constantinopla, se deduce que la familia vivía en esta ciudad desde muy pronto; sabemos además que estudió su carrera allí por *AP* I 35, una dedicación[4] de Agatías y tres compañeros al acabar sus cuatro años de estudios de leyes[5].

---

[2] Para toda esta cuestión, McCail, «The Earthquake of A. D. 551...».

[3] *AP* VII 551. Es posible que sea un tópico, no infrecuente en este tipo de epigramas; véase Cameron, *Agathias*, pág. 4.

[4] Según el lematista, la imagen ofrecida se encontraba en la iglesia de San Miguel en Sostenio, un suburbio de Constantinopla; véase el comentario de este epigrama en McCail, «On the early career...», págs. 141-142, con abundantes referencias. Se han postulado otras hipótesis sobre la ciudad en la que estudió, entre ellas la propia Berito, que era el centro de estudios jurídicos más importante hasta el terremoto, pero actualmente han quedado descartadas; véase Cameron, *Agathias*, pág. 2, nota 1.

[5] Tras esos años se estaba en disposición de obtener la calificación de *lútēs* que permitía pasar a un quinto año de perfeccionamiento, *cf.* Justiniano, *Digest. Const. omnem* 5. Esta organización de los estudios está bien documentada, en especial por la *Vida de Severo de Antioquía* de Zacarías Escolástico. Sobre las escuelas de estudios superiores en la Antigüedad tardía, véase A. Cameron, «The end of the ancient Universities», *Cahiers d'Histoire Mondiale* 10.3 (1967), 653-673.

Aunque, como veremos, desarrolló su actividad profesional en la capital, Agatías y su familia debieron seguir teniendo contacto con su ciudad natal, Mirina, cerca de Pérgamo. Se nos ha conservado un epigrama votivo de un desconocido Miguel Gramático, que acompañaba a una estatua de nuestro autor (*AP* XVI 316). La ciudad de Mirina se la dedica a «Agatías, el rétor y poeta» y también «a su padre Memnonio y su hermano, como símbolos de una familia nobilísima». La causa la encontramos en un grupo de epigramas de Agatías, *AP* IX 642-644 y 662; en este último se llama a sí mismo «el padre de la ciudad», expresión que se refiere al edil encargado de las obras públicas[6]. Era un cargo muy importante y por ello muy conmemorado en las inscripciones. Para algunos autores, resulta extraño que Agatías ejerciese en una ciudad distinta de la suya, en la que ni siquiera vivía. Tampoco tenemos ninguna referencia suya a Esmirna, y sí en cambio, palabras de agradecimiento para con su ciudad natal: «Ojalá pudiera recompensarla con todo lo posible por haberme criado y escribir una exhaustiva relación de sus ilustres hechos» (Proem. 15). Para explicar estas contradicciones, la mayoría de los editores modernos admiten la corrección que en su momento hizo Brunck, de «Esmirna» por «Mirina»[7].

[6] Con algunas responsabilidades añadidas como las de cuidar de los depósitos de armas. A lo largo del siglo VI fue progresivamente asumiendo las atribuciones del *curator civitatis*, en principio el administrador financiero de la ciudad; véase D. FEISSEL, «L'empereur et l'administration impériale», en C. MORRISSON (dir.), *Le monde byzantine*, pág. 105, y J. GASCOU, «L'Égypte», *ibid.*, págs. 417-421.

[7] BRUNCK, en su edición de la *Anthologia Graeca* de 1776. Lo siguen G. VIANSINO, *Agazia Scolastico: Epigrammi*, Milán 1967, *ad loc.*, J. IRIGOIN, P. LAURENS, en *Anthologie grecque*, VIII (*AP* IX 359-827), París, 1974, *ad. loc.* Otros, como A. MATTSON, *Untersuchungen zur Epigrammsammlung des Agathias*, Lund, 1942, págs. 87-88, y especialmente CAMERON, *Agathias*, págs. 2-3, admiten la posibilidad de que sea Esmirna. Éste no es el único problema de estos epigramas, ya que el estilo no es muy acorde con el presentado

Por su parte, McCail[8] supone que podría ser el primer cargo que tuvo Agatías al principio de su carrera, antes de ejercer de abogado en Constantinopla.

De su familia poco más sabemos que lo ofrecido por estas fuentes. Su padre, Memnonio, rétor en Asia, probablemente un abogado provincial en la misma Mirina[9], procuró la misma profesión o, al menos, los mismos conocimientos a sus hijos: no sólo a Agatías, también a su hija Eugenia, a la que califica de «experta en la muy gloriosa ciencia jurídica» en un epitafio que el poeta le dedica[10].

Aunque Memnonio tendría un nivel económico suficientemente elevado como para dar esta educación a sus hijos, Agatías tuvo que dedicarse con afán a su profesión de abogado, que, de acuerdo con lo dicho por él mismo y por otras fuentes, ejerció en Constantinopla: Juan de Epifanía lo llama «uno de los más importantes rétores de Bizancio»[11] y él mismo nos dice que trabaja en el Pórtico Imperial, de la mañana a la noche[12]. De la referencia de la *Suda* procede el sobrenombre «escolástico»,

---

por Agatías en el resto de sus composiciones, por ello hay dudas incluso de la autoría, véase CAMERON, *loc. cit.*

[8] «The early career...», págs. 147-151.

[9] Véase CAMERON, *Agathias*, pág. 3. Quizá sea también a quien el gramático Martirio califica de *iudex facundiae*, véase R. A. KASTER, *Guardians of Language: The Grammarian and Society in Late Antiquity*, Berkeley, 1997, págs. 310-311.

[10] *AP* VII 593. En *AP* VII 596 nos habla, además, de la vida desgraciada que padeció Eugenia a causa de sus problemas conyugales.

[11] Frag. 1 (pág. 375 Dindorf). En el caso de Agatías el uso de este término parece claramente referirse a su actividad como abogado, aunque *rhḗtōr* podía aplicarse también a oradores o sofistas en esta época e incluso a historiadores, como es el caso, por ejemplo, de Procopio de Cesarea —quizá por el recitado de sus obras, según G. FATOUROS, «Zur Prokop-Biographie», *Klio* 62 (1980), 517-523.

[12] III 1, 1. Es el centro de la actividad jurídica de Constantinopla, véase M. M. MANGO, «Building and architecture», en CAMERON, *CAH* XIV, págs. 933-934.

abogado en esa época: «Agatías: escolástico, de Mirina, escribió la historia a partir de Procopio de Cesarea, las acciones de Belisario y lo sucedido en Italia y en Libia, y también lo de Narsés en Italia, en Lázica y en Bizancio. Compuso asimismo otros libros en verso y en prosa, el llamado *Dafníacas* y el *Ciclo* de nuevos epigramas, que él mismo recogió de los poetas del momento. Fue contemporáneo de Paulo Silenciario, Macedonio Cónsul y Triboniano, en tiempos de Justiniano».

La referencia a sus contemporáneos tiene un valor no sólo cronológico. Carecemos de pruebas que lo sitúen —a diferencia de otros historiadores, como Procopio o Juan Lido, que escribieron a instancias de los emperadores— en los círculos de poder. En el Proemio nos explica que se dedicó a la escritura de la Historia gracias a la insistencia de sus amigos[13]. Y aunque, según Cameron[14], el Proemio parece pensado para ofrecérselo y agradar a Justino, no tenemos ninguna prueba de que esto pasara. Sin embargo, el hecho de que contara con la colaboración de los grandes hombres de letras del momento en la composición de su *Ciclo* de epigramas y distintas referencias en sus obras nos permiten pensar que se relacionó con los hombres influyentes de la época. Uno de ellos fue Pablo Silenciario, «el hijo de Ciro, el de Floro», del que habla con admiración en *Historias* V 9, 7-9. Es autor de la *Descripción de Santa Sofía* y de unos 79 epigramas[15]. La opinión más extendida es que Pablo era unos treinta años mayor que Agatías e incluso se supuso

---

[13] Proem. 11. G. GEATREX, «Lawyers and Historians in Late Antiquity», en R. W. MATHISEN (ed.), *Law, Society and Authority in Late Antiquity*, Oxford, 2001, págs. 148-161, señala que la causa de la abundancia de abogados-historiadores de la tardoantigüedad es la posibilidad de progreso social y profesional que facilitaba la composición de una obra histórica, generalmente crítica con el poder anterior, pero complaciente con el contemporáneo.

[14] CAMERON, *Agathias*, págs. 5-6.

[15] Editados, respectivamente, por G. VIANSINO, *Paolo Silenziario: Epi-*

que era su suegro, según una libre interpretación de los epigramas *AP* IX 770 y V 292-293[16].

También estaba bien situado Eutiquiano, de la familia de Floro (¿el mismo Floro padre de Pablo?), con un cargo destacado en la secretaría imperial, al que Agatías parece considerar su amigo más cercano y el responsable en última instancia de su dedicación a la Historia[17]. Otro amigo asimismo bien situado es Damócaris, al que el lema de *AP* VII 588 llama «Damócaris el gramático, amigo y discípulo de Agatías» y que quizá sea el mismo que aparece como procónsul en Asia en una inscripción de Éfeso[18]. Debió de conocer también a otros personajes importantes que participaron en el *Ciclo*: Macedonio Cónsul, nacido en el 490 d. C., que ejerció varios cargos públicos en Constantinopla, entre ellos el de cónsul honorario[19]; Juliano de Egipto, probablemente prefecto del pretorio

grammi, Turín, 1963, y M. C. FAYANT, P. CHUVIN, *Paul le Silentiaire, Description de Sainte-Sophie de Constantinople*, París, 1997.

[16] En contra A.-AV. CAMERON, «The Cycle of Agathias», *Journal of Hellenic Studies* 86 (1966), 6-25, para quienes es probable que tanto Floro como Ciro sean dos cónsules atestiguados por otras fuentes; ello sostendría el noble linaje y la fortuna de la que nos habla Agatías y que harían a Pablo contemporáneo de Agatías, lo que encaja mejor con la íntima amistad entre ambos poetas, indiscutible por los epigramas que se cruzan entre ambos (*AP* V 292-293). Véase, para otra hipótesis, MCCAIL, «The early career...», págs. 143-147.

[17] Inexplicablemente olvidado por CAMERON, *Agathias*, que admite sin embargo en págs. 6-7, nota 1, que el «misteriously anonymous notary» pueda tener que ver con la familia de Pablo, y señala la opinión de A. VENIERO, *Paolo Silenziario*, Catania, 1916, pág. 16, de que es el mismo Pablo.

[18] Según CAMERON, «The Cycle...», pág. 11. Lo encuentra muy poco probable R. A. KASTER, *Guardians of Language: The Grammarian and Society in Late Antiquity*, Berkeley, 1997, págs. 264-266, que ofrece una amplia discusión de todos los testimonios.

[19] Véase J. A. MADDEN, *Macedonius Consul. The Epigrams*, Hildesheim, 1995. Y en CAMERON, «The Cycle...», pág. 17, donde establece una posible relación entre Agatías, Macedonio y Pablo.

en el 530-531[20], y Juliano Antecesor, jurisconsulto y autor de obras y traducciones legales, quizá profesor de Derecho de Agatías[21]. Parece también conocer bastante a la familia de Antemio de Tralles, el arquitecto de Santa Sofía, y del que habla con entusiasmo en *Historias* V 6. Por último, hay que señalar al decurión Teodoro, a quien dedica el *Ciclo*[22].

No obstante, no parece que todas estas relaciones fueran más allá de amistades personales o comunidad de intereses literarios, lo que finalmente se tradujo en la realización del *Ciclo*: no hay prueba de patronazgo alguno y todos sus comentarios apuntan en la dirección de que tuvo que trabajar duro para ganarse la vida. Así lo apoya también la abundancia de hombres de leyes —colegas de Agatías— en la lista de los participantes del *Ciclo*[23].

La muerte de Agatías se fecha únicamente por razones internas a las *Historias*: en el Proemio nos dice que empezó la obra después de la ascensión de Justino II al poder y con mucha probabilidad después de publicar el *Ciclo*; su intención era continuar la obra de Procopio hasta sus propios días (Proem. 22), pero la última referencia datable en la obra es la muerte de Cosroes en el 579 (IV 29, 10). Como al hablar de Mauricio, en tiempos del emperador Tiberio I Constantino (IV 29, 8) no hace

[20] Véase A. LUCIANI, «La produzione epigrammatica di Guliano d'Egitto», *Ann. Facoltà di Lettere della Università di Macerata* 29 (1996), 23-41.

[21] Véase CAMERON, *Agathias*, págs. 7-8.

[22] Quizá se trate del silenciario del que habla PROCOPIO, *Edificios* IV 8.24, y el *decurio palatii* que sirvió a Justiniano como mensajero ante el papa Virgilio en la controversia de los Tres Capítulos, y posteriormente *dux augustalis* de Egipto en 577; véase CAMERON, *Agathias*, pág. 8.

[23] El retrato que TREADGOLD, «Agathias...», presenta de nuestro autor como un «bon vivant» que escribe las *Historias* para conseguir el favor de los poderosos es probablemente excesivo, consecuencia de una interpretación demasiado literal de algunos de los epigramas y de su falta de entusiasmo en los aspectos históricos de su obra.

mención alguna de que llegara a ser emperador, parece plausible que no hubiera ascendido aún al trono (582), lo que coloca el fin de la redacción entre los años 579 y 582, momento en el que la obra se interrumpe abruptamente: parece lógico pensar que fuera por la muerte de su autor[24].

2. SU OBRA LITERARIA

2.1. Dafníacas

De su obra de juventud, las *Dafníacas*, no tenemos más datos que los proporcionados por él mismo en las *Historias*: «unos cortos poemas en hexámetros a los que di el nombre de *Dafníacas*, engalanados con historias de amor y repletos de adornos igual de encantadores» (Proem. 7), aunque conservamos el epigrama de dedicación de la obra a Afrodita, *AP* VI 80[25]: éste presenta un tono ligero que, aunque no es muy acorde con el resto de los epigramas de Agatías, sería coherente con el carácter de la obra que trataba con detalle los amores del pastor Dafnis, siguiendo el ejemplo de Nono de Panópolis y su obra *Dionisíacas (cf. Historias* IV 23)[26]. La publicación de las *Daf-*

[24] Véase Cameron, *Agathias*, págs. 9-10 y 143-144.

[25] L. Sternbach, *Anthologiae Planudeae Appendix Barberino-Vaticana*, Leipzig, 1890, pág. 79, quiso ver en *AP* V 77 y 305, escritos en hexámetros y atribuidos a Agatías en una de las colecciones menores de epigramas, la llamada *Appendix Barberino-Vaticana*, fragmentos de las *Dafníacas*, pero en realidad son composiciones del siglo IV.

[26] Donde se narra la expedición del dios Dioniso a la India. Nono es el gran modelo poético del momento y, en general, todos los poetas lo imitan de cerca en métrica, fraseología, imágenes, etc., en cualquier tipo de composición, desde el epigrama hasta largos poemas dedicatorios como la *Descripción de Santa Sofía*

níacas hay que situarla en tiempos de Justiniano, ya que en todo momento habla de ella como obra de juventud y la presenta en el Proemio de *Historias* en primer lugar; sin embargo, añade (Proem. 8): «Antes pensé que sería una empresa digna de consideración ... si los últimos y más recientes epigramas, los reunía en una colección lo más completa posible...»; puede entonces que la idea de la colección de epigramas le rondase desde antes de la composición de las *Dafníacas*, pero le llevara mucho más tiempo y la publicación fuera posterior o, por el contrario, que las *Dafníacas* tuviesen que esperar a ser publicadas tras el éxito obtenido por el *Ciclo*[27].

2.2. *El* Ciclo *de epigramas*

La obra poética más importante de Agatías es su colección de epigramas, a la que la *Suda* da el nombre de *Kýklos*[28]. Esta obra no ha llegado a nosotros directamente, sino incluida y mezclada con otras similares en lo que ahora conocemos como la *Antología Palatina* o *Antología Griega*, una colección del siglo x, basada a su vez en la realizada por Constantino Cefalas un tiempo antes[29]. Con esta colección Agatías continuaba con una tradición muy antigua, coherente con el propio carácter del epigrama como género[30], de reunir en una colección epigramas

---

de Pablo Silenciario. Véase, entre otros, I. G. Galli Calderini, «L'epigramma greco tardoantico. Tradizione e innovazione», *Vichiana* 16 (1987), 103-134.

[27] Véase la discusión sobre este asunto en Cameron, *Agathias*, pág. 5, nota 9, y Baldwin, «Four problems...», págs. 301-304.

[28] Llamado también *syllogḗ* en el lema a *AP* IV 3 —el poema introductorio al *Ciclo*— y *synagōgḗ* en un escolio al mismo.

[29] Para la formación y composición actual de la *Antología Griega*, véase A. Cameron, *The Greek Anthology: from Meleager to Planudes*, Oxford, 1993.

[30] Las características del epigrama como son, fundamentalmente, su bre-

de distintos autores y temas. Los modelos más importantes, aunque no los únicos, son las *Guirnaldas* de Meleagro del siglo I a. C., que recoge lo más significativo del epigrama helenístico, y la de Filipo, del siglo I d.C., que nos proporciona una muy nutrida representación del epigrama de época imperial. Posteriormente, hay que esperar a los siglos IV y V d. C. para ser testigos de un renacimiento del género, de manos de dos autores opuestos pero significativos de la dicotomía espiritual e intelectual del momento, Páladas y Gregorio de Nazianzo[31]. Su obra gozó de un gran éxito y ayudó a extender la moda del epigrama inscripcional, sobre todo cristiano, en los dos siglos siguientes: autores como Ciro, quizá el padre de Pablo Silenciario, Juan de Gaza, Mariano y Cristodoro de Copto, con su descripción de las estatuas de Zeuxipo (491-518), anticipan la gran floración que aparece en el siglo VI, caracterizada sin embargo por una vuelta al epigrama literario pagano, como no podía ser menos en el ambiente erudito y culto de la época de Justiniano y Justino II. El propio Agatías *(AP* IV 3, 39-41) nos dice que quien quiera leer epigramas distintos a los que figuran en su antología, puede ir al mercado a comprarlos, lo que es prueba del auge del que gozaba el género en su momento.

Sobre la fecha del *Ciclo* no hay un acuerdo unánime: por un lado, la mayoría de los editores de la *Antología Palatina*[32] esta-

---

vedad, su dependencia del contexto y su carácter imitativo hacen de él objeto ideal de antologías y colecciones variadas, que incluyen diversos autores, temas, lugares de origen, etc. Véase K. GUTZWILLER, *Poetics Garlands. Hellenistic Epigrams in Context*, California, 1998.

[31] Véase B. ORTEGA VILLARO, «El epigrama griego tardoantiguo, entre la literatura y la historia», en D. ESTEFANÍA, M. DOMÍNGUEZ, M.ª T. AMADO (eds.), *Cuadernos de Literatura Griega y Latina IV. El final del Mundo antiguo como preludio de la Europa Moderna*, Santiago, 2003, págs. 175-214.

[32] A.-AV. CAMERON, «The Cycle...», pág. 6, para las referencias a autores anteriores.

blecen una fecha temprana, en tiempos aún de Justiniano, que ha sido rebatida por Averil y Alan Cameron, «The Cycle...», quienes tras un análisis detallado de las referencias internas de los poemas contenidos en el *Ciclo* y de determinados rasgos lingüísticos y conceptuales del Proemio (*AP* IV 3), establecen que su publicación ha de fecharse en los años 567 o 568, en tiempos de Justino II, al que, en su opinión, está dedicado dicho Proemio. Posteriormente se ha demostrado que su datación no es la única posible y que cabe muy bien seguir manteniendo la fecha temprana[33]. Quizá lo único que pueda considerarse claro es lo establecido por McCail: independientemente de la fecha del *Ciclo*, la mayoría de los epigramas recogidos en él, y en especial los del propio Agatías, reflejan hechos y actitudes de época justinianea.

Como antologista, Agatías imita el modo de sus predecesores: agrupar en una única colección epigramas de distintos autores y temas. Pero con una importante novedad: mientras Meleagro o Filipo realizan una selección que va desde siglos antes hasta su propio momento, Agatías nos ofrece sólo composiciones contemporáneas e incluso, con toda probabilidad, encargadas específicamente para esta obra (Proem. 8)[34]. Por otro lado, frente a las antologías precedentes, que presentaban una ordenación alfabética o mixta, ésta es temática, en siete capítulos: votivos, descriptivos, funerarios, anecdóticos, satíricos, amorosos y báquicos. Las series de Agatías se presentan en la *Antología Palatina*, que siguió la misma clasificación, mucho menos desordenadas que las de las dos *Guirnaldas* y sus autores son fácilmente reconocibles o por estar junto a los grandes

---

[33] R.C. McCail, «The *Cycle* of Agathias: New Identifications Scrutinised», *Journal of Hellenic Studies* 89 (1969), 87-96, y B. Baldwin, «The Date of the *Cycle* of Agathias», *Byzantinische Zeitschrift* 73 (1980), 334-340.

[34] Lo mismo dice en el Proemio al *Ciclo*, *AP* IV 3, 115, y también la *Suda*.

nombres como Silenciario, Juliano, Macedonio, o por sus títulos bizantinos, como Escolástico o Referendario[35].

Como poeta, Agatías presenta una epigramática heredera de la tradición helenística en sus temas (principalmente amorosos, votivos, funerarios); aunque hay algún epigrama cristiano, la mayoría son paganizantes y marcados por una fuerte retoricidad, así como por una muy notable influencia de Nono. Lo más novedoso en Agatías es, por un lado, cierto tono moralizante y didáctico que estaba ausente en sus modelos y una preferencia por epigramas muy largos que desarrollan pequeñas escenas muy similares a mimos y en los que demuestra una gran capacidad expresiva para retratar a la perfección, de manera muy vívida y muy colorista, la gente y la vida que le rodeaban[36]. Con las lógicas diferencias, ambas características, como veremos, marcan también su obra histórica.

2.3. *Otras obras de Agatías*

El autor nos dice en Proemio 8 que compuso otras muchas obras «como diversión y embeleso» y la *Suda*, como hemos visto antes, también nos habla de «distintas obras en verso y prosa». Sin embargo, no tenemos ninguna noticia sobre qué obras pudieron ser éstas y las distintas propuestas no pasan de ser meras hi-

---

[35] Por ello y aunque el catálogo completo no está aún absolutamente claro, hay acuerdo en los poetas que participaron en el *Ciclo*. Véase CAMERON, «The Cycle...», con las precisiones posteriores de estos autores en «Further Thoughts on the Cycle of Agathias», *Journal of Hellenic Studies* 87 (1967), 131, y MCCAIL, «The Cycle of Agathias...».

[36] Para un análisis de su poesía, véase, entre otros, VIANSINO, *Agazia...*, CAMERON, *Agathias*, págs. 12-29, R.C. MCCAIL, «The Erotic and Ascetic Poetry of Agathias Scholasticus», *Byzantion* 41 (1971), 205-267, y GALLI CALDERINI, «L'epigramma greco...».

pótesis: Reitzenstein[37] supuso que era autor de unos escolios a Calímaco únicamente por el hecho de imitar a este poeta en sus epigramas; y McCail[38] apunta que pudiera tratarse de esas obras en honor de su nativa Mirina de las que habla en el Proemio.

3. LAS «HISTORIAS»

3.1. *Contenido y fecha de la obra*

Agatías narra los acontecimientos que tuvieron lugar en las campañas militares de Italia y Lázica entre los años 552-559, durante el reinado de Justiniano. Sobre la fecha de escritura, nos dice en el Proemio que comienza la redacción poco después de la ascensión de Justino II y después de la publicación del *Ciclo*, es decir, después del 568, y que continuó con Tiberio. Según el «Segundo Proemio» del libro III, 1[39], pasó un tiempo entre la redacción de los dos primeros y la de los tres últimos; para McCail[40], las citas a epigramas de los libros I y II prueban que éstos fueron muy próximos al *Ciclo*, mientras que los últimos estaban ya muy lejos de las aficiones poéticas del autor. Aunque su intención era llegar a los acontecimientos de su propia época (Proem. 22) es muy probable, como ya hemos visto, que la muerte le impidiera completarla, lo que ocurrió seguramente entre los años 579 y 582.

Agatías quiere continuar la obra de Procopio allí donde él la dejó. Como Procopio, hace una obra historiográfica a la manera clásica y, organizada en estaciones a la manera tucidídea, se

[37] En «Zu den Pausanias-Scholien», *Hermes* 29 (1894), pág 231.

[38] «Four problems...», pág. 303.

[39] Así lo llama KEYDELL, págs. VII y IX.

[40] MCCAIL, «Poetic Reminiscence...», págs. 533-535.

centra en la política exterior de Justiniano y es claramente secular; en ella encontramos discursos, abundantes digresiones y comentarios de tipo general del autor, que entorpecen mucho el desarrollo de los sucesos.

Su condición de continuador ha determinado en muchos sentidos el estudio de su obra, vista en relación con la de Procopio. Sin embargo, presenta unas características propias y únicas aún no suficientemente analizadas. Agatías afronta su trabajo como historiador desde un doble ángulo que distorsiona de algún modo los hechos narrados: por un lado, escribir Historia tiene como fin no el desnudo conocimiento de los hechos sino proporcionar una enseñanza moral; por otro, la Historia es una rama más de la literatura, y desde la perspectiva de la literatura clásica la escribe. Ambas ideas están expuestas en el Proemio y vuelve a ellas en el «Segundo Proemio» del libro III[41]. A ello se suma su concepción religiosa que, como la de muchos autores contemporáneos, plantea ciertos interrogantes.

La obra está salpicada de opiniones personales que en algunos casos son contradictorias. Enumerar y explicar estas contradicciones constituye la parte central de la crítica sobre las *Historias*, que oscila entre considerar a Agatías un autor torpe y confuso de ideas, con una calidad ínfima como historiador[42], y tenerlo por un autor con una preparación y una habilidad intelectual muy notables[43]. Pasaremos ahora a analizar estas opi-

---

[41] La más completa comparación, en H. Lieberich, *Studien zu den Proömien in der griechischen und byzantinischen Geschichtsschreibung*, I-II, Múnich, 1976, págs. 8-12.

[42] Desde E. Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Nueva York, 1901 (ed. J. B. Bury), IV, 420, nota 78, también M. Ites, «Zur Bewertung...».

[43] Especialmente Kaldellis, «The historical and religious...». Una postura intermedia es la defendida por Cameron, *Agathias*, y Brodka, *Die Geschichtsphilosophie...*

niones en el contexto en el que aparecen y en relación con los principios sobre los que quiso sustentar su trabajo.

3.2. *Finalidad de la obra*

Para Agatías, la Historia tiene valor en la medida que es útil, y lo expresa con claridad en el Proemio: útil tanto para sus protagonistas, pues realizan sus hazañas en la esperanza de verlas inmortalizadas (Proem. 3), como para los demás, pues al ofrecer «ejemplos en los que los hombres han conseguido buena reputación por haber hecho uso de la prudencia y de la justicia y en los que no dieron con lo conveniente al estar dirigidos por un mal criterio o una mala fortuna, así infunde las virtudes, con calma y disimulo, en las almas de los hombres» (Proem. 5). No tiene sentido para él, pues, dejar la Historia reducida a una simple enumeración de hechos, ya que en ese caso no sería más «que cuentos de mujeres a la vera del telar» (I 7, 7). Esta idea aparece formulada en términos muy similares en Diodoro (*Biblioteca Histórica* I, 1). Pero no es un mero préstamo retórico, ya que nuestro autor se mantiene fiel a esta idea durante toda la obra, acompañando la narración de la mayoría de los acontecimientos con algún comentario de carácter moral. Sólo en una ocasión, tras el relato de la peste que asoló Constantinopla, defiende exactamente lo contrario: «Pues cumplo las normas de una obra histórica sólo si hago una relación, y mejor si breve, de los acontecimientos sucedidos» (V 10, 7).

Pues bien, la determinación de este objetivo lastra, en opinión de Cameron[44], toda su visión histórica: primero parece imponerse el criterio de utilidad moral sobre el de verdad, después determina la selección de los acontecimientos más importantes,

---

[44] CAMERON, *Agathias*, pág. 33.

que lo son no por sus consecuencias, sino sólo por la lección moral que de ellos se puede obtener y por último hace innecesarias las causas, que para la mayoría de los historiadores son imprescindibles.

Kaldellis[45] ha matizado esta idea: hay, en efecto, cierto conflicto entre utilidad y verdad, aunque, en general, están conjugadas con originalidad a lo largo de la obra. Agatías es consciente de que no siempre la verdad y la exhortación moral son compatibles y en ocasiones es necesaria, o beneficiosa, una falsa creencia si sus efectos morales son positivos; así lo afirma con ocasión de la muerte desgraciada del malvado Anatolio en el terremoto de Constantinopla (V 4, 5)[46]. No se trata tanto de falsear acontecimientos o de inventarlos como de presentarlos para que puedan ser interpretados desde el punto de vista moral, a menudo como manifestaciones de la justicia divina.

3.3. *La causalidad histórica*

La idea que parece predominante en la obra es que las derrotas y las desgracias que afectan al hombre son consecuencia de su maldad; así, la derrota del ejército de francos y alamanes está explicada como consecuencia bien del pecado cometido por estos últimos, que habían saqueado sin piedad ni respeto las iglesias que se encontraron en su camino, bien de la invasión de Italia por parte de los francos (I 1, 9-11). Del mismo modo, el castigo que cayó sobre Leotaris (II 3, 5-6) y Butilino (II 6, 8). Justino recibirá el castigo de la justicia divina por extorsionar a los colcos (IV 22, 7). El asesinato de Gubaces causa de manera

45 «The historical and religious...», págs. 210-223.

46 Un ejemplo concreto es el episodio de la falsa carta que lee Martino a sus hombres en III 23, 5-13.

indirecta la derrota romana de Onoguris (III 3,8-6,8). Por otra parte, ante el terremoto del 551 nos dice: «Nos bastaría con saber sólo esto: que todo está diseñado por una mente divina y una voluntad superior» (II 15, 13). De la misma manera, la recompensa también viene de Dios: Teodoro y los lazos se salvan por intervención divina (III 22, 5).

Todos estos ejemplos parecen apuntar a que la creencia de Agatías es que Dios, sumo moderador del Universo, por cuya voluntad inescrutable se causan los fenómenos naturales, es el regulador de la vida humana a través de una justicia superior: él castiga a los malvados y ayuda y protege a los justos, como a los bárbaros y a los romanos, respectivamente[47], una idea que aproximaría las *Historias* a la historiografía cristiana[48].

Sin embargo, hay ideas que parecen contradecir este principio. Ante el terremoto del 557, en el que murieron muchos inocentes junto al malvado Anatolio, lo reduce todo a una cuestión meramente física (V 3, 9). El castigo no siempre se cumple, como en el caso de Martino por el asesinato de Gubaces (IV 21, 3). Y lo más importante: la causa de los males del mundo que afectan a los hombres también puede ser el error y la necedad, como en el caso de la derrota de Nacoragan en Fasis (III 19, 6). Para Cameron[49] esto demuestra la «falta de cuidado» de Agatías en sus exposiciones y en sus razonamientos. Para Brodka[50], en cambio, Agatías cree en dos factores que determinan los acontecimientos: un factor moral o religioso, sobre el que insiste continuamente porque ayuda a la función educadora de la Historia y,

---

[47] Así lo cree CONSTANZA, «Orientamenti...», pág. 103.

[48] Así concluye MEIER, «Prokop, Agathias...», tras analizar la postura de Procopio y de Agatías frente a la peste.

[49] CAMERON, *Agathias*, pág. 55.

[50] «Die geschichtsmächtigen Faktoren...», pág. 171. Las ideas de este artículo están desarrolladas posteriormente en *Die Geschichtsphilosophie*..., un estudio comparativo entre Procopio, Agatías y Teofilacto.

paralelamente, un factor racional, que ya estaba anunciado en el primer libro (I, 1, 3-4): el resultado de una acción depende de las acciones humanas[51]. El delicado equilibro entre estas dos causalidades está expuesto[52], según el mismo autor, en los discursos de Eetes y de Fartaces, que representan entre los colcos respectivamente la facción antirromana y, por tanto, el lado negativo, y el lado prerromano y, por tanto, positivo. El primero expone la teoría de una causa moral; Fartaces propugna un análisis racional de los hechos: aunque Dios rija la Historia, los hombres diseñan sus actuaciones de acuerdo a premisas racionales[53], no morales: esta teoría de compromiso es la defendida por Fartaces y no es descabellado pensar que está reflejando la propia ideología de Agatías.

Y en íntima relación con sus opiniones sobre la causalidad histórica nos encontramos con sus también debatidas creencias religiosas.

3.4. *El cristianismo de Agatías*

Como sucede en la crítica sobre otros autores contemporáneos, en especial Procopio, el cristianismo de Agatías ha sido objeto de un encendido debate.

---

[51] Constantemente, Agatías demuestra la alta estima en la que tiene a la inteligencia y a la preparación humanas, a través de distintos *exempla*: desde Narsés en II 12, 1-9, a la admiración por la familia de Antemio de Tralles, véase Z. V. Udal'cova, «Le Monde vu par les Historiens...», *Byzantinoslavica* 33.2 (1972), pág. 204, para la diferencia con Procopio en esta idea.

[52] En cualquier caso, el problema de la Providencia o la necesidad es una cuestión debatida en la época, en la que los escritores han de enfrentar y a veces conjugar las antiguas creencias con los principios cristianos. Para un análisis de estas ideas, véase Lamma, *Ricerche...*, págs. 120-125.

[53] También es la causa de la derrota de Nacoragan en Fasis: su orgullo le conduce a la insensatez (III 19, 6).

Por un lado, parece clara la idea de la justicia divina, así como la defensa de la comunidad entre pueblos cristianos, y entre ellos alaba en especial a aquellos que viven en la ortodoxia, fe que ni se preocupa en definir (I 2, 4, sobre los francos). Hay crítica a los paganos: desde el emperador Arcadio por confiarles a su hijo (IV 26, 6), hasta los ritos y los sacrificios animales entre el pueblo alamán (I 7), pero demuestra una inusitada comprensión poco habitual de la época, disimulada entre su manifiesto antipaganismo, y que puede verse[54] como una crítica hacia la intransigencia religiosa cristiana. La mitología es criticada por ser «invento de poetas» —y utilizada como tal[55], pero en otros casos recibe valor histórico: la llegada de la nave *Argos* le sirve como referencia en la cronología persa (II 18, 4)—. Asimismo critica, muy severamente, las visiones y las adivinaciones (V 26, 3). O a sujetos como Uranio, que buscan explicar lo inescrutable (II 29, 3)[56].

Sin embargo, sus ideas cristianas son más claras cuando coinciden con ideas que autores paganos ya habían manifestado y que al tiempo aparecen recogidas en autores cristianos: la idea de la justicia divina es compartida por la historiografía clásica, como la de Heródoto o Polibio (XXIII 10, etc.), pero también tiene que ver con el Viejo Testamento (Ecl. 7, 11-17), y es una idea que aparece en no pocos cristianos como Lactancio[57], por ejemplo. Lo mismo puede decirse de sus críticas a los sacrificios animales o a los astrólogos[58].

---

[54] Así Kaldellis, «The historical and religious...», págs. 236-252.

[55] Apolo y Marsias, IV 23, 2-6, Jasón, III 5, 2-5, etc. Véase Rampi, «La storiografia...», págs. 40-51, para un detallado análisis de este aspecto.

[56] Por todo ello su cristianismo ha resultado claro a autores como Constanza, «Orientamienti cristiani...», o Cameron, *Agathias*, en especial págs. 87-111.

[57] En *Sobre la ira de Dios* y *Sobre las muertes de los perseguidores*.

[58] Para las referencias concretas, véase Kaldellis, «The historical and religious...», pág 245, nota 106.

Dado que está haciendo una historia clasicista huye en lo posible de cualquier manifestación marcadamente cristiana. Evita todo término que no esté relacionado con los autores que él imita, como ocurre con su principal modelo, Procopio[59]. Por ello nos encontramos palabras paganas como *anágke* (III 24), aunque con el significado común de «necesidad inmediata»[60]. Un uso mucho más frecuente de *týchē* provoca que en algunas ocasiones parezca mantener su antiguo significado (II 5, 2) aunque más bien puede considerarse un *tópos* retórico para describir lo imprevisible de algunas situaciones[61]. Por ese mismo clasicismo nos encontramos con terminología abstracta y perífrasis que evitan la utilización de palabras cristianas: para referirse a Dios, utiliza muy raramente *theós* y más bien *tò theîon, tò agathón, tò kreîtton.* No hay duda de que se refiere al Dios cristiano en contextos tales como los misimianos invocando su comunidad de creencias religiosas, *tà es tò theîon* (IV 20, 7). Incluso declara abiertamente sus preferencias léxicas cuando dice que prefiere llamar a un lugar «Onoguris», en lugar del nombre más reciente «San Estéfano» porque «encaja muy bien con el estilo histórico» (III 5, 7). En general, hay muchas más referencias al cristianismo en los discursos que en la narrativa principal, porque las razones religiosas constituyen la base de muchas de las argumentaciones, tal y como sucedía en la diplomacia del momento, y Agatías no se resiste a reflejarlo[62].

Para Kaldellis[63], hay dos aspectos en los que Agatías mues-

---

[59] Para éste, véase J. SIGNES, «Introducción», en *Procopio. Historia Secreta*, Madrid, 2000, págs. 20-28. Y para la comparación de Agatías y Procopio, CAMERON, *Agathias*, págs. 92-97.

[60] Otros términos similares, *kēres* (I 1, 5) o *daímōn* (II 23, 2).

[61] BRODKA, *Die Geschichtsphilosophie...*, pág. 155.

[62] Véase CAMERON, *Agathias*, pág. 92.

[63] «The historical and religious...», págs. 226-232, desarrollando ideas ya apuntadas en IRMSCHER, «Über die Weltanschauung...».

tra un cristianismo más que tibio[64]. El primero, su dudosa creencia en la inmortalidad del alma, reflejado en la idea del Proemio acerca de la Historia como única forma de inmortalidad, lo que viene apoyado por la referencia irónica a Salmoxis[65]. El segundo se refiere a su posible paganismo[66]. Cameron[67] rechaza la posibilidad de un Agatías «pagano» porque no lo cree capaz de expresarlo con la sutileza necesaria para que no fuese peligroso. Kaldellis[68] encuentra, en cambio, pruebas de que ideológicamente está más cerca de los filósofos neoplatónicos que de los cristianos: la más importante, la simpatía reflejada hacia los filósofos neoplatónicos en su viaje a Persia (II 30, 3-31, 2)[69], el uso de términos neoplatónicos como *kratoûsa dóxa*, etc.

En conclusión, el resultado es que la obra presenta incoherencias, en cuanto a su cristianismo, a las causas de la Historia, al papel de Dios... Una primera lectura de las *Historias* puede darnos la impresión de no tener una idea sólida a propósito de la causalidad histórica y de presentar un cristianismo que al mismo tiempo manifiesta evidentes simpatías por los paganos.

---

[64] Sin ser tan radical, CATAUDELLA, «Historiography...», págs. 415-417, afirma que es imposible que Agatías no fuera cristiano, pero que sus opiniones pueden estar reflejando ciertas actitudes poco claras hacia el cristianismo. Véase también, P. MARAVALL, «Introduction», en *Agathias. Histoires...*, págs. 26-30.

[65] De muy distinta opinión, CAMERON, *Agathias*, pág. 145, y LAMMA, *Ricerche...*, págs. 94-95. Véanse las notas al texto.

[66] Su paganismo clásico; en referencia a su claro antipaganismo bárbaro, véase QUESTA, «Il morto e la madre...», págs. 388-389.

[67] CAMERON, *Agathias*, págs. 104-105.

[68] «The historical and religious...», págs. 240-242.

[69] Aunque es la opinión general, hay autores que lo discuten, como I. HADOT, *Simplicius. Commentaire sur le Manuel d'Épictète*, Leiden - Nueva York - Colonia, 1996, págs. 3-50, para quien los filósofos aparecen ridiculizados como inocentes e ingenuos. Véanse, para un comentario más detallado, las notas al texto.

Quizá deberíamos fijarnos primero en la idea clara e indiscutible acerca del papel que ha de jugar la Historia como género: la Historia es educadora, ha de ofrecer unos modelos de conducta que sirvan a los hombres para mejorar desde el punto de vista moral. Con este objetivo siempre en mente, Agatías seleccionará o desarrollará aquellos acontecimientos que le permitan ofrecer esta lección y aprovechará cualquier oportunidad para expresar estas ideas. Más aún, cuando es evidente que ni le gusta ni está preparado[70] —como sí lo estaba Procopio, por profesión y conocimiento de los hechos que cuenta— para una narración desnuda de los sucesos, está deseoso de que éstos le permitan dedicarse a los comentarios y las digresiones. Incluso, una vez que reconoce que es permisible exponer ideas que no sean verdad siempre que permitan hacer a los hombres mejores, nos encontramos en la delicada situación de poder poner en duda algunas de sus afirmaciones siempre que sea obvia su intención moralizadora y, en este sentido, se explican las opuestas opiniones a propósito de su cristianismo. Ahora bien, es evidente que no todos los hechos que narra le permiten esa explicación moral: hay personajes que fracasan no porque hayan cometido delito alguno sino simplemente porque no han tomado las decisiones adecuadas; o, en el lado opuesto, no se pueden explicar determinados desastres naturales como consecuencia de la justicia divina, cuando mueren inocentes y se salvan culpables. Es decir, nuestro autor no tiene una idea única e inamovible, va dejándose llevar por los acontecimientos aprovechando aquellos en los que puede insertar una lección y explicando de distintas maneras aquellos que no la permiten. Reconoce abiertamente su incapacidad —y la del hombre en general— para llegar a conocer la esencia de las cosas, y en este sentido

[70] Él mismo reconoce sus dificultades y sus carencias, Proem. 16, 20, IV 26 y segundo proemio.

critica duramente a aquellos que, como Uranio, pierden el tiempo en estos asuntos[71]. Y no es su intención ser como ellos: Agatías no es teólogo, ni siquiera un buen historiador: es un poeta que se dedica a la Historia porque es un género más útil que la poesía. Y por otro lado, independientemente de que fuera o no un sincero cristiano, es claro que para él el cristianismo es sinónimo de *romanitas*: la fe ortodoxa legitima el Imperio y es un rasgo de la superioridad romana sobre los bárbaros: la comunidad de fe supone comunidad cultural y los «otros» dejan de serlo cuando son cristianos, como los francos[72].

3.5. *Carácter literario de su obra. Relación de la Historia y la Poesía*

Hay un segundo aspecto de la obra que también distorsiona los hechos narrados: la base sobre la que está construida la obra es eminentemente literaria, no pragmática. Escribe una obra literaria en la que se pretende no sólo presentar unos hechos, sino presentarlos de la manera más bella y grata posible. El medio para ello es la imitación de los autores antiguos; su estudio es la principal labor para él como escritor: «Tendría que ocuparme en leer a los escritores antiguos para imitarles e informarme de los acontecimientos sucedidos en el mundo y valorarlos en su justa medida, teniendo mi mente completamente disponible

[71] No es improbable que haya que ver en estas observaciones una crítica a las disputas religiosas y al comportamiento de los obispos en el sínodo, véase para este aspecto, CATAUDELLA, «Historiography...», págs. 418-419.

[72] Es posible que en ello se observe, como apunta BRODKA, «Die geschichtsmächtigen Faktoren...», pág. 175, nota 38, una evolución, desde los tres primeros libros al quinto, y que se esté reflejando un cambio en su pensamiento que la falta de una revisión completa de su obra ha dejado sin corregir.

para ello» (III 1, 4), porque él pretende escribir en el estilo histórico, al que le convienen los términos antiguos *(cf.* III 5, 7). De entre estos autores, el primero que se encuentra el lector de la obra en muchas de las observaciones del Proemio es Diodoro. Pero no todas las ideas allí expuestas proceden de Diodoro, en especial la íntima relación entre Historia y Poesía[73]. Con ello Agatías entra de lleno en una larga tradición de reflexiones acerca de los principios que deben regir el género historiográfico[74]. Nos relata cómo sus amigos le animaban a dedicarse a la Historia, en especial Eutiquiano, diciendo que Poesía e Historia «eran hermanas de la misma sangre y que quizá sólo se diferenciaban por el metro» (Proem. 11-12). Esta idea, que parece una declaración de principios, se ve refutada en varias ocasiones en la obra[75]: en el mismo Proemio, tilda varias veces a sus obras poéticas de banales (8, 11) que no tienen utilidad práctica ni para su receptor, ni para su autor. Un autor de una obra histórica, en cambio, conseguirá el mismo honor que aquellos de los que habla en su obra (Proem. 6, 10-12, y V 20, 7). La poesía, por otra parte, no tiene como fin la verdad (III 5, 4; IV 23, 4) mientras que ésa ha de ser la finalidad de la Historia (Proem. 20).

Todo este asunto se ha relacionado con el opúsculo de Luciano, *De cómo ha de escribirse la historia*[76], donde se critica seve-

---

[73] Y también es muy significativa la diferencia con los principios defendidos por PROCOPIO en *Guerras* I 1, 4.

[74] Véase, entre otros trabajos, B. GENTILI, G. CERRI, «Le teorie del racconto storico nel pensiero storiografico dei greci», en *Le teorie del discorso storico nel pensiero greco e la storiografia romana arcaica,* Roma, 1975, págs. 17-45.

[75] Análisis de estos fragmentos en KALDELLIS, «Agathias on History...». Véase también RAMPI, «La storiografia agaziana...», págs. 48-49, para lo que da como ejemplo el episodio de la muerte de Nacoragan y el mito de Apolo y Marsias, en IV 23, 2-6.

[76] Para H. LIEBERICH, *Studien zu den Proömien in der griechischen und byzantinischen Geschichtsschreibung*, I-II, Múnich, 1900 (1976), págs. 10-12,

ramente la unión de historia y poesía. Agatías parece seguir los consejos de Luciano en algunos aspectos, como los elementos estructurales típicos que ha de tener una obra histórica[77]: narraciones de batallas[78], asedios[79], desastres naturales[80], digresiones etnográficas y descripciones de objetos y lugares[81], elogios o condenas[82] y mitos[83]. Ambos insisten también en la radical diferencia entre historia y panegírico[84], ya que la primera tiene como objetivo fundamental la verdad, mientras que el segundo sólo el elogio, contra el que Agatías se muestra especialmente combativo, cuando no corresponde a la verdad. Al identificar Luciano el panegírico con la poesía (8), ha de diferenciarla radicalmente de la Historia; de hecho, si la poesía, entendida como «lo bello», no es encomiástica, puede servir de adorno a la historia, aunque no sea su fin, «como la belleza a un atleta»[85].

Agatías trabajaba directamente sobre el texto de Luciano. También KALDELLIS, «Agathias on History...». En contra, CAMERON, *Agathias*, pág. 59 y págs. 145-146, que propone una coincidencia de ideas generales transmitidas a través de obras diversas.

[77] TARAGNA, *Logoi historias*, págs. 150-152.

[78] I 21-22 (Narsés contra los francos); II 1-10 (la batalla con los alamanes), etc. *Cf.* LUCIANO, *De cómo ha de escribirse*... 49.

[79] I 8-10 y 20 (asedio de Cumas); I 12-13 y 17-18 (asedio de Luca), etc. *Cf.* LUCIANO, *De cómo ha de escribirse*... 49.

[80] II 15-17 (terremoto del 551); V 3-9 (terremoto de Bizancio). *Cf.* LUCIANO, *De cómo ha de escribirse*... 15 y 57.

[81] I 2-4 (sobre los francos); II 23-32 (sobre los persas); descripción de la cuña II 8, 8, etc. *Cf.* LUCIANO, *De cómo ha de escribirse*... 57.

[82] I 16, 1-2, elogio de Narsés; II 29, críticas a Uranio, etc. *Cf.* LUCIANO, *De cómo ha de escribirse*... 59.

[83] IV 23, sobre Apolo y Marsias. *Cf.* LUCIANO, *De cómo ha de escribirse*... 60.

[84] LUCIANO, *De cómo ha de escribirse*... 7, 9, 39-40; Proem. 16-20.

[85] *De cómo ha de escribirse*... 9. El resultado es una especie de prosa poética, que algunos críticos antiguos no desdeñaban, véase KALDELLIS, *op. cit.*, pág. 304, notas 24 y 26.

Agatías modifica en parte y profundiza en esas ideas de Luciano. No cree en la igualdad entre poesía e historia, pero tampoco cree que haya entre ellas una radical diferencia, o al menos, él no quiere asumirla en su trabajo de historiador. La poesía «es un asunto sagrado y divino» (Proem. 9), mientras que la historia tiene ventajas de orden práctico, proporciona honor, y puede beneficiar «a su nombre y sus intereses» (Proem. 12). Justifica, de este modo, su cambio de género, buscando en la historia las virtudes que tiene la poesía, en especial su capacidad para hacer a los hombres mejores, y utilizando en su obra histórica, consecuentemente, recursos característicos de la poesía.

3.6. *Mímesis literaria*

Como era de esperar, la mímesis literaria a la que asistimos en las *Historias* tiene como modelos indiscutibles a los grandes historiadores antiguos.

Aunque afirma que la primera exigencia de su labor como historiador es leer a las grandes figuras del pasado (III 1, 4), no todos han dejado la misma huella[86]. De Heródoto toma préstamos léxicos, de Diodoro ideas sobre la Historia, como las que hemos visto previamente.

De más envergadura es la imitación de Tucídides, comenzando por la ordenación de la narración en inviernos y veranos. Hay también escenas —asedios, debates[87]— que Cameron[88] ve

---

[86] Para los ejemplos concretos, FRANKE, *Quaestiones Agathianae*, págs. 10-15.

[87] Asedios (por ejemplo, Onoguris, III V, basado en el sitio de Platea, II 71-78), debates (el del juicio en IV 1-6, inspirado en el debate de Mitilene, III 39, IV 7), y los discursos de los embajadores tebanos y corcireos (III 64, III 10).

[88] CAMERON, *Agathias*, págs. 60-62.

como imitaciones muy superficiales, escenas típicas que proceden sólo de los libros I y II[89].

Sin duda, el autor que le sirve de modelo principal es Procopio[90]. Esto es indiscutible en lo que respecta al planteamiento de la obra desde el punto de vista cronológico y geográfico. No obstante, no todo en Agatías es imitación de Procopio[91]: muchas de las coincidencias, que hemos ido viendo, léxico clasicista, cristianismo matizado, etc., son lógica consecuencia de su compartida condición de (últimos) historiadores en un momento de transición entre la historiografía paganizante y la historia cristiana, así como de la utilización por parte de ambos de los mismos modelos clásicos.

Como ha sucedido con otros escritores de la época[92], la crítica ha pasado de señalar los casos de imitación, en general con la intención de minusvalorar al escritor tardoantiguo, no sólo como poco original sino sobre todo poco veraz, a valorar esta mímesis en el contexto de la literatura del período[93], y a estudiar la obra no sólo como obra histórica sino, sobre todo, como obra literaria. En este sentido, se han analizado con más profundidad y menos prejuicios los recursos de composición, y de algunos de estos estudios se desprende que la imitación de los autores antiguos no es puramente mecánica. De esta manera la presen-

---

[89] Por el contrario, es muy llamativa la ausencia en Agatías de la descripción de la peste a la manera tucidídea, siguiendo el consejo de LUCIANO, en *De cómo debe escribirse la historia* 15.

[90] Véase, para el análisis de los ejemplos de imitación, SPYROPOULOS, *Katà tí mimeîtai Agathías...*

[91] Análisis de las principales diferencias en CAMERON, *Agathias*, págs. 131-134, y CESA, «Agatia Scolastico...».

[92] Para el caso concreto de Procopio, véase J. SIGNES, *Procopio...*, págs. 105-112.

[93] H. HUNGER, «On the imitation *(mímesis)* of Antiquity in Byzantine Literature», *Dumbarton Oak Papers* 23/24 (1969-1970), 17-38.

cia de Tucídides es modelo para una organización narrativa más compleja, según ha estudiado Adshead[94], como la estructura narración-discurso-narración (I, 14: acciones y discurso de Fulcaris). La situación y el contenido de los *excursus* también corresponden a un plan determinado, que ha estudiado Questa[95]. Por su parte, Taragna[96] ha analizado con detalle los discursos que aparecen en la obra y, aunque formalmente hay muchos rasgos (fórmulas introductorias, finales, etc.) que se relacionan con la tradición, también hay intentos de innovación. Destacan en este sentido los dos discursos del juicio sobre el asesinato de Gubaces, el de acusación (IV 3, 2-6, 6) y el de defensa (IV 7, 4-10, 6). Kennedy[97] señala que, a pesar de que son ejercicios retóricos, reflejan en la realidad lo que un juicio ideal debería ser y son magníficos ejemplos de oratoria forense, mezcla de la «Teoría de los estados»[98], procedente de los manuales de retórica, y del estilo tucidídeo.

3.7. *Rasgos poéticos en las «Historias»*

Como era previsible dada la estrecha relación que para él tenían ambos géneros, hay un gran componente poético en las *Historias*. En las ediciones de Keydell y Constanza se señalan numerosos paralelos léxicos con Nono, Eurípides, Teócrito, Homero... La mayoría de estos paralelos son sólo léxicos y pro-

---

[94] K. Adshead, «Thucydides and Agathias...».

[95] C. Questa, «Il morto e la madre...».

[96] Taragna, *Logoi historias...*, págs. 143-184.

[97] G. A. Kennedy, *Greek Rhetoric under Christian Emperors*, Princeton, 1983, pág. 16.

[98] Desarrollada por Hermógenes y Hermágoras; véase R. Nadeau, «Classical Systems of Stases in Greek: Hermagoras to Hermogenes», *Greek, Roman & Byzantine Studies* 2 (1959), 51-71.

cederían, en opinión de Cameron[99], de florilegios[100], pero para algunos pasajes puede suponerse una influencia de contenido y estructura, como la ticoscopia de I 12, 8, cuando los habitantes de Luca observan la falsa decapitación de sus rehenes, en una escena similar a la homérica, en la que aparecen también los términos poco comunes utilizados por Homero[101]. Para Pertusi[102], la mayoría son influencias directas, como por otra parte se ve en los epigramas: Agatías tiene las condiciones, la capacidad, el aprendizaje y el gusto, así como también el público, que son todos sus amigos que participan con él en el *Ciclo*. A este público escogido están dedicadas, también, en opinión de Kaldellis[103], ciertas «mitologizaciones» de algunos hechos históricos, que embellece deformándolos a través de relatos literarios poéticos, con la intención de adornar su obra y también de establecer un juego de alusiones con su público, en primera instancia el círculo de amigos intelectuales a los que alude en el Proemio: el ejemplo más significativo es la muerte de Leotaris devorándose a sí mismo, un relato similar al de Erisicton (II 3, 6-8).

---

[99] CAMERON, *Agathias*, págs. 112-113, sobre el estudio hecho por H. VAN HERWERDEN, «Varia ad varios. II. Ad Agathiae Scholastici Historias», *Mnemosyne* 17 (1889), pág. 19.

[100] Para los libros que circulaban entonces, G. CAVALLO, «La circolazione libraria nell'età di Giustiniano», en G. G. ARCHI (ed.), *L'Imperatore Giustiniano. Storia e mito*, Milán, 1978, págs. 201-236.

[101] Para más ejemplos, véase F. CONCA, «Note sull'impiego del linguaggio poetico...».

[102] A. PERTUSI, «Giustiniano e la cultura del suo tempo», en G. ARCHI (ed.), *L'Imperatore Giustiniano. Storia e mito*, Milán, 1978, págs. 181-199.

[103] KALDELLIS, «Things are not...».

3.8. *Estilo y lengua*

Consecuentemente con lo anterior, también en su estilo y su lengua Agatías va a presentar un clasicismo muy marcado, al lado de escasas, pero inevitables, entradas del griego tardío[104]. Su voluntad clasicista huye de terminología y onomástica que pueda ser tenida como no clásica: prefiere usar los topónimos antiguos[105]; los títulos oficiales nunca aparecen en latín[106] y esto puede dificultar un poco la comprensión del texto y entorpecer la narración con pesadas perífrasis para evitar el término técnico, latino o cristiano[107].

Por otra parte, su estilo resulta muy característico también porque, como acabamos de ver, presenta en terminología, fraseología y figuras literarias[108] un grado de poetización muy elevado para una obra histórica y a veces la adecuación entre contenido y forma no es todo lo armónica que podría desearse. Además, sus frases son demasiado largas, a veces desarticuladas y con un gusto excesivo por la unión de miembros con un simple *kaí*. Una prueba de que Agatías no se encontraba completamente a gusto escribiendo historia en sentido estricto es

---

[104] Ejemplos concretos en CAMERON, *Agathias*, págs. 66-74, 149-150; *cf.* también el «Index Graecitatis» de la edición de KEYDELL, págs. 218-232.

[105] Como el antiguo «Onoguris» para San Estéfano, III 5, 7.

[106] Sólo en un caso, para «curadores» utiliza el término latino, con la apostilla «los romanos los llaman» (V 3, 10): de hecho, no usar el término latino dificulta un poco la comprensión del texto, por ejemplo, cuando usa *taxíarchos* no sabemos si se refiere al *dux* o al *tribunus*.

[107] Por ejemplo, «hombres expertos en escribir y repasar lo escrito a gran velocidad» por *tachygráfos* en IV 1, 2; «lugar sagrado en extremo entre los cristianos» por *ekklēsía* en III 24, 7; «los que se ganan la vida luchando con fieras en los espectáculos públicos» por *bestiarius* en I 14, 5. Más ejemplos en CAMERON, *Agathias*, págs. 75-88.

[108] Metáforas, perífrasis, etc., que también son destacables en sus epigramas.

que su estilo gana en corrección y frescura cuando se aleja de la narración histórica para hablar de sus propias experiencias, opiniones y conocimiento de primera mano, algo que hace siempre que puede (Proemio, comentarios de tipo moral, incluso los largos *excursus).* Desde el punto de vista estilístico, las *Historias* se encuentran entre la relativamente sencilla prosa de Procopio y la muy retórica y pomposa de Teofilacto.

3.9. *Veracidad de los hechos contados*

A partir de la opinión de Gibbon de que «al historiador Procopio le sigue el poeta y retórico Agatías», hay muchos autores que ponen en duda la veracidad de la mayoría de los hechos narrados por él[109]. Hay episodios que sin duda son fruto de una elaboración retórica e incluso poética más que narración de hechos verídicos, como la descripción del engaño de Narsés en el asedio de Luca (I 12). Pero antes de aplicar este calificativo a toda la obra, conviene comprobar las fuentes utilizadas, tal y como hace Cameron, para valorar la validez de las informaciones que nos proporciona el autor a lo largo de ella.

En la obra se adivina una diversidad de fuentes. La más llamativa es el intérprete Sergio, quien, a instancias de Agatías, obtuvo autorización para consultar los *Anales Reales Persas* y en ellos se informó de nombres, cronología y principales sucesos, que resumió para el historiador. Estos *Anales* fueron la principal fuente del perdido *Khvadhāynāmagh*, o *Libro de los Reyes*, cuya evidencia más temprana es la colección de crónicas persas y árabes del siglo IX en adelante. Dado que Agatías es la

[109] E. GIBBON, *The decline and fall of the Roman Empire*, IV, Londres, 1901 (con sucesivas reimpresiones), pág. 420, nota 78, eco que recoge BURY, *HLRE* II 2, 430, y otros autores, *cf.* CAMERON, *Agathias*, pág. 39.

fuente directa más antigua, su testimonio es de gran importancia y puede ser comparado con las crónicas posteriores para comprobar la validez de los datos ofrecidos[110]. Por el contrario, en el *excursus* franco (II 2-4) no hay confesión de la fuente utilizada, y se ha propuesto que fuese el embajador del rey Sigiberto de Austrasia, que visitó Constantinopla en 571[111].

Además de los grandes historiadores (Tucídides, Heródoto, Jenofonte), Agatías cita a oscuros autores acerca de la historia asiria y persa, como Beroso, Atenocles y Símaco (II 24, 8), o Bión, Ctesias y Alejandro Polihístor (II 25, 5). Es muy probable que en época de Agatías las obras de todos ellos, excepto la de Ctesias, estuvieran ya perdidas, de modo que hubo de conocerlas por otro autor. Treadgold[112] propone el *Compendio de Historia Universal* de Hesiquio de Mileto, que comienza con los asirios.

Se cita a sí mismo como testigo directo en el terremoto de Berito (II 15 y 17), quizá en el del 557 (V 5) y en la invasión de los cotriguros en el 559 (V 11); habla también de una fuente oral en la batalla de Casulino (II 10, 7) y en el asesinato de Gubaces (III 4, 6). Para Cameron, utiliza principalmente informantes orales[113], ya que el método que defiende Agatías en III 1, 4 parece más de indagación que de consulta de material escrito, del que por otra parte, hace referencia cuando lo tiene[114]. La obra entonces resulta el producto de la combinación de dos métodos:

---

110 Hay, sin embargo, una gran diferencia de tratamiento de este material entre el primer *excursus* y el segundo, véase CAMERON, «On Sassanians...».

111 GREGORIO DE TOURS, *Historia de los francos* IV 40. Así, BURY, *HLRE* II 275, nota 3, y CAMERON, «Early merovingians...», págs. 133-134, según la fecha de composición de esta parte de la obra, la década de los setenta.

112 CAMERON, *Agathias*, págs. 287-288.

113 *Ibid.*, págs. 38-52, donde se analizan otras posibilidades.

114 De este modo interpretan CAMERON, *loc. cit.*, y FRENDO, *ad loc.*, el pasaje de III 1, 4, en el que afirma que «tendría que ocuparme en leer a los escritores antiguos para imitarles e informarme de los acontecimientos sucedidos en

un acercamiento sistemático y a veces documental en los largos *excursus* —que quizá están en la obra, se podría añadir, porque Agatías contaba con esas fuentes y quería utilizarlas plenamente— y el método de la historiografía tradicional contemporánea, basada en fuente orales, como la de Procopio; pero, dadas sus limitaciones personales, trae como consecuencia incoherencias y errores[115]. Ejemplo de ello es la descripción de la cueva de la Sibila (I 8), que se corresponde con la tradicional que aparece en diversas fuentes, como Lido, Procopio, Licofrón, y resulta poco detallada. Pero, al mismo tiempo, la descripción del emplazamiento de la cueva es precisa, muy pormenorizada y real[116]; esto supone por tanto una doble fuente: una literaria y otra, un informante local que le proporcionó datos exhaustivos[117].

También utiliza a veces a Procopio como fuente de información, reconociendo incluso sus extensos conocimientos (IV 26, 4). Pero en ocasiones se desmarca de las opiniones o datos de su antecesor y presume de sus diferentes fuentes. Y cierto es, alguno de los datos de Agatías se han revelado más fidedignos que los de Procopio[118].

---

el mundo». Para TARAGNA, *Logoi historias*, págs. 148-149, en cambio, se refiere a elementos compositivos y recursos literarios.

[115] El número de soldados en el asedio a Onoguris, III 8, 2; confusión entre Apeninos y Andes, II 3, 2, etc. También hay errores cronológicos, como que en la campaña italiana presenta dos años en uno (553-554), véase CAMERON, *Agathias*, págs. 143-144.

[116] Se ajusta a la perfección a la caverna encontrada por Maiuri en sus excavaciones, A. MAIURI, «L'Assedio di Narsete a Cuma nel racconto dello storico Agathias», *Parola del Pasato* 4 (1949), 41-46.

[117] Véase C. MONTI, «The Topographical and Literary Evidence for the Identification of the Sibyl's Cave at Cumae», *Vergilius* 37 (1991), 46-54.

[118] CESA, «Agatia Scolastico...»: el origen de Ragnaris (II 13, 3, frente a *Guerras* VIII 26, 4); el *excursus* sobre los hunos (V 11, frente a *Guerras* VIII 5, 1), o la presentación de los lazos (II 18, 4, frente a *Guerras* VIII 1, 10).

3.10. *Ideas políticas*

A diferencia de Procopio, Agatías se enfrenta a una historia de acontecimientos políticos sin mostrar demasiado interés o conocimiento sobre la implicación política de los hechos que narra. Se limita a un relato de sucesos principalmente bélicos, que sólo mueven a reflexiones, como ya hemos visto, de tipo moral. Sin embargo, en la obra se detecta cierta permeabilidad a la política del momento, como la propaganda que se pretende hacer de los francos, a los que interesaba conseguir como aliados cuando Agatías escribe su obra.

Hay que notar también que sus principios religiosos y morales le llevan a defender ciertas ideas que pueden tener una interpretación política, ya que reflejarían una postura antiimperialista[119]: «Ayudar a la patria, defender las leyes ancestrales ... esto sí sería sagrado y honroso en extremo. Pero aquellos que por codicia y por odio irracional, sin mediar causa justa alguna, invaden la tierra de otros que nada criminal han hecho contra ellos, son unos seres malvados y soberbios» (II, 1, 10). Aunque es la línea comenzada por Procopio, en Agatías es producto de su sensibilidad, demostrada a lo largo de la obra, hacia temas sociales o hacia otros pueblos y creencias, que Procopio no tiene. En cualquier caso, es importante observar que Agatías escribe su obra en los reinados de Justino II y de Tiberio[120], de modo que una actitud crítica en algún sentido hacia la política de Justiniano puede ser expresada con bastante libertad. El caso más claro son sus observaciones de V 14, donde critica la mala situación del ejército debido a una política mili-

---

[119] CATAUDELLA, «Historiography...», págs. 420-421, con comentario de la bibliografía precedente.

[120] En el Proemio dice que empezó la obra tras ascender Justino al poder (565) y en IV 29, 8 se refiere al emperador Tiberio, que subió al trono en el 578.

tar descuidada, aunque lo justifica por la avanzada edad del emperador; parece, pues, estar exponiendo las distintas actitudes hacia la política de Justiniano, más que una actitud personal negativa[121] como la de Procopio en *Historia Secreta*[122]. En esa clave puede leerse también el juicio contra los asesinos de Gubaces, que Lamma[123] ha analizado como representación de las dos corrientes ideológicas del momento acerca de la relación con los pueblos aliados bárbaros: o bien una comunidad de pueblos, basada en la igualdad de intereses, en la que el Imperio respete al súbdito y le permita cierta autonomía, línea defendida por los acusadores, y por otra parte, la que mantienen los acusados, para quienes los bárbaros son un peligro en sí, que sólo puede neutralizarse por la fuerza.

3.11. *Fortuna posterior*

No sabemos a ciencia cierta la opinión que sus contemporáneos tuvieron de las *Historias*, aunque las justificaciones del segundo Proemio (III 1) apuntan a que sus dos primeros libros habían recibido críticas[124]. Sin embargo, así como Agatías es el continuador consciente de Procopio, otros autores tuvieron la

[121] Sobre la relación de las opiniones de Agatías con respecto a las de Procopio y Menandro, véase CAMERON, *Agathias*, págs. 125-129, con bibliografía precedente, y BAKALOV, «Les ouvres d'Agathias...», págs. 202-204.

[122] Su conocimiento por parte de nuestro autor no se puede suponer de manera definitiva, a pesar de que BALDWIN, «Four problems...», págs. 303-305, señale distintas coincidencias.

[123] LAMMA, «Ricerche...», págs. 102-108, para quien Agatías expone con mucha habilidad las diversas interpretaciones del «bien general», porque para él tienen más importancia que los hechos mismos, al contrario que para Procopio.

[124] MCCAIL, «The Earthquake...», pág. 246.

voluntad de continuar su labor. En primer y más principal lugar, Menandro Protector[125], cuyo *floruit* debe de situarse en la segunda mitad del siglo VI. A diferencia de Agatías, vivió del patronazgo del emperador Mauricio, que le encargó continuar la obra de aquél. Y así lo confiesa en el frag. 1, 1: «Mi intención ha sido comenzar esta narración y establecer el principio de mi historia desde la muerte de Agatías». Escribió una *Historia* en diez libros que cubría los años 558-582, de la que se han conservado diversos fragmentos. Por ellos se ha juzgado a Menandro mejor historiador que Agatías y más importante como fuente, porque presenta una gran precisión histórica[126]. Sin embargo, se ha demostrado que Menandro copió en muchos casos a Agatías[127].

Ignoramos si para sus contemporáneos Agatías era más o menos válido que Procopio o, posteriormente, que Menandro. Pero sabemos que su obra era conocida, aunque no disfrutó de la misma difusión que *Guerras*: Evagrio Escolástico, autor de una *Historia Eclesiástica*, que cubre los años 431-593, nos dice en IV, 24: «Y otras muchas cosas dignas de mención fueron hechas por Narsés, tras vencer a Buselino y Sindual y ganar mucho territorio hasta el mar. Esto fue escrito por Agatías el rétor, aunque no hemos tenido acceso a ello». Evagrio estaba trabajando en Antioquía unos diez años después de la muerte de Agatías, lo que demuestra que la circulación de estas obras históricas seculares no era demasiado rápida[128].

---

[125] Véase el estudio, con edición y traducción de R.C. BLOCKLEY, *The History of Menander the Guardsman*, Liverpool, 1985.

[126] A.A. VASILIEV, *History of the Byzantine Empire*², Wisconsin, 1952, pág. 181.

[127] M. APOSTOLOPOULOS, *Menándros Protéktōr mimētḗs Agathíou*, Atenas, 1894.

[128] Véase M. WHITBY, *The Ecclesiastical history of Evagrius Scholasticus*, Liverpool, 2001, págs. XXI-XXII y nota *ad. loc.*

Tenemos pocos fragmentos de la obra de sus continuadores Teófanes de Bizancio, que narraba los acontecimientos del 566-576, y de Juan de Epifanía, patriarca de Antioquía. Ambos son, por los fragmentos conservados, historiadores seculares. Juan nos da testimonio del conocimiento de la obra de Agatías: en el frag. 1 (pág. 375 Dindorf) leemos: «Todas las luchas que padecieron e hicieron entre medos y romanos durante el reinado del emperador Justiniano lo escribió Agatías de Mirina, un hombre muy considerado entre los rétores de Bizancio y que tras Procopio de Cesarea relató los hechos contra los bárbaros». No obstante, aunque lo cita, no sigue, al menos cronológicamente, a Agatías, ya que su intención fue dejar constancia de los sucesos posteriores a la ruptura de la paz en el 572, hasta el 593. Continuador de Menandro, Teófanes y Juan[129], Teofilacto Simocata es el último historiador clasicista, cuya obra se ha conservado íntegra[130] y en la que trata el reinado de Mauricio (582-602).

Posteriormente, una vez que el tiempo de la historia secular ha pasado, pasa también el tiempo de influencia de Agatías, del que sólo queda una referencia en la *Crónica* de Juan de Nikiu, del siglo VII, que lo relaciona, como no podía ser menos, con Procopio: «Estas grandes victorias [de Justiniano] han sido cuidadosamente relatadas por Agatías, uno de los estudiosos (prob. *scholastikoí*, en el original griego) de la ciudad de Constantinopla, y también por un hombre cultivado llamado Procopio el patricio»[131].

---

[129] M. WHITBY, *The Emperor Maurice and His Historian. Theophylact Simocatta on Persian and Balkan Warfare*, Oxford, 1988, págs. 227-230.

[130] M. WHITBY, *The History of Theophylact of Simocatta: An English Translation with Introduction and Notes*, Oxford, 1986.

[131] XLII 19 (pág. 147 Charles). Es una obra originalmente escrita en griego, pero conservada en una traducción parcial en siríaco. Ed. y trad. R.H. CHARLES, *The Chronicle of John, Bishop of Nikiou*, Londres, 1916.

En la línea más o menos continua que representan todos estos historiadores, Agatías parece el punto de inflexión donde la historia secular empieza a confundirse con la historia eclesiástica[132]: en él se observa una tensión entre la forma clásica y el espíritu cristiano que no se encuentra en Procopio pero que es evidente en los autores posteriores[133].

3.12. *Valoración final*

En general podemos decir que las *Historias* están elaboradas con la intención primera de continuar con la narración histórica allí donde la dejó Procopio, pero esta intención no es la principal en la obra: Agatías quiere hacer una obra útil desde el punto de vista moral y, desde el literario, utiliza todos los recursos a su disposición para construir una obra variada y adornada que refleje todas sus lecturas y sus capacidades retóricas y estilísticas, así como su preparación jurídica y su conocimiento de historiadores, poetas y filósofos de la Antigüedad. Agatías nos ofrece más aspectos que los que nos brindan otros historiadores en la Antigüedad: en su obra se nos presenta el Agatías jurista, el Agatías poeta, el Agatías miembro de un círculo de intelectuales eruditos y, amalgamando todos esos aspectos, el Agatías filósofo y diríamos moralista[134]. Pero, como atinadamente señala Kaldellis: «A Agatías no se

[132] Entendiendo, sin embargo, que la diferencia entre ambas no es absolutamente radical, véase J. SIGNES, «La historiografía en el Oriente...».

[133] Análisis detallado de la relación entre todos ellos, en CATAUDELLA, «Historiography...».

[134] Todo ello, además, lo podemos ver porque hay una mayor presencia personal en la obra que en otras obras históricas, como ha señalado H. HUNGER, *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner* I, Múnich, 1978, pág. 304.

le alaba por ser más que un mero historiador; se le critica por ser menos que uno bueno»[135]. Si se busca en *Historias* una obra histórica, uno se sentirá decepcionado, pero si se ve en ella el resultado de una personalidad variada y de múltiples facetas, aunque a veces la mezcla no resulte afortunada por retórica o poco precisa, no se puede dejar de disfrutar de este magnífico fruto de un autor que representa y dibuja a la perfección el mundo bizantino del siglo VI.

4. TRADICIÓN MANUSCRITA

Los manuscritos fundamentales de las *Historias* de Agatías son:

V *Vaticanus graecus* 151. Los ff. 2-41, libro I y parte del libro II, son de papel y probablemente añadidos en el XVI, el resto de pergamino, del siglo X-XI. Contiene los cinco libros de las *Historias* en ff. 1-241r y en 241v-245v *Apophthegmata philosophōn*. Hay una pequeña laguna entre las dos partes.

W *Vaticanus gr.* 152, de papel, del siglo XIV-XV. Contiene los libros I-IV de las *Guerras* de Procopio; fragmentos del *Banquete de los siete sabios* de Plutarco; los libros IV-VIII de *Guerras* y los cinco libros de las *Historias* (ff. 320r-379v) de Agatías.

L *Leidensis ex leg. Vulcanii* 54, de papel, del siglo XIV. Contiene las *Historias* (ff. 1-132r) y los epigramas *AP* IX 482 y 344. Forma parte de un conjunto con *Vulcanius* 56, que a su vez

---

[135] KALDELLIS, «Things are not...», pág. 295. Autores como BRODKA, *Die Geschichtsphilosophie...*, págs. 152-156, siguen estudiando a Agatías en comparación a Procopio y, por tanto, concluyendo que es muy inferior, en talento, calificación y experiencia.

contiene *Sobre los edificios* de Procopio, *Poemas* de Nicéforo Blemides, y *De thematibus* I de Constantino Porfirogénito.

O *Ottobonianus gr.* 82, de papel, del siglo XIV-XV. Contiene (en ff. 1-84) las *Historias* de Agatías, y los libros III-IV de las *Guerras* de Procopio.

M *Marcianus* 522, de pergamino, del siglo XV. Las *Historias* comienzan en el frag. 101; falta el libro I y parte del II. Contiene *Sobre el carácter del rétor Lisias* de Dioniso de Halicarnaso, unos discursos de Lisias y otras obras retóricas, así como algunos poetas: Teognis, Focílides, etc. Se cree que es una copia hecha sobre el *Vaticanus* V.

R *Rehdigeranus* 11, papel, del siglo XVI.

A *Athous ex Laura* [1048, Θ 186], siglo XV. Contiene las *Historias* (ff. 1-23v y 32v-47v) e intercalado el libro III de las *Guerras* de Procopio.

Se han conservado también fragmentos en distintas colecciones, como en *De legationibus* y *De sententiis*, la *Suda* o el *Etymologicum Gudianum*[136].

5. EDICIONES, TRADUCCIONES Y CONCORDANCIA

5.1. *Ediciones*

BONAVENTURA VULCANIO, *Agathiae historici et poetae eximii De imperio et rebus gestis Justiniani imperatoris libri quinque*, Lyon, 1594 (París, 1660; Venecia, 1729).

B. G. NIEBUHR, *Agathiae Myrinaei Historiarum libri quinque cum versione Latina et annotationibus Bon. Vulcanii*, Bonn,

[136] Descritos con detalle en GENTILI, «I codici...», págs. 165-168.

1828 *(Corpus scriptorum historiae Byzantinae* 3); Migne, *PG* 88, 1860, col. 1249-1608.

L. Dindorf, *Historici Graeci minores* II, Leipzig, 1871, 132-392.

R. Keydell, *Agathiae Myrinaei Historiarum libri quinque (Corpus Fontium Historiae Byzantinae* 2), Berlín, 1967.

S. Constanza, *Agathiae Myrinaei Historiarum libri quinque*, Messina, 1969.

5.2. *Traducciones completas*

Latinas

Cristóforo Persona, *Agathius* [sic] *de bello Gotthorum* [sic] *et aliis peregrinis historiis per Christophorum Personam romanum e greco in latino traductus,* Roma, 1516, Basilea, 1531, 1576.

Bonaventura Vulcanio, *Agathiae historici et poetae eximii De imperio et rebus gestis Justiniani imperatoris libri quinque*, Lyon, 1594 (París, 1660; Venecia, 1729).

Francesas

Mr. Cousin, *Histoire de Constantinople depuis le regne de l'ancien Justin, jusqu'à la fin de l'empire, traduite sur les originaux grecs,* II, París, 1671 (págs. 475-772).

P. Maraval, *Agathias. Histoires. Guerres et malheurs du temps sous Justinien*, París, 2007.

Rusa

M. V. Levchenko, *Agafii: O tsarstvovanii Iustiniana*, Moscú, 1953.

Inglesa

J. Frendo, *Agathias. The Histories,* Berlín - Nueva York, 1975.

5.3. *Traducciones parciales*

HUGO GROTIUS, *Historia Gotthorum, Vandalorum et Langobardorum,* Amsterdam, 1655 (págs. 529-573, libros I y II 1-14).

D. COSTE, *Die Geschichtsschreiber der deutschen Vorzeit. 2. Gesamtausgabe. Bd. 7. Jahrhundert 6. Bd. 3 (Lief. 76). 3. Aufl.*, Leipzig, 1922 (págs. 327-371, libros I, II 1-14).

J. P. RICHTER, *Quellen der byzantinische Kunstgeschichte*, Viena, 1897 (§ 56, libro V 9; § 720, libro V 15).

M. BOUQUET, *Recueil des historiens des Gaules et de la France*, II, París, 1869 (libros I y II 1-14).

E. COUGNY, *Extraits des auteurs grecs concernant la géographie et l'histoire des Gaules*, París, 1886 (reimpr. París, 1993), III, págs. 208-245 (libros I y II 1-14).

M. FUMÉE, S. DE GENILLÉ, *Histoire des guerres faictes par l'empereur Justinian contre les Vandales et les Goths. Escrite en grec par Procope et Agathias et mise en françois,* París, 1587 (págs. 320-359, libros I, II 1-17).

5.4. *Concordancia*

B. COULIE, B. KINDT, CENTAL, *Thesaurus Agathiae Myrinaei, Historia et Epigrammata,* Turnhout, 2006 *(Corpus Christianorum. Thesaurus patrum Graecorum).*

5.5. *La presente traducción*

La traducción parte del texto fijado en la edición de Keydell. En muy pocos casos he tenido en cuenta lecturas divergentes; la discusión sobre ellas se recoge en notas. La traduc-

ción no puede recoger siempre el estilo demasiado ampuloso de Agatías, pero he pretendido no perder del todo su espíritu si ello no dificultaba la comprensión del texto. He intentado que a través de las notas se aclarasen los muchos y variados temas que trata Agatías en su obra y que también sirviesen para entenderla, además de como una obra histórica, como una obra literaria.

Mi agradecimiento por su inestimable ayuda en este trabajo a Juan Signes y a María Jesús Pérez, colegas, y amigos.

RELACIÓN DE FUENTES ANTIGUAS CITADAS, POSTERIORES AL 500

ASINIO CUADRADO

F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker,* Berlín, 1923 ss., n.° 97.

Cartas de Austrasia

Epistolae Austrasicae, ed. W. Gundlach *(Monumenta Germaniae Historica III)*, Berlín, 1892, págs. 110-153.

CASIODORO, *Varia*

Cassiodori variorum libri, ed. A. J. Fridh *(Corpus christianorum* 96), Turnhout, 1973.

JORGE CEDRENO

Historiarum Compendium, ed. I. Bekker *(Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae)*, vol. I-II, Bonn, 1838-1839.

Chronicon Paschale

Chronicon Paschale, ed. L. Dindorf *(Corpus scriptorum historiae Byzantinae)*, Bonn, 1832.

Cod. Iust.

Codex Iustinianus, ed. P. Krüger *(Corpus Iuris Civilis II)*, Berlín, 1877.

CONSTANTINO PORFIROGÉNITO, *De cerem.*

Constantini Porphyrogeniti imperatoris de ceremoniis aulae byzantinae libri duo, ed. J.J. Reiske *(Corpus scriptorum historiae Byzantinae)*, Bonn, 1829.

CONSTANTINO PORFIROGÉNITO, *De themat.*
De thematibus, ed. A. Pertusi, *Costantino Porfirogenito. De thematibus* (Studi e Testi. Biblioteca Apostolica Vaticana 160), Roma, 1952, págs. 59-100.

CONSTANTINO PORFIROGÉNITO, *De legat.*
Excerpta historica iussu imp. Constantini Porphyrogeniti. V. I, Excerpta de legationibus, ed. C. de Boor, pars I - II, Berlín, 1903.

CORIPO, *Panegírico*
Corippo. In laudem Iustini, ed. D. Romano, Palermo, 1970. Traducción española: *Coripo. Juánide. Panegírico de Justino II*, a cargo de A. Ramírez Tirado, Madrid, Gredos, 1997.

COSMAS INDICOPLEUSTES, *Topografía cristiana*
Topographia christiana, ed. y traducción francesa, W. Wolska-Conus, *Topographie chretienne* (Sources chretiennes, 141), París, 1968.

Digest.
Digesta, ed. P. Krüger *(Corpus Iuris Civilis* I), Berlín, 1872.

PSEUDO-DIONISIO DE TEL-MAHRE, *Crónica*
The Syriac chronicle of Pseudo-Dionysius of Tel-Mahre: A study in the history of historiography, ed. W. Witakowsky (Acta Universitatis Upsaliensis), Liverpool, 1996.

Evagrio
The Ecclesiastical History of Evagrius, ed. J. Bidez, L. Parmentier, Londres, 1898, reimpr. Amsterdam, 1964.

GREGORIO DE TOURS
Historia francorum, ed. H. Hahn *(Monumenta Germaniae historica. Scriptores rerum Merovingicarum* —editio altera— 1), Hannover, 1937-1951.

JORGE DE PISIDIA, *Heracleída*
In Heraclium ex Africam redeuntem, ed. A. Pertusi, *Georgio di Pisidia. Poemi. I. Panegirici epici (Studia Patristica et Byzantina* 7), Ettal, 1959, págs. 77-81.

JOSUÉ EL ESTILITA

Crónica, ed. y traducción inglesa de la obra en siríaco, W. Wright, *The Chronicle of Joshua the Stylite*, Cambridge, 1882.

JORGE SINCELO

Georgii Syncelli Ecloga chronographica, ed. Alden A. Mosshammer *(Bibliotheca scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana)*, Leipzig, 1984.

JUAN DE ÉFESO, *Historia Eclesiástica*

Iohannis Ephesini Historiae ecclesiasticae pars tertia, traducción latina. E. W. Brooks, Lovaina, 1925 *(Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium* 106).

La segunda parte sólo se conserva en la *Crónica Universal* siríaca de Pseudo-Dionisio de Tel-Mahre.

JUAN DE EPIFANÍA

Historias. Fragmentos en L. Dindorf, *Historici graeci minores* I, Leipzig, 1870, 375-382.

JUAN LIDO, *De mag*.

Ioannis Lydi de magistratibus populi romani libri tres, ed. R. Wuensch, Leipzig, 1903.

JUAN LIDO, *De mens*.

Ioannis Lydi liber de mensibus, ed. R. Wuensch, Leipzig, 1903 (reimpr. Stuttgart, 1967).

JUAN MALALAS

Chronographia, ed. L. Dindorf *(Corpus Scriptores Historiae Byzantinae)*, Bonn, 1831.

LEÓN EL DIÁCONO

Historia, ed. C. B. Hase *(Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae)*, Bonn, 1828.

Liber Pont.

Le liber pontificalis, ed. L. Duchesne, París, 1886, reimpr. 1955.

MARIO AVENTICENSE

Chronicon Imperiale, ed. F. Mommsen *(Monumenta Germaniae, Auctores antiqui)*, Berlín, 1893, págs. 232-239.

MAURICIO, *Estratégico*

Das Strategikon des Maurikios, ed. George T. Dennis y traducción alemana de E. Gamillscheg. *(Corpus Fontium Historiae Byzantinae* 17), Berlín, 1981.

MENANDRO PROTECTOR

The History of Menander the Guardsman, ed. y traducción inglesa por R. C. Blockley, Liverpool, 1985.

NICETAS CONIATES

Annales Nicetae Choniatae, ed. Jan-Louis Van Dieten *(Corpus Fontium Historiae Byzantinae* 11), Berlín, 1975.

Nov.

Novellae Iustinianae, ed. R. Schoell, G. Kroll, *(Corpus Iuris Civilis* III), Berlín, 1895.

PABLO SILENCIARIO, *Descripción de S. Sofía*

Pauli Silentiarii Descriptio S. Sophiae et Ambonis, ed. I. Bekker *(Corpus scriptores historiae Byzantinae)*, Bonn, 1837.

PAULO DIÁCONO, *Historia de los longobardos*

Historia Langobardorum, ed. G. Waitz *(Monumenta Germaniae Historica. Scriptores rerum Langobardicarum)*, Hannover, 1878, págs. 12-187.

PRISCO, *De legat.*

Excerpta de legationibus gentium ad Romanos, ed. C. de Boor *(Historici Graeci Minores)*, Berlín, 1903, págs. 575-591.

PROCOPIO, *Edificios*

Procopii Caesariensis Opera omnia. III.2. Peri ktismaton libri 6 sive de aedificiis cum duobus indicibus praefatione excerptisque Photii adiectis, ed. J. Haury, Leipzig, 1905-1913; rev. G. Wirth, Leipzig, Teubner, 1962-1964.

Traducción española: *Procopio de Cesarea. Los edificios*, Murcia, 2003, a cargo de M. Periago Lorente.

PROCOPIO, *Guerras*

Procopii Caesariensis Opera Omnia. De bellis libri I-II,

ed. J. Haury, Leipzig: 1905-1913; rev. G. Wirth, 4 vols. Leipzig, Teubner, 1962-1964.

Traducción española: *Procopio. Historia de las guerras,* a cargo de F. A. García Romero (I-II, V-VI), y J. A. Flores Rubio (III-IV, VII-VIII), Madrid, Gredos, 2000-2007.

PROCOPIO, *Historia Secreta*

Procopii Caesariensis Opera omnia. III.1. Historia quae dicitur arcana, ed. J. Haury, Leipzig: 1905-1913; rev. G. Wirth, Leipzig, Teubner, 1962-1964.

Traducción española: *Procopio. Historia Secreta*, Madrid, Gredos, 2000, a cargo de J. Signes Codoñer.

TEÓFANES DE BIZANCIO, *Fragmentos*

Fragmenta, en C. Müller, *Fragmenta Historicorum Graecorum* IV, págs. 270-271, y en Focio, *Bibliotheca*, ed. R. Henry, vol. 2, París, 1959, págs. 76-79.

TEÓFANES CONFESOR

Theophanes Confessor, *Chronographia*, ed. C. de Boor, 2 vols. *(Corpus scriptores historiae Byzantinae)*, Leipzig, 1883-1885; reimpr. Hildesheim, 1963.

TEOFILACTO SIMOCATA

Theophylactus Simocattes. Historiae, ed. C. de Boor, Leipzig, 1887, reimpr. G. Wirth, Stuttgart, 1972.

ZACARÍAS, *Hist. Eclesiástica*

Historia Ecclesiastica Zachariae Rhetori vulgo adscrita, traducción latina de E. W. Brooks, vol. II *(Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium, Scriptores Syri)*, Lovaina, 1924, reimpr. 1965.

ZACARÍAS, *Vida Severo*

Vita Severi Zachariae Rhetori, traducción latina del siríaco, M.-A. Kugener, *Patrologia orientalis* II (1907).

JUAN ZONARAS, *Epítome*

Epitome historiarum, ed. L. Dindorf, 6 vols., Leipzig, 1868-1875.

BIBLIOGRAFÍA

Estudios generales sobre la época de Justiniano

G. ARCHI (ed.), *L'Imperatore Giustiniano. Storia e mito: giornate di studio a Ravenna*, Milán, 1978.

J. W. BARKER, *Justinian and the Later Roman Empire,* Madison - Londres, 1966.

G. BOWERSOCK, *Hellenism in Late Antiquity*, Ann Arbor, 1990.

D. BRAUND, *Georgia in Antiquity: a history of Colchis and Transcaucasian Iberia, 550 BC-AD 562*, Oxford, 1994.

J.B. BURY, *HLRE: History of the Later Roman Empire I-II*, Londres, 1923 (reimpr. Amsterdam, 1966).

A. CAMERON, «The last days of the Academy of Athens», *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 195 (1969), 7-29.

—, *Porphyrius the Charioteer*, Oxford, 1973.

AV. CAMERON, *Continuity and Change in Sixth-Century Byzantium*, Londres, 1981.

CAMERON, *CAH*: AV. CAMERON, B. WARD-PERKINS, M. WHITBY, *Cambridge Ancient History, XIV. Late Antiquity. Empire and Successors A. D. 425-600*, Cambridge, 2000.

A. CAPIZZI, *Giustiniano I, tra politica e religione*, Messina, 1994.

A. CARILE, «Consenso e dissenso fra propaganda e fronda nelle fonti narrative dell'età gustinianea», en G. ARCHI (ed.),

L'Imperatore Giustiniano. Storia e mito: giornate di studio a Ravenna, Milán, 1978, 37-93.

A. Christensen, *L'Iran sous les Sassanides*, Copenhague, 1944.

M. E. Colonna, *Gli storici bizantini dal IV al XV secolo*, Nápoles, 1956.

L. R. Cresci, «Osservazioni sui rapporti tra *historía* ed *enkṓmion* nella storiografia bizantina», en M. G. Angeli Bertinelli, L. Piccirilli (eds.), *Serta Historica Antiqua* II, Roma, 1989, 291-294.

G. Downey, *Constantinople in the Age of Justinian*, Oklahoma, 1960.

F. Dvornik, *Early Christian and Byzantine Political Philosophy: Origins and Background*, Washington, 1966.

J. A. S. Evans, *The Age of Justinian. The circunstances of imperial power*, Londres - Nueva York, 1996.

G. Geatrex, «Lawyers and historians in Late Antiquity», R. W. Mathisen (ed.), *Law, Society and Authority in Late Antiquity*, Oxford, 2001, 148-161.

Gershevitch, *CIH* II: I. Gershevitch (ed.), *The Cambridge History of Iran* II, Cambridge, 1985.

H. Hunger, *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner* I, Múnich, 1978.

Jones, *LRE*: A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire 284-602. A Social, Economic and Administrative Survey*, Oxford, 1964.

J. Karayannopulos, G. Weiss, *Quellenkunde zur Geschichte von Byzanz (324-1453)* II, Wiesbaden, 1982.

P. Lamma, «Ricerche sulla storia e la cultura del VI secolo», en *Oriente e Occidente nell'Alto Medio Evo*, Padua, 1968, 83-160.

P. Lemerle, *Le Premier Humanisme byzantin. Notes et remarques sur enseignement et culture à Byzance des origines au Xᵉ siècle*, París, 1971.

MAAS, *CCAJ*: M. MAAS (ed.), *The Cambridge Companion to the Age of Justinian*, Cambridge, 2005.

C. MANGO, G. DAGRON, *Constantinople and Its Hinterland*, Aldershot, 1995.

J.R. MARTINDALE, *The Prosopography of the Later Roman Empire II: a. D. 395-527*, Cambridge, 1980; vol. III A-B: *a. D. 527-641*, Cambridge, 1992.

G. MORAVCSIK, *Byzantinoturcica I: die byzantinischen Quellen der Geschichte der Turkvölker*, Berlín, 1958 (reimpr. Leiden, 1983).

C. MORRISSON (dir.), *Le monde byzantine I. L'Empire romain d'Orient 330-641*, París, 2004.

ODB: A. P. KAZHDAN, *The Oxford dictionary of Byzantium*, Oxford, 1991.

A. PERTUSI, «L'atteggiamento spirituale della più antica storiografia bizantina», *Aevum* 30 (1956), 137-166.

G. RAVEGNANI, *Soldati di Bisanzio in età giustinianea = Soldados de Bizancio en tiempos de Justiniano* [trad. S. PEREA, E. VIGANÓ], Madrid, 2007.

J. RUBIN, *Das Zeitalter des Justinians* I, Berlín, 1960; II, Berlín, 1995.

J. SIGNES, «La historiografía en el Oriente del Imperio Romano», en D. ESTEFANÍA, M. DOMÍNGUEZ, M.T. AMADO (eds.), *El final del mundo antiguo como preludio de la Europa moderna*, Santiago, 2003, 114-173.

STEIN, *HBE*: *Histoire du Bas-Empire, II: De la disparition de l'Empire d'Occident a la mort de Justinien (476-56)*, París, 1949.

A. M. TARAGNA, Logoi historias: *discorsi e lettere nella prima storiografia retorica bizantina*, Alejandría, 2000.

G. TATE, *Justinien. L'épopée de l'Empire d'Orient (527-565)*, París, 2004.

R. THIEL, *Simplikios und das Ende der neuplatonischen Schule in Athen*, Maguncia, 1999.

F. H. TINNEFELD, *Kategorien der Kaiserkritik in der byzantinischen Historiographie*, Múnich, 1971.

W. TREADGOLD, *Bizantium and its Army, 284-1081*, Stanford, 1995.

Z. V. UDAL'COVA, «Le Monde vu par les Historiens byzantins du IVe au VIIe Siècle», *Byzantinoslavica* 33.2 (1972), 93-213.

J. T. WALKER, «The limits of late antiquity: philosophy between Rome and Iran», *Ancient World* 33.1 (2002), 45-69.

M. WHITBY, «Greek Historical Writing After Procopius: Variety and Vitality», en AV. CAMERON, L. CONRAD (eds.), *The Byzantine and early Islamic Near East, I: Problems in the literary source material: papers of the First Workshop on Late Antiquity and Early Islam*, Nueva York, 1992, 25-80.

E. YARSHATER, *CIH* III: E. E. YARSHATER (ed.), *The Cambridge History of Iran III. The Seleucid, Parthian and Sassanian Periods*, Cambridge, 1983.

Estudios particulares sobre las Historias *de Agatías*

M. ACOSTA ESTEBAN, «Los historiadores clasicistas de Justiniano», en J. GONZÁLEZ (ed.), *El mundo mediterráneo (s. III-VII)*, Actas del III Congreso Andaluz EECC, 1999, 255-264.

K. ADSHEAD, «Thucydides and Agathias», en B. CROKE, A. EMMET, *History and Historians in Late Antiquity*, Sidney, 1983, 82-87.

E. AMATO, «Agazia e Dioniso il Periegeta», *Philologus* 148.1 (2004), 188-190.

G. ARCHI (ed.), *L'Imperatore Giustiniano. Storia e mito: giornate di studio a Ravenna*, Milán, 1978.

G. BAKALOV, «Les ouvres d'Agathias de Myrénée comme source de l'histoire des territoires balkaniques pendant la

première moitié du VIe siècle», *Études Balkaniques* 10, 2-3 (1974), 196-207.

B. BALDWIN, «Four problems in Agathias», *Byzantinische Zeitschrift* 70 (1977), 295-305.

A. BORGHINI, «Cane-uccello, cani e uccelli: incomprensione culturale, e recupero del *reale* come retorica, in alcuni passi di Agatia», en G. MAZZOLI, F. GASTI, *Prospettive sul tardoantico,* Como, 1999, 157-165.

D. BRODKA, «Die geschichtsmächtigen Faktoren in den Historiae des Agathias von Myrina», *Jahrbuch der Österreichischen Byzantinistik* 52 (2002), 161-176.

—, *Die Geschichtsphilosophie in der spätantiken Historiographie. Studien zu Prokopios von Kaisareia, Agathias von Myrina und Theophylaktos Simokattes*, Fráncfort del Meno, 2004.

A.-AV. CAMERON, «Christianity and Tradition in the Historiography of the Late Empire», *Classical Quarterly* 14.2 (1964), 316-328.

AV. CAMERON, «Agathias and Cedrenus on Julian», *Journal of Roman Studies* 53 (1963), 91-94.

—, «Herodotus and Thucydides in Agathias», *Byzantinische Zeitschrift* 57 (1964), 34-52.

—, «Agathias and the Early Merovingians», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 37 (1968), 95-140.

—, «Agathias on the Sassanians», *Dumbarton Oaks Papers* 23-24 (1969-1970), 67-183.

—, *Agathias*, Oxford, 1970.

M. R. CATAUDELLA, «Historiography in the Past», en G. MARASCO (ed.), *Greek and Roman Historiography in late antiquity. Fourth to Sixth Century A. D.*, Leiden - Boston, 2003, 392-447.

M. CESA, «Agatia Scolastico lettore di Procopio», en R. PRETAGOSTINI, *Tradizione e innovazione nella cultura greca da*

Omero all'età ellenistica: scritti in onore di Bruno Gentili, III, Roma, 1993, 1171-1180.

F. CONCA, «Note sull'impiego del linguaggio poetico nelle *Storie* di Agatia, I», *Hestíasis. Studi di tarda antichità offerti a Salvatore Calderone*, I, Messina, 1988, 127-136.

S. CONSTANZA, «Orientamienti cristiani della storiografia di Agazia», *Helikon* 1-2 (1962), 90-111,

B. COULIE, B. KINDT, *Thesaurus Agathiae Myrinaei: historia et epigrammata*, Turnhout, 2006.

G. FRANKE, *Quaestiones Agathianae*, Breslau, 1914.

B. GENTILI, «I codici e la edizione delle storie de Agazia», *Bolletino dell'Istituto Storico Italiano per il medioevo e Archivio Muratoriano* 58 (1944), 165-176.

G. GOTTLIEB, «Die Nachrichten des Agathias aus Myrina über das Christentum bei Franken und Alamannen», *Römisch-Germanisches Zentralmuseums* 16 (1969), 149-158.

J. IRMSCHER, «Über die Weltanschauung des Agathias», *Instrumenta Patristica* 9 (1966), 63-68.

—, «Bemerkungen zu Agathias. Antiker Mythus im frühbyzantinischen Geschichtsverständnis», *Klio* 66 (1984), 646-649.

M. ITES, «Zur Bewertung des Agathias», *Byzantinische Zeitschrift* 26 (1926), 274-285.

A. KALDELLIS, «Agathias on History and Poetry», *Greek, Roman & Byzantine Studies* 38 (1997), 295-306.

—, «Things are not what they are: Agathias Mythistoricus and the last laugh of classical culture», *Classical Quarterly* 53 (2003), 295-300.

—, «The historical and religious views of Agathias: a reinterpretation», *Byzantion* 69.1 (1999), 206-252.

R. KEYDELL, «Epigramm», *Reallexikon für Antike und Christentum* 5 (1962), 539-577.

—, «Sprachliche Bemerkungen zu den *Historien* des Agathias», *Byzantinische Zeitschrift* 61 (1968), 1-3.

H. LIEBERICH, *Studien zu den Proömien in der griechischen und byzantinischen Geschichtsschreibung* I-II, Múnich, 1900 (reimpr. 1976).

R. C. MCCAIL, «The Earthquake of A. D. 551 and the Birthdate of Agathias», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 8.3 (1967), 246-247.

—, «On the Early Career of Agathias Scholasticus», *Revue des Études Byzantines* 28 (1970), 141-151.

—, «Poetic Reminiscence in the *Histories* of Agathias», *Byzantion* 38 (1968), 563-565.

M. MEIER, «Prokop, Agathias, die Pest und das *Ende* der antiken Historiographie. Naturkatastrophen und Geschichtsschreibung in der ausgehenden Spätantike», *Historische Zeitschrift* 278 (2004), 281-310.

C. QUESTA, «Il morto e la madre: Romei e Persiani nelle *Storie* di Agatia» en *L'aquila a due teste: immagini di Roma e dei romani*, Urbino, 1998, 137-172.

M. RAMPI, «La storiografia agaziana e il *favoloso*», *Quaderni medievali* 37 (1998), 39-59.

H. REFFEL, *Über den Sprachgebrauch des Agathias*, Kempten, 1894.

G. SPYROPOULOS, *Katà tí mimeîtai Agathías Hēródoton kaì Prokópion*, Atenas, 1892.

J. SUOLAHTI, «On the Persian sources used by the byzantine historian Agathias», *Studia Orientalia* 13, 1947.

A. M. TARAGNA, «Historia e *thélgon* un interpretazione del pensiero storiografico di Agazia Scolastico», *Quaderni del Dipartimento di Filologia, Linguistica e Tradizione classica dell'Univseritá degli studi di Torino* 9, Bolonia, 1998, 311-321.

J. THÉODORIDÈS, «Quelle était la maladie décrite par l'historien Agathias (VI siècle A. D.)?», *Histoire des sciences médicales* 15 (1981), 153-158.

W. TREADGOLD, «Agathias of Myrina», *The early byzantine historians*, Basingstoke, 2007, 279-290.

O. VEH, *Zur Geschichtsschreibung und Weltauffassung des Prokop von Caesarea. T. 3. Der Geschichtsschreiber Agathias von Myrina*, Beirut, 1952/1953.

E. WATTS, «Justinian, Malalas, and the End of Athenian Philosophical teaching in A. D. 529», *Journal of Roman Studies* 94 (2004), 168-182.

PROEMIO

SINOPSIS

Virtudes y beneficios de la Historia (1-6). Sus trabajos literarios (7-10). Su dedicación a la Historia (11-13). Presentación del autor (14-15). Objetivos y planteamiento de la obra (16-20). Contenido de la obra (20-32).

VIRTUDES Y BENEFICIOS DE LA HISTORIA

Bello y dichoso asunto son las victorias y trofeos militares y 1
la reconstrucción y el embellecimiento de ciudades y todas las acciones grandes y admirables[1]. Estos y similares éxitos procuran fama y placer a quienes los consiguieron, pero cuando ellos mueren y han desaparecido, en modo alguno pueden acompañarlos, sino que sobreviene el olvido, que oscurece y distorsiona las verdaderas consecuencias de los hechos: una vez que han muerto quienes los conocían, huye y se va su reputación, ex-
tinguida con ellos. Así pues, la sola memoria es algo inútil e 2
inestable, que no está hecha para prolongarse largo tiempo. Nadie, creo, habría accedido a ponerse en peligro por la patria o

[1] Agatías se refiere aquí a dos de las facetas más significativas del reinado de Justiniano: las victorias militares y el embellecimiento de las ciudades, en especial Constantinopla, aunque en su obra se limita, en realidad, al primer aspecto.

sufrir otras penalidades sabiendo bien que, aun cuando realizara las más grandes hazañas, su gloria, si sólo tuviera la medida de su vida, se desintegraría y moriría con él, a no ser porque cierta divinidad todopoderosa[2], al parecer, fortaleció nuestra debilidad natural añadiendo los beneficios de la Historia y las esperanzas allí contenidas.

3 No era, creo, a causa del acebuche o del apio que los vencedores en las Olimpíadas o en las Nemeas[3] entraban desnudos en la arena[4], ni es sólo por la esperanza de botín o de un beneficio inmediato por lo que los buenos combatientes en la guerra se arrojan a un peligro manifiesto y evidente; al contrario, para ambos, es por causa de una fama pura y duradera que no tiene otra manera de originarse sino a través de la Historia que los inmortaliza, no como los ritos de Samolxis o el desvarío de los getas[5], sino, en verdad, de un modo divino e

---

[2] Para el sentido religioso de la obra, véase Introducción 3.4.

[3] El premio en las Olimpíadas era una corona de olivo silvestre y en los Juegos Nemeos, que se celebraban en el santuario de Zeus en Nemea en la Argólida, de apio. Ninguna de las dos plantas tenía en la Antigüedad un gran valor culinario, sólo era símbolo de triunfo y gloria en los Juegos.

[4] El que los antiguos griegos participaran desnudos en los Juegos era una de las peculiaridades más llamativas para los romanos y consecuentemente también para los bizantinos. El cristianismo tampoco veía bien estos certámenes, que se entendían como festivales paganos. Su celebración fue prohibida por Teodosio I en el 393.

[5] Samolxis o Salmoxis era una divinidad entre los getas, una tribu tracia de la que tenemos noticia por HERÓDOTO, IV 94-95. Este autor nos habla de una leyenda —que él rechaza— según la cual Samolxis fue esclavo de Pitágoras, del que había adquirido muchos conocimientos, así como de los egipcios. Después volvió con su pueblo, al que enseñó lo que había aprendido, especialmente sobre la inmortalidad. Los getas creían que al morir residirían con él. Cada cuatro años elegían a un mensajero al que le encargaban transmitir a Samolxis lo que necesitaban y que hacían morir con un complicado ritual. Véase también ESTRABÓN, *Geografía* VII 297. No está nada claro por qué Agatías cita aquí a

inmortal y el único en el que los asuntos mortales pueden vivir para siempre[6].

No me sería nada fácil enumerar y exponer todos los bien- 4
es con los que la Historia ha colmado la vida humana; por decirlo muy resumidamente, creo que no es en absoluto inferior
a la Filosofía política[7], si no es aún más provechosa. Pues ésta 5
ordena y establece, cual maestra rigurosa e inflexible, a qué hay que atenerse y qué hay que evitar, en una mezcla de obligación y embeleso. La Historia, en cambio, usa más la seducción, condimenta la exposición con anécdotas variopintas y muestra en el discurso ejemplos en los que los hombres han conseguido buena reputación por haber hecho uso de la prudencia y de la justicia y en los que no dieron con lo conveniente al estar dirigidos por un mal criterio o una mala fortuna: así infunde las virtudes, con calma y discreción, en las almas de los hombres. Pues en ellas lo agradable y espontáneo germina y se asienta mejor[8].

En efecto, después de observar y reflexionar mucho llegué a 6
la conclusión de que hay que admirar y celebrar como benefactores públicos a cuantos se afanaron en tales obras, aunque me

---

este personaje, aunque llama la atención que frente a la historiografía occidental, para quien los getas son símbolo de sabiduría, Agatías insista en su «desvarío». Véase LAMMA, «Ricerche....», págs. 91-94.

[6] Probable alusión a TUCÍDIDES, I 22, 4.

[7] Las grandes obras del pasado —las *Leyes* de Platón o la *Política* de Aristóteles— sobre política se basan en una concepción moral, como la que defiende aquí Agatías. En el siglo VI d. C. la discusión teórica sobre la administración del Imperio y su cristianización se intensificó con obras como el anónimo *Diálogo sobre la ciencia política*, el *Tratado sobre estrategia*, las obras de Agapito y las reflexiones del propio Justiniano en los prefacios de las *Novelas*. Véase, para el tema, F. DVORNIK, *Early Christian and Byzantine Political Philosophy: Origins and Background*, Washington, 1966.

[8] Sobre la concepción de la Historia aquí reflejada, véase Introducción 3.3.

parecía que no tenía que encargarme de ningún modo de una tarea similar, ni siquiera intentarlo.

SUS TRABAJOS LITERARIOS

7 Desde joven me sentía sobre todo inclinado al metro heroico y me agradaban los deliciosos refinamientos de la poesía; así, tengo escritos unos poemas cortos en hexámetros a los que di el nombre de *Dafníacas*, engalanados con historias de amor y repletos de adornos igual de encantadores[9].

8 Antes[10] pensé que sería una empresa digna de consideración y nada ingrata si los últimos y más recientes epigramas, todavía desconocidos y susurrados[11] de unos a otros sin orden ni concierto, los reunía en una colección lo más completa posible y los registraba con un orden adecuado[12]. Además, compuse otras muchas piezas que no fueron hechas por obligación, sino, al

[9] No se ha conservado nada de esta obra. Sobre lo poco que sabemos de ella, véase Introducción 2.1.

[10] Para la problemática secuencia temporal de la publicación de las *Dafníacas* y el *Ciclo*, véase Introducción 2.2.

[11] El epigrama como género reúne unas características —poesía de ocasión, brevedad, capacidad alusiva, imitación y variación de modelos anteriores— que lo hacen especialmente dependiente de su contexto y por ello estos poemas son piezas que primero circulan oralmente —a excepción, naturalmente, de los epigramas inscritos—, y que sólo en ocasiones llegan a formar parte de una obra impresa, véase R. KEYDELL, «Epigramm», *Reallexikon für Antike und Christentum* 5 (1962), págs. 539-577, y para la época de Agatías, H. LAUXTERMANN, *Byzantine Poetry from Pisides to Geometres. Texts and Contexts,* vol. I, Viena, 2003, en especial págs. 19-54

[12] Un aspecto importante de una antología de epigramas de temas y autores variados es el orden en que se leen. En este sentido, la de Agatías difiere de sus predecesoras —las de Meleagro y Filipo— en que ordena los poemas por temas, frente al alfabético o mixto de aquéllas.

contrario, como diversión y embeleso[13]. Es sin duda la Poesía 9
un asunto sagrado y divino: en ella ciertamente las almas están
poseídas, como diría el filósofo hijo de Aristón[14], y las que de
verdad están cautivadas por las Musas o están sometidas al
delirio dan a luz obras encantadoras. Decidí, pues, dedicarme a 10
ello y no abandonar nunca por mi voluntad estas agradables
ocupaciones juveniles, sino seguir el famoso precepto délfico y
conocerme a mí mismo[15].

SU DEDICACIÓN A LA HISTORIA

Pero sucedió que en mi época estallaron inesperadamente grandes guerras en la mayor parte del mundo y hubo migraciones en masa de muchos pueblos bárbaros; hechos confusos e increíbles tuvieron resultados inesperados y se dieron desconcertantes vicisitudes de la fortuna; y hubo pueblos destruidos, ciudades esclavizadas, gentes desplazadas, es decir, que toda la Humanidad estaba trastornada[16].

---

[13] No sabemos a qué obras se refiere. Véase, para las distintas, y nada seguras, hipótesis, Introducción 2.3.

[14] Es decir, Platón. La cita hace referencia a *Fedro* 245a, donde se describe la poesía como uno de los tres tipos de locura divina. También ARISTÓTELES, *Poética* 1451a38-b11, dice que la poesía es más filosófica que la historia. Para la similitud entre Poesía y Filosofía planteada aquí por Agatías, véase KALDELLIS, «Agathias on history...», pág. 299, e Introducción 3.5.

[15] «Conócete a ti mismo», la máxima inscrita a la entrada del templo de Delfos.

[16] Durante todo el reinado de Justiniano, y también en los de sus sucesores, Justino II y Tiberio, las guerras se sucedieron sin tregua, tanto defensivas, contra Persia al este y los eslavos al norte, como ofensivas, contra los Estados germánicos bárbaros de la Europa occidental. Es curioso sin embargo que en el Proemio al *Ciclo* (*AP* IV 3, 98) —dirigido al Justiniano de los últimos años o a Justino en sus primeros momentos— hable de un mundo en paz.

Así, al tener lugar estos sucesos y otros similares, me sobrevino cierto temor de que no sería justo si, por mi parte, dejaba silenciados y sin recuerdo acontecimientos tan importantes y asombrosos, que serán útiles y provechosos para la
11 posteridad. Por consiguiente, me pareció que no estaba fuera de lugar intentar relatarlos[17] de alguna manera, para no consumir toda mi vida en el banal trabajo de mis fábulas míticas[18] sino producir también algo necesario. Y con sus alientos y estímulos me animaban y urgían a la acción muchos de mis amigos; entre ellos, el más insistente sin duda era Eutiquiano el joven, primer secretario de palacio, además de gran persona, muy inteligente, de buen nivel cultural y que había llegado a
12 ser el mejor adorno para la familia de Floro[19]. Este hombre, en efecto, dedicó mucha atención a mis asuntos y, al estar ocupándose intensamente en que mejoraran mi nombre y mis intereses, no dejaba de animarme y de demostrarme las benévolas esperanzas que tenía en mí. Me decía que no tenía que ver esta empresa como algo inútil e imposible ni sentirme espantado por probar algo nuevo, como los hombres de tierra adentro ante un viaje por mar[20]. Creía firmemente, además, que la His-

[17] No por casualidad utiliza la misma palabra que Tucídides en el inicio de su obra: *syggrapheîn*.

[18] El término utlizado es *mythología*, una palabra no muy frecuente, utilizada, por ejemplo, por PLATÓN, *Leyes* 752a, etc., y que implica cierta idea de «cuento», referido más bien a «lo falso», que se opone a «lo verdadero» de la Historia.

[19] No se sabe exactamente quién es este Eutiquiano; Floro puede ser quizá el padre de Pablo Silenciario, con quien Agatías tenía una relación íntima, véase Introducción 1. Los secretarios imperiales estaban organizados militarmente y tenían, además de su ocupación inicial de secretarios, otras diversas funciones. El primer secretario, por ejemplo, se encargaba del *laterculum maius*, el gran registro de funciones civiles y militares.

[20] La comparación la utiliza ya ISÓCRATES, *Cartas* IV, 8.

toria no estaba lejos de la Poesía, sino que ambas eran hermanas de la misma sangre y que quizá sólo se diferenciaban por el metro: el cambio era, pues, como ir de casa a mi segunda casa y por ello me exhortaba a proceder con confianza y a dedicarme a este empeño con todas mis fuerzas. Por supuesto, 13
con tales palabras, que hechizaban mi ánimo deseoso, le fue muy fácil conquistarme y convencerme. Y heme aquí: ojalá sea capaz de realizar una obra digna de beneplácito y proporcional a la magnitud de los acontecimientos.

PRESENTACIÓN DEL AUTOR

Hay que aclarar primero quién y de dónde soy, como es cos- 14
tumbre entre los historiadores. Me llamo Agatías, Mirina es mi patria, Memnonio mi padre, mi trabajo el Derecho romano[21] y los procesos en los tribunales. La Mirina a la que me refiero no es la ciudad de Tracia ni ninguna otra con ese nombre que pudiera encontrarse en Europa o Libia, sino la de Asia[22], antiguamente colonizada por los eolios, situada a ambos lados de la desembocadura del río Pítico, que transcurre desde Lidia para desembocar en el canal más alejado del golfo eleático[23]. 15
Ojalá pudiera recompensarla por su crianza hasta donde me fuera posible y escribir una exhaustiva relación de los hechos ilustres de mi patria; pero, por ahora, reciba benévola y amable

[21] En todas las épocas de la historia bizantina, la base del sistema jurídico la constituye el Derecho romano.

[22] Los tres continentes para los bizantinos, Europa, Asia y Libia (África).

[23] Ciudad de la costa eolia, a unos 37 km al sudoeste de Pérgamo, levantada en las orillas del río Pítico o Titneo, hoy el Güzelhisar Çayi. Agatías escribe desde Constantinopla, así que el canal más alejado es el más meridional desde su perspectiva.

mis buenos deseos, ya que he de dirigir mis pasos a asuntos generales de mayor envergadura[24].

OBJETIVOS Y PLANTEAMIENTO DE LA OBRA

16 Escribiré mis *Historias* no como otros lo están haciendo hoy en día: en efecto, ahora algunos han emprendido esta tarea, aunque en la mayoría de los casos sin preocuparse lo más mínimo de la verdad ni de contar a qué azar respondieron los acontecimientos[25]; al contrario, prefieren adular y halagar tan claramente a la mayoría de los poderosos que si por casualidad
17 hubiesen dicho la verdad, no se les creería[26]. Los expertos en la materia[27] dicen que ponderar en exceso los méritos de alguien es característico sólo del género encomiástico y la Historia, aunque no desprecia en absoluto ensalzar a quien actúa bien,

[24] La relación con su patria parece que fue intensa, como prueba la inscripción que acompañaba a una estatua suya (*AP* XVI 316) y que quizá obedeciese a la gratitud por la reconstrucción de unas letrinas públicas en su ciudad. *Cf.* Introducción 1, para la discusión sobre esta posibilidad.

[25] Para el valor de *týchē*, azar o fortuna, véase Introducción 3.4.

[26] El género encomiástico es uno de los más desarrollados en época de Agatías, al que se dedicaron incluso dos de los autores más admirados por él: Procopio en *Edificios* y Pablo Silenciario en su *Descripción de Santa Sofía*, y llenó, también, las páginas de la Historia. Para un catálogo de textos que lo reflejan, véase T. C. Burgess, «Epideictic Literature», *Studies in Classical Phillolology* 3 (1902), 89-261.

[27] Probablemente se refiere a los manuales de retórica que establecían detalladamente los distintos subgéneros en literatura y oratoria, como por ejemplo los de Menandro, aunque en opinión de H. Lieberich, *Studien zu den Proömien in der griechischen und byzantinischen Geschichtsschreibung* I-II, Múnich, 1900 (reimpr. 1976), págs. 10-12, puede tratarse del opúsculo de Luciano, *De cómo debe escribirse la historia*, con el que la obra de Agatías presenta interesantes coincidencias, véase Introducción 3.5.

no quiere, creo, que éste sea su objetivo y marca; siempre que la manera de proceder conlleve alabanza o censura, no deben ni rechazarse ni maquillarse los hechos. En cambio, los que di- 18
cen escribir Historia y hacen profesión de ello en la portada de su obra, al primer examen se ve que han jugado con ese título, pues a los que aún están vivos, sean reyes o cualquier otra persona importante, no sólo los ensalzan con el relato de sus hechos —lo que sería una falta leve—, sino que lo hacen con tanto descaro que no tienen otro afán que alabarles y encumbrarles mucho más allá de lo que merecen; pero a los que ya han muerto, fueran como fueran, los llaman criminales y destructores del bien público o, lo menos malo, los desprecian de tal modo que ni siquiera los nombran[28]. De esta manera creen 19
afianzar su situación y obtener para sí un provecho al mimar a quien esté en el poder, aunque están equivocados, porque a los que son objeto de sus halagos no les complace demasiado tal comportamiento, ya que creen que no será suficiente con lo ostensible de esa adulación para consolidar su fama[29]. En cual- 20
quier caso, escriban estos autores como quieran o suelan, que yo por mi parte he de decir la verdad, hacia donde sea que ello me conduzca.

---

[28] Así como la alabanza excesiva es frecuente en la época, lo es, igualmente, la crítica más despiadada, como la que aparece en la *Historia Secreta* de Procopio, *cf.* A. CARILE, «Consenso e dissenso fra propaganda e fronda nelle fonti narrative dell'età gustiniananea», en G. ARCHI (ed.), *L'Imperatore Giustiniano storia e mito*, Milán, 1978, págs. 37-93.

[29] Este largo *excursus* repite ideas que se encuentran, por ejemplo, en la obra de LUCIANO, *De cómo ha de escribirse la historia* 9. Agatías parece tener a alguien concreto en mente, quizá a Procopio, según apunta CAMERON, *Agathias*, pág. 33.

CONTENIDO DE LA OBRA

Recordaré cuántos hechos memorables hayan sucedido hasta ahora en el mundo romano[30] y en la mayor parte del mundo bárbaro, no sólo de hombres aún vivos, sino sobre todo de aquellos que ya se han ido y no omitiré nada digno de mención.
21 Por ello mismo, aunque me he puesto a escribir no antes de que Justino II alcanzara el poder imperial una vez muerto Justiniano[31], comenzaré por la época anterior y me ocuparé con especial interés de lo que no haya sido tratado por nadie más.
22 Y al haber sido ya registrados con exactitud la mayoría de los acontecimientos del reinado de Justiniano por el rétor Procopio de Cesarea[32], he de pasarlos por alto, ya que están suficientemente tratados; en cambio, los posteriores a él los he de
23 exponer de la manera más completa posible. El proemio de su Historia lo constituye la muerte de Arcadio y el nombramiento de Isdigerdes, el rey persa, como tutor de su hijo Teodosio; los acontecimientos relacionados con Vararanes y Peroces y cómo Cabades, ya rey, perdió el poder y poco después lo re-

---

[30] Los hombres de la época de Agatías no se llaman a sí mismos «bizantinos» sino «romanos», ya que se sentían directos continuadores del Imperio romano.

[31] Justiniano murió el 14-15 de noviembre del 565, tras haber confiado el poder, según Coripo, *Panegírico* 167-198, a su sobrino Justino II, que es proclamado emperador la tarde misma de la muerte de Justiniano. Por otra parte, esta referencia da una fecha *post quem* para datar el principio de la redacción de las *Historias*, *cf.* Introducción 1.

[32] Procopio de Cesarea, que murió pocos años después de Justiniano, fue el más importante historiador del período, autor de los ocho libros de *Las guerras de Justiniano*, la controvertida *Historia Secreta* y *Sobre los edificios*. De formación jurídica, fue durante muchos años el secretario de Belisario, al que acompañó en sus campañas militares. Fue, entonces, rétor, como el propio Agatías, ya que este término podía referirse a su profesión o formación jurídica y también a su trabajo como historiador, *cf.* Introducción, nota 11.

cuperó[33]; y cómo Amida fue capturada por él, cuando Anastasio era emperador de los romanos; y cuántas penalidades sufrió posteriormente Justino I por este asunto[34]. A continuación 24
uno puede informarse perfectamente en la obra de Procopio de las guerras persas[35] que llevó a cabo Justiniano, el emperador de los romanos, contra Cabades y Cosroes[36] en Siria, Armenia y las fronteras de Lázica[37], y también de Gelimer el vándalo, la ciudad de Cartago y toda África, desde Bonifacio y Genserico y la revuelta de aquellos tiempos, hasta que muchos años después fuera dominada por Justiniano y volviera de nuevo a formar parte del Imperio romano[38]. Tras la ruina de 25
los vándalos, pueden incluso encontrarse en la obra todos los éxitos y desgracias de los moros cuando se rebelaron contra los romanos en muchas partes de Libia: cómo Estotzas y Gontaris, que estaban en el bando romano, se rebelaron[39] y fueron los

[33] Arcadio murió en el 408. Isdigerdes murió en el 420; Vararanes V reinó del 420 al 440, Peroces, del 459 al 484, *cf.* PROCOPIO, *Guerras* I 2.

[34] Cabades fue rey desde el 488 hasta el 496 y del 499 al 531. En el 503 se hizo con Amida, una ciudad de Mesopotamia, en un asedio que Procopio narra con detalle y que marcó el principio de la guerra persa. Anastasio murió en el 518 y Justino I reinó del 518 al 527. *Cf. Guerras* I 5-12.

[35] Libros I y II.

[36] Cosroes I (531-579). Agatías hablará, no obstante, de todos ellos, aunque brevemente, en su segundo *excursus* persa, IV 25-30.

[37] La costa oriental del Ponto Euxino, la antigua Cólquide. Era una región estratégica que permitía el paso de las tribus norcaucasianas hacia el sur, por lo que era muy deseada por los persas.

[38] La revuelta de Bonifacio, *comes Africae*, que se proclamó independiente del gobierno romano occidental en el 427, hasta la conquista por parte del rey vándalo Genserico en el 439, cuando tomó Cartago, *cf. Guerras* III 3, 14 ss. Gelimer usurpó el trono y fue el último rey vándalo de África (530-534). Fue derrotado por Belisario en el 534, cuando África se reincorporó al Imperio. Es el personaje central del libro III de las *Guerras* de Procopio.

[39] La palabra utilizada es *týrannos*, que en estos contextos es sinónimo de «usurpador», como en PROCOPIO, *Guerras* I 24, 44.

verdaderos causantes de multitud de desgracias y de revueltas en Libia y cómo no cesaron los males hasta que aquellos dos hombres murieron[40].

26 Y de qué manera la revuelta intestina que se alzó en Bizancio contra el emperador alcanzando una gran magnitud causó la destrucción de los bienes públicos[41]; también de las incursiones de los hunos, que pasaron entonces el río Istro e infligieron grandes daños en los dominios de los romanos, saqueando a los ilirios, los tesalios y la mayoría de los pueblos de Europa y de
27 parte de Asia, tras cruzar el Helesponto[42]. Asimismo, se encuentra allí de qué manera tan terrible fueron devastadas por Cosroes las ciudades de Sura en Siria y Berea y Antioquía, junto al río Orontes[43], y también el asedio de Edesa y cómo se le rechazó y alejó de allí. También es posible en esta obra saber de las batallas entre etíopes y homeritas y la causa por la que lle-
28 garon a tal hostilidad[44]. Se habla también largamente de la gran

[40] Estotzas pertenecía a la guardia de corps del general romano Martino en la campaña de Libia (533) y Gontaris lo era de Salomón, gobernador de Libia. Los relatos de sus sediciones —que no llegaron a convertirse en una auténtica toma de poder— se encuentran en PROCOPIO, *Guerras* IV 15 ss.

[41] En el 532 las facciones del circo, los «verdes» y los «azules», se rebelaron en el hipódromo contra la decisión del prefecto de la urbe de condenar a muerte a algunos de sus partidarios, convictos de asesinato, y se hicieron con la ciudad, que quedó arrasada. La revuelta se dominó tras una sangrienta intervención del ejército comandado por Belisario. Se llamó *nikâ*, 'vence', que era el grito de los conjurados. PROCOPIO, *Guerras* I 24.

[42] El estrecho de los Dardanelos. PROCOPIO, *Guerras* VIII. Las incursiones de distintas tribus hunas y de eslavos que vivían al otro lado del Istro o Danubio fueron constantes en especial a partir del 540: en ese año los hunos llegaron al istmo de Corinto, en el 547 los eslavos llegaron a Dirraquio o Epidamno, en la actual costa albanesa; en el 551 avanzaban hacia el Egeo y siguieron así, como nos relata el propio Agatías a partir de V 11 ss.

[43] PROCOPIO, *Guerras* II 5-13.

[44] Los etíopes eran cristianos y los homeritas, que habitaban el actual

peste, de cómo en aquel momento se fue infiltrando en la hu-
manidad y de cuántos hechos increíbles trajo consigo[45]. También 29
es en esta obra donde hay que leer las acciones que después lle-
vó a cabo el ejército romano, en las ciudades de los lazos y en
la fortaleza de Petra[46], contra Corianes y Merméroes[47] y las hor-
das persas.

Después pasa al oeste y no falta en su obra ni el relato de 30
cómo murió Teodorico, el rey de los godos[48], ni cómo su hija
Amalasunta fue asesinada por Teodato[49], ni ninguna de las cau-
sas por las que se desencadenó la guerra gótica, ni tampoco
cómo Vitiges, que se convirtió en el caudillo de los godos
después de Teodato[50], fue vencido por Belisario tras numero-
sos combates y llevado a Bizancio[51], ni tampoco cómo Sicilia,
Roma e Italia expulsaron a los bárbaros extranjeros y se organi-
zaron de nuevo según sus antiguas tradiciones[52]. Allí se puede 31
encontrar también que Narsés el eunuco fue enviado a Italia,
convertido en general en jefe por el emperador y aquellas fa-
mosas campañas que llevó a cabo contra Totila; y cómo al mo-

Yemen, en parte judíos y en parte «helénicos», es decir, paganos, *cf.* PROCOPIO, *Guerras* I 20.

45 La peste comenzó en Egipto y en su segundo año, en el 542, llegó a Bizancio, *cf. Guerras* II 22-23.

46 Ciudad en la costa de Lázica, cuya fundación se narra en *Guerras* II 14, 9-13.

47 Ambos eran comandantes persas. De estas campañas se trata en *Guerras* VIII 1, 4 y 7-16.

48 Teodorico murió en el 526, *Guerras* V 1, 35-39.

49 Amalasunta fue asesinada en el 535, *Guerras* V 4, 27.

50 En el 536, *Guerras* V 11, 5 ss.

51 En el 540, *Guerras* V 1, 1.

52 Esto es, se libraron del dominio ostrogodo y volvieron a ser «romanas»: Sicilia en el 535, Roma en el 536, en el 540 se tomó Rávena, con lo que, en teoría, se daba por concluida la campaña de Italia; ésta, sin embargo, no llegó a acabar nunca. La guerra gótica se trata en *Guerras* V-VIII.

rir éste, Teyas, el hijo de Fritigerno, obtuvo el poder y cómo
32 también él fue asesinado poco después[53]. Todos estos sucesos llevan hasta el año 26 del reinado de Justiniano y están recogidos en su totalidad en la obra de Procopio el rétor[54]. Por mi parte, era mi intención comenzar con los hechos inmediatamente posteriores a éstos y en ese punto me encuentro. Continúo, pues, con los acontecimientos.

[53] Narsés fue enviado a Italia en el 552, tras la reconquista de gran parte de Italia, Sicilia y Cerdeña; en ese mismo año, Narsés derrotó a Totila, *Guerras* VIII 21 ss. *Cf.* nota 55.

[54] El año 552. Los siete primeros libros de *Guerras* fueron publicados hacia el 550-551, y relatan hechos sucedidos entre el 527 y el 550, ordenados por escenarios bélicos; el libro VIII describe los acontecimientos del 550 al 553 en todas las zonas; su fecha de composición se sitúa en el 554. Véase J. SIGNES, «Introducción», en PROCOPIO, *Historia Secreta*, Madrid, 2000, págs. 29-36, y G. GREATREX, «Recent Work on *Procopius and the Composition of Wars VIII*», *Byzantine and Modern Greek Studies* 27 (2003), 45-67.

LIBRO I

SINOPSIS

La guerra de Italia:
(**552-invierno 553/554**) Tratado con los godos (1, 1). Reflexiones sobre la naturaleza humana (1, 2-5). Dispersión de los godos y acercamiento a los francos (1, 6-7).
Excursus franco:
Situación geográfica (2, 1-2). Organización política (2, 3-8). Historia de los últimos reyes francos (3). Planes de guerra de Teodeberto (4, 1-4). Muerte de Teodeberto (4, 5-6).
Embajada de los godos ante Teodebaldo(5): Resultado de la embajada (6, 1-2).
Características del pueblo alamán (6, 3-7, 2): Reflexiones sobre las prácticas religiosas paganas (7, 3-7).
Los preparativos de Leotaris y Butilino para la campaña (7, 8-9).
El sitio de Cumas:
Planes de Narsés (8, 1-2). Características y defensa de la ciudad (8, 3-6). Comienza el ataque (9, 1-3). Aligerno mata a Paladio (9, 4). Narsés intenta destruir la ciudad a través de la gruta dela Sibila (9, 5-10, 9).
Narsés dirige la campaña hacia Emilia y Toscana (11).
El caso de Luca:
La ciudad no se somete al tratado (12, 1-4). Narsés finge ejecutar a los rehenes (12, 5-9). Hace un trato con los habitantes (13).
El ejército romano en Emilia (14, 1-3):
Fulcaris ataca Parma (14, 3-7). Muerte de Fulcaris (15, 1-5). Los generales romanos se retiran a Faventia (15, 6-11). Carácter de Narsés (16, 1-2). Arenga de Narsés (16, 3-10). Misión de Estéfano en Faventia (17-18, 2). Fin del asedio a Parma (18, 3-8).
Narsés se dirige a Rávena para pasar el invierno (19). Aligerno entrega Cumas (20, 1-7). Narsés nombra a Sindual nuevo comandante de los hérulos (20, 8). Narsés intenta desanimar a los godos a través de Aligerno (20, 9-11). Narsés vence a los francos en una escaramuza en los alrededores de Arímino (21-22).

LA GUERRA DE ITALIA

Tratado con los godos

1 Teyas, convertido después de Totila en caudillo de los godos, tras reunir sus fuerzas y comenzar una guerra en todos los frentes contra Narsés y los romanos, sufrió una derrota absoluta y él mismo murió en la batalla[55]. Los godos supervivientes, perseguidos sin pausa por los romanos y agobiados por sus incursiones y por el hecho de encontrarse hacinados en un lugar sin agua, firmaron una tregua con Narsés, según la cual gozarían sin traba alguna de la posesión de su propia tierra pero seguirían siendo en el futuro súbditos del emperador romano[56]. Con este resultado, a todos les pareció que se habían acabado las guerras en Italia; pero era sólo el principio[57].

---

[55] Tras la batalla de Busta Gallorum en el 552, en la que murió Totila, Narsés tomó Roma y sitió Cumas. Teyas reunió al resto de las fuerzas godas e intentó cortar el asedio, pero fue derrotado y muerto en la batalla de Monte Lactario (Mons Lactarius) en el 553, cerca del Vesubio, *cf.* PROCOPIO, *Guerras* VIII 35.

[56] Procopio dice en *Guerras* VIII 37 que los godos —excepto un pequeño grupo de unos mil hombres— se marcharon de Italia, afirmación, para I. N. WOOD, «The North-western provinces», en CAMERON, *CAH* XIV, págs. 534-535, falsa, pero coherente con la grandiosa propaganda con la que, tras la victoria de Narsés, se celebró la destrucción del reino ostrogodo: incluso se eliminaron los mosaicos del rey en Rávena. En opinión de ese autor, es Agatías quien ofrece la versión correcta de los hechos posteriores a la victoria de Narsés, de los que da muchos más datos que Procopio. No obstante, la mayoría de los historiadores modernos repiten la versión de Procopio, por ejemplo, BURY, *HLRE*... II, págs. 274-275, o JONES, *LRE*... I, págs. 291-292. Véase, para una completa explicación de toda la campaña de Italia, TATE, *Justinien*..., págs. 793-799.

[57] La reconquista de Italia comenzó en el 535 y el final se puede establecer con la recuperación de Brescia y Verona en el 563.

Reflexiones sobre la naturaleza humana

Tales desgracias, creo, no van a cesar en nuestro tiempo; al 2
contrario, siempre se mantienen y con más intensidad, mientras
sea ésta la naturaleza humana que desde el principio, según di-
cen, ha acompañado nuestra existencia[58]. Llena está la Poesía,
llena la Historia de batallas y luchas y casi no podrás encontrar
otra cosa escrita en ellas. No creo que la causa sea, como dicen 3
muchos, el movimiento de las estrellas, el destino o alguna otra
fuerza irracional[59]: pues si fuera el hado quien gobernara todos
los asuntos, quedaría suprimido el libre y voluntario albedrío
de los hombres y todo consejo, oficio e instrucción, todo ello lo
tendríamos por inútil y sin sentido y se evaporarían estériles las
esperanzas de los hombres íntegros[60]. Ni tampoco creo que 4
haya que pensar en absoluto que es la Divinidad la causa de las
contiendas y las muertes violentas, pues es un ser bondadoso y
protector y no podría decir que sanguinario y violento ni podría
creer a quien lo diga. Son las almas de los hombres las que se 5
dejan caer libremente en la codicia y la maldad y llenan todo de
guerras y desórdenes; a partir de allí sobrevienen infinitos de-
sastres, naciones enteras quedan arruinadas y se padecen otras
mil calamidades[61].

---

[58] Una observación similar en TUCÍDIDES, III 82, 2.

[59] La oposición a astrólogos y adivinadores es un tópico de la literatura cristiana y el propio Justiniano dictó severas medidas contra ellos, véase PROCOPIO, *Historia Secreta* XI 37.

[60] CAMERON, *Agathias*, pág. 96, apunta un pasaje de BASILIO *(Homilias in Hexaemeron, P. G.* XXIX. 133) del que puede depender esta formulación de Agatías, aunque es una idea que aparece también en otros escritores.

[61] Hay que contraponer estas consideraciones a las ofrecidas por Diodoro, al que imitan, en cambio, formalmente: presentan similitudes con la historiografía helenística en cuanto que se niegan las intervenciones del destino o divi-

Dispersión de los godos y acercamiento a los francos

6 Lo mismo sucedió entonces con los godos, cuando firmaron el tratado y decidieron, unos, los que vivían antes al sur del Po[62], extenderse hacia Toscana y Liguria y allí donde quisieran según su gusto y costumbre; los otros, cruzando el río, se dispersaron por Venecia y por las ciudades y plazas fuertes de esa zona, en la que ya habían vivido antes[63]. Una vez que se encontraban en este territorio, lo conveniente para ellos era asegurar con sus actos los términos del tratado, mantener a salvo sus posesiones y de esta manera alejarse de tan prolongados peligros y descansar por fin de conflictos, pero esperaron muy poco a
7 causar otros nuevos y así dar origen a otra guerra. Cuando se dieron cuenta de que por sí mismos no podían enfrentarse a los romanos, enseguida se volvieron hacia los francos, pensando que así mejorarían su situación y contarían con apoyo más que suficiente si inmediatamente después de establecer alianzas con los vecinos reanudaban la lucha.

---

nas y todo se relaciona con la responsabilidad humana; hay, sin embargo, una importante diferencia entre el libre arbitrio del hombre, de concepción cristiana, y el destino, pagano. Por otro lado, la idea de la divinidad planteada aquí es la cristiana: Dios es, según el cristianismo, el regulador, no el árbitro de los acontecimientos humanos; interviene para hacer triunfar el bien, mientras que el mal es asunto del hombre. Véase, para este complejo asunto, Introducción 3.3 y 3.4.

[62] Literalmente dice «a este lado del Po», tal y como lo sitúa desde Bizancio.

[63] La derrota del Monte Lactario no supuso la inmediata derrota de los abundantes emplazamientos godos del norte de la península itálica, donde se concentraba la mayor parte de su población. Quedaban importantes núcleos como Cumas, Centumcellae y toda la zona al norte del Po.

«EXCURSUS» FRANCO[64]

Situación geográfica

Los francos son los vecinos que hacen frontera con Italia. 2
Podrían ser los que antiguamente se llamaban germanos[65]; la prueba es que viven en las tierras a orillas del Rin y tienen el dominio de la mayor parte de las Galias[66] —aunque no desde hace mucho, sino que la han conquistado recientemente— y
también la ciudad de Masalia, la colonia de los jonios[67]. Esta 2

[64] Comienza aquí el *excursus* sobre los francos, una digresión de cierta amplitud similar a las que ofrecerá en la parte de las guerras persas; incluso en algunos manuscritos aparece titulado de manera independiente como *Perì tôn Phránkōn* (como en *Laur. Med.* LXXIV 13, f. 335, etc.). La idea de ofrecer largas explicaciones sobre el carácter y las costumbres de los pueblos protagonistas de los acontecimientos históricos y los hechos anteriores que han llevado a ellos es muy probable que le haya sido inspirada por Procopio, que en *Guerras* V 12 lo ofrece sobre los francos, en VII 14 sobre los esclavenos, etc. Para un detallado análisis de todo este fragmento, véase, Av. CAMERON, «The Early Merovingians...». A diferencia del *excursus* persa, Agatías no cita fuente principal. Dada la probable fecha de composición de esta parte de la obra, Agatías tuvo que recoger esta información en los primeros años de la década de los setenta. Se ha sugerido que la obtuvo del embajador del rey Sigiberto de Austrasia que visitó Constantinopla en el 571 (*Historia de los francos* IV 40), véase Introducción, 3.9.

[65] La identificación entre francos y germanos aparece, por ejemplo, en PROCOPIO, *Guerras* V 11, 29, aunque no todos los autores los confunden. El nombre de «germanos» obedece más a un motivo literario que a una realidad histórica comprobada y no vuelve a aparecer en la obra.

[66] Esta información también parece proceder de PROCOPIO, *Guerras* V 12, 41.

[67] La actual Marsella. Procopio nos informa de que los godos cedieron Provenza a los francos en pago por su alianza (*Guerras* V 13, 14 ss.), en el 536, a comienzos de la guerra gótica; la cita aquí de la ciudad no tiene un fin informativo, sino que le ofrece a Agatías, movido por su idea de encontrar las similitudes entre francos y romanos, la posibilidad de relacionar a los antiguos y nuevos pobladores.

ciudad la fundaron antiguamente los foceos de Asia, expulsados por los medos cuando era su rey Darío, el hijo de Histaspes[68]; ahora, de ser una ciudad griega, ha pasado a ser bárbara: ya no sigue su organización política ancestral sino las leyes de los conquistadores, pero incluso ahora no parece ser muy inferior a la excelencia de sus antiguos habitantes.

Organización política

3 Pues los francos no son nómadas, como algunos bárbaros, sino que, en general, tienen una forma de gobierno y unas leyes como las romanas[69] y también se rigen del mismo modo en
4 asuntos como contratos, matrimonio y ritos religiosos[70]. Son todos cristianos y seguidores de la más firme ortodoxia[71]; tienen magistrados y sacerdotes en las ciudades y celebran las mismas fiestas que nosotros. Por ello me parece que, aun siendo bárba-

---

[68] Darío I el Grande fue rey de Persia del 521 al 485 a. C.

[69] Además del valor etnográfico que pueda tener el *excursus*, el sentido en Agatías es claramente moral: se trata de mostrar la oposición entre los virtuosos francos —cristianos, y además ortodoxos, véase más abajo— con los malvados alamanes —paganos—, y con ese fin ofrecerá una pintura muy inexacta de este pueblo. Hay, además, razones políticas para que en tiempos de Agatías hubiese una actitud tan favorable hacia los francos, véase Introducción 3.10.

[70] Su descripción se aleja en parte de los tradicionales relatos etnográficos e incluso de Procopio, debido a su afán de marcar las similitudes con los romanos, por ejemplo, en la referencia a los contratos, véase CAMERON, «Early merovingians...», págs. 112-113, que duda del conocimiento que Agatías pudiera tener de las leyes francas, así como de los matrimonios, pues según Gregorio de Tours eran polígamos, véase *Historia de los francos* IV 26, 28.

[71] Clodoveo, el iniciador de la dinastía, fue bautizado en Reims por el obispo Remigio probablemente en el 498. Su catolicismo le permitió recibir el apoyo del emperador y gracias a ello consiguió convertirse en el poder político-militar más importante de las Galias.

ros, son cultos y civilizados en extremo y que lo único que los
diferencia de nosotros es su ropa bárbara y su lengua propia. Yo 5
les admiro extraordinariamente por otras virtudes, en especial
por la justicia y la armonía que reina en sus relaciones mutuas.
Muchas veces en el pasado y también en mi tiempo ha sucedi-
do que el reino quedara repartido entre tres o incluso más reyes
y jamás se han declarado la guerra unos a otros ni han consen-
tido en manchar el suelo patrio con sangre fraterna. Ciertamen- 6
te, cuando grandes potencias se presentan como adversarias en
igualdad de fuerzas, entonces es inevitable que surjan actitudes
rígidas y soberbias, al tiempo que aparecen, como es natural, la
ambición, la rivalidad y otros miles de pasiones fecundas en
desórdenes y revueltas; sin embargo entre ellos, sean las que
sean las partes en las que está dividido el reino, nunca sucede
nada de esto. Aunque si se da el caso y se origina algún con- 7
flicto entre los reyes, se aprestan en un lugar como para pelear
y resolver el asunto por las armas. Pero en cuanto los ejércitos
se encuentran cara a cara, de inmediato suspenden las hostilida-
des, recuperan la concordia y exigen a sus caudillos que diri-
man sus diferencias por vía legal y si no, que sean ellos quienes
expongan sus vidas enfrentándose en singular combate, pues no
es de ley, ni divina ni humana, que por desacuerdos personales
se ponga en peligro y se perjudique el bien común. Así que
rompen filas, deponen las armas y vuelve la paz, la armonía, las
relaciones amistosas y la comunicación entre ellos y se aleja la
desgracia[72]. Así de justos y amantes de su patria son los súbdi- 8
tos y pacíficos y con buena predisposición en los momentos crí-
ticos sus líderes.

---

[72] Toda esta descripción tiene más de fantasía que de realidad; por supuesto hubo conflictos —a menudo sangrientos— entre los distintos reyes francos: Gregorio de Tours nos presenta a Teodorico y Clotario luchando entre sí en *Historia de los francos* III 7, y el propio Agatías nos habla de la disputa

De ello resulta también que tienen un poder y una legislación fuerte y estable y un territorio del que no han perdido nada sino que lo han engrandecido. Pues son precisamente los pueblos en los que se cultivan la justicia y la benevolencia los que tienen un estado próspero, estable y muy poco expuesto al ataque enemigo.

Historia de los últimos reyes francos

3 Por consiguiente, los francos, con esta vida inmejorable, gobiernan su propio territorio y el de sus vecinos, pasando el reino de padres a hijos. En el tiempo en que los godos les enviaron la embajada, tenían tres reyes. Creo que no está fuera de lugar interrumpir el curso de mi relato para remontarme un poco en la historia de la dinastía y en los acontecimientos previos antes
2 de llegar a quienes reinaban entonces[73]. Childeberto y Clotario, Teodorico y Clodomiro eran hermanos. Cuando murió su padre Clodoveo[74], se dividieron el reino en cuatro partes que resulta-
3 sen en ciudades y gentes, creo, iguales entre sí[75]. No mucho después, Clodomiro atacó a los burgundios (pueblo godo dedi-

entre Childeberto y Clotario en II 14. En cuanto al duelo judicial que describe, es probable que los francos lo conocieran, *cf.* GREGORIO DE TOURS, *Historia de los francos* VII 4 y X 10, pero no hay prueba de que los reyes lo utilizaran.

[73] Lo que va a presentar ahora es una mezcla de hechos más o menos reales con elementos etnográficos y legendarios, encaminados a sostener su idea moral, por un lado, y a hacer gala de su abundante información, por otro.

[74] Clodoveo muere en el 511. Para esta época, GREGORIO DE TOURS, *Historia de los francos* III 1 ss., y PROCOPIO, *Guerras* V 13, 27.

[75] Es una característica de los francos durante toda su historia considerar la monarquía no como un título, sino como un patrimonio material al que se aplican las reglas del Derecho privado. Por otro lado, cada parte incluía una porción del antiguo reino familiar anterior al 486 y otra de cada una de las

cado en cuerpo y alma a la guerra) y murió en mitad de la bata-
lla por una herida de jabalina en el pecho[76]. Cuando, al desplo-
marse, los burgundios vieron que su cabellera flotaba suelta por
los hombros, comprendieron al momento que habían matado al
caudillo de los enemigos. Pues es costumbre entre los reyes 4
francos no cortarse jamás el pelo, sino que, desde niños, se de-
jan crecer la melena y la llevan cayendo por la espalda, mien-
tras que los mechones de delante quedan separados a ambos
lados de la frente, pero no desde luego como las melenas de los
turcos y los ávaros, desgreñadas, resecas y sucias, recogidas de
cualquier manera en un nudo[77]: al contrario, les aplican una
gran variedad de jabones y las peinan con mucho cuidado. Es
un uso, sin embargo, sólo permitido a la familia real como sig-
no y privilegio especial, ya que las clases bajas se cortan el pelo
en redondo y no pueden de ninguna manera dejárselo largo[78].
Entonces los burgundios le cortaron la cabeza a Clodomiro y se 5

---

anexiones conseguidas con posterioridad. No obstante esta división, se mantenía, al menos en principio, la unidad del reino franco, ya que las cuatro «capitales», París de Childeberto, Orleans de Clodomiro, Soissons de Clotario y Reims de Teodorico, estaban próximas, de modo que los reyes podían prestarse auxilio y defenderse juntos de ataques enemigos.

[76] Murió en el 524. Los afanes expansionistas de los francos encontraron en los burgundios un objetivo relativamente sencillo y en dos campañas (523 y 534) completaron la destrucción de su reino.

[77] El pelo de los ávaros llegó a ser un tópico que recogen varios escritores, como MALALAS, *Cronografía* 489 B, o MENANDRO PROTECTOR, *Historia*, frag. 14, y también el epigrama *AP* XII 72, atribuido a Agatías y escrito en honor de Justino II. Estos bárbaros eran conocidos en la capital por las numerosas embajadas de años precedentes, véase M. CESA, «Agatia Scolastico...», págs. 1175-1176.

[78] De hecho, cuando se deponía a un rey se le cortaba el pelo. Para AV. CAMERON, «How did the Merovingian kings wear their hair?», *Rev. belge Philologie et Histoire* 43 (1965), 1203-1216, el testimonio de Agatías es verídico y está sostenido por otras fuentes.

la mostraron a su tropa, que al instante se convirtió en un ejército lleno de miedo y desesperación; con el ánimo vergonzosamente quebrantado, se volvieron temerosos e incapaces de seguir luchando, de modo que con el tratado de paz cuyas condiciones les parecieron a los vencedores más provechosas, quedó acabada la guerra y las huestes francas que resultaron sanas
6 y salvas se alegraron de volver a casa[79]. Una vez muerto Clodomiro, su reino se dividió entre sus hermanos, ya que él no tenía hijos[80]. Poco después, también murió, de enfermedad, Teodorico, dejando a su hijo Teodeberto sus bienes y su rango[81].

Planes de guerra de Teodeberto

4 Cuando recibió la herencia paterna, Teodeberto sometió a los alamanes y a otros pueblos vecinos[82], pues era hombre osado

[79] Agatías es el único que sostiene que los francos se hundieron tras la muerte de Clodomiro; de hecho siguieron luchando contra los burgundios hasta la victoria completa en el 534.

[80] En realidad tuvo tres: dos murieron asesinados por Childeberto y Clotario ante los ojos de Clotilde (Gregorio de Tours, *Historia de los francos* III 18). El tercero fue monje. Para Cameron, «Early merovingians...», págs. 120-121, es posible que el informante franco de Agatías hubiese querido ocultarle esos hechos, o quizá el propio Agatías prefirió ignorarlos para no perjudicar su visión interesada sobre los francos.

[81] Teodorico murió en el 533. Agatías ignora o prefiere obviar la fallida maquinación que nos cuenta Gregorio de Tours, *Historia de los francos* III 23, de Childeberto y Clotario, para quitar a Teodeberto su herencia.

[82] Teodeberto reinó del 534 al 548. A lo largo del siglo v los alamanes consolidaron su zona principal, que corresponde a la actual Suiza, y llegaron a constituir alrededor de Coire un estado semiautónomo, anulado primero por Clodoveo, que destruyó a la familia real alamana y colocó bajo su protectorado la parte renana de su territorio, y después por Teodeberto, que sometió el resto después del 536. Aunque Agatías no entra en detalles, Teodeberto se hizo dueño de la Germania, cuyos únicos pueblos independientes eran los gépidos

y violento en extremo y le gustaba correr peligros completamente innecesarios[83]. Por ello, cuando se desencadenó la guerra entre los romanos y Totila, el rey de los godos, a Teodeberto se le ocurrió un plan que preparó con mucho cuidado: mientras Narsés y su ejército estaban ocupados y enredados en Italia, él reuniría unas tropas fuertes y belicosas con las que llegar a Tracia y, una vez sometida toda la zona, declarar la guerra a Bizancio, la capital imperial. Estaba completamente seguro de sus 2
propósitos y llevó sus preparativos hasta el punto de enviar embajadas a los gépidos, longobardos[84] y otras etnias vecinas, con el fin de que también participaran en la guerra. Y es que no po- 3
día soportar que el emperador Justiniano en sus edictos se llamase «franco» y «alamano» y también «gépido» y «longobardo» y otros epítetos similares, como si hubiera sometido a todos estos pueblos: no perdonaba de ningún modo la afrenta[85] y espe-

y los longobardos y también emprendió diversas campañas al norte de Italia en el 539, que marcan un punto de ruptura con relación al Imperio, véase GREGORIO DE TOURS, *Historia de los francos* III 25.

[83] El siguiente relato sobre Teodeberto obedece a su tendencia moralizante y a su imaginación puesta al servicio de ese fin. Con el descabellado plan de atacar Bizancio —para el que sólo contamos con este testimonio de Agatías—, quiere demostrar su locura, mientras que con la anécdota de su muerte ilustra su idea religiosa del castigo al pecador. Es significativo que su pintura del personaje difiera notablemente de la de GREGORIO DE TOURS, *Historia de los francos* III 37.

[84] Los gépidos estaban asentados en la orilla izquierda del Danubio y ayudaban a los bizantinos contra los ostrogodos. Con los longobardos, nombre bizantino para los lombardos de Italia, estableció además alianzas al desposarse con la hija de su rey, Walcho.

[85] Llegó a borrar el nombre de Justiniano de las monedas para sustituirlo por el suyo, según PROCOPIO, *Guerras* VII 33, 5. AV. CAMERON, «The Early merovingians...», págs. 122-123, señala que el título de «franco» aparece desde el 533, sin que hubiese ninguna campaña militar que lo justificase, mientras que los títulos de «longobardo» y «gépido» no los usó Justiniano, sino Justino II. Sobre los planes de Teodeberto, no hay más testimonio que el de Agatías, aunque en una carta dirigida al emperador dice que «los límites de su

raba que los demás, igualmente ofendidos, se sintieran tan inju-
4 riados como él. Yo creo que aunque hubiera llevado a cabo la campaña, su temeridad no habría llegado a buen puerto y habría tenido una muerte oscura al encontrarse con las tropas romanas en Tracia o quizá en Iliria. Pero el hecho de que se le ocurriese la idea, de que la aceptase, se pusiera a ello y llegara a hacer todo lo que hizo, sería prueba más que suficiente de que ese hombre era salvajemente temerario y que identificaba la valentía con la locura y el delirio, así que si la muerte no hubiera abortado su empresa, quizá incluso habría comenzado su expedición.

Muerte de Teodeberto

5 Un día que iba de caza, se le puso enfrente un toro enorme de afilados cuernos, no como esos otros domesticados que llevan el arado, sino salvaje y montaraz, de los que matan a sus adversarios con los cuernos. Creo que los de esa raza se llaman búfalos. Vive un gran número en aquella zona, pues los valles de bosques cerrados, los montes de espesa vegetación y las gélidas tierras les
6 resultan el lugar perfecto para vivir. Cuando Teodeberto vio al toro saliendo al galope de un claro y embistiendo hacia él, se quedó apostado bien firme sobre sus piernas, para hacerle frente con su lanza. Estaba ya el búfalo cerca de él cuando, llevado por el impulso de su carrera, se dio con la testuz en un árbol, no de los más grandes. Con la sacudida, todo el árbol se agitó a un lado y a otro y de resultas una rama, la mayor de las que se habían desgajado violentamente del árbol, cayó golpeando la cabeza de Teodeberto. Éste, herido de extrema gravedad, se desplomó fulminado sobre su espalda y, aunque consiguieron llevarlo rápida-

---

reino van desde el Danubio y las fronteras de Panonia hasta las costas del Océano», *Cartas de Austrasia* XX.

mente a su casa, murió ese mismo día[86]. Le sucedió su hijo Teodebaldo, que era sólo un niño y aún estaba al cuidado de un tutor: pero la costumbre ancestral le exigía ocupar el trono. 7

EMBAJADA DE LOS GODOS ANTE TEODEBALDO

En ese momento, cuando Teyas había muerto[87] y los intereses de los godos iban a precisar de ayuda exterior para el futuro, los reyes francos eran el joven Teodebaldo y también Childeberto y Clotario, los tíos abuelos del niño, como se llamarían 5
en el Derecho romano. Sin embargo, a los godos no les pareció buena idea dirigirse a estos dos últimos, ya que vivían muy lejos[88], y en cambio sí enviaron una embajada oficial a Teodebaldo, pero no en nombre de todo el pueblo godo, sino sólo de los que habitaban al otro lado del Po. Los demás también se complacían con la revolución y la ruptura del orden establecido pero, asustados ante lo desconocido del futuro y temerosos de la inestabilidad de la fortuna, mantuvieron su decisión en suspenso, pendientes y atentos al desarrollo de los acontecimien- 2
tos, con la intención de unirse al bando ganador. Cuando llega- 3

---

[86] Sólo Agatías habla de esta muerte, mientras que PROCOPIO, *Guerras* VIII 24, 6, y GREGORIO DE TOURS, *Historia de los francos* III 36, dicen que murió de enfermedad. Para KALDELLIS, «Things are not...», *Classical Quarterly* 53 (2003), pág. 298, es una poetización y mitologización de Agatías.

[87] En el 552.

[88] En realidad, las cuatro capitales de los hijos de Clodoveo estaban muy cerca: Reims, Orleans, París y Soissons. Ya antes los godos habían intentado aproximaciones a los francos: PROCOPIO, en *Guerras* VIII 34, 17, nos relata cómo Teyas le ofrece a Teodebaldo una alianza; a su vez Justiniano le propuso alianzas (VIII 24, 14), que también rechazó. Para Procopio, los francos rechazan estas alianzas porque pretendían el dominio de Italia para sí, algo que Agatías conoce pero oculta para no perjudicar la imagen que pretende de los francos.

ron los embajadores de aquellos godos ante la presencia del rey
y de todos los altos cargos les pidieron no dejarse oprimir por
los romanos, sino participar en la batalla y acudir en auxilio de
un pueblo vecino y amigo que corría el peligro de una rápida
4 aniquilación. Les explicaron que sería muy conveniente para
ellos no permitir que los romanos se alzasen con todo su poder
e impedir por cualquier medio su expansión. «Si acaban con
todo el pueblo godo, en no mucho tiempo —dijeron los emba-
jadores— irán contra vosotros y revivirán las antiguas guerras.
5 No les faltará, sin duda, una causa bien disfrazada como excu-
sa de su codicia, por la que parecerá que os atacan en justicia,
teniéndose por Marios y Camilos[89] y tantos Césares que hace
tiempo lucharon con los germanos superiores y dominaron to-
das las tierras alrededor del Rin. Parecerá así que no cometen
un atropello, sino que, al contrario, entablan una guerra justa,
no para pretender lo ajeno, sino para recuperar lo de sus ante-
6 pasados. A nosotros nos han lanzado la misma acusación: como
en el pasado Teodorico, nuestro fundador y caudillo, tomó
Italia por la fuerza, nos han arrebatado nuestras posesiones,
han matado a la mayoría de nuestra raza y han esclavizado sin
miramientos a las mujeres y los hijos de nuestros hombres más
7 gloriosos. Y eso que Teodorico no la conquistó por la fuerza,
sino que se quedó con Italia después de entregársela su propio
emperador, Zenón; no se la arrebató a los romanos —pues ya
no era suya—, sino que mató al extranjero Odoacro, el usurpa-
dor, y ocupó todas sus posesiones por derecho de conquista[90].

---

[89] Se podría decir que los primeros romanos en enfrentarse a pueblos germanos: Camilo en el siglo IV a. C. contra los galos, y Mario en el II a. C. contra cimbrios y teutones.

[90] En el 488 Zenón le ofrece el gobierno de Italia a Teodorico, rey del pueblo ostrogodo, si vence a Odoacro, rey del pueblo hérulo que había depuesto a Rómulo Augústulo en el 476. En el 489 Teodorico entra en Italia y en el 493

Sin embargo ellos, desde que están de nuevo en una posición 8
de fuerza, en nada han actuado con justicia: primero manifestaron abiertamente su cólera contra Teodato por lo sucedido con Amalasunta y utilizaron esto como pretexto y punto de partida para la guerra[91]; hasta el momento no han cejado en su empeño y siguen actuando violentamente, ellos, los sabios y temerosos de Dios que se ufanan de ser los únicos capaces de gobernar con justicia. Para que vosotros no sufráis lo mismo y no os arrepin- 9
táis después por no haber reaccionado en el momento preciso, adelantaos al enemigo y no desaprovechéis esta oportunidad: enviad contra ellos un ejército preparado, con un general experto elegido de entre los vuestros, para que triunfe en la guerra contra los romanos echándolos rápidamente de aquí y recuperando vuestro territorio. Si actuáis así, haréis un gran favor al 10
pueblo godo que os aclamará como sus salvadores y protectores y al tiempo aseguraréis vuestros intereses, si no vais a tener ningún vecino hostil; además, conseguiréis grandes cantidades de dinero: el botín que obtengáis de los romanos y también lo que os vamos a pagar nosotros.»

Resultado de la embajada

Cuando los embajadores acabaron de hablar, Teodebaldo, 6
que era un adolescente de mala condición, cobarde, enfermizo y

---

conquista Rávena, donde muere Odoacro, y al año siguiente se proclama rey de Italia en Rávena; Anastasio reconoce su reinado en el 497.

[91] Cuando muere Teodorico, el trono pasa a su joven nieto Atalarico, bajo la regencia de su madre Amalasunta, que lleva a cabo una política muy favorable a Justiniano. Al morir Atalarico, Amalasunta asocia al trono a Teodato, que al año siguiente la depone encerrándola en un castillo, donde acaba siendo ejecutada. Su muerte es la disculpa para comenzar la campaña de conquista de Italia. Procopio lo relata en *Guerras* V 4, y en *Historia Secreta*

con un pésimo estado físico[92], por todo esto no podía sino estar en desacuerdo con los embajadores y pensar que no había ninguna necesidad de pasar penalidades propias por desgracias aje-
2 nas. Pero Leotaris y Butilino, aunque la alianza no era en absoluto del agrado del rey, la aceptaron por propia iniciativa[93]. Estos dos hombres eran hermanos y alamanes de raza y mantenían un gran poder entre los francos hasta el punto de gobernar a su propio pueblo, algo permitido hacía tiempo por Teodeberto[94].

CARACTERÍSTICAS DEL PUEBLO ALAMÁN

3 Los alamanes, si seguimos a Asinio Cuadrado[95], un autor italiano que con mucho acierto escribió sobre Germania, son

XVI 1-10 acusa a Teodora de haber convencido a Teodato de matar a Amalasunta. Sobre la veracidad de esta información, véase SIGNES, *Procopio. Historia Secreta*, *ad. loc.*

[92] También GREGORIO DE TOURS, *Historia de los francos* IV 6, nos dice que Teodebaldo era débil y estaba manejado por su corte, aunque no que fuera un muchacho, pues estaba ya casado.

[93] AV. CAMERON, «The Early merovingians...», págs. 126-127, señala varias fuentes que nos hablan de esos dos alamanes. La más importante es GREGORIO DE TOURS, que presenta, sin embargo, varios errores: en *Historia de los francos* III 32 nos dice que Butilino había servido a Teodeberto en el 539, campaña a la que adscribe los acontecimientos que nos cuenta Agatías, del 553. En IV 9, aunque atribuyendo la expedición del 553 al reino de Teodebaldo, dice que Butilino había conquistado la totalidad de Italia. No está claro si esto se debió a un doble juego por parte de Teodebaldo, como parece apuntar la noticia de GREGORIO DE TOURS, *loc. cit.*, de que aceptó una serie de tesoros que los atacantes alamanes le enviaron, o bien recogieron a un grupo amplio y variado de bárbaros deseosos de pillajes en Italia.

[94] Los distintos autores, véase nota anterior, los llaman *duces*, pero no está clara su jerarquía entre los francos.

[95] *Cf. Frag. Graec. Hist.* 97 F 21. Es extraño que sólo cite a este autor en todo el *excursus*. Véase Introducción 3.9.

una chusma mestiza y eso es lo que significa su nombre[96]. An- 4
tes, cuando el emperador[97] godo Teodorico era dueño de toda
Italia, como súbditos suyos estaban obligados al pago de un
tributo[98]. Pero cuando murió[99] y estalló la gran guerra entre el
emperador romano Justiniano y los godos, entonces éstos, que
querían congraciarse con los francos y convertirlos en sus más
fieles aliados, se marcharon de muchas zonas y dejaron tran-
quilo también al pueblo alamán[100]. Pensaban también que en 5
esa situación debían agrupar sus fuerzas dispersas y retirarse de
aquellos dominios que resultasen superfluos y de poco interés,
ya que ahora no sólo iban a combatir por el poder y el prestigio,

---

[96] «Todos los hombres», en realidad. Como otros muchos pueblos bárbaros, procede de la suma de muchas tribus, en el caso de los alamanes fundamentalmente constituida por los suevos, que era el nombre que entre ellos preferían para llamarse a sí mismos. Esta etimología popular procede, con toda probabilidad, del propio Asinio Cuadrado, sea directa o indirectamente, ya que es un autor muy citado por Esteban de Bizancio, en especial en noticias lexicográficas.

[97] Hay un uso muy libre por parte de Agatías de este término, que estaba reservado al emperador romano. Los godos usaban *rex*, que evita aquí, en opinión de Av. Cameron, «The Early merovingians...», pág. 128, por considerarlo un barbarismo.

[98] Tras la derrota de los alamanes a manos del franco Clodoveo en la batalla de Tolbiac hacia el 506, parte de los alamanes fueron acogidos en la zona de Panonia y Venecia por orden de Teodorico.

[99] En el 526.

[100] Sobre los territorios cedidos, la Provenza y la Alamania gótica, véase Procopio, *Guerras* V 13, 14, 22 ss. Teodeberto cedió aquélla a sus tíos y se quedó con ésta. Agatías parece transmitir la idea de que el tratado entre francos y godos fue una iniciativa de estos últimos, pero no fue así: Teodeberto estableció alianzas tanto con godos como con romanos y luchó contra ambos. En el 539 masacra a los godos en Pavía y después a los romanos cerca de Rávena. Tras la derrota de Vitiges, ni romanos ni godos pueden impedir a los francos ocupar los Alpes italianos y la mayor parte de Venecia, Retia y Nórica. Véase, para todo el *excursus*, I. Wood (ed.), *Franks and alamanni in the merovingian period: an ethnographic perspective*, Nueva York, 1998.

sino que en breve se iban a jugar Italia misma y su propia y completa destrucción. Así se anticiparon al incierto futuro decidiendo por sí mismos y transformaron la necesidad en libre
6 voluntad. En estas circunstancias, Teodeberto sometió al pueblo alamán, ahora abandonado por los godos y, una vez que murió, como ya he relatado[101], pasaron a manos de su hijo Teodebaldo junto con los demás súbditos.

7 Tienen sus propias costumbres ancestrales[102], pero en lo que respecta al gobierno y la administración pública siguen la organización de los francos, de la que sólo se separan en lo religioso, pues rinden culto a algunos árboles, corrientes de agua, colinas y barrancos y para honrarles, como si fuera un acto sagrado, degüellan caballos, bueyes y otros muchos ani-
2 males. Pero lo cierto es que la convivencia con los francos, muy beneficiosa, los está civilizando también en este aspecto y ya está atrayendo a los más sensatos y creo que en no mucho tiempo lo hará con todos.

Reflexiones sobre las prácticas religiosas paganas

3 Pues lo irracional y sin sentido de sus creencias es claro y diáfano incluso para aquellos que las practican, como no sean completamente estúpidos, y por ello pueden abandonarlas con facilidad. Los que no llegan a la verdad son todos más dignos de piedad que de censura y merecen recibir el perdón[103]. Desde

---

[101] I 4, 5-6.

[102] Para Av. CAMERON, «The Early merovingians...», pág. 97, no hay informaciones concretas, sólo ideas generales sobre un pueblo de paganos, que desde el punto de vista moral que anima toda la obra, es el responsable de la desgracia de los francos.

[103] Éste es un ejemplo de las contradicciones que presenta Agatías en cuanto a sus ideas históricas y religiosas. Véase Introducción 3.3 y 3.4.

luego, no están confusos y equivocados porque quieran, sino
que en su búsqueda del bien se forman un juicio erróneo y a
partir de ahí se abrazan firmemente a sus creencias, cualesquie-
ra que sean. No sé si las palabras son suficientes para aliviar lo 4
cruel y demoníaco de los sacrificios cuando se ofrecen a los
bosques, como sucede evidentemente entre los bárbaros[104] o
como sucedía antaño en los ritos de los griegos en honor de
aquellos a los que tenían por dioses. En mi opinión, a ningún 5
ser le agradan unos altares manchados de sangre y la matanza
violenta de unos animales. Y si se diera el caso de que hubiera
alguno que lo aceptara, no sería ni bueno ni amable, sino, al
contrario, salvaje y trastornado, como las vacuas criaturas de
los poetas: Terror, Huida, Enío[105], Locura y Discordia, la «irre-
sistible», como la llamaban[106]. También puedes añadir, si quie-
res, al que los persas llaman Ahriman[107] y los demás monstruos
maléficos y sanguinarios de los infiernos. Quizá a alguno le pa- 6
rezca que estas reflexiones no tienen que ver con la narración,
que son superfluas y ajenas a lo que nos habíamos propuesto ha-
cer, pero a mí me gusta mucho poner al descubierto lo que llega
a mi conocimiento, alabarlo si es bueno y, si no, condenarlo
abiertamente y mostrar su perjuicio. De hecho, si la Historia no 7

---

[104] El culto a los bosques es un tópico en la descripción de la religión germánica ya desde Tácito, también en Procopio, *Guerras* VIII 3, 14.

[105] Hija de Forcis y Ceto y hermana de las Gorgonas y las Grayas, miembro del cortejo de Ares, dios de la guerra; véase Hesíodo, *Teogonía* 270-274, y Apolodoro, *Biblioteca* II 34.

[106] En Homero, *Ilíada* VI 179, XVI 329, el epíteto *amaimáketos* aparece aplicado a la Quimera, mientras que en Nono, *Dionisíacas* XLIII 324, se aplica a Enío.

[107] La doctrina dualista del zoroastrismo, religión oficial en la Persia sasánida, se basaba en una divinidad creadora del espíritu y de la luz, Hormisdates, Ormuz, en lucha con un principio del mal, llamado también Arimán, Arimanes. Véase II 24.

tuviera esta ventaja, que es servir de guía y ayuda para la vida y quedara reducida a un relato simple y no analizado de unos sucesos[108], correría el peligro de ser considerada poco más —y espero no ser demasiado duro— que cuentos de mujeres a la vera del telar[109]. Ahora bien, sobre este tema crea cada uno lo que mejor le parezca, mientras yo sigo con mi narración anterior.

LOS PREPARATIVOS DE LEOTARIS Y BUTILINO PARA LA CAMPAÑA

8 Leotaris y Butilino, al principio, cuando decidieron atacar a los romanos, estaban tan exultantes y ansiosos que no podían llevar una vida normal. Creían que el general Narsés no resistiría ni el primer ataque y que se harían dueños de toda Italia y la ocuparían hasta Sicilia. Decían que les asombraba que los godos estuviesen aterrorizados ante un afeminado debilucho acostumbrado a una vida cómoda y muelle, completamente inútil como
9 hombre. Envanecidos por tales ideas y con un plan de batalla igualmente arrogante, reunieron un ejército de setenta y cinco mil robustos soldados, entre francos y alamanes, y se prepararon para la guerra con el fin de invadir Italia inmediatamente[110].

---

108 Indudablemente, su interés principal no está en los hechos desnudos, ya que en realidad aún no ha empezado el relato de los acontecimientos. Véase la Introducción 3.9.

109 La misma idea, una historia sin finalidad moral y práctica, «contar cuentos a los niños», aparece en el fragmento 2 de Sempronio Aselión, citado en Aulo Gelio, *Noches Áticas* V 18, 9.

110 Agatías es la principal fuente de esta invasión, en la primavera del 553, aunque tenemos noticias parciales en autores occidentales: Mario Aventicense, 555 y 556, Gregorio de Tours, *Historia de los francos* III 32 y IV 9, y Paulo Diácono, *Historia de los longobardos* II 2.

EL SITIO DE CUMAS

Planes de Narsés

El general romano Narsés todavía no tenía noticia exacta de 8
estos hechos; sin embargo, como gozaba de una gran intuición y estaba siempre deseoso de anticiparse a los movimientos de los enemigos, decidió tomar por la fuerza las ciudades de la
Toscana que aún se encontraban bajo el dominio godo[111]. No 2
presumía de la victoria más allá de lo normal ni se había convertido en un engreído fanfarrón dedicado, tras tantos esfuerzos, a una vida de placer y comodidades, como le podía haber sucedido a cualquier otro; al contrario, tan rápidamente como pudo reunió al ejército y lo dirigió hacia Cumas[112].

Características y defensa de la ciudad

Cumas es una ciudad italiana fortificada en extremo, que re-
sulta muy difícil de tomar por parte del enemigo. Se asienta en 3
una colina inaccesible y escarpada que mira sobre el mar Tirreno: la colina se alza en la costa, así que su base la rodea un oleaje violento y rugiente, mientras en la parte alta una poderosa muralla
está rodeada de torres y almenas. Por ello Totila y Teyas, los an- 4
teriores reyes de los godos, guardaban sus más valiosas y precia-
das posesiones en esta fortaleza, por ser tan segura. Y éste fue 5
precisamente el lugar al que Narsés llegó, teniendo como objetivos prioritarios tomar la ciudad lo más rápidamente posible y

[111] Por ejemplo, Cumas, Centumcellae, y la zona del Po, véase nota 63.

[112] Cumas no está en la Toscana. Una prueba del desconocimiento de Agatías de la geografía italiana, que choca con el detallado conocimiento de la acrópolis en la que se encuentra la caverna. Véase Introducción 3.9.

apoderarse de sus riquezas, para que los godos no tuvieran una base de operaciones segura y obtener de esta victoria el máximo
6 provecho. Aligerno, el hermano más joven de Teyas[113], último rey de los godos, estaba en el interior del recinto; había reunido en torno suyo el mayor ejército que había podido y sus intenciones no eran en absoluto pacíficas. Sin duda ya había tenido cumplida noticia de que Teyas había muerto en la batalla y de que a los godos les iban muy mal las cosas, pero ni aun así se marchó ni se amedrentó ante su mala fortuna; al contrario, como confiaba en el enclave y en la abundancia de víveres, se sentía lleno de valor y de arrogancia, capaz de rechazar cualquier ataque.

Comienza el ataque

9 Mientras tanto, Narsés daba la orden de mando y hacía avanzar su ejército. Los que, con mucho esfuerzo, habían subido a la colina y se habían acercado a la fortaleza, inmediatamente comenzaron a lanzar las jabalinas a los que aparecían en las almenas, los arcos resonaban al lanzar sus innumerables flechas, se disparaba con las hondas hacia arriba y toda la maquinaria de guerra adecuada para el asalto a una ciudad se ponía en movi-
2 miento. Los hombres que se encontraban con Aligerno en lo alto de los lienzos de muralla luchaban sin descanso disparando a su vez jabalinas y flechas, además de lanzar con sus propias manos grandes piedras, troncos, hachas y cualquier cosa que pudiera servir y hacían uso también de todo tipo de máquinas de guerra
3 defensivas, pues nada les era inútil. Los disparos de Aligerno

[113] Procopio, *Guerras* VIII 34, 19, dice que era hermano de Totila. En este caso, la versión correcta es la de Agatías, que conoce también el nombre del padre de Teyas, Fritigerno (Proem. 32).

eran fácilmente reconocibles por los romanos, ya que lanzaba las flechas con un gran zumbido y con una increíble velocidad, tanto que, aun cayendo sobre una piedra o cualquier cosa dura y seca, la destrozaba por la fuerza de su impulso.

Aligerno mata a Paladio

Por ejemplo, cuando Aligerno vio nada menos que a Pala- 4
dio —Paladio no estaba entre los hombres más indolentes de Narsés, al contrario, era uno de los más importantes comandantes y un oficial destacado en el ejército romano— enfundado en su coraza de hierro y atacando el muro con gran coraje, inmediatamente le lanzó desde lo alto una flecha que atravesó el escudo, la coraza y a Paladio de parte a parte. ¡Así de extraordinaria era su fuerza, y así de poderosos sus brazos al lanzar la flecha!

Narsés intenta destruir la ciudad a través de la gruta de la Sibila

De esta manera durante muchos días se sucedieron las esca- 5
ramuzas y ninguno de los dos bandos veía cumplirse sus expectativas: a los romanos les parecía vergonzoso retirarse antes de haberse apoderado del lugar y estaba claro que los godos no tenían ninguna intención de entregar la fortaleza.

Narsés estaba profundamente indignado y disgustado por el **10**
mucho tiempo que los romanos estaban consumiendo en un bastión tan pequeño. Después de darle muchas vueltas y analizarlo detalladamente, decidió que tenía que hacer una tentativa contra
la fortaleza, que era como sigue. En el extremo oriental de la co- 2
lina hay una caverna completamente cubierta y tan amplia que resulta un santuario natural y una gruta inmensa de abismales di-

mensiones. Dicen que antiguamente vivía allí la famosa Sibila de Italia, que estaba poseída por Apolo y tenía dotes proféticas y adivinaba el futuro a los que la consultaban. También se dice que cuando llegó allí Eneas el hijo de Anquises, la Sibila le anunció
3 todo lo que le iba a suceder en el futuro[114]. Pues bien, parte del recinto se encontraba sostenido y apoyado sobre la gruta. Cuando Narsés se dio cuenta pensó que le beneficiaba e inmediatamente mandó bajar a todos los hombres posibles a lo más profundo de la caverna con herramientas para partir y horadar la piedra; así fue picando y desmontando poco a poco el techo de la cueva, sobre el que descansaba la muralla, y excavó y despejó la base de la construcción hasta dejar completamente al descu-
4 bierto el arranque de los cimientos[115]. Entonces lo apuntaló con armazones regulares de madera y de esta manera sostuvo todo el peso de las murallas, para que no fuera derrumbándose paulatinamente y no se desmoronara toda la estructura, lo que revelaría a los godos lo que estaban haciendo en los muros, pues en ese mismo momento acudirían a remediar los daños sufridos y a ex-
5 tremar la seguridad para el futuro. Y por lo mismo, para que no se dieran cuenta de lo que estaba pasando y no oyeran el ruido de

[114] Para la veracidad de esta descripción, véase Introducción 3.9. De acuerdo con R. C. Monti, «The Topographical and Literary Evidence for the Identification of the Sybil's Cave at Cumae», *Vergilius* 37 (1991), 46-54, esta descripción se sitúa en una larga tradición literaria: Licofrón, *Alejandra* 1270-1280, Pseudo-Aristóteles, *Mirabilia* 97, Pseudo-Justino, *Exhortación a los griegos* 37, Juan Lido, *De mensibus* 4, 47, Procopio, *Guerras* V 14, 3 y el propio Agatías. De los cuatro últimos, que forman una unidad y que es posible que tengan una fuente común, Procopio es el más general, mientras Agatías parece ser una expansión de Lido, poetizada en parte sobre el texto de Licofrón.

[115] El procedimiento era habitual en los asaltos, *cf.* el asedio de Roma, Procopio, *Guerras* V, 21, 2-5, Rímini (VI 12, 1-25), etc. Véase Ravegnani, *Soldados...*, págs 67-69.

la excavación, el ejército romano atacó la parte alta de la muralla, con tal griterío y estruendo que el ruido y la confusión sobrepasaban con mucho los naturales en un asalto. Cuando ya toda la 6
muralla que se apoyaba en la cueva colgaba en el aire y se sostenía sobre los maderos, que eran su único apoyo en sentido vertical, entonces apilaron debajo hojas y ramas secas que ardiesen fácilmente, lo prendieron y salieron de allí. No mucho después 7
de que comenzara el fuego las vigas quemadas se desmoronaron y quedaron reducidas a nada; la parte de la fortificación que descansaba sobre ellas se derrumbó entera y cayó al vacío: sus torres y baluartes se desgajaron del resto del edificio y se desplomaron hacia delante. La puerta correspondiente a ese lado, firmemente atrancada a causa de la presencia enemiga, con sus cierres bien vigilados por los guardias, cayó, de la sacudida, a las rocas de la orilla, junto con sus pasadores y cerrojos, y todo quedó allí batido por las olas, las jambas, la cornisa, el dintel y las bisagras enganchadas en el umbral. Cuando sucedió esto, a los romanos les 8
pareció que a partir de ese momento iba a ser fácil alcanzar la ciudad y hacerse con los enemigos, pero sus esperanzas fracasaron, pues las grietas y los pedazos de piedra por allí diseminados, tanto de la colina como de las construcciones interiores, hacían que el lugar fuese no menos inaccesible e infranqueable que antes. A pesar de ello, Narsés lanzó enseguida un asalto aún más 9
enérgico contra la plaza para tomarla ya de una vez. Pero los godos formaron allí un grupo de resistencia muy fuerte, que repelió el ataque. Nada más pudo hacer entonces.

NARSÉS DIRIGE LA CAMPAÑA HACIA EMILIA Y TOSCANA

Al resultar imposible apoderarse del lugar por medio de ata- 11
ques o incursiones, decidió que no podía tener ocupado allí a todo el ejército y se dirigió a hacerse con el control de Floren-

cia, Centumcellae[116] y otras ciudades de Toscana para adelan-
2 tarse así al asalto del enemigo. Pues ya había sido informado de que Leotaris y Butilino, con las fuerzas francas y alamanas, se encontraban al sur del Po[117]; por ello, lo más rápidamente posi-
3 ble, dirigió hacia allí al grueso de su ejército. Filemut, el general de los hérulos que le acompañaban[118], había muerto pocos días antes por enfermedad y le pareció que debían tener otro general de su propio pueblo; sin perder un momento nombró a su compatriota Fulcaris, el sobrino de Faniteo, al que ordenó, junto a Juan el sobrino de Vitaliano, a Valeriano y Artabanes[119], y a los otros generales y comandantes que, con la parte mayor y más poderosa del ejército, dejaran atrás la cordillera de los

---

[116] Actual Civitavecchia.

[117] Leotaris y Butilino llegaron a Italia alrededor del mes de junio del 553.

[118] Los hérulos, procedentes del sur de Rusia, se aliaron con Teodorico en el 507. Sin embargo, tras la derrota ante los lombardos en el 509 se dispersaron y algunos se establecieron como federados del entonces emperador Anastasio, los mismos que pasaron a formar parte de los ejércitos de Justiniano como mercenarios; véase M. WHITBY, «The Balkans and Greece 420-602», en CAMERON, *CAH*, págs. 714-715. Filemut y Bero capitaneaban las fuerzas hérulas que acompañaron a Narsés también en la campaña oriental, PROCOPIO, *Guerras* II 14-18.

[119] Tras la toma de Regio en el 550, Justiniano mandó una flota hacia Sicilia comandada por Liberio a la que se unió Artabanes, general de las fuerzas en Tracia; como general en jefe de la campaña en Italia nombró a su sobrino Germano, que llevó a Italia también a Filemut el hérulo con sus tropas y a su propio yerno Juan, el sobrino de Vitaliano, que dirigía las fuerzas del Ilírico. Véase PROCOPIO, *Guerras* VII 39, 6-10, y VI 18, 1-9; 21,16, e *Historia Secreta* V 7-14, para las conflictivas relaciones con Belisario. Todos ellos se quedaron en Italia bajo el mando de Narsés. Según PROCOPIO, *Guerras* I 8, 3, Vitaliano fue general de Anastasio y se alzó en armas contra él en Tracia en el 513 y 514 a causa de su ortodoxia contraria al emperador. Valeriano sirvió a Belisario en Italia y en Armenia (PROCOPIO, *Guerras* II 14, 8); Artabanes era arsácida, armenio perteneciente a la dinastía parta comenzada por Arsaces I (mediados del siglo III a. C.). Dirigió un grupo de armenios que pasaron al ejército bizantino antes del 543. Formaron parte de la expedición a Cartago en el 545 y él se convirtió en jefe de las milicias de África en el 546.

Alpes, que se encuentra entre Toscana y Emilia[120], llegaran hasta el río Po y acamparan en sus proximidades; tenían además que apoderarse de todas las plazas fuertes de la zona para así
impedir cumplidamente la entrada de los enemigos. Si podían 4
rechazarlos por completo, tendrían que agradecérselo a la fortuna, pero si su superioridad numérica no se lo permitía, debían estorbar su avance y no dejarles tranquilos en su camino, asustándolos y manteniéndolos alejados cuanto pudieran, hasta que consiguiesen tener todos sus objetivos bajo control. Según estas
órdenes, se pusieron en marcha. Por otra parte, dejó en Cumas 5
una fuerza considerable, que sitiara la ciudad y mantuviera encerrados a los enemigos en un asedio prolongado. Rodearon el lugar con una empalizada y pusieron vigilancia en las aberturas por si alguien salía en busca de forraje, pues creían que después de tanto tiempo sitiados tenían ya que escasear los víveres.

Narsés, en su ataque a las ciudades, se anexionó la mayoría sin 6
ninguna dificultad. Por ejemplo, los florentinos salieron a su encuentro y, al garantizárseles que no iban a sufrir ningún daño, se entregaron ellos y sus bienes. Centumcellae hizo lo mismo. También Volaterra, Luna[121] y Pisa. Tenía tanto éxito que a medida que avanzaba en su recorrido, todo iba cayendo bajo su mando.

EL CASO DE LUCA

La ciudad no se somete al tratado

Salvo los habitantes de Luca[122], que intentaron dar largas y 12
no comprometerse. El caso es que antes habían firmado un tra-

[120] Agatías se confunde aquí, pues son los Apeninos y no los Alpes.

[121] Actuales Volterra y Luni.

[122] Luca, ciudad de la Toscana, a orillas del río Serquio.

tado con Narsés, dándole rehenes y garantía bajo juramento de que, si pasados treinta días no llegaba en su ayuda ninguna fuerza aliada que les permitiera hacerles frente y presentar batalla, no desde las torres y las murallas, sino en campo abierto, entonces, si esto no sucedía, en el acto rendirían y entregarían
2 la ciudad. Creían que no estaban lejos los francos, con cuya ayuda contaban, y habían firmado un tratado con tales términos por la confianza que tenían en ellos. Pero cuando el plazo pasó y allí no se presentó nadie, su propósito fue ignorar por
3 completo el tratado. Naturalmente, Narsés, al verse así engañado, montó en cólera y se preparó para asaltar la ciudad[123]. Algunos de sus hombres pensaban que todos los rehenes debían ser ejecutados, como lo iban a ser los habitantes de la ciudad
4 en venganza por su traición. Pero el general, que actuaba siempre con sensatez y jamás movido por la cólera, no se rebajó a una crueldad tal como matar a aquellos que nada malo habían hecho en pago de la falta cometida por otros; en cambio, maquinó el siguiente engaño[124].

Narsés finge ejecutar a los rehenes

5 Llevó a los rehenes delante de todos, con las manos cruzadas y bien atadas detrás de la espalda y la cabeza gacha, para mostrar a sus compatriotas la penosa situación en que se encontraban y amenazar con matarles rápidamente si no se apresura-

[123] Otoño del 553. En realidad Agatías comprime dos años en uno, ya que la narración ha empezado en julio del 552. Para la cronología, véase CAMERON, *Agathias*, págs. 143.

[124] Todos los estudiosos han reconocido que el episodio en su conjunto es sin duda una fabulación o cuando menos una exageración, cuya finalidad es magnificar, sobre todo moralmente, la figura de Narsés; véase CAMERON, *Agathias*, pág. 38, con referencias anteriores.

ban en cumplir lo que ya había sido acordado. A los rehenes se les habían colocado unas pequeñas tablas desde la nuca hasta los pies, ocultas con unas bandas de tela, para que los enemigos
no pudiesen distinguirlas desde la distancia. Al no obedecerle la 6
ciudad, inmediatamente dio orden de colocarles en fila y decapitarles. Los soldados de su guardia desenvainaron las espadas y las dejaron caer pesadamente como para cortarles el cuello; pero el golpe cayó en las tablas y no les hizo ningún daño, aunque, tal y como se les había ordenado, caían hacia delante y voluntariamente se agitaban y se retorcían simulando morir.
Cuando los habitantes de la ciudad vieron lo que, por lo aleja- 7
dos que estaban, no era lo que había pasado, sino lo que a ellos les parecía haber visto, todos al unísono se lamentaron, al considerar lo sucedido como una desgracia, puesto que los rehenes no pertenecían al pueblo llano, sino que eran varones muy destacados y de alta alcurnia. Creyendo que se les había privado de 8
hombres tales, surgió un inconmensurable clamor y se oyeron quejas sin número y un gemido hondo y doliente; una multitud de mujeres que se golpeaban el pecho y se rasgaban las vestiduras llegaba a los baluartes[125], pues eran quizá las madres de los que parecían haber muerto, quizá eran sus hijas casaderas[126],
quizá cualquier otra cosa. Y, lógicamente, todos insultaban sin 9
disimulo a Narsés y lo llamaban insolente y canalla; decían que era un salvaje y un asesino y que su imagen de ser siempre piadoso y devoto era sólo una pose.

---

[125] La escena y algún término poco común parecen inspirados en *Ilíada* XXII 408-409.

[126] KEYDELL, nota *ad loc.*, aclara la palabra *epíklēroi*, un término técnico legal que significa «herederas» y que Agatías se permite utilizar aquí como complementario a las «madres», con el sentido de «hijas no casadas».

Hace un trato con los habitantes

13 En medio de ese clamor, Narsés dijo[127]: «¿Acaso no sois
vosotros los culpables de su ruina por haberlos ignorado y
traicionado? Quedará claro que tomasteis la decisión equivo-
2 cada al quebrantar el juramento y romper el tratado. Pero aun
así, si quisierais cambiar lo sucedido y cumplir de verdad lo
acordado, no habréis perdido nada, ya que al instante volverán
estos hombres a la vida y nosotros no haremos ningún daño a
la ciudad. Pero en caso contrario, lo que os queda por padecer
no va a ser sólo esto: empezad a pensar cómo evitar todos vo-
3 sotros sufrimientos similares a éstos». Cuando le oyeron los
de Luca, pensaron que era un truco y que intentaba engañarles
con lo de la resucitación. Y en verdad eran un engaño sus pa-
labras, pero no en el sentido que ellos creían. Aun así, ense-
guida aceptaron de buen grado y juraron que le entregarían la
ciudad y sus propias personas para lo que él quisiera en cuan-
to vieran a los rehenes nuevamente con vida. Y eso porque,
como les parecía imposible devolver los muertos a la vida,
pensaban que era un buen pretexto para librarse de la acusa-
4 ción de traición y poner la justicia de su lado. Narsés entonces
les hizo presentarse a todos juntos y se los enseñó, sanos y sal-
vos, a sus compatriotas. Al verlos se quedaron atónitos, como
es natural, por lo increíble del suceso, pero ni aun así pensaron
todos que tenían que cumplir lo jurado y de hecho algunos se
5 negaron. Con los rehenes delante de ellos y en su mente el te-
mor y la angustia convertidos en esperanza renovada —así
son las multitudes—, volvieron al principio y ganó el bando
de la traición. A pesar de su estúpido comportamiento, el ge-
neral Narsés, haciendo gala de una gran generosidad, los libe-
ró enseguida y los envió a casa sin cobrar rescate y sin impo-

[127] Aunque no se dice, ha de ser un heraldo.

nerles ninguna otra obligación. A los de Luca, que estaban 6
maravillados y no entendían por qué actuaba así, les dijo:
«No acostumbro a enorgullecerme de mamarrachadas y ex-
pectativas miserables: creo que aun sin ellas os vais a unir
muy pronto a nosotros y si no es voluntariamente, os conven-
cerán éstas». Y al decirlo señalaba las espadas. Los hombres 7
que habían vuelto y que ya estaban entre sus compatriotas
iban por los grupos de gente alabando sobremanera a Narsés;
recordaban con cuánta solicitud les había atendido y susurra-
ban por doquier que era cordial, amable y magnánimo cuando
aplicaba la justicia. Estas palabras estaban destinadas a tener, 8
en poco tiempo, un efecto mayor que el de las armas, aplacan-
do a la parte más agresiva y pendenciera de la población y
atrayendo a la mayoría a la causa romana.

EL EJÉRCITO ROMANO EN EMILIA

Mientras Narsés estaba ocupado con el asedio, a los ejérci- 14
tos romanos enviados a Emilia les iban muy mal las cosas; esto
le tenía, como es lógico, muy disgustado. Y es que cuando lle- 2
garon a la zona, al principio actuaban con prudencia y orden y,
si iban a saquear alguna aldea o alguna ciudad enemiga, mar-
chaban bien organizados y procedían al asalto con bastante mé-
todo. No se retiraban en desbandada, sino ordenadamente, con
la retaguardia en su lugar y una formación en cuadro que rodea-
ba el botín para asegurar su total protección. Así actuaban al 3
principio, destruyendo enclaves enemigos, pero pocos días más
tarde todo cambió completamente.

Fulcaris ataca Parma

Fulcaris, el general hérulo[128], era sin duda valiente y nada
había en la guerra que consiguiera asustarle, pero era audaz,
impulsivo y malgastaba sus fuerzas, pues no creía que fuera
asunto de un general o de un caudillo organizar y disponer la
formación; al contrario, se jactaba en extremo de ser el primero
en lanzarse de cabeza a la batalla para atacar a los enemigos con
todas sus energías y de enfrentarse así en persona a los peligros
4 de la guerra. Su gran torpeza quedó demostrada sobre todo en-
tonces, cuando lanzó un ataque contra la ciudad de Parma, que
estaba ya en poder de los francos. Debería haber enviado antes
espías que pudiesen conocer con exactitud los propósitos del
enemigo y de esta manera atacar de acuerdo con un plan previo,
pero lo confió todo a la precipitación y a la imprudente fuerza
bruta para dirigir desordenadamente un ejército formado por
los hérulos y por cuantas unidades romanas le siguieron, que se
pusieron en camino sin sospechar que algo pudiera salir mal.
5 En cuanto lo supo Butilino, el jefe de los francos, escondió en
un anfiteatro construido no lejos de la ciudad (que servía para
quienes se ganaban la vida luchando con fieras en los espec-
táculos públicos[129]) a un grupo escogido de los más valientes y
aguerridos soldados y con esa emboscada preparada se quedó a
la espera del momento propicio para actuar.

---

[128] Al igual que Procopio, Agatías señala la nacionalidad de estos capitanes, lo que parece indicar que no era frecuente que los bárbaros llegasen a ser oficiales; véase Jones, *LRE*, págs. 675-676. Otros casos en III 21 y IV 15 para hunos, III 21 para un anta, y III 6 para bárbaros diversos.

[129] Pesada perífrasis para evitar el término latino *bestiarius*. Este tipo de juegos era especialmente frecuente en la parte occidental del Imperio y hay testimonios muy tardíos de estos espectáculos, a pesar de la oposición radical del cristianismo; véase Jones, *LRE*, págs. 1016-1018.

Cuando Fulcaris y los hérulos avanzaron hasta quedar en el 6
centro de los enemigos dio la señal para que actuaran los fran-
cos: cayeron en bloque encima de ellos, que marchaban sin or-
den ni concierto y enseguida mataron con sus espadas a todos
los que tenían a mano, desconcertados por lo súbito del ataque
y lo inesperadamente que los habían pescado, por así decir. La 7
mayoría, cuando lograron darse cuenta de la catástrofe, hizo
algo indigno y vergonzoso para salvarse: le dio espalda al ene-
migo y salió huyendo en desbandada, olvidando completamen-
te todo su valor y su larga experiencia en la guerra.

Muerte de Fulcaris

Tras la huida de su ejército, el general Fulcaris se quedó 15
solo con su cuerpo de guardia. Pensó que de ninguna manera te-
nía que huir y que era mejor recibir una muerte digna que so-
brevivir con vergüenza[130]. Se apostó entonces en el lugar que
era más seguro, de espaldas a una lápida, y mató a muchos ene-
migos, ora cargando de repente contra ellos, ora retirándose
marcha atrás lentamente. Aún podía haber escapado fácilmente 2
y así se lo rogaron sus compañeros, pero él dijo: «¿Y cómo iba
a poder soportar la censura a mi insensatez en boca de Nar-
sés?». Parece pues que temía más la injuria que la espada, de 3
modo que permaneció allí, se mantuvo firme y no dejó de lu-
char hasta que, rodeado por una multitud de enemigos y con el
pecho acribillado de lanzas, e incluso con la cabeza hendida por
un hacha, dejó de forcejear con la muerte y cayó de bruces so-
bre su escudo. Le siguieron todos los demás, los que habían 4

[130] La retirada no siempre era considerada asunto vergonzoso por los germanos: en Procopio encontramos la elaborada defensa por parte de Vitiges de su retirada a Rávena en el 536 (PROCOPIO, *Guerras* V 11, 19).

permanecido con él bien porque quisieron, bien porque el ene-
migo no les dejó otra salida, todos fueron muriendo indiscrimi-
5 nadamente. Así pues, Fulcaris no pudo disfrutar mucho tiempo
del honor de haber sido nombrado general, pues su éxito fue
breve como un sueño: muy rápida llegó la catástrofe que acabó
con su mando y con su vida[131].

Los generales romanos se retiran a Faventia

6 A los francos, sin embargo, les levantó mucho la moral y
7 cobraron nuevos ánimos. Los godos que habitaban en Liguria
y Emilia y las zonas próximas tenían firmado un tratado de paz y
de defensa mutua hipócrita y en absoluto voluntario, debido
más al miedo que a su propio deseo. Entonces se envalentona-
ron y rompieron el tratado para unirse al bando de los bárbaros,
8 de similar modo de vida. El ejército romano que, como ya he
contado, mandaban Juan el de Vitaliano y Artabanes, junto con
los hérulos que habían sobrevivido al desastre, se refugiaron in-
9 mediatamente en Faventia[132]. Y es que los generales pensaron
que no les beneficiaba estar acampados en los alrededores de
Parma, dada la cantidad de fuerzas enemigas allí reunidas y
porque, a pesar de lo inesperado de su éxito, no iban a hacer uso
sólo de la suerte. Pues las ciudades de los godos se entregaban
a ellos y, una vez que habían conseguido plazas que eran segu-
ras, era presumible que lanzasen un ataque masivo sobre los ro-
10 manos. Los generales decidieron, lógicamente, acercarse lo
más posible a Rávena y rehuir de este modo a los enemigos
pues no se creían capaces de enfrentarse con ellos. Cuando Nar-

[131] Otro ejemplo de insensatez castigada con la derrota y la muerte; véase Introducción 3.3.

[132] Actual Faenza, muy cercana a Rávena.

sés tuvo noticia de ello, se sintió muy disgustado por la bravuconería de los bárbaros y por la repentina muerte de Fulcaris, un hombre nada insignificante ni mediocre, sino valeroso e ilustre entre los que más, con muchas victorias en su cuenta y que podía no haber muerto a manos de sus enemigos, me parece, si hubiera tenido tanta sensatez como valor. Todo ello le afligía 11
sobremanera, pero no con el miedo y la consternación que siente la mayoría; al contrario, al ver a su ejército paralizado ante sucesos tan increíbles, decidió dirigirles a todos unas palabras de ánimo que les devolvieran la confianza y les curaran del miedo.

Carácter de Narsés

Narsés era inteligente y activo en extremo y tenía una 16
gran capacidad para enfrentarse a los acontecimientos; aunque no había recibido demasiada educación ni estaba adornado con una gran habilidad de palabra, tenía un brillante talento natural que le permitía exponer con claridad sus planes y ello a pesar de ser un eunuco criado en el ambiente muelle de la corte. Era de pequeña estatura y anormalmente delgado, 2
pero poseía tanto valor y heroísmo que resultaba en verdad increíble. Es natural, pues quien tiene un alma libre y noble no dejará de tenerla cualquiera que sea la dificultad con la que se encuentre.

Arenga de Narsés

Entonces Narsés se colocó en medio de su ejército y les 3
dijo estas palabras: «A los que están acostumbrados a ganar a los enemigos en toda circunstancia y tener siempre experien-

cias dichosas, si falla alguna de sus expectativas, aunque sea
por poco, inmediatamente se le esfumaría la felicidad y se
4 tambalearían sus esperanzas. Los que son sensatos, creo yo,
no deben quedarse obnubilados con la fortuna cuando todo va
bien, sino que, como es tan fácil que las cosas cambien, han de
estar siempre mentalizados para ello, pues a los que así actúan
la buena fortuna les parece lo más delicioso, pero no tan terri-
5 ble cuando, por un azar imprevisto, se acaba[133]. En verdad
os veo, varones, en un estado de aflicción mucho mayor que
el natural en estas circunstancias y es evidente que estáis así
no por otra razón que por haberos sentido demasiado orgullosos
por lo habitual de la victoria y creer que nunca iba a torcerse,
de modo que si abandonaseis ese prejuicio para observar lo
sucedido en sus justos términos, ya no lo veríais tan terrible
6 como, sin embargo, creéis que es. Cuando el general Fulcaris,
que, como bárbaro, era dado a la precipitación, se arriesgó de
forma insensata ante tamañas fuerzas enemigas, sufrió las con-
secuencias previsibles de estas acciones, pero nosotros, varo-
nes, no tenemos por qué huir de las circunstancias presentes, ni
7 replantearnos las previstas. Pues sería una vergüenza que si los
godos que han sobrevivido al gran desastre acontecido a su
pueblo se procuran alianzas, nos provocan mayores penali-
dades y no se resignan en absoluto a su suerte, nosotros
en cambio, en la suposición de que somos inferiores sólo
por no haber obtenido una aplastante victoria, perdamos el
ánimo desperdiciando la gloria de nuestros éxitos anteriores.
8 De modo que tenemos que sentirnos más dichosos ante lo su-
cedido, pues en estas circunstancias nos hemos mantenido le-
jos, creo, tanto de la excesiva fortuna como de ser envidiados
en demasía y en adelante nos va a ser posible afrontar confia-

---

[133] Una idea similar en POLIBIO, *Historias* I 35, 2.

dos la lucha, ahora que entramos de nuevo en el camino de la
victoria. Sí, el enemigo se distingue por su superioridad numé- 9
rica, pero nosotros les sacamos mucha ventaja en organi-
zación, siempre que seamos sensatos, y luchamos contra ad-
venedizos que estarán, como es natural, escasos de víveres,
mientras que nosotros estamos bien provistos. Muchas plazas y
ciudades nos ofrecerán protección si la necesitamos: a ellos, en
cambio, no. Más aún, el Todopoderoso lucha con nosotros, que
actuamos en legítima defensa de lo que nos pertenece, y no con
ellos, que están destruyendo lo ajeno. De tal modo que no hay 10
nada extraño en que tengamos una gran confianza y en que no
sintamos ningún temor. No demos, pues, ni un momento de
respiro en nuestro asedio a los habitantes de Luca y que cada
uno de nosotros se prepare para un lucha sin cuartel lleno de
ánimo y con todas sus fuerzas».

Misión de Estéfano en Faventia

Con estas palabras Narsés consiguió elevar los ánimos del 17
ejército y sobre todo retomar con todas las energías el asedio de
Luca. Seguía, sin embargo, indignado contra los otros genera-
les que habían abandonado su ventajosa posición y habían lle-
gado a Faventia, pues le habían desbaratado así todas sus previ- 2
siones. Él había pensado en disponer al ejército que estaba con
ellos alrededor de la ciudad de Parma como si fuera una barre-
ra fortificada, de manera que mientras obstaculizaban el avance
de los enemigos, él con calma se haría con el control en la Tos-
cana y después iría a reunirse con ellos. Pero ahora, como se ha-
bían alejado tanto, los hombres de Narsés estaban completa-
mente expuestos al ataque de los enemigos. Como tal situación 3
le pareciera intolerable, envió junto a estos generales a uno de
sus más cercanos colaboradores, llamado Estéfano, de la ciudad

iliria de Epidamno[134], para que se burlara de su cobardía y les
dejara claro que, si no volvían inmediatamente a sus anteriores
4 posiciones, quedarían como traidores a la causa común. En
efecto, Estéfano y doscientos jinetes belicosos y muy bien arma-
dos se pusieron en marcha de inmediato. Hacían el camino con
mucho esfuerzo y noches en blanco, pues parte de los francos
recorría la llanura para conseguir forraje y saquear las tierras.
5 Por eso los romanos marchaban principalmente de noche, en
formación y vigilando su retaguardia: así, si era necesario lu-
char, se encontrarían preparados. Se oían los lamentos de los
campesinos, los mugidos del ganado al ser arrastrado y los cru-
jidos de los árboles al caer. Rodeados por tan terribles sonidos
llegaron por fin hasta Faventia y hasta el ejército que allí esta-
6 ba. Estéfano se presentó entonces ante los generales y les dijo:
«¿Qué os ha sucedido, nobles varones? ¿Dónde está la gloria de
los anteriores éxitos y el reconocimiento de tantos triunfos?
¿Cómo Narsés va a poder tomar Luca y dominar el territorio de
este lado de los Alpes, si vosotros facilitáis al enemigo un acce-
so como si fuerais sus aliados y les dejáis circular tranquila-
7 mente por donde quieran? Y yo, por mi parte, nada malo os di-
ría pero quizá alguien diga que de lo que se trata es de cobardía
y dejación de funciones. Así que, si no volvéis rápidamente a
Parma, no remitirá la indignación de Narsés y os seguirá cul-
pando de lo sucedido, aunque no haya sido así. Tened, además,
mucho cuidado, insignes generales, de que no caiga también
sobre vosotros la ira del emperador».

18 Al oír estas palabras los generales se dieron cuenta de que
eran de Narsés; como no podían decir que era una acusación in-
justa, se excusaron con la disculpa de que se habían visto obli-
gados a trasladarse porque no era posible conseguir la suficien-
te provisión de alimentos para el ejército en el territorio de

[134] La actual ciudad albanesa de Durazzo.

Parma, al no estar allí Antíoco, el prefecto de Italia[135], que era el encargado de este asunto; es más, ni se les había repartido la paga regular. Pues bien, Estéfano fue con toda rapidez a Rávena, donde estaba el prefecto, y volvió con él junto a los generales; así, al ir solucionando los problemas como podía, les convenció de que diesen enseguida media vuelta y acampasen de nuevo alrededor de Parma.

2

Fin del asedio a Parma

3 Después de completar su misión, volvió a Luca y animó a Narsés para que siguiese adelante con sus planes: los enemigos no le molestarían, pues sus ataques iban a ser neutralizados por las fuerzas romanas, situadas de nuevo en la posición adecuada. 4 Por lo demás, Narsés, al que le resultaba insoportable la sola idea de que los de Luca fueran a resistir mucho más tiempo ese débil asedio que tenía lugar, arremetió sin contemplaciones contra los muros; ahora se acercaban las helépolis[136], se lanzaban proyectiles encendidos a las torres y se disparaban piedras y flechas a los que aparecían en los muros; se abrió una brecha

135 El prefecto del pretorio del que aquí se habla estaba al mando de la prefectura de Italia; junto con el prefecto de Oriente, con sede en Constantinopla, eran los máximos funcionarios del Imperio. Había además otros dos prefectos, el de las Galias y el del Ilírico. Eran autoridades estrictamente civiles, aunque de muy amplios poderes; véase R. MOROSI, «L'officium del prefetto del pretorio nel VI secolo», *Romanobarbarica* 2 (1977), 103-148.

136 Arietes perfeccionados por Demetrio I Poliorcetes. PROCOPIO nos ofrece una detallada descripción en *Guerras* V 21, 6-12: hechos de madera, con la viga, de 2,5 a 4 metros de longitud, colgada por medio de unas anillas de metal, y con un tejado bajo el cual podían protegerse de los disparos enemigos los soldados, que podían ser hasta cincuenta. Véase nota *ad loc.* en J. A. FLORES RUBIO, *Procopio. Historia de las guerras V-VI*, Madrid, 2007.

en la muralla y la sombra del desastre se cernía sobre la ciudad.
5 Los que habían sido rehenes hacían una campaña aún mayor en favor de los romanos y si por ellos hubiera sido en poco tiempo se habría rendido la ciudad entera. Pero los generales francos, que tenían el mando de la guarnición dentro de la ciudadela, los apremiaban a seguir luchando y a rechazar el asedio con las ar-
6 mas. Así que abrían las puertas y lanzaban rápidos ataques contra los romanos, creyendo que con esto iban a vencer; pero tan pequeño era el efecto causado en los enemigos como grande el propio daño, pues la mayoría de los de Luca, convencidos ya por los que actuaban desde dentro, luchaban sin ningún ánimo.
7 Como no veían cumplidas ninguna de sus expectativas por más que lo intentaran y, en cambio, a la pérdida de mucha de su gente se sucedía la retirada cobarde y vergonzosa de otros que, una vez dentro del recinto se cerraban a cal y canto para no tener que salir más, entonces, al no poder salvarse de otro modo, se vieron obligados todos a adoptar una actitud pacífica buscando
8 un arreglo para su situación. De modo que aceptaron la garantía de Narsés de que no habría represalias por sus acciones pasadas, entregaron la ciudad y recibieron felices al ejército; después de tres meses gastados en el asedio, ya eran de nuevo súbditos del emperador romano.

NARSÉS SE DIRIGE A RÁVENA PARA PASAR EL INVIERNO

19 Narsés, una vez que Luca fuera obligada a rendirse y ya no presentase resistencia alguna, pensó que en absoluto era necesario demorarse allí, ni siquiera como descanso de sus fatigas. Dejó en su lugar a Bono, el general que tenía a su cargo[137] Moe-

[137] El llamado cuestor del ejército; Justiniano creó en el 536 este nuevo cargo, la *questura exercitus*, con el objeto de conseguir mayor eficiencia en el

sia del Istro[138], un hombre de una gran sagacidad y experto tanto en asuntos civiles como militares, y le confió un contingente considerable, con el que le sería fácil dominar y someter una posible sublevación bárbara en la zona. Tras dejarlo todo así dispuesto, se apresuró a dirigirse a Rávena para enviar al ejército que allí estaba a sus cuarteles de invierno. Pues como el 2
otoño ya estaba llegando a su fin y estas acciones estaban sucediendo cerca del invierno, pensó que no era momento de seguir combatiendo. Hacerlo habría beneficiado a los francos, para los que el calor es un enemigo y les causa un profundo decaimiento. Si pueden elegir, jamás lucharán en verano; en cambio con el frío se llenan de vigor y fortaleza y están aún más llenos de energía. Para ellos esto es natural, pues su tierra tiene un clima invernal y están acostumbrados a tener frío[139]. Por eso tenía la 3
intención de dejar pasar el tiempo y retrasar la guerra hasta el año siguiente, de modo que licenció al ejército según sus centuriones y comandantes[140] y les ordenó pasar el invierno en las ciudades y fortificaciones de la zona; al comenzar la primavera irían todos al tiempo a Roma y allí el ejército al completo se prepararía para la campaña[141]. Mientras así lo hacían, Narsés 4

---

abastecimiento del ejército en la frontera tracia. Este cargo lo ejercía un prefecto del pretorio con autoridad sobre cinco provincias que pertenecían a la Prefectura del Este: Misia Inferior, Escitia, las Islas, Caria y Chipre; *cf.* JUSTINIANO, *Nov.* XLI, 536. Véase TATE, *Justinien...*, págs. 728-729.

[138] Es decir, la provincia romana de Moesia, junto al Danubio o Istro; como en griego se la denomina Misia, como la zona de Asia Menor, a veces se le añade «de Europa» o, como en este caso, «del Istro».

[139] Esta idea es un lugar común, por ejemplo, ARISTÓTELES, *Política* 1327 *b*.

[140] Los centuriones tenían bajo su mando un batallón de 100 hombres y los comandantes mandaban un *numerus*, entre 200 y 400 hombres; véase W. TREADGOLD, *Bizantium...*, Stanford, 1995, págs. 93-98, donde comenta el *Estratégico* del emperador MAURICIO, próximo en fecha a Agatías.

[141] BURY, *HLRE* II, pág. 277, señala lo extraño de esta retirada, que suponía el abandono de Etruria y de las provincias del Adriático al enemigo; aun-

se dirigió a Rávena llevando sólo a sus sirvientes y a su guardia personal y también a los ayudantes que en su equipo se estaban encargando de la documentación y de otros aspectos de la administración y también de que no pudiera acercársele quien lo deseara: en la lengua de los romanos su nombre procede de «las
5 cancelas»[142] a causa del trabajo que realizan. También iban con él Zandalas, el jefe de sus asistentes, el resto de su servicio y los eunucos que eran sus chambelanes; en total, fue a Rávena con unos cuatrocientos hombres.

ALIGERNO ENTREGA CUMAS

20 Mientras, Aligerno, el hijo de Fritigerno y hermano de Teyas, al que he mencionado previamente[143] en el asedio de Cumas, ante el hecho de que los francos estuvieran en Italia y los asuntos de los godos hubieran pasado a depender de ellos, era el único que demostraba haber asimilado lo sucedido y estar pre-
2 parándose para el futuro. Reflexionar sobre los acontecimientos actuales le había llevado a darse cuenta de que los francos, cuando se les había pedido ayuda, habían encontrado en ello un pretexto y una muy aparente excusa en nombre de la alianza para venir, pero en realidad quedaba claro que su intención era

---

que tuviese confianza en las guarniciones de las ciudades amuralladas, el campo abierto estaba a merced del enemigo.

[142] Los cancelarios, en principio los que vigilaban las puertas del palacio del emperador; también se llamaron así los escribas o secretarios de los tribunales. Figuraban siempre entre los colaboradores de los jefes civiles o militares; véase T. S. Brown, *Gentlemen and officers imperial administration and aristocratic power in Byzantine Italy A. D. 554-800*, Londres, 1984, págs. 152-153. Según su costumbre, Agatías evita utilizar el latinismo y prefiere recurrir a una perífrasis; véase Introducción 3.8.

[143] I 8, 5.

otra; pues no iban a consentir, si ganaban a los romanos, estar
sometidos a los godos de Italia, sino que, de hecho, esclaviza-
rían a aquellos a los que, de palabra, habían venido a socorrer
y les someterían a los jefes francos y acabarían con todas sus
costumbres tradicionales. Tras largas cavilaciones y análisis y 3
como, además, se encontraba agobiado por el asedio, le pareció
que lo mejor era entregar la ciudad y sus riquezas a Narsés y en
adelante formar parte del Imperio romano y alejarse así de los
peligros y del modo de vida bárbaro. Creía que si a los godos no 4
les era posible ser dueños de Italia, era justo que fuese devuelta
a sus antiguos habitantes y legítimos señores desde siempre, que
no debían estar privados de ella por más tiempo. De modo
que decidió por su parte actuar así y ser un ejemplo de buen cri-
terio para todos sus compatriotas. En efecto, mandó primero 5
decir a los sitiadores romanos que quería presentarse ante el ge-
neral y una vez que obtuvo el permiso se presentó en Clasis,
una plaza fuerte en el distrito de Rávena[144], donde sabía que re-
sidía Narsés. Cuando se encontró ante él, le entregó las llaves 6
de Cumas y prometió servirle en todo con la mejor disposición.
Éste aceptó con agrado su acercamiento y le aseguró que le re-
compensaría con grandes beneficios. Dio entonces orden al 7
destacamento acampado alrededor de Cumas de entrar en el re-
cinto, tomar posesión de la ciudad y de sus riquezas y custo-
diarlas muy cuidadosamente; al resto del ejército le mandó reti-
rarse a otras ciudades y plazas fuertes donde podría pasar el
invierno. Y todo se hizo así.

[144] Un puerto a unos 5 km de Rávena, famoso por la iglesia de San Apolinar.

NARSÉS NOMBRA A SINDUAL NUEVO COMANDANTE DE LOS HÉRULOS

8 El ejército hérulo se había quedado de nuevo sin general[145] y, al haber dos varones insignes pero también discutidos, la gente estaba dividida apoyando las pretensiones de uno u otro. Una parte apoyaba a Arut y creían que si él les gobernaba todos sus asuntos mejorarían. A otros, en cambio, les gustaba Sindual, por su carácter emprendedor y su gran preparación militar; entre ellos se encontraba también Narsés, que lo nombró general de los hérulos y los mandó a donde pasar el invierno en las mejores condiciones.

NARSÉS INTENTA DESANIMAR A LOS GODOS A TRAVÉS DE ALIGERNO

9 A Aligerno lo envió a la ciudad de Cisina[146] ordenándole
que cuando llegara se dejase ver en lo alto de la muralla tan cla-
ramente que todo el mundo pudiera reconocerle. Le ordenó esto
para que los francos (que estarían pasando por allí) viesen que
él había cambiado de bando y renunciasen a marchar sobre Cu-
mas y a hacerse con sus riquezas y quizá también a toda la gue-
rra, al ver que se les había tomado la delantera en todos los
10 aspectos. Cuando Aligerno vio pasar a los francos empezó a in-
creparles desde lo alto y a burlarse de lo inútil de sus esfuerzos
futuros y de su retraso con respecto a los acontecimientos, ya
que todas las riquezas estaban en poder de los romanos, inclu-
yendo las insignias reales de los godos. De manera que cual-
quier futuro rey de los godos tendría que ser proclamado sin lle-
var ninguno de los atributos de su dignidad, sino vestido con el
11 manto de un soldado y la ropa de un individuo común. Los fran-

[145] Al morir Fulcaris, I 15.

[146] Actual Cesena, a unos 40 km al sur de Rávena.

cos se encolerizaron con él y entre otros insultos le llamaron traidor a su pueblo, pero de alguna manera comenzaron a dudar de la situación e incluso a considerar si había que seguir con la guerra. Triunfó, sin embargo, la idea de no volverse atrás y seguir con sus objetivos iniciales.

NARSÉS VENCE A LOS FRANCOS EN UNA ESCARAMUZA EN LOS ALREDEDORES DE ARÍMINO

Mientras tanto, Narsés había estado en Rávena visitando a 21
las tropas y dejándolo todo preparado y después se había retira-
do a la ciudad de Arímino[147], con el mismo séquito que se ha
descrito antes. Tras la reciente muerte de Vácaro, de la tribu de 2
los varnos[148], hombre terrible y belicoso en extremo, su hijo,
de nombre Teodebaldo, junto con sus seguidores varnos, se había
aliado rápidamente con el emperador romano y estaba en Arími-
no para encontrarse con Narsés. Por esta razón fue Narsés allí, 3
para asegurárselos bien a todos como aliados con ayuda del oro.
Mientras se encontraba con ellos, unos dos mil soldados francos, 4
entre infantería y caballería, cuyos jefes les habían enviado para
que se dedicaran al saqueo y a la rapiña, comenzaron a arrasar
los campos, a apoderarse del ganado de labor y a todo tipo de pi-
llajes, tan cerca de la ciudad que Narsés lo vio al encontrarse en
una habitación superior que dominaba la llanura. E inmediata- 5
mente (pues creía que era innoble e indigno no hacer todo lo po-

[147] Actual Rímini, al sur de Cesena.

[148] Según Procopio, *Guerras* VIII 20, 2, los varnos viven al otro lado del Danubio y se extienden hasta el Océano del Norte a lo largo del Rin, que los separa de los francos. La oposición contra los francos se remonta a principios del siglo VI, cuando los varnos, junto a hérulos y turingios, apoyaron a los ostrogodos intentando establecer una frontera norte contra los francos.

sible para evitarlo) salió de la ciudad, a lomos de un noble caballo muy dócil, capaz de ejecutar complejos movimientos y al mismo tiempo entrenado y con mucha experiencia en ataques y retiradas. Además, a todos aquellos miembros de su séquito con
6 conocimientos bélicos les ordenó que lo acompañaran. Cerca de trescientos hombres salieron con él montados en sus caballos y se lanzaron contra los enemigos. Éstos, cuando vieron que se les echaban encima, dejaron de ir y venir desperdigados y creo que hasta dejaron de pensar en el botín: se agruparon todos, caballería e infantería, y se ordenaron en una formación no muy amplia (cómo iba serlo, si allí no había muchos), pero sí muy sólida por la completa protección de los escudos y la perfecta cohesión
7 en los flancos. Cuando los romanos estuvieron a tiro de flecha, pensaron que en absoluto debían entrar en un combate cuerpo a cuerpo con el enemigo, dada su perfecta formación, y con flechas y jabalinas intentaron derribar a los de las primeras líneas y
8 así causar mella en la parte frontal. Pero los francos, muy bien defendidos por los escudos, permanecieron firmes e incólumes sin sufrir daño alguno en su formación[149], pues estaban también protegidos por un espeso bosque cuyos árboles les servían de muralla. Y además se defendían lanzando los «angones»[150], que es el nombre que reciben sus jabalinas tradicionales.

22 Dándose perfecta cuenta de que no lograban infligir ningún daño a los francos, Narsés recurrió a una estratagema propia de los bárbaros y practicada sobre todo por los hunos: ordenó a sus hombres que diesen media vuelta y se retiraran en desbandada,

---

149 Una de las primeras descripciones, junto con la de II 8, 8, de una formación en «tortuga» entre los bárbaros; véase P. Rance, «The *Fulcum*, the Late Roman and Byzantine *Testudo*: the Germanization of Roman Infantry Tactics?», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 44 (2004), 265-326, en especial 290-292.

150 Véase II 5, 5, donde describe esta arma.

como si huyeran aterrorizados y provocaran así a los bárbaros
para que se alejasen lo más posible de los árboles y llegaran
hasta campo abierto. De lo demás, les dijo, ya se encargaría él.
De acuerdo con sus órdenes, emprendieron la huida y los francos 2
cayeron en la trampa: envalentonándose al suponer que el miedo
de los romanos era real, rompieron la formación y abandonaron
el bosque para darles caza. Salió primero la caballería, seguida 3
por aquellos miembros de la infantería más fuertes y veloces.
Todos avanzaban despreocupadamente, porque iban a capturar
enseguida a Narsés y con muy poco esfuerzo iban a poner fin a
la guerra de manera completa y definitiva. Se olvidaron de toda 4
disciplina y avanzaban sin orden ni cuidado, felices y llenos de
esperanza, mientras los romanos daban rienda suelta a los caba-
llos galopando sin descanso: parecían de hecho cobardes a la
fuga. ¡Así de verídico era el papel que estaban representando!

En cuanto los bárbaros estuvieron en campo abierto y lo 5
más alejados posible del bosque, entonces todos los romanos, a
una señal de su general, volvieron grupas a sus caballos y se en-
frentaron a sus perseguidores al contraataque; sin piedad arre-
metieron contra los francos, cogidos completamente por sor-
presa, y la huida se convirtió en persecución. La caballería 6
pronto se dio cuenta del peligro en el que se encontraban, y fue-
ron a todo galope hasta el bosque, contentos de conservar su
escuadrón sano y salvo. Pero la infantería fue masacrada des-
honrosamente, sin poder mover un dedo para hacer frente al
enemigo, incapaces de dar crédito al impensable vuelco en los
acontecimientos. Allí quedaron los cadáveres de todos ellos,
como si se tratara de rebaños enteros de animales muertos. En 7
cuanto cayeron su mejores hombres, más de novecientos, ense-
guida los demás se replegaron y se volvieron hacia sus jefes, ya
que no iban a estar seguros separados del grueso del ejército.
Entonces Narsés, de vuelta a Rávena, y una vez bien organiza-
do todo allí, marchó a Roma a pasar el invierno.

LIBRO II

SINOPSIS

(**Primavera 554**) Narsés prepara a sus hombres durante el invierno (1, 1-2).

El final de Leotaris:

Campaña de pillaje de Leotaris y Butilino (1, 3-5). Saqueo de las iglesias por parte de los ejércitos bárbaros (1, 6-11). Leotaris regresa a casa (2, 1-2). Refriega en Pisauro (2, 3-3, 1). El ejército de Leotaris llega hasta Ceneta (3, 2-3). El ejército es atacado por una plaga (3, 4-5). Muerte de Leotaris y de sus hombres (3, 6-8).

El final de Butilino:

El ejército de Butilino enferma camino de Roma (4, 1-3). El ejército de Butilino acampa cerca de Capua (4, 4-10). Butilino anima a sus hombres (5, 1-2). Descripción del armamento franco (5, 3-9). El ejército de Narsés acampa cerca del enemigo (6, 1-2). Narsés planea evitar la rapiña enemiga (6, 3-4). Canaranges prende fuego al puesto enemigo en el río (6, 5-6). Los adivinos alamanes predicen la derrota (6, 7-9). Incidente con un varón hérulo (7, 1-4). Respuesta de los hérulos (7, 5-7). La batalla de Casulino: preparativos (8, 1-8); victoria del ejército romano (9, 1-10, 1); ejemplos de derrotas similares a la de los francos (10, 2-6); vencedores y vencidos tras la batalla (10, 7-9).

(**Otoño 554**) Los romanos sobrevaloran su triunfo (11, 1-5). Discurso de Narsés (12, 1-10).

Sitio de Campsa:

Una partida de godos se refugia en Campsa (13, 1-3). (**Primavera 555**). Narsés asedia Campsa (13, 4-6). Ataque a Narsés por parte de Ragnaris y muerte de éste (14, 1-5). Rendición de los godos de Campsa (14, 6-7). Muerte de Teodebaldo (14, 8-11) (**558 o 559**).

Excursus sobre los terremotos:

Terremoto en el Mediterráneo (15, 1-4). El terremoto en Alejandría (15, 5-8).

Explicación de los terremotos (15, 9-13). Otros desastres ocurridos entonces: el maremoto en Cos (16, 1-7); la historia de Queremón de Tralles (17, 1-9).
La guerra romano-persa:
(**554 / 555**) Antecedentes (18, 1-3). La situación en Lázica (18, 4-8). Dificultades de Merméroes para llegar hasta el Fasis (19, 1-4). Merméroes planea un engaño (19, 5-7); se extiende la falsa noticia (19, 8-20, 2); Merméroes hace huir a los romanos (20, 3-6); Teodoro se queda en la retaguardia (20, 7-21, 3); el pánico invade las filas romanas (21, 4-7). La parasanga (21, 7-8). Descripción de la zona (21, 9-11). Merméroes refuerza Onoguris y regresa a Moqueresis (22, 1-3). Muerte de Merméroes (22, 4-6).
Primer «excursus» persa:
Costumbres funerarias de los persas (23, 1-3). Exposición de los enfermos (23, 4-7): origen de esta costumbre (23, 8-10). Relaciones consanguíneas entre los persas (24, 1-4). Los persas actuales han cambiado sus creencias (24, 5-7): creencias de los persas antiguos (24, 8); creencias y ritos actuales de los persas (24, 9-25, 3). Cronografía persa: los asirios (25, 4-5); dominio de los medos (25, 5-6); etapa persa (25, 6-7); Alejandro conquista Persia (25, 8); los partos se hacen con el poder (25, 9-10); comienzo del Imperio sasánida (26, 1-2); Artajares encumbra a los magos (26, 3-5): nacimiento de Artajares (27, 1-5); proyecto de cronología de los reyes sasánidas (27, 6-8). Reinado actual de Cosroes (27, 9); Cosroes y su gran cultura (28, 1-6): la historia de Uranio (29, 1-2): los falsos intelectuales (29, 3-5), manera de actuar de Uranio (29, 6-8), Uranio se presenta ante Cosroes (29, 9-30, 2); los filósofos griegos parten hacia la corte de Cosroes (30, 3-4): la vida real en Persia (30, 5-31, 1), regreso de los filósofos (31, 2-4), episodio con el cadáver (31, 5-9); regreso de Uranio (32, 1-5).

NARSÉS PREPARA A SUS HOMBRES DURANTE EL INVIERNO

1 Cuando llegó la primavera[151], se habían reunido las fuerzas en Roma según lo dispuesto y todo el ejército se encontraba allí

[151] Primavera del 554 a. C.

congregado. Narsés les había ordenado un duro entrenamiento 2
militar que fortaleciese su ánimo en la instrucción diaria: les obligaba a hacer largas marchas, a practicar ejercicios regulares sobre los caballos, a bailar al modo del compás de una danza guerrera[152] y a quedarse sordos con el resonante estruendo de las trompetas de guerra, para que pasar el invierno sin obligación alguna no les hiciera olvidarse de la guerra y les incapacitara para el momento del combate.

EL FINAL DE LEOTARIS

Campaña de pillaje de Leotaris y Butilino

Mientras tanto, los bárbaros marchaban tranquilamente, 3
arrasando y destruyendo todo lo que encontraban a su paso. Avanzaban por la ruta más interior evitando Roma y todo su territorio, con el mar Tirreno a la derecha y las riberas del mar Jónico a su izquierda. Cuando llegaron a la zona llamada Sam- 4
nio[153], se dividieron para seguir dos rutas distintas. Butilino, con la sección más numerosa y más fuerte del ejército, siguió la costa tirrena, saqueó la mayor parte de Campania y entró en Lucania, invadió Brettia[154] y llegó hasta el estrecho que separa Sicilia
y la punta de Italia[155]. A Leotaris, que comandaba el resto del 5
ejército, le tocó arrasar Apulia y Calabria[156] y llegó hasta la ciu-

---

[152] LEÓN DIÁCONO, 36, 5, describe una preparación muy similar a ésta para el ejército del emperador Nicéforo Focas en Capadocia.

[153] Antigua región de los Apeninos meridionales, al sureste de Roma.

[154] La Bruttium latina, actual Calabria, la punta de Italia.

[155] GREGORIO DE TOURS, *Historia de los francos* III 32, dice que Butilino, tras derrotar a Narsés, ocupó Sicilia. No hay ninguna otra prueba que sostenga esta información. Véase BURY, *HLRE* II, pág. 278 y nota 108.

[156] La Calabria antigua es la actual Apulia o Puglia.

dad de Hidrunte[157], que está situada en la costa del Adriático, donde empieza el mar Jónico.

Saqueo de las iglesias por parte de los ejércitos bárbaros

6 Los que eran verdaderos francos se comportaban, en los templos, con mucho respeto y reverencia, como seguidores que son de la ortodoxia en las leyes relativas al Todopoderoso, pues, así lo he dicho ya[158], son muy parecidos a los romanos en sus ri-
7 tos religiosos. Pero el conjunto de los alamanes (muy distintos en estos aspectos) saqueaban y expoliaban los templos sin ningún respeto: muchas urnas sagradas, muchos pebeteros de oro puro, abundantes cálices y cestillos[159] y todos los objetos que se usan en los santos misterios[160], todo lo robaban y lo utilizaban
8 para fines profanos. Pero no se conformaban con esto, sino que echaban abajo los techos de los santuarios y les arrancaban los cimientos, rodeaban con sangre los lugares sagrados y contaminaban los campos, sembrados de cadáveres insepultos.

9 Pero no tardó la culpa en caer sobre ellos[161]: unos murieron en la guerra, otros por enfermedad y ninguno llegó a ver cumplidas sus iniciales esperanzas. Y es que la maldad y el despre-

---

[157] La Hidruntum latina, hoy Otranto, en el extremo del tacón.

[158] En I 2, 4.

[159] Quizá los que contenían el pan no consagrado que se distribuía al final de la liturgia.

[160] Entre otros, la cruz, la patena, la lanza para fraccionar el pan, las cucharas para distribuir el vino entre los fieles, abanicos para espantar a los insectos de las sagradas especies, incensarios, etc. Véase, para una descripción de la liturgia, G. WINKLER, *Studies in early christian liturgy and its context*, Ashgate, 1997.

[161] Para la repercusión que esta idea tiene en el planteamiento general de la obra, véase Introducción 3.2.

cio de Dios, siempre dañinos, han de evitarse sobre todo en
tiempos de guerra o de preparativos bélicos. Ayudar a la patria, 10
defender las leyes ancestrales y no dar tregua alguna persiguiendo con toda la energía a los que las quieren destruir, esto sí sería sagrado y honroso en extremo. Pero aquellos que por codicia y por odio irracional, sin mediar causa justa alguna, invaden la tierra de otros que nada criminal han hecho contra ellos, esos son unos seres malvados y soberbios que desconocen lo que es la justicia y que menosprecian la indignación de la
divinidad ante sus acciones[162]. Por eso cayeron sobre ellos cas- 11
tigos rigurosos y lo que creyeron bonanza en un momento se les convirtió en una terrible desgracia, como lo que sucedió a los bárbaros que estaban con Leotaris y Butilino.

Leotaris regresa a casa

Después de llevar a cabo todas estas acciones y apropiarse 2
de una gran cantidad de botín, acabó la primavera y llegó el verano. Leotaris, uno de los generales, deseoso de volver a casa y disfrutar allí de su dicha, mandó mensajeros a su hermano, pidiéndole que también él regresara rápidamente y dijera adiós
a la guerra y a un incierto porvenir. Pero Butilino había jurado a 2
los godos que les prestaría ayuda en su enfrentamiento con los romanos; además, éstos lo llenaban de halagos y lo vitoreaban ruidosamente como su futuro rey[163]. Le pareció, así, que había que seguir y terminar lo que se había convenido. Por ello se quedó, preparándose para la guerra.

---

[162] Posible crítica a la política expansionista de Justiniano; véase Introducción 3.10.

[163] No es extraño entre los germanos que un extranjero sea su líder, su rey; en realidad, los ostrogodos ofrecieron su «trono» a Belisario en PROCOPIO,

Refriega en Pisauro

3 Leotaris, por su parte, se marchó inmediatamente con sus tropas, en la idea de que, una vez en casa y con el botín a salvo, le mandaría el ejército a su hermano para ayudarle. Pero al final los hechos no fueron como él los había planeado y no pudo
4 socorrer a su hermano. Volvió por el mismo camino hasta el Campo Piceno[164] sin encontrar resistencia alguna. Durante su avance por la zona, acampó en los alrededores de Fano[165] e inmediatamente envió, como es costumbre, una avanzada de exploradores, unos tres mil, no sólo para estudiar el territorio que tenían delante sino también para defenderles en el caso de que apareciese
5 se el enemigo. Artabanes y Uldac el huno, que habían juntado sus tropas, romanas y hunas[166], en la ciudad de Pisauro[167], se encontraban vigilando aquella ruta; cuando vieron avanzar a esta vanguardia por el litoral y las playas del mar Jónico, salieron de la fortaleza y se lanzaron sobre ellos en una formación muy bien organizada: mataron a muchos con la espada y los pocos que habían subido a lo alto de los abruptos acantilados murieron al ser
6 arrojados de cabeza al mar, que quedó lleno de cadáveres. Pues allí se levanta un acantilado, a modo de peñasco, inaccesible por casi todos sus lados; pero los que consiguen alcanzar la cima aún

Guerras VI 29, 18, y en VII 2, 4 y 10, Erarico, un rugio, fue hecho rey de los ostrogodos. También en Agatías, en II 13.

[164] El *ager Picenus*, actual provincia de Ascoli-Piceno, al sur de Rávena. F. R. Lombardi, «Lo scontro franco bizantino fra Pesaro e Fano nel 554 d. C.: (Agathia II, 2-3)», *Studia Oliveriana* 12 (1992), 55-62, tras analizar este texto, lo da como prueba de que la Vía Flaminia se había desplazado hacia la costa.

[165] Localidad de la costa Adriática.

[166] El papel de los soldados hunos, como el de otros soldados federados en el ejército romano, es importante desde el tiempo de Arcadio y Honorio, a finales del siglo iv. Los hunos fueron especialmente apreciados como caballería experimentada; véase E. A. Thompson, *The early Germans*, Oxford, 1965, págs. 121-123.

[167] Actual Pesaro, a unos 15 km al norte de Fano.

lo tienen más difícil en la bajada, porque es completamente resbaladiza y está llena de grietas, que llevan directamente a lo más
profundo del mar embravecido. Así perecieron la mayoría de los 7
hombres y, cuando el resto se dio cuenta, huyeron en desbandada. Llegaron al campamento en un coro de lamentos y gemidos que llenó todo de zozobra y pánico a que en cualquier momento pudiera caerles encima el ejército romano. Ante esto, Leotaris en 8
persona dirigió la formación y todo el ejército se puso en movimiento. Tomaron sus armas para alinearse y formar una falange compacta. Una vez dispuestos de este modo, nada tenían en mente excepto la situación en la que se encontraban; entonces, la mayoría de los prisioneros, a los que se había dejado sin ninguna vigilancia, aprovecharon la situación que les ofrecía el ajetreo del enemigo: rápidamente se escaparon a las fortalezas cercanas[168], llevándose con ellos todo el botín que pudieron.

Pero Artabanes y Uldac no hicieron ningún movimiento de 3
avance con su ejército, ya que creían no estar preparados para presentar batalla. Entonces los francos rompieron sus líneas y de vuelta al campamento, cuando analizaron su situación, se dieron cuenta de todo lo que habían perdido. En vista de ello y antes de que les sucediese otra desgracia, les pareció que lo mejor era dejar Fano rápidamente y seguir su camino.

El ejército de Leotaris llega hasta Ceneta

Inmediatamente, pues, se pusieron en marcha, dejando a la 2
derecha el mar Jónico y toda la ruta de los arenales de la costa[169]

---

[168] F. R. Lombardi, «Lo scontro franco bizantino...», piensa que puede estar refiriéndose a Novilara.

[169] Todo ese litoral era terreno de aluvión, muy pantanoso, y por ello casi impracticable.

y siguiendo el camino por las estribaciones de los Apeninos. An-
duvieron en línea recta por Emilia y los Alpes Cocios[170], hasta
3 conseguir cruzar el Po. Ya en el territorio de Venecia, acampa-
ron en la ciudad de Ceneta[171], que tenían en ese momento some-
tida. Después, aunque se encontraban en lugar seguro, estaban
irritados en extremo y era evidente su gran disgusto, a causa del
poco botín que les había quedado: les daba la impresión de que
habían hecho una campaña sin sentido y sin fruto.

El ejército es atacado por una plaga

4 Pero su desgracia no había llegado sólo hasta ahí, ya que
poco después una repentina plaga cayó sobre ellos y mató a la
5 mayoría. Algunos acusaban al aire de la zona de estar infectado
y creían que era el causante de la enfermedad. Otros, en cam-
bio, culpaban al cambio de vida, porque al acabar con las luchas
continuas y las grandes caminatas se habían entregado a la mo-
licie. Pero no comprendieron la causa verdadera e inexorable
del desastre: es evidente, creo yo, que fue su maldad y su des-
precio de las leyes divinas y también de las humanas.

Muerte de Leotaris y de sus hombres

6 Hasta en su propio general estaba claro que era el castigo divino lo que les había alcanzado, ya que estaba enajenado y sufría sin

---

[170] Cocios o Cotios, llamados así por el jefe galo Cottio. Éste es un error de Agatías, pues los Alpes Cocios son el ramal occidental de los Alpes, en la actual frontera franco-italiana.

[171] Posterior Ceneda, a poca distancia al norte de Oderzo, hoy forma parte de Vittorio Veneto.

cesar de ataques como los trastornados y los locos: tenía muchas convulsiones, lanzaba profundos lamentos y se desplomaba a veces boca abajo, otras de espaldas, con la boca llena de espuma y
los ojos horriblemente desorbitados. El desgraciado llegó a tal 7
punto de locura que hasta empezó a comerse sus propios miembros: se clavaba los dientes en los brazos y se arrancaba la carne, que devoraba como una bestia salvaje lame la sangre fresca; y de este modo se fue llenando de sí mismo y consumiéndose poco a poco hasta que le llegó la más lamentable de las muertes[172].

También los demás caían a montones y el mal no se detuvo 8
hasta que todos perecieron. La mayoría, aún dominados por la fiebre, morían sin embargo completamente lúcidos, pero a algunos les atacaba una intensa locura, otros quedaban inconscientes, otros deliraban: muy variados fueron los males que sufrieron aunque todos se resolvieron con la muerte. En resumen, éste fue el desgraciado destino de la expedición de Leotaris y los hombres que lo acompañaban.

EL FINAL DE BUTILINO

El ejército de Butilino enferma camino de Roma

Mientras esto sucedía en Venecia, Butilino, el otro general, 4
una vez arrasadas casi todas las ciudades y fuertes hasta el estrecho de Sicilia, volvía, todo lo rápido que le era posible, a
Campania y a Roma. Pues había oído que Narsés y el ejército 2
imperial estaban reunidos allí y no quería ni esperar ni dejarse

---

[172] Según KALDELLIS, «Things are not...», págs. 296-297, el relato de la muerte de Leotaris, que sucedería sin duda por la misma plaga que acabó con sus hombres, está aquí embellecido con el mito de Ericsitón (narrado por OVIDIO, *Metamorfosis* VIII, 738-878). Véase Introducción 3.7.

sorprender, sino tener preparado a todo el ejército para la última y definitiva intentona, pues una parte no pequeña de su propio ejército había sido también atacada por la enfermedad y ha-
3 bía muerto. Y es que cuando el verano acabó y con el otoño las viñas se cargaron de fruto, a falta de otras provisiones (pues Narsés, con gran inteligencia, lo había dejado todo arrasado antes), cogían los racimos, los exprimían con las manos y se bebían el zumo; esta especie de vino improvisado les inflaba la tripa y les daba diarrea, que a unos les producía la muerte instantánea, aunque otros seguían con vida.

El ejército de Butilino acampa cerca de Capua

4 Por ello, y antes de que la enfermedad acabase con todos, decidió que había que luchar hasta donde se pudiera. Se dirigió entonces hacia Campania y acampó no lejos de la ciudad de Capua a orillas del río Casulino[173], que desde los Apeninos se pre-
5 cipita por esa llanura hasta desembocar en el mar Tirreno. Tras instalar a su ejército allí levantó una sólida empalizada, ajustada a las características del terreno, ya que el río que corría a su derecha parecía ser una defensa natural frente a cualquier ataque. Las ruedas de los numerosos carros que llevaba consigo las unió en fila una al lado de la otra y las hincó en el suelo dejándolas enterradas hasta el eje, de modo que sólo sobresalía
6 medio círculo de rueda. Protegido el ejército con esta barrera y con otra gran cantidad de madera, dejó en el cerco una abertura muy estrecha que les permitiera salir para atacar al enemigo y
7 regresar de nuevo cuando quisieran. Además, para que el puen-

[173] O Casilino, actual Volturno. PAULO DIÁCONO, *Historia de los longobardos* II 2, dice que la batalla tuvo lugar en un sitio llamado Tannetum, un lugar no identificado.

te sobre el río no quedara sin vigilancia, ni sufriera daño alguno, lo ocupó y construyó en él una torre de madera, en la que apostó a cuantos hombres pudo, muy bien dispuestos y con el mejor armamento, para que desde la seguridad de su posición pudieran repeler y evitar cualquier intento de los romanos de
cruzar el río. Con todas estas medidas, pensó que estaba perfec- 8
tamente preparado ante la situación y que en sus manos se hallaba el comienzo de la lucha, que tendría lugar sólo cuando a él
le pareciera. Aún no había recibido ninguna noticia de lo que le 9
había pasado a su hermano en Venecia y se extrañaba de que no hubiera enviado a su ejército, según lo convenido; sospechaba que no se habría demorado tanto si no era porque les había sucedido alguna adversidad. De todas maneras, aun sin su apoyo, creía que era superior al enemigo, al que seguía aventajando en
número. Y es que el ejército que le quedaba estaba formado por 10
unos treinta mil hombres y las fuerzas de los romanos apenas llegaban a dieciocho mil.

Butilino anima a sus hombres

En vista de ello, estaba muy animado y exhortaba a todo el 5
ejército a considerar que la batalla próxima no iba a ser cosa de nada, «sino que —decía— o nos hacemos dueños de Italia, que es a lo que hemos venido, o nos queda morir todos sin gloria en esta tierra. Y no es esta opción la que tenemos que elegir en lugar de la otra, mis nobles soldados, pues si hacemos bien la gue-
rra, podremos disfrutar de lo que deseamos». Butilino no dejaba 2
de animar con estas y similares palabras a sus hombres, mientras éstos, llenos de esperanza, se preparaban el equipo a su gusto: aquí se afilaban las numerosas hachas, allí, las lanzas nativas, los «angones», allí se recomponían los desgarrones de los escudos y todos los preparativos se desarrollaban con facilidad.

Descripción del armamento franco

3 Y es que el armamento[174] de este pueblo es sencillo, y no ne-
cesita de una técnica compleja, de modo que si está estropeado,
puede ser reparado, creo, por los propios soldados: no conocen ni
las corazas ni las grebas y la mayoría llevan desprotegida la ca-
beza porque son muy pocos los que luchan con casco. El pecho y
la espalda también los llevan desnudos hasta la cintura; y en las
piernas se ciñen bien los calzones, que unos llevan de lino y otros
4 de piel. Muy rara vez emplean caballos, porque lo habitual y tra-
dicional para ellos y para lo que están mejor preparados es la lu-
cha a pie[175]. Llevan la espada en el muslo y el escudo en el cos-
tado izquierdo. Y no usan ni flechas, ni hondas, ni ningún tipo de
arma arrojadiza, sólo hachas de doble filo y los «angones», que
5 es lo que más utilizan[176]. Los angones son unas picas no muy pe-

---

[174] Para todo este párrafo, véase, entre otros, B. S. BACHRACH, «Procopius, Agathias and the Frankish Military», *Speculum* 45 (1970), 435-441. Toda esta descripción es en parte similar a la de PROCOPIO, *Guerras* VI 25, 1 ss., aunque éste señala que el arma arrojadiza principal es el hacha y no habla de los angones; otros autores, como SIDONIO APOLINAR *(Epístola* IV 20), sí los citan, aunque la exacta descripción de Agatías prueba, para AV. CAMERON, «The Early merovingians...», págs. 130-133, que debió de contar con información de primera mano. Sin embargo, ambos autores presentan importantes diferencias con Gregorio de Tours, que es una fuente presumiblemente más fidedigna: así, por ejemplo, este último habla del frecuente uso del arco *(Historia de los francos* V 20, 48, etc.), que está atestiguado también por la arqueología. Véase BACHRACH, *op. cit.*

[175] Los francos sí usaban caballería, aunque quizá a un bizantino, en cuyo ejército constituía cerca de un 50 por ciento, le parecía que la caballería franca no tenía gran importancia. No obstante, el propio Agatías en I 21 dice que el ejército de Butilino estaba formado por infantería y caballería. Véase BACHRACH, *op. cit.*, para otras fuentes sobre este aspecto.

[176] Es curiosa esta afirmación cuando la arqueología demuestra un enorme uso de la francisca y muy poco del angón, del que se conservan pocos restos. L. C. FEFFER, P. PÉRIN, *Les Francs. II. A l'origine de la France*, París, 1987, pág. 116.

queñas, ni tampoco muy grandes, de tal tamaño que pueden servir como jabalinas, si hace falta, y también para cargar contra el enemigo en el combate cuerpo a cuerpo. Están casi por completo recubiertas de hierro, de modo que es muy poco lo que se ve de madera e incluso está totalmente cubierto el extremo inferior. En el superior tiene dos puntas curvas, una a cada lado de la cabeza de la lanza, como dos anzuelos doblados hacia abajo. He 6
aquí que el franco lanza su angón en medio de la lucha. Y si alcanza cualquier parte del cuerpo, como es natural, se clava la punta, pero no es nada fácil, ni para el propio herido ni para ningún otro, sacar la lanza. Pues los ganchos, bien metidos dentro de la carne, causan terribles daños, de modo que, aunque el enemigo no haya resultado herido de gravedad, acaba muriendo por ello. Y si el angón encuentra un escudo, se queda ahí colgado, 7
arrastrando el extremo por el suelo y sin que pueda deshacerse de él quien lo ha recibido, ya que no le es posible sacar la lanza porque los ganchos están dentro, ni partirla con la espada, pues el hierro le impide llegar a la madera. Cuando el franco lo ve, rápi- 8
damente saca el pie y pisa ese extremo para cargar aún más el escudo y tirar de él hacia abajo[177], de modo que su dueño afloja la mano y deja al descubierto la cabeza y el pecho. Al tenerle indefenso, el franco lo mata, bien con un golpe de hacha en la cabeza, bien con otra lanza clavada en la garganta. Éste es, pues, el ar- 9
mamento de los francos y así se preparan para la guerra.

El ejército de Narsés acampa cerca del enemigo

Cuando el general romano Narsés tuvo conocimiento de es- 6
tos hechos, inmediatamente abandonó Roma con todo el ejérci-

[177] Quizá el angón tuviera una cuerda atada al extremo para tirar de él; véase E. Cougny, *Extrait des auteurs grecs...* III, pág. 234, nota 1.

to y acampó no tan lejos del enemigo como para no oír el es-
2 trépito que causaban y divisar la empalizada. Como ambos ejércitos estaban a la vista uno del otro, en los dos fueron muchos los preparativos, muchas las guardias, las vigilias nocturnas y las inspecciones de los generales a las tropas. Unos y otros oscilaban entre la esperanza, el miedo, el talante voluble y todos esos sentimientos irracionales que dominan a los que están ante una gran batalla. Las ciudades de Italia, por su parte, estaban inquietas y en vilo sin saber en qué manos iban a acabar.

Narsés planea evitar la rapiña enemiga

3 Mientras, los francos, necesitados de provisiones, las conseguían sin dificultad alguna de las aldeas vecinas. Cuando Narsés lo vio, lo consideró una vergüenza personal: le indignaba la idea de que los porteadores de sus adversarios pudiesen ir y venir libremente tan cerca de ellos como si no estuviesen ante el enemigo. Y le pareció que no debía consentirlo por más tiempo
4 y que tenía que evitarlo a toda costa. Entre los comandantes romanos se encontraba Canaranges, un armenio, un hombre valeroso en extremo, sensato y muy arriesgado si era necesario. A este Canaranges, que tenía su tienda en el extremo del campamento más cercano a los enemigos, le ordenó que cargase contra las caravanas y que les hiciese todo el daño posible, para hacerles desistir de ese transporte de provisiones.

Canaranges prende fuego al puesto enemigo en el río

5 Aquél salió inmediatamente al galope acompañado de algunos de sus hombres, detuvo las caravanas y mató a sus conductores. Después, llevó una de ellas, que estaba llena de heno muy

seco, hasta la torre que los francos habían construido sobre el puente, de la que ya he hablado antes[178]. Cuando ya estaba en la 6
torre, prendió fuego a la hierba del carro y al instante toda la torre, que estaba hecha de madera, estaba ardiendo en grandes llamaradas. Los bárbaros que se encontraban de guardia en el puesto, al no poder hacer nada para impedirlo y como también a ellos los iban a alcanzar las llamas, decidieron abandonar el lugar y huyeron rápidamente a su campamento, de modo que los romanos quedaron con el control del puente.

Los adivinos alamanes predicen la derrota

Como es natural, con todos estos acontecimientos, la confu- 7
sión se adueñó de los francos: se lanzaron a las armas, llenos de rabia y de furia, incapaces de contenerse y en una actitud nada prudente, al contrario, con una osadía y una audacia desmedidas. Por ello se negaron a calmarse y esperar y prefirieron entrar en combate ese mismo día, incluso después de haberles vaticinado los adivinos alamanes que no debían luchar en ese momento o que, en caso contrario, fueran conscientes de su completa aniquilación. Yo creo que todo hubiera sucedido de la 8
misma manera, aunque la batalla hubiera tenido lugar al día siguiente o cualquier otro día distinto al que fue. El cambio de día no les hubiera librado de pagar la expiación de las impiedades que habían cometido. De todas maneras, o coincidiese así, o los 9
adivinos alamanes fueran capaces de percibir por algún medio lo que iba a suceder, a la mayoría les pareció que su predicción no fue en absoluto vana ni incumplida. De cómo fueron desarrollándose punto por punto los acontecimientos, ahora mismo daré cuenta con la mayor exactitud posible.

[178] En II 4, 7.

Incidente con un varón hérulo

7 Las tropas francas, llenas de ardor, tenían las armas ya preparadas. Narsés, por su parte, equipó a los romanos y los sacó del campamento hasta tierra de nadie, donde debían ordenarse
2 en formación. Cuando el ejército había comenzado la marcha y el general estaba ya montado en su caballo, le avisaron de que un hérulo, no precisamente un desconocido cualquiera, sino un varón noble y sobresaliente en extremo, había matado cruelmente a uno de sus criados por una ofensa sin importancia. Al instante tiró de las riendas de su caballo y detuvo al homicida en medio de todos, para que, impuro como estaba, no fuera
3 a la batalla sin purificarse y expiar su falta. Cuando al bárbaro se le preguntó por lo sucedido, lo reconoció y no lo negó, al contrario, llegó a decir que los dueños tenían todo el derecho a actuar con sus propios esclavos como quisieran y, es más, que si los otros criados no se portaban bien, sufrirían el mismo castigo. Como el asesino parecía no arrepentirse en absoluto de su maldad, e incluso fanfarroneaba de ella, Narsés ordenó a sus
4 guardias matar al hombre. Y éste murió con el vientre atravesado por una espada, mientras las huestes hérulas, como gentes bárbaras que eran, se indignaban sobremanera y decidían mantenerse al margen de la guerra.

Respuesta de los hérulos

5 Pero Narsés, que de este modo había limpiado la impureza del asesinato, no sintió la menor preocupación por los hérulos y se dirigió hacia la línea de combate, diciendo en público y a gritos que quien quisiera participar de la victoria le siguiera. Tan claramente confiaba en la ayuda del Todopoderoso que se puso en marcha
6 según los planes ya decididos. Pero Sindual, el general hérulo,

pensó que era una vergüenza y una deshonra que él y sus hombres pareciesen desertar de una batalla de tal magnitud, como si tuvieran, en realidad, miedo del enemigo y hubieran hecho de su afecto por el hombre muerto una disculpa y un pretexto para su cobardía. Por tanto, al no poder permanecer inactivo, le dio señal a 7
Narsés para que esperara, ya que se le iban a unir inmediatamente. Pero éste le dijo que no podía esperar, si bien procuraría que tuviesen un sitio adecuado en la formación, aunque fueran a llegar algo más tarde. Y así los hérulos, perfectamente armados y en orden, comenzaron a moverse a paso de marcha.

La batalla de Casulino

Preparativos[179]

Cuando llegó Narsés al lugar en el que iba a desarrollarse la 8
batalla, estableció la formación y la disposición táctica de su ejército. La caballería estaba colocada en cada una de las alas, con lanzas cortas y escudos, además de arco, flechas y una espada en el costado[180]. Unos cuantos llevaban también sarisas[181]. Él mismo se colocó en el ala derecha. También estaban 2
allí Zandalas, el jefe de sus asistentes, y todos los criados y servidores que no estuvieran incapacitados para la lucha. En el 3
otro lado estaban las tropas de Valeriano y Artabanes, con instrucciones de ocultarse en la espesura del bosque y, cuando lle-

[179] Como el largo *excursus* de los francos, esta batalla tiene también una función moralizante: los alamanes, por su maldad, están abocados al desastre; véase CAMERON, *Agathias*, págs, 45 y 89-111, e Introducción 3.3.

[180] La arqueología ha demostrado que las llevaban no directamente en la cintura, sino colocadas de un tahalí cuya correa se sujeta del hombro contrario (FEFFER, PÉRIN, *Les Francs...*, pág. 89).

[181] Largas picas macedonias, de 14 codos de longitud según POLIBIO, II 69, 9 o XVIII 29, 2.

gasen los enemigos, lanzarse rápidamente sobre ellos desde su escondite y atacarles por ambos flancos.

4 La parte central del terreno la ocupaba por completo la infantería. Los hombres de la vanguardia, que llevaban corazas hasta los pies y cascos especialmente resistentes, formaban una cerrada línea de escudos; los demás se alineaban en columnas, dispuestos hombro con hombro en líneas paralelas que llegaban
5 hasta la retaguardia[182]. Toda la tropa ligera y los arqueros acompañaban a aquélla esperando el momento en que debían empezar a disparar. Por otro lado, se había decidido que el sitio de los hérulos fuera el mismísimo centro de la formación y todavía estaba vacío, porque no habían llegado aún.

6 Mientras tanto, dos hérulos, que habían desertado al enemigo un tiempo antes y que por ello desconocían las últimas decisiones de Sindual, acuciaban a los bárbaros a cargar contra los romanos lo más rápidamente posible. «Los vais a encontrar —decían— llenos de zozobra y completamente desorganizados, pues el ejército hérulo, indignado, se ha negado a luchar con ellos y el resto de la tropa está aterrorizado por su defec-
7 ción.» A Butilino lo convencieron muy fácilmente, porque deseaba, creo, que fuera verdad. De modo que inmediatamente dirigió su ejército y todos, entusiasmados, marcharon directos contra los romanos, sin ninguna calma ni orden, sino que, con la cabeza a pájaros por las noticias, se dejaban llevar por el alboroto y la precipitación, como si fueran a aplastar cualquier oposición al primer grito de guerra.

8 La disposición de sus fuerzas era como una cuña: tenía for-

---

182 Véase nota 149. La distribución de las tropas es la habitual, atestiguada por otras fuentes; por otra parte, la panoplia de la infantería se había ido aligerando con el tiempo, y las armaduras más pesadas quedaban sólo para los hombres que ocupaban los lugares más expuestos; véase para todo ello, con referencias, Rance, «The *Fulcum*...», págs. 273-274.

ma de delta y acababa como en una punta que era impenetrable y que la unión de escudos hacía absolutamente compacta; se podría decir que tenía forma de cabeza de jabalí[183]. Las patas de 9
una y otra parte de la figura están formadas, de fondo, en filas y columnas que, dispuestas oblicuamente, se van separando poco a poco, de modo que el final de la figura tiene más anchura; queda así un lugar vacío en el centro, dejando al descubierto una fila de hombres con la espalda desprotegida. Pues se encuentran vueltos un poco sobre sí mismos, con el fin de enfrentarse a los enemigos cara a cara y luchar seguros teniendo los escudos delante y a la vez procurar guardarse las espaldas unos a otros[184].

Victoria del ejército romano

Pero lo cierto es que a Narsés, que tenía la suerte a favor y 9
había planeado muy bien qué debía hacer, todo le salía como tenía que salir. Cuando los bárbaros, que corrían con gran estruendo y fragor, chocaron con los romanos, sacudieron violentamente las primeras líneas del centro, alrededor del espacio vacío dejado por los hérulos. La punta penetró tan profunda-

---

[183] Son varias las fuentes que nos describen esta formación en cuña: TÁCITO, *Historia* IV 16, 20, o V 16, VEGECIO, *De re militari* III 17 y 19, quien da también el nombre de «cabeza de jabalí». También aparece en diversos autores vikingos y el historiador danés SAXO, VII 248, que la describe con mucho detalle. En este caso, la formación en cuña permite a los bárbaros, equipados con armas muy sencillas, hacer mella en el ejército romano, mucho más protegido; véase, THOMPSON, *The early...*, pág. 114. Por otra parte, se ha puesto en duda la historicidad de este relato; véase RANCE, «The Fulcum...», pág. 308, nota 85.

[184] La figura que describe aquí Agatías tendría, aproximadamente, esta forma, según FRENDO, *ad loc.*

mente por entre las columnas que, aun sin causar mucha destrucción, llegó hasta la retaguardia: algunos incluso consiguie-
2 ron alcanzar el campamento de los romanos. Entonces Narsés, con toda tranquilidad, hizo extender y replegar las alas de modo que la falange formara una tenaza (como lo llaman los expertos en táctica militar[185]). Después ordenó a los arqueros a caballo que lanzasen sus flechas a los flancos de los enemigos en car-
3 gas alternativas de cada lado. Lo hicieron con toda facilidad, ya que dominaban desde los caballos a la tropa bárbara, a pie, y podían efectuar disparos limpios, despejados y libres de obstáculos. No era difícil, creo, para los jinetes de los extremos penetrar con sus flechas en la parte de los enemigos más cercana y a sus pies, ni tampoco causar bajas en los que aparecían fren-
4 te a ellos. Así los francos eran alcanzados por la espalda dondequiera que estuvieran: los romanos del ala derecha herían a los de un lado y los de la izquierda a los otros; y, de este modo, las flechas, que llegaban de lados contrarios causando una gran destrucción, eran casi invisibles y a los bárbaros les resultaba imposible protegerse y ni siquiera controlar de dónde venían.
5 Como estaban frente a frente con los romanos, y sólo se fijaban en lo que estaba ante ellos, luchaban estrechamente sólo con los hoplitas porque a los arqueros a caballo que tenían detrás no los veían, pues no les daban la cara, sino la espalda, y por
6 tanto no podían reconocer de dónde les llegaba el daño. Para la mayoría, la ocasión de sorprenderse o de preguntarse sobre lo que estaba sucediendo les llegó al mismo tiempo que la herida que les causó la muerte, ya que al ir cayendo los del borde exterior, los del interior quedaban al descubierto: como esto sucedía repetidamente, con la misma rapidez caían muertos los enemigos en gran número, e iban quedando muy pocos.

---

[185] Es la técnica habitual para luchar contra la cuña, véanse las citas de la nota 183. *Cf.* también AULO GELIO, *Noches áticas* X 9, y ELIANO, *Táctica* XL.

En aquel momento, Sindual y los hérulos, que habían llega- 7
do al campo de batalla, chocaron con los enemigos que antes
habían atravesado la formación y estaban atacando en cabeza.
En cuanto quedaron cuerpo a cuerpo con ellos, se pusieron ma- 8
nos a la obra. Los enemigos, atemorizados por la sorpresa, y
ante la sospecha de una emboscada, se dieron rápidamente a la
fuga, acusando a los desertores de haberles engañado. Pero los
hombres de Sindual no por ello pararon, sino que los persiguie-
ron hasta matar a unos y arrojar a otros a las turbulentas aguas
del río. Al ocupar los hérulos su lugar, se había cubierto ese 9
vacío y completado la formación: a partir de ese momento, los
francos morían por doquier como cogidos en una trampa. Sus
líneas estaban completamente desarticuladas y huían en des-
bandada, sin saber qué les esperaría. Los romanos no sólo los 10
mataban con las flechas, también intervenían los hoplitas y
la infantería ligera, lanzando jabalinas, cargando con las pérti-
gas, despedazándolos con los cuchillos, mientras la caballería,
situada en sus flancos, los mantenía cercados y aislados; y si al-
guno se libraba de las espadas, era perseguido y arrojado al río
para morir en el fondo de las aguas[186]. Por todas partes se oían
los lamentos de los bárbaros sucumbiendo en semejante masa-
cre[187]. El propio general Butilino desapareció en el desastre con 11
todo su ejército[188] y entre ellos también estaban los hérulos que
habían cambiado de bando antes de la batalla, y no quedó nin-
gún germano que fuese a volver a su tierra natal, excepto cinco
hombres que de algún modo lograron escapar. ¿No está clarísi- 12
mo que recibieron el castigo a sus iniquidades y que se lo im-

[186] *Cf.* Heródoto, I 189.

[187] La táctica de esta batalla, la tercera victoria de Narsés, es similar a la empleada con Totila: Procopio, *Guerras* VIII 32.

[188] La noticia la confirman Paulo Diácono, *Historia de los longobardos* II 2, y Gregorio de Tours, *Historia de los francos* IV 9.

puso la más alta justicia? Aquel inmenso ejército de francos y alamanes y de cuantos se encontraban compartiendo con ellos los avatares de la guerra fue completamente destruido, mientras que sólo murieron ochenta romanos, aquellos a los que les tocó
13 recibir el primer ataque de los bárbaros[189]. En esta batalla casi todos los soldados romanos demostraron una gran valentía y entre sus aliados bárbaros el godo Aligerno (que estuvo también presente en la lucha) y Sindual, el jefe de los hérulos, en nada desmerecieron de los demás. Todos sentían gran admiración y orgullo por Narsés, ya que gracias a su previsión habían conseguido un gran renombre.

10 Pues una victoria tan brillante y clara, igual a ésta en excelencia, creo que no es fácil poder encontrarla en el pasado. Naturalmente otros antes han padecido sufrimientos muy similares a los francos, pero te darás cuenta de que también ellos han sido castigados por su maldad[190].

Ejemplos de derrotas similares a la de los francos

2 En un tiempo, Datis[191], el sátrapa de Darío, llegó a Maratón con el ejército persa, pensando que tenía que someter el Ática y también toda la Hélade. La causa del ataque no era en absoluto ni piadosa ni justa, porque parece que al rey Darío no le bastaba con toda Asia y le ofendía no tener también bajo su

---

[189] No deja de parecer una exageración, aunque MARIO DE AVENCHES, *Crónica, ad a.* 556-557, coincide en señalar que Butilino pereció con todo su ejército.

[190] De nuevo, el castigo a la maldad como principal factor de causalidad histórica. En cualquier caso, detalles como la similar estrategia de Narsés o las cifras, muy probablemente exageradas, restan verosimilitud a todo el relato; véase CAMERON, *Agathias*, pág. 48.

[191] General persa que junto con Artafernes comandaba la tropa enviada contra Atenas por Darío I en la Primera Guerra Médica. Acabó derrotado en Maratón en el 490 a. C.

mando a Europa. Por ello los medos sufrieron una grandísima
derrota a manos de Milcíades[192]. Se cuenta que murieron tantos 3
que, aunque antes de la batalla los atenienses prometieron sa-
crificar a Ártemis el mismo número de cabritos que de bajas
enemigas, la agreste diosa les fue tan propicia y tuvieron tan
buenos resultados, que no fueron capaces de cumplir lo pro-
metido: no tenían víctimas suficientes, ni aún sacrificando ca-
bras adultas[193].
O aquel famoso Jerjes y sus maravillas[194], ¿cómo iba a haber 4
sido vencido por los griegos si no hubiera sido porque él, sober-
bio y orgulloso, venía a esclavizar a los que en nada le habían
ofendido, confiado sólo en su gran número y en sus armas, sin la
menor prudencia, mientras éstos luchaban por una causa justa,
defender su libertad, y hacían todo lo que estaba en su mano,
pero tomando las decisiones correctas y llevándolas a cabo?
Los trofeos del espartano Gilipo y la ruina de Nicias y De- 5
móstenes y todo el desastre de Siracusa[195], ¿acaso se pueden atri-
buir a otra causa que a la necedad y a la iniquidad? Pues ¿qué pre-

---

[192] General ateniense que dirigió la batalla de Maratón. Los griegos perdieron a su general Calímaco y 200 hombres, frente a unos 6.500 persas.

[193] Plutarco, *Sobre la malignidad de Heródoto* 26; Jenofonte, *Anábasis* III 2, 12; Eliano, *Varia Historia* II 25.

[194] Desde el 483 a. C. Jerjes planeó cuidadosamente el ataque a Grecia para continuar los planes de su padre y vengar su derrota: hizo excavar un canal en el istmo que comunicaba la península del monte Atos con el continente, y levantar dos puentes en el Helesponto. En el año 480 a. C. comenzó la Segunda Guerra Médica, que acabó, también, después de varias derrotas, con la retirada del ejército persa, que las fuentes estimaban en dos millones de hombres, aunque era probablemente mucho menor. Ambos hechos llegaron a ser los tópicos de los ejemplos retóricos de arrogancia humana que buscaba invertir el orden natural de las cosas.

[195] Se trata de la expedición a Sicilia que comenzó en la primavera del año 415 a. C., cuando la guerra del Peloponeso no estaba en el mejor momento

tendían los atenienses al ignorar a los enemigos que tenían a las puertas y llevar tan lejos una expedición para destruir Sicilia?[196]

6 Se podrían contar otros muchos brotes similares de insensatez y maldad y cómo son castigados los que caen en ellos, pero creo que basta con lo dicho hasta ahora[197].

Vencedores y vencidos tras la batalla

7 Los romanos entonces (pues hemos de volver al relato previo), tras enterrar a sus muertos de acuerdo con sus ritos y apropiarse de los despojos de los cadáveres enemigos, reunieron las armas en un enorme montón, destrozaron la empalizada y lo arrasaron todo; cargados de botín, cantando canciones de triunfo y adornados con coronas, escoltaron con gran pompa a su general en dirección a Roma.

8 Había que ver cómo toda la llanura de Capua, hasta muy lejos, estaba encharcada de sangre y el río se había desbordado,

---

para Atenas y Alcibíades vio en la llamada de auxilio de su aliada Segesta frente a Selinunte, aliada de Siracusa, una oportunidad para recuperar los triunfos de la guerra. La expedición, dotada de grandes medios, iba dirigida por Alcibíades y Nicias. Al poco de partir, Alcibíades fue acusado por el asunto de los Hermes y escapó a Esparta, donde avisó de las intenciones de Atenas. Esparta mandó a Gilipo para dirigir la resistencia, al tiempo que decidieron reemprender las hostilidades en la Grecia continental. Los atenienses fueron derrotados por Gilipo en el 413 y Nicias y Demóstenes, los generales que comandaban a los atenienses, fueron condenados a muerte.

[196] En realidad, la falta de los atenienses es de insensatez, no de iniquidad ni de injusticia. Véase Introducción 3.3.

[197] Es claro en la historiografía herodotea que las derrotas persas son el castigo a las injusticias de los pueblos que las cometen. Agatías comparte la idea, aunque desde su perspectiva cristiana, la victoria es dada por la Divinidad a los piadosos. Pero en estos *exempla* no hace ninguna referencia a la Providencia, porque está hablando de paganos y Dios no puede estar más que del lado de los cristianos, como son los romanos de Justiniano; véase CONSTANZA, «Orientamienti cristiani...», pág. 103.

completamente lleno de cadáveres. Un nativo me dijo que una columna de piedra con una inscripción anónima en versos elegíacos fue levantada en la orilla del río. He aquí la inscripción:

Las ondas del río Casulino, cargadas de cadáveres,
las recibió el costero litoral de la Toscana,
porque la lanza ausonia mató a las tribus francas,
a cuantas obedecían al miserable Butilino.
Ah, corriente dichosa, que valdrás como triunfo,
enrojecida largo tiempo por la sangre bárbara[198].

Este epigrama, estuviese verdaderamente grabado en la pie- 9
dra o fuera pasando de boca en boca hasta que llegó a mí, no creo que nada me impida citarlo aquí: quizá pueda servir como un testimonio no desagradable de lo sucedido en la batalla.

LOS ROMANOS SOBREVALORAN SU TRIUNFO

En eso, les comunicaron a los romanos lo que había sucedi- 11
do en Venecia con Leotaris y toda su gente. Entonces tanto los ciudadanos de a pie como los soldados se entregaron aún más a fiestas y celebraciones, como si ya nunca más les fuera a pasar nada malo y fueran a vivir de ahí en adelante en paz, ya que, una vez aniquilados los enemigos que habían atacado Italia, no
creían que les fuera a invadir nadie más. Así pensaba la mayo- 2
ría, que no está hecha para pensamientos atinados y rigurosos,

[198] El epigrama es citado también por CONSTANTINO PORFIROGÉNITO, *De themat.* 61, sin nombre de autor. *Cf.* TH. PREGER, *Inscriptiones graecae metricae*, Chicago, 1977, n.º 282. Se ha pensado que lo escribió el mismo Agatías y lo hizo pasar por inscripción, T. HODGKIN, *Italy and her invaders* V, Londres, 1895, pág. 45, pero no hay razón para rechazar lo que Agatías dice. Véase CAMERON, *Agathias*, pág. 39, nota 5.

sino que está entregada a la indolencia y lo juzga todo con el
3 placer como único criterio. En cambio a Narsés, que consideraba cada cuestión en sus justos términos, le parecía asunto disparatado y sin sentido creer que necesariamente no iban a sufrir nunca más desgracia alguna y que tenían que cambiar para siempre a una vida mucho más cómoda. A causa de su estupidez, creo que sólo les quedaba vender, tal vez, sus escudos y sus cascos por un ánfora de vino o una lira, tan inútiles y superfluas
4 les parecían sus armas para el futuro. En cambio su general se daba perfecta cuenta de que era natural que hubiera otras guerras con los francos; temía que los romanos acabasen con su buen juicio si se entregaban a una vida muelle y que, si llegaba el momento de la acción, hechos ya a la pereza, se derrumbasen
5 ante los peligros. Y quizá no tardaría mucho en pasar esto, si no decidía rápidamente reunir al ejército y dirigirles la arenga perfecta para conducir sus ánimos de nuevo a la prudencia y la valentía y cortar con sus excesivas ínfulas. Y una vez reunida la multitud, se alzó en su centro y dijo así:

DISCURSO DE NARSÉS

12 «Los que han recibido un golpe de buena suerte repentino y sin precedentes no es raro que, por lo insólito del hecho, estén confusos y se sientan inclinados a la extravagancia, y más si llega
2 no sólo inesperada sino también inmerecidamente. Pero vosotros, si alguien os acusara de que os ha cambiado el carácter, ¿qué excusa daríais? ¿Acaso que ahora habéis paladeado la victoria, que no habíais probado antes? Pero vosotros sois los que os librasteis de Totila y Teyas y de todo el pueblo godo. ¿O es acaso que estáis experimentando en vosotros mismos el mayor grado posible de suerte? ¿Y qué cantidad de buena fortuna puede calcularse en relación a la fama del ejército romano? Pues, por naturaleza y por tra-

dición, vencemos siempre a nuestros enemigos. En efecto, sois 3
vencedores, y sois dignos de ello en grado no menor a vuestras victorias y lo habéis logrado no sin merecimiento; pero no os ha sido posible desde una vida muelle y regalada, sino desde mucho sudor,
esfuerzo y entrenamiento ante los peligros. Así pues, tenéis que 4
mantener vuestro propósito inicial, y no sólo disfrutar del momento presente, sino también tener la vista puesta en el futuro, con el fin de que se mantenga igual. Pues para quien no se plantea esto, el éxito no es seguro y la suerte, la mayoría de las veces, se le vuelve
en contra. Sea buena prueba de ello el infortunio de los francos, del 5
que vosotros ahora os vanagloriáis con todo derecho: sus asuntos iban bien pero se volvieron arrogantes y nos declararon la guerra, sin prever lo arriesgado de sus deseos. Y así murieron todos, más
por su propia insensatez que por nuestras armas. Sería una ver- 6
güenza, varones romanos, que a nosotros nos pasara lo mismo que a los bárbaros y no fuésemos superiores a ellos en inteligencia tanto como en fuerza militar. Que ninguno de vosotros crea que ya no va a haber ni un enemigo, porque realmente hayan muerto todos; aunque fuera cierto, ni aun así tenéis que cambiar vuestras costum-
bres ni apartaros de vuestro deber. Pero es que nadie ha de imagi- 7
nar que la realidad de los hechos coincide con vuestros pensamientos: los francos son un pueblo numeroso, grande y muy bien preparado para la guerra y la parte que ha sido vencida es tan pequeña como para no darles miedo y, al mismo tiempo, tan grande como para llenarles de rabia. Así que lo natural es que ellos no se queden sin hacer nada ni sufran la ofensa en silencio, sino que con un ejército aún mayor vengan contra nosotros y nos planten batalla
dentro de poco. Si os parece, pues, recobrad el ánimo y renovad, 8
aun mayor que antes, el espíritu guerrero, con el que habrá que esperar los acontecimientos futuros, más importantes aún que los
pasados. Si lo hacéis así, por pronto que apareciesen, nos en- 9
contrarían perfectamente preparados para actuar sin dilación. Y por supuesto, si abandonan (pues hay que hablar de ambas posibi-

lidades), vuestra seguridad quedará a salvo y parecerá que habéis tomado la mejor de las decisiones.»

10 Esta arenga de Narsés llenó a todo el ejército de vergüenza y arrepentimiento por lo indigno de su actitud; abandonaron, así, todo asomo de desenfrenado libertinaje y volvieron a sus costumbres ancestrales.

SITIO DE CAMPSA

Una partida de godos se refugia en Campsa

13 Una parte de los godos, compuesta de unos siete mil combatientes, que muchas veces habían ayudado a los francos, consideraron que los romanos no iban a desistir y que, a no mucho tardar, les atacarían, de modo que huyeron enseguida a la plaza fuerte de
2 Campsa[199]. Era un lugar en extremo seguro y bien defendido al estar en lo alto de una escarpada colina con el acceso a la cima dificultado por filas de piedras cortantes convenientemente colocadas por todas partes para impedir el acceso de los enemigos. Por eso estos godos, cuando estuvieron reunidos allí, se sintieron a salvo y no querían en absoluto capitular ante los romanos, al contrario, querían enfrentarse a ellos con toda su fuerza si es que les
3 atacaban. Lleno de ímpetu les alentaba a ello un bárbaro llamado Ragnaris[200], que estaba al mando, aunque no era ni de su mismo pueblo ni de su misma raza: era uno de los llamados bitguros (los

---

[199] Probablemente la actual Conza, en los Apeninos, a unos 100 km al este de Nápoles.

[200] El mismo Ragnaris comandante de Tarento del que habla PROCOPIO, *Guerras* VIII 26, 4 y VIII 34, 9-15, aunque señala que era godo; véase CESA, «Agatia Scolastico...», págs. 1175-1176, para quien la versión de Agatías está mejor documentada y es más veraz.

bitguros son un pueblo huno[201]) pero como era formi-dable en muchos aspectos, muy hábil y capaz de conseguir poder por cualquier medio, dirigía la compañía y maquinaba reanudar la lucha, para obtener de ese modo mayor prestigio[202].

Narsés asedia Campsa

Narsés de inmediato llevó a su ejército contra ellos, pero 4
como era imposible alcanzar la fortaleza al asalto y luchar en un terreno tan dificultoso, se preparó para un asedio y estableció un cerco completo, de modo que ni les llegase nada a los de dentro, ni pudiesen salir libremente y a su antojo. Pero esto no hizo 5
un gran daño a los bárbaros, pues tenían gran abundancia de provisiones ya que habían llevado todos los víveres y sus más valiosas posesiones a la fortaleza, que era inexpugnable. Sin embargo, indignados por el cerco de los romanos, les parecía una 6
vergüenza mantenerse encerrados y recluidos en el perímetro de la muralla y por ello empezaron a realizar frecuentes incursiones contra los enemigos, por ver si de esa manera podían echarles de allí, pero no consiguieron nada digno de mención.

Ataque a Narsés por parte de Ragnaris y muerte de éste

Tan pronto como el invierno dio paso a la primavera[203], 14
Ragnaris pensó que debía parlamentar con Narsés sobre la

[201] El nombre ofrece bastantes variantes presentadas por los distintos editores: *bítgores*, *bíttores*, *bitigoúros*, *britones*. Este pueblo sólo nos es conocido por JORDANES, *Origen y gestas de los godos* 53 272 (bittugures).

[202] *Cf.* nota 163.

[203] Primavera del 555.

situación en la que se encontraban. Cuando tuvo el permiso para presentarse con un grupo pequeño de hombres en terreno
2 neutral, ambos se reunieron y discutieron de muchos asuntos. Sin embargo, cuando Narsés vio que Ragnaris era un fanfarrón poseído por la arrogancia, que tenía pretensiones desmedidas y que se jactaba de su superioridad, disolvió inmediatamente la reunión, renunció al acuerdo y lo echó de allí sin que hubiera
3 conseguido cambiar nada. Pero Ragnaris, una vez que se encontró en la colina, no lejos de la muralla, furioso porque nada le había salido como esperaba, tensó su arco a escondidas y volviéndose de repente disparó en silencio una flecha directa a Narsés, aunque falló el tiro, pues la saeta pasó volando y cayó
4 al suelo sin herir a nadie. A pesar de ello, se hizo inmediata justicia a la maldad de este bárbaro: la guardia personal de Narsés, indignada contra aquél, al instante comenzó a dispararle y el miserable fue herido mortalmente. ¿Cómo no iba a ser así, con los actos viles e innobles que había cometido?[204] Con dificultad, sus compañeros consiguieron meterle dentro de la muralla.
5 Resistió dos días y tuvo una muerte indigna que acabó también con su perfidia y con su comportamiento malvado.

Rendición de los godos de Campsa

6 En cuanto murió, los godos, que no se creyeron capaces de soportar el asedio, pidieron a Narsés que les diese garantías de que no les iba a arrebatar la vida. Éste lo hizo inmediatamente y aquéllos se entregaron y entregaron también la fortale-
7 za. Narsés no mató a ninguno, ya que lo había prometido y además no era piadoso comportarse cruelmente con quien está en

[204] Insiste en la causa moral de los hechos, aunque sean tan accidentales como lo que acaba de relatar.

inferioridad de condiciones; pero para que no tramasen otra revuelta, los envió a Bizancio ante el emperador.

MUERTE DE TEODEBALDO

Mientras esto sucedía, el joven Teodebaldo, que reinaba 8
sobre los francos vecinos de Italia, como he contado antes[205],
había muerto por la terrible enfermedad congénita que pade-
cía[206]. Como la ley nombraba a Childeberto y Clotario, sus fa-
miliares más próximos, herederos suyos, pronto surgió entre
ellos tan terrible disputa que poco faltó para que acabara con la
nación entera[207]. Pues Childeberto era ya anciano, tan alejado 9
de la juventud y con una debilidad tan extrema que su cuerpo
estaba completamente marchito. Además, no tenía hijos varo-
nes que pudieran heredar el reino, que tendría que repartirse
entre sus hijas. Por su parte, Clotario estaba aún en la plenitud 10
de sus fuerzas, no demasiado viejo, salvo por unas primeras
arrugas, y tenía cuatro hijos varones, robustos como toros, va-
lientes y siempre dispuestos a la acción. Por ello dijo que su
hermano no debía recibir las posesiones de Teodebaldo, pues
al poco tiempo el reino de Childeberto iba a retornar a él y a 11
sus hijos[208]. No se frustraron sus esperanzas: el anciano volun-
tariamente renunció a su herencia, por el temor, creo yo, al po-
der de su hermano y por evitar su enemistad. Poco después

[205] En I 5, 1.

[206] Murió en el 554.

[207] Algo muy distinto a la manera en la que dice en II 2, 5-7 que resolvían sus asuntos.

[208] Todo este asunto entre Childeberto y Clotario no aparece en Gregorio de Tours, que habla en cambio de los cinco hijos que tenía Clotario, aunque para cuando muere su padre sólo hay cuatro, que son los que se reparten el reino, *Historia de los francos* IV 9; 13 ss.

murió y todo el poder franco quedó bajo el mando único de Clotario[209]. Así estaban los asuntos de Italia y de los francos por entonces[210].

«EXCURSUS» SOBRE LOS TERREMOTOS[211]

Terremoto en el Mediterráneo

15 Por aquella época tuvo lugar durante el verano un terremoto tan fuerte[212] en Bizancio y en una gran parte del Imperio que muchas ciudades, tanto de las islas como del interior, fueron destruidas por completo y sus habitantes totalmente aniquila-

---

[209] Esto sucedió en el 558. Con Clotario el *regnum francorum* alcanzó sus límites más amplios, pero no tuvo mucho tiempo para disfrutarlo, pues murió en el 561.

[210] Tras la toma de Campsa toda Italia estaba de nuevo bajo la autoridad imperial. Sobre el dominio de la Italia del otro lado del Po no tenemos mucha información. Fue un asunto lento y Verona y Brixia no se recuperaron hasta el 562. En noviembre de ese año, Narsés envió las llaves de sus puertas a Justiniano; véase JUAN MALALAS, XVIII, pág. 492 = TEÓFANES, A. M. 6055.

[211] Es difícil ver el sentido a este largo *excursus* en el que se relatan varios casos de terremotos y desgracias naturales, que ni siquiera encajan en el desarrollo cronológico de los acontecimientos narrados. En opinión de MCCAIL, «The Earthquake...», págs. 245-246, Agatías trae este tema para poder aparecer como testigo de los hechos que cuenta, tras el relato de la campaña franca, para la cual presenta una notable falta de evidencias directas. Y aunque desde el punto de vista histórico no tiene un sentido claro, le permite introducir en la narración elementos científicos, éticos, culturales, que prefiere sin duda a los militares.

[212] La expresión «por aquella época» hace referencia de una manera muy vaga a toda la campaña de Italia que en el relato de Agatías llega hasta la primavera del 555. Sin embargo, ya desde STEIN, *HDE* II, pág. 757, nota 5, se admite que el terremoto ha de ser no el producido en Bizancio en el 554 sino el del año 551, que fue lo suficientemente intenso como para ser notado en Beri-

dos. La hermosa ciudad de Berito[213], la joya de Fenicia, fue privada por entonces de todo y aquellas famosas y renombradas maravillas arquitectónicas fueron arrasadas tan completamente que nada quedó salvo los cimientos de los edificios[214]. Una gran multitud de habitantes nativos murió aplastada por el derrumbe y también muchos jóvenes forasteros de buena familia que estaban perfeccionando su educación y que se encontraban allí para aprender Derecho romano. Estos estudios eran tradicionales en la ciudad y sus escuelas le conferían una gran dignidad[215]. Entonces los profesores de Leyes se trasladaron a la vecina ciudad de Sidón y en ella estuvieron impartiendo sus enseñanzas, hasta que Berito fue reedificada. No resultó en modo alguno como era antes, aunque en algún aspecto no podía dejar de reconocerse la antigua ciudad. Pero la reconstrucción y la vuelta de las escuelas iban a ser tiempo después.

to, Alejandría, Cos, etc., y del que tenemos referencia por JUAN MALALAS, XVIII, pág. 485, y TEÓFANES, A. M. 6043, entre otros. Véase también MCCAIL, «The Earthquake of A. D. 551...», y CAMERON, *Agathias*, págs. 138-139.

[213] Beirut.

[214] Del terremoto en Berito, que mató al menos a 30.000 personas, nos habla también ANTONIO DE PLACENCIA, *CSEL* 39, 9, 159. Según NICÉFORO URANO, *Vita S. Simeonis iunioris*, *PG* 86.2, 3085 ss., estuvo acompañado de un maremoto, del que nada dice Agatías, aunque poco después habla del que asoló Cos. Un estudio sobre este terremoto y sus fuentes históricas, en R. DARAWCHEH *et al.*, «The 9 July 551 AD Beirut earthquake, eastern Mediterranean region», *Journal of earthquake engineering* 4.4 (2000), 403-414.

[215] Desde el siglo II se consagró a la enseñanza del Derecho y pronto superó a Roma o Atenas. A partir de la reestructuración de la educación legal en el 533, Berito y Constantinopla fueron los únicos centros donde podían seguirse estas enseñanzas. Tras el terremoto, nunca volvió a recuperar su esplendor. Véase L. JONES HALL, *Roman Berytus: Beirut in Late Antiquity*, Londres, 2004, págs. 195-220.

El terremoto en Alejandría

5 Incluso en la gran Alejandría, la que está a orillas del río
Nilo, una tierra no acostumbrada a los terremotos, se sintió un
pequeño temblor muy débil, casi imperceptible, pero que exis-
6 tió. Todos los habitantes, en especial los más ancianos, tomaron
lo sucedido como un gran prodigio, ya que nunca antes había
pasado nada igual. No hubo quien se quedara en su casa, sino
que la multitud se echó a la calle, llena de un terror despropor-
7 cionado por lo insólito y extraño del acontecimiento. Confieso
que a mí mismo (que me encontraba allí recibiendo la educa-
ción pertinente a los estudios de Leyes[216]) me embargó el temor
a cualquier pequeña sacudida, porque las casas de allí no iban a
poder resistirlas, al no ser sólidas ni suficientemente firmes
como para aguantar el más mínimo movimiento, sino frágiles e
8 inestables, pues están construidas sobre un muro simple. Inclu-
so los notables de la ciudad, también ellos tenían miedo, yo
creo que no por lo que ya había sucedido, sino porque les pare-
cía que en el momento menos pensado podría volver a suceder.

Explicación de los terremotos

9 Algunos dicen que la causa de un desastre así son ciertas exhalaciones secas y fuliginosas producidas en cavidades subterráneas: al no poder salir, forman dentro violentos remolinos que empujan todo lo que corta su paso, hasta que logran una vía de

[216] Probablemente un curso de retórica, fase previa necesaria antes de los estudios de leyes, no los estudios de leyes en sí mismos, que JUSTINIANO prohibió en Alejandría en el 533, *Digest. Const. omnem* 7; *cf.* CAMERON, *Agathias*, págs. 140-141, y BALDWIN, «Four problems...», pág. 297. El texto plantea problemas de lectura, véase la discusión en el artículo de Baldwin citado.

escape por la enorme fuerza de la presión contenida. Los que dan
esta explicación dicen que la tierra egipcia nunca produce terre-
motos pues es por naturaleza rasa y llana, muy poco porosa, en
la que no se acumulan los gases, aunque se produjeran, sino que
se evaporarían rápidamente y por sí mismos debido a la blandu-
ra del terreno[217]. Pero como en esta ocasión esta teoría, que se te- 10
nía por buena, fue refutada y quedó claro que no descansaba so-
bre una base firme, la gente noble temía, como es natural, por si
aquel epigrama se refiriera a ellos pero al contrario y en el futu-
ro fueran a correr el peligro de sufrir a Posidón no sólo como «el
que abraza la tierra», sino como «el que sacude el suelo»[218]. Es 11
más, aunque una parte de Egipto había padecido el terremoto, ni
aun así les faltarán a los expertos[219] en estas materias razones
gracias a las cuales se pueda mantener la explicación de los va-
pores. A mí me parece que, en tanto el hombre es capaz de refle- 12
xionar sobre lo que le está oculto usando ciertas argumentacio-
nes, ellos no se apartan completamente de lo verosímil y creíble
aunque se alejan mucho de la verdad real. Pues, ¿cómo es posi-

[217] Es la idea de ARISTÓTELES, *Meteorológicos* II 8, 336a, que se mantuvo en toda la Antigüedad tardía, a pesar de otros intentos cristianos como el de Cosmas Indicopleustes, que da dos explicaciones: bien que la tierra, hinchada de aire, pierde su estabilidad y bascula *(Topografía cristiana* I 21-22), bien que Dios provoca los seísmos, como los dos Testamentos afirman *(ibid.* II 106); véase para todos los testimonios, G. DAGRON, «Quand la terre tremble...», *Travaux et Mémoires* 8 (1981), 87-103. Agatías vuelve a ella a propósito del terremoto de Constantinopla que destruye Santa Sofía (V 6).

[218] No sabemos a qué epigrama se refiere, pero parece claro que contenía algún juego de palabras mitológico al respecto de los epítetos tradicionales de Poseidón y en relación con la supuesta inmunidad de Egipto para los terremotos.

[219] Para CAMERON, *Agathias*, págs. 113-115, la referencia que hace a «los expertos» como las anteriores a los «notables» y «gente noble» apunta a que tenía a alguien concreto en mente, con mucha probabilidad a Juan Filopón, que en *La creación del mundo*, obra escrita hacia la época del terremoto, intenta una síntesis de las teorías aristotélicas con la doctrina cristiana.

ble discernir con toda exactitud la realidad que se nos oculta
13 y que es superior a nosotros?[220] Nos bastaría con saber sólo esto: que todo está diseñado por una mente divina y una voluntad superior: observar e investigar con la razón los principios y movimientos de la naturaleza y la causas de cada suceso quizá no ha de considerarse ni inútil ni desagradable, pero estar convencido de que es posible llegar a la esencia de las cosas, no sería sino jactancia y el mayor error de una ya muy grande ignorancia. Pero ya es suficiente con esto, para mí: volvamos ahora al relato.

Otros desastres sucedidos entonces

El maremoto en Cos

16 En aquel momento también la isla de Cos, que está en el extremo del Egeo, quedó completamente destruida, excepto una pequeña parte, que se salvó; el desastre fue de una complejidad
2 inaudita. Y es que el mar se levantó en una ola inmensa e inundó las construcciones que estaban junto a la costa, destrozando bienes y personas[221]. Fue tanta la masa de agua y resultó tan violenta que echó por tierra aquello que no pudo saltar el olea-
3 je. Casi todos los habitantes murieron, sin distinción: los refugiados en los templos, los que se quedaron en sus casas o los que estaban en cualquier otro lugar.

[220] CAMERON, *Agathias*, pág. 109, apunta que Agatías pueda tener aquí presente el fragmento de PROCOPIO, *Guerras* IV 22, 1, sobre las causas de la peste, donde expresa ideas similares pero menos piadosas. DAGRON, «Quand la terre tremble...», págs. 99-100, por su parte, recuerda el similar escepticismo sobre el mismo tema de AMIANO MARCELINO, XVII 7.

[221] Procopio describe, por su parte, el maremoto que por aquella época tuvo lugar en el golfo de Malia, en la Grecia continental, en *Guerras* VIII 25, 16-23.

Por entonces, cuando volvía de Alejandría a Bizancio[222], 4
tuve ocasión de desembarcar en la isla, que se encuentra en
esa ruta: apareció ante mí un espectáculo lamentable y que las
palabras no serán capaces de describir en su totalidad. Casi 5
toda la ciudad era un terraplén que se elevaba hacia lo alto en
el que yacían esparcidas piedras, trozos de columnas, maderas
rotas y flotaba tal cantidad de polvo que oscurecía el aire: no
era fácil, así, distinguir el sitio de las calles, únicamente adi-
vinarlo. Muy pocas casas habían quedado intactas, y no fue-
ron las construidas con argamasa, piedras o algún material
en apariencia más sólido y firme, sino sólo aquellas hechas de
modo rústico con ladrillos de adobe[223] y barro. Aquí y allá 6
se veían algunos hombres abatidos y apesadumbrados, como
si hubieran renunciado por completo a seguir viviendo, pues
a los demás desastres se sumaba que toda el agua del lugar
estaba contaminada y no era potable, porque ahora se había
vuelto ligeramente salada y no se podía beber. Todo en la ciu-
dad era ruinoso y abominable: de su esplendor no le quedaba
otra cosa que el famoso nombre de los Asclepíades y el orgu-
llo por Hipócrates[224].

Parece que sentir piedad ante sucesos tales no es ajeno al ca- 7
rácter humano, pero quedarse asombrados y atónitos sin más es
propio de hombres que no conocen el pasado ni que a este nues-
tro mundo material siempre le están ocurriendo gran variedad

---

222 Cuando volvía de su curso en Alejandría para continuar con sus estudios de leyes en Constantinopla. Véase Introducción 1.

223 Los manuscritos presentan *apéphthou*, que significa «cocido, depurado», evidentemente lo contrario de lo que ha de entenderse. Se puede suponer así un error de Agatías o bien una lectura equivocada: Niebuhr propuso *ánephthon*, «sin cocer».

224 Hipócrates nació en Cos en el 460 a. C. y allí instaló su escuela de medicina. Pertenecía a la familia de médicos de los Asclepíades, supuestos descendientes de Asclepio.

de desastres. Es evidente que en otros tiempos quedaron muchas veces aniquiladas por un terremoto ciudades enteras, que tras perder a toda su población original, fueron enseguida reconstruidas por nuevos habitantes[225].

La historia de Queremón de Tralles

17 Por ejemplo, la ciudad de Tralles, a orillas del río Meandro,
en la tierra ahora llamada Asia[226], que fue antiguamente colonia
de los pelasgos, en tiempos de César Augusto sufrió un terre-
2 moto que la destruyó por completo: nada quedó de ella[227]. Se
cuenta que, ante el estado deplorable en el que se encontraba la
ciudad, un rústico, uno de los que vivían allí en el campo, lla-
mado Queremón, tenía el alma tan apenada por el desastre que
no pudo soportarlo y realizó una maravillosa e increíble haza-
3 ña. Sin miedo al largo camino ni a su avanzada edad, ni a los
grandes peligros que, naturalmente, lo iban a acompañar, ni a
su suerte incierta, ni a la ausencia de los suyos, ni a ninguna otra
causa de las muchas que hacen cambiar a los hombres de pare-
cer, fue no sólo a Roma, sino a la tierra de los cántabros en las
orillas del Océano (pues César por entonces se encontraba allí
4 en una campaña contra aquellas tribus)[228]. Cuando le anunció lo
sucedido, el emperador se conmovió de tal manera que inme-
diatamente mandó a la colonia a siete grandes cónsules elegi-

[225] A pesar de que en II 15, 13 apunta que la causa está en «una mente divina», ahora ofrece una explicación racional y física de los desastres y en general del mundo que nos rodea. Véase KALDELLIS, «*The historical...*», págs. 217-218, para este párrafo.

[226] La actual ciudad de Aydin, en Turquía.

[227] Este terremoto sucedió en el 27 a. C. De él nos hablan, por ejemplo, ESTRABÓN, XII 8, 18, y JERÓNIMO, *Crónica*, pág. 164 Helm.

[228] Las guerras cántabras tuvieron lugar entre el 29 y el 19 a. C. Augusto fue personalmente a Hispania en el 26 a. C.

dos de entre los más nobles y más distinguidos de Roma junto
con su propio séquito. Ellos llegaron lo más rápidamente posi-
ble al lugar y con grandes cantidades de dinero, que empleaban
a toda prisa: al poco reconstruyeron la ciudad con el aspecto
que ha conservado hasta hoy. En realidad ya no sería justo lla- 5
mar ahora a los habitantes de esta ciudad pelasgos, sino roma-
nos, aunque ellos hablan griego ático: ¿acaso no son vecinos de
los jonios?[229]

Que sucedió así lo cuenta la historia local de la ciudad[230], lo 6
mismo que el siguiente epigrama que yo pude leer cuando estu-
ve allí. En un campo de los alrededores de la ciudad, de donde 7
parece que procedía Queremón (el campo se llama Sidereo) se
levantaba un pedestal muy antiguo, sobre el que en otro tiempo,
según parece, se encontraba una estatua de Queremón, aunque
ahora no hay rastro de ella. Pero sí se conserva grabado en el 8
pedestal el siguiente epigrama:

Destruida entonces la patria por un terremoto, a la tierra cántabra
    Queremón voló para salvar su tierra natal.
Abrazado a las rodillas de César, alzó
    a la orgullosa Tralles, que yacía abatida.
En pago por ello tus compatriotas levantaron esta imagen,
                                        [para que, en este altar,
    como a un verdadero fundador, te dé las gracias[231].

---

[229] T. R. S. Broughton, «Some non-colonial coloni of Augustus», *Transactions of the American Philological Assoc.* 66 (1935), págs. 20-22, establece la verosimilitud del relato de Agatías, que puede encontrar confirmación en otras fuentes documentales, según las cuales, sin embargo, Queremón era más un terrateniente que un rústico.

[230] La fuente de Agatías es, muy probablemente, la perdida *Patria de Tralles*, de Cristodoro de Copto (*Suda, s. v.*).

[231] *Cf.* Preger, *Inscriptiones...*, n.º 281.

9 Podemos confiar en que se refiere a estos sucesos de Tralles. También muchas otras ciudades de Asia, jónicas o eólicas, sufrieron entonces desastres similares[232].

LA GUERRA ROMANO-PERSA

Antecedentes

18 Bien, ahora he de abandonar este asunto y continuar con mi relato inicial y, para ello, ocuparme de la tierra de los lazos y las guerras persas, ya que tuvieron lugar en aquella época[233].

2 Los romanos y los persas llevan manteniendo una violenta guerra desde hace mucho tiempo, en la que se han causado mutuamente gravísimos daños, bien luchando en ataques e incursiones por sorpresa, bien en una guerra abierta con todo el ejército en juego.

3 Poco antes se había establecido una tregua que no había llevado a una paz completamente definitiva, ni a conseguir que cesara el peligro en toda la zona, sino sólo a un acuerdo entre las dos partes en el este y en las fronteras de Armenia, mientras que la guerra continuaba en la Cólquide[234].

---

[232] Estrabón habla también de Laodicea, afectada en el terremoto del año 27 a. C., y de Sardes y otras en el 17 a. C., a las que, a su vez, ayudó Tiberio. Véase B. LEVICK, «The Beginning of Tiberius' Career», *Classical Quarterly* 21.2 (1971), 478-480.

[233] «Época» en sentido general, porque vuelve desde el terremoto del 551 a los hechos del 555 y cambiando de escenario: de Italia (fin del capítulo 14) a Lázica.

[234] El tradicional enfrentamiento del Imperio romano con el persa continuó y se recrudeció con Justiniano. Al extender el cristianismo en Lázica e Iberia, éstas se hicieron aliadas naturales y resultaron una amenaza para Persia

La situación en Lázica

Los lazos se llamaban colcos en otro tiempo, así que son los 4
mismos. No hay posibilidad alguna de duda si se utilizan como prueba el Fasis y el Cáucaso[235] y el hecho de que han habitado en esa región desde hace mucho tiempo[236]. Se dice que los col- 5
cos llegaron de Egipto como colonos. Cuentan que mucho antes de la expedición de los héroes de Jasón y del Imperio asirio y de Nino y Semíramis[237], Sesostris, un rey egipcio, tras reunir

menia. Una primera guerra, de victoria dudosa, terminó en la llamada «Paz Perpetua» del 532, en la que Justiniano, más preocupado por Occidente, hizo grandes concesiones. Ese mismo año, Cosroes I, que había ascendido al trono sasánida en el 531, declara la guerra a Bizancio y Belisario es trasladado a Siria donde, tras cinco años de guerra, consigue un compromiso por parte persa de no atacar las fronteras bizantinas durante cinco años (año 545, véase Procopio, *Guerras* II 28, 1-11). Este tratado le cuesta a las arcas imperiales 5.000 libras de oro anuales, la total destrucción de Antioquía y la devastación de las provincias de Mesopotamia y Siria. El conflicto, pese a todo, no se cierra por completo, queda una guerra periférica, la guerra lázica, hasta el 562, en la Cólquide, la actual Georgia. El tratado al que hace referencia Agatías es la renovación de aquél, en el 551, en similares condiciones (Procopio, *Guerras* VIII 15, 1-4). Véase, para un detallado análisis de la guerra en Lázica, Braund, *Georgia in Antiquity...*, págs. 269-314.

235 El Cáucaso es la frontera natural de Lázica por su parte nororiental. El río Fasis, actual Rioni, atraviesa la región por su centro.

236 También Procopio identifica a lazos y colcos por la misma razón, *Guerras* VIII 1, 10-12. Los lazos, citados por primera vez por Plinio, *Historia Natural* VI 4, 12, fueron una población costera del sudoeste de la actual Georgia que poco a poco fue haciéndose con el dominio de toda la zona, ayudada por el Imperio romano. Esta identificación no aparece antes del siglo III a. C., aunque en el VI es habitual, y se utiliza comúnmente el término lazos o Lázica, mientras que el nombre de Cólquide o colcos es un arcaísmo; véase Braund, *Georgia...*, especialmente págs. 274-276.

237 Hubo dos reyes, de nombre Tukulti-Ninurta, identificables con Nino: el primero reinó entre 1244 y 1208 y el segundo entre el 888 y el 884. Diodoro cita a Ctesias cuando relata sus hechos, pero en ambos autores Nino más bien

un gran ejército de entre su propia gente, invadió y dominó Asia entera[238]. Cuando llegó a esa tierra dejó allí una parte de su ejército, del que descendió la raza de los colcos. Esto lo cuentan Diodoro de Sicilia[239] y otros muchos historiadores antiguos[240].

6 Sean lazos o colcos o emigrantes egipcios, lo cierto es que en nuestro tiempo son un objetivo muy disputado y a causa de su tierra han tenido lugar innumerables batallas. Pues el rey persa Cosroes había conquistado una gran parte de su territorio, la de mayor importancia estratégica, y la tenía sometida[241], sin pensar en absoluto en retirarse de allí, sino al contrario, seguir en el futuro con su dominación. A Justiniano, emperador de los romanos, le parecía intolerable e inmoral abandonar a su suerte a Gubaces[242], el por entonces rey de los lazos, y a todo su pueblo, dado que eran súbditos, amigos y compartían las mismas creencias[243]. En cambio, preparó todas sus fuerzas para expul-
7 sar a los enemigos sin dilación. Pues había considerado con mucho temor que si los persas ganaban la guerra y se hacían con toda la zona, no habría nada que les impidiese navegar li-

---

parece un figura emblemática (*cf.* J. Lens, en Diodoro de Sicilia, *Biblioteca Histórica* I, Madrid, 1995, pág. 318, nota 3). Semíramis, a su vez, se identifica con la reina Sammouramat, regente del 810 al 805. Esta referencia no ayuda nada al relato, pero le sirve a Agatías para declarar sus fuentes.

[238] Sesostris es una figura legendaria creada a partir, principalmente, del faraón Sewosret III (1878-1841 a. C.).

[239] Diodoro, I 55, 4.

[240] Heródoto, II, 104. Véase Braund, *Georgia in Antiquity...*, págs. 17-18.

[241] Tras la campaña del 551, el general persa Merméroes se hace con el control de casi toda Lázica, a excepción de Arqueópolis y su guarnición, aunque los lazos, al mando de su rey, Gubaces, siguen resistiendo en las montañas. Procopio, *Guerras* VIII 16.

[242] Gubaces II, rey de los lazos desde el 541 hasta el 555.

[243] Lázica fue cristianizándose desde el 320, año en el que se establece el obispado de Pitiunte, en el norte del país. El primer rey cristiano fue Gubaces I, que se convierte en el 523; véase Braund, *Georgia...*, págs. 262-267.

bremente por el Ponto Euxino y seguirles las huellas a los romanos hasta el centro mismo de su Imperio[244]. Por consiguien- 8
te formó un ejército grande y poderoso y a la cabeza dispuso a los mejores generales: lo mandaban Besas[245], Martino[246] y Buces[247], hombres excelentes y con una amplísima experiencia en la guerra. Envió también a Justino, el hijo de Germano[248], que, aunque aún era joven, tenía ya una amplia educación militar.

Dificultades de Merméroes para llegar hasta el Fasis

19 El general persa Merméroes, después de haber atacado dos veces Arqueópolis[249] y ser rechazado ambas y haber realizado otras acciones que omito (ya que están suficientemente descri-

---

[244] Este peligro, expuesto también por PROCOPIO, *Guerras* II 29, 23, es, en opinión de BRAUND, *Georgia in Antiquity...*, págs 297-298, poco más que una excusa: resultaría muy difícil armar una flota desde ese territorio, donde no hay apenas madera y de hecho Persia, a pesar de haber dominado Lázica en ocasiones, no lo había intentado nunca.

[245] Encargado del mando del ejército en Lázica en el 550; véase PROCOPIO, *Guerras* VIII 9, 5.

[246] Martino es el general de los romanos en el asedio de Daras (año 541, PROCOPIO, *Guerras* II 13, 16-29) y en el de Edesa (año 544, PROCOPIO, *Guerras* II 26, 5-27), y luego se le mandó como comandante de las tropas auxiliares a África, donde permaneció varios años (PROCOPIO, *Guerras* III 6, 6).

[247] PROCOPIO, *Guerras* I 13, 5, dice que era tracio y demasiado arriesgado en el combate; participa en distintas acciones en la guerra persa (*Guerras* I 25 ss., II 6, 1 ss., etc.). Buces y Besas aparecen al mando de la guarnición de Martirópolis, hacia el 530.

[248] Primo de Justiniano (PROCOPIO, *Guerras* II 6, 9); Justino aparece también comandando un ejército contra los esclavenos, en el 549 (PROCOPIO, *Guerras* VII 40, 37), entre otras acciones.

[249] La primera y más importante ciudad de Lázica, según PROCOPIO, *Guerras* VIII 13, 3; en *Guerras* II 29, 14-21 presenta una sucinta descripción de la tierra de los lazos.

tas por Procopio el rétor[250]), en este momento[251] (a partir del cual he de seguir narrando), había llegado a Moqueresis[252] y a la fortaleza de Cotais[253]; había decidido alcanzar el río Fasis, bordeando el difícil terreno[254] hacia Telefis[255] y, al coger a los romanos por sorpresa, probar si podía ocupar algunas de las pla-
2 zas fuertes de la zona. Pero esto le iba a ser imposible si la marcha y los ataques los hacía abiertamente, pues el general Martino, que estaba acampado con su ejército en Telefis (una fortaleza importante y muy segura) mantenía una estrecha vi-
3 gilancia de todos los accesos. Además el terreno es escabroso

[250] Los libros sobre la guerra persa de Procopio terminan en el año 549, el cuarto año de la tregua, en el que Merméroes retira a su ejército, tras dejar en Petra a 3.000 hombres; romanos y lazos acaban con los 5.000 persas que se habían quedado acampados junto al río Fasis *(Guerras* II 29). En el añadido de *Guerras* VIII 1-17 relata los intentos fallidos de Merméroes de hacerse con Arqueópolis y su toma de otras plazas de la zona. Procopio sitúa los últimos acontecimientos en la primavera del 552.

[251] No se sabe muy bien en qué fecha se pueden datar estos acontecimientos, porque hay un error en la cronología de Agatías: en II 22 habla de la muerte de Merméroes y en II 27 la fecha en el año 28 del reinado de Justiniano y en el 25 de Cosroes —que debería ser el 24—, es decir, el 554 o 555. Después de este error va apuntando con detalle la secuencia de las estaciones. Olvida mencionar, por tanto, que entre los últimos acontecimientos de Procopio y los primeros de su relato pasa al menos un año; véase Bury, *LRE*, XVI, pág. 117, nota 100.

[252] Una ciudad muy importante, según Procopio, *Guerras* II 29, 18, a un día de distancia de Arqueópolis.

[253] Procopio, *Guerras* VIII 14, 48, nos cuenta que esta fortaleza, llamada primeramente Cotiayo, la construyeron los colcos para proteger esa zona, «la mejor tierra de la Cólquide»: corresponde a la moderna ciudad de Kutaisi. Ambas localidades están en el lado izquierdo del Fasis, que hay que cruzar para llegar a Arqueópolis.

[254] Procopio describe Lázica como un lugar poco transitable, muy montañoso y atravesado por pasos estrechos y muy largos *(Guerras* II 29, 24-26).

[255] Emplazamiento desconocido.

e inaccesible, pues los barrancos y los montones de rocas desprendidas hacen muy estrecho el camino que tienen debajo. No 4
hay otra manera de acercarse: las zonas llanas son pantanos y cenagales terribles y se levantan allí densos bosques y espesuras, de modo que a un solo hombre, aun ágil, le resultaría imposible atravesar el lugar, cuánto más a una multitud armada. Incluso así los romanos no ahorraban esfuerzos y, si encontraban algún sitio firme y accesible, al punto lo cercaban con madera y piedras; a estos trabajos se dedicaban constantemente.

Merméroes planea un engaño

A Merméroes, tras muchas dudas sobre su situación y mu- 5
chas reflexiones, se le ocurrió que, si de algún modo relajaba la vigilancia de los romanos y desviaba un poco su atención, no le sería del todo inalcanzable cruzar, pero si el enemigo estaba vigilando constantemente la zona, no iba a poder vencer ambas dificultades; sin embargo, si aquél bajaba la guardia, creía que sólo con la dificultad del terreno sí podría enfrentarse y no le sería completamente imposible hacer del abrupto camino una vía
accesible; si empleaba todas las manos disponibles, confiaba en 6
talar y despejar el bosque y apartar las piedras que les impedían el paso para cruzar sin dificultad. Para llevar el plan a cabo, 7
ideó lo siguiente: fingió que de repente era presa de una enfermedad terrible e incurable, así que yacía entre aparentes sufrimientos, quejándose y doliéndose de lo que le pasaba.

Se extiende la falsa noticia

Inmediatamente, la historia de que el general estaba muy 8
enfermo y de que le quedaba muy poco se extendió por todo el ejército; aquellos que habían decidido venderse por dinero al enemigo traicionando a los suyos e informar a escondidas de

sus decisiones secretas tampoco conocían la verdad (pues mantuvo muy en secreto su plan, que ni siquiera compartió con sus amigos más íntimos) y engañados sólo por lo que circulaba entre la gente, informaron de ello a los romanos, que se lo creyeron sin dudar, no tanto por la noticia en sí, me parece, como por el deseo de tenerla por cierta.

20 Al punto disminuyó su profunda y constante preocupación y la vigilancia que llevaban a cabo no era tan estricta. Pasados unos pocos días se anunció que Merméroes había muerto, pues él se había ocultado en una habitación de forma que el rumor
2 triunfara incluso entre sus más cercanos servidores. A los romanos les pareció entonces que era superfluo pasar noches en vela y soportar tantas penalidades, así que abandonaron las empalizadas y empezaron a descuidar el trabajo, a dormir toda la noche e incluso a alojarse en los vivaques del campo y ni enviaban exploradores ni cumplían ninguna de sus obligaciones. Creían que los persas, al quedarse, aparentemente, sin general, no iban a atacarles en absoluto, al contrario, huirían lo más lejos posible.

Merméroes hace huir a los romanos

3 Cuando lo supo Merméroes, desveló inmediatamente el engaño y se presentó ante los persas tal y como estaba antes y, al punto, lleno de entusiasmo, puso en marcha a todo el ejército, resolvió las dificultades del camino como antes había planeado y llegó cerca de la fortaleza: ya se había acercado a los romanos, abrumados por lo inesperado del caso e incapaces de defen-
4 derse. Entonces Martino decidió abandonar el lugar, antes de que Merméroes acabara de entrar y causara un gran daño a los romanos. Pues, ¿cómo iban a resistir ellos, unos pocos hombres, a tan gran número de enemigos, sin ser aniquilados al primer grito de guerra? Así que, engañados por la estratagema de los bárbaros, y tras una huida vergonzosa, se apresuraron

a unirse con el resto del ejército. Resultaba que los de Besas 5
y Justino estaban acampados en una llanura que quedaba no lejos de Telefis, sólo a siete estadios[256]. Allí no había otra cosa que un mercado de alfarería, que daba nombre al lugar, pues se llama *Ollaria* en latín, que puede ser en griego Quitropolia[257]. 6
Una vez que la mayoría de los hombres de Martino llegaron y se encontraron a salvo, todos los generales decidieron esperar allí a los enemigos, formados en orden de batalla, para impedirles el avance.

Teodoro se queda en la retaguardia

Entre los comandantes había un hombre sobresaliente, lla- 7
mado Teodoro, un tzano[258] que había sido sacado de su tribu y que se había criado entre los romanos, de modo que ya había perdido todo lo bárbaro, aunque lo fuese de nacimiento, y estaba completamente civilizado. Este Teodoro y su propia compa- 8
ñía (iban con él no menos de quinientos hombres de su misma raza) permanecían aún cerca de Telefis, ya que se le había ordenado por parte de Martino que no marchara de allí antes de ver llegar a todos los enemigos y calcular en la medida de lo posible cuántos eran y averiguar cómo estaban de energía y de resolución.

Él, que era muy activo y animoso para todo, también en esta **21**
ocasión lo fue: en cuanto vio que las tropas persas estaban den-

---

[256] Unos 1.300 m.

[257] Es decir, mercado de alfarería. Para Braund, *Georgia in Antiquity...*, pág. 307, el nombre en latín parece indicar que el lugar lo recibió en siglos anteriores, sin duda un lugar de importancia económica para el ejército romano. Se desconoce su emplazamiento.

[258] Procopio, *Guerras* I 15, 19 ss., nos habla de este pueblo, que geográficamente habitaba al sur de Lázica, dedicado primero a la rapiña, hasta que el general Sitas, hacia el 526, se los ganó como aliados; desde entonces se habían civilizado y cristianizado y combatían en las filas romanas.

tro de la fortaleza y se dio cuenta de que no iban a quedarse en ese punto, sino que sólo querían continuar con la guerra, se
2 marchó de allí. En el camino se encontró con muchos romanos que no habían ido directos a Quitropolia, como se les había ordenado, sino que habían irrumpido en las casas de los lazos y se estaban llevando mijo, escanda y otros víveres[259]; intentó llevárselos de allí y les censuró su inconsciencia por no darse
3 cuenta del peligro en el que se encontraban. Los no demasiado codiciosos e indisciplinados reconocieron que habían olvidado lo que era mejor y se marcharon al paso.

El pánico invade las filas romanas

4 Sin embargo, Teodoro no tiene oportunidad de avisar a los generales del ataque de Merméroes, pues a un grupo de soldados que seguían dedicándose al pillaje se les habían echado encima los persas; a unos pocos los habían matado, pero otros habían escapado corriendo y habían llegado enseguida al campamento, entre gritos de espanto; trastornados todos por lo repentino de la situación y con mucho más miedo del razonable, deciden batirse en retirada.

5 Los generales, por su parte, como no habían dispuesto aún las tropas, también tenían miedo y, para que los bárbaros no supieran que no estaban preparados, ignoraron el plan anterior[260], aunque no tenían ninguna otra opción. Las circunstancias y su confusión mental no les permitían reflexionar sobre su situa-
6 ción. Por tanto, levantaron el campamento y abandonaron la llanura con todo el ejército, en una retirada vergonzosa y desor-

---

259 Aunque Lázica es una tierra fértil, como Agatías señala en III 5, 2-4, su principal cultivo de cereal es el mijo, lo que suponía una dificultad en el abastecimiento del ejército, véase BRAUND, *Georgia in antiquity...*, págs. 54-55, aún mayor en el caso persa, *cf.* IV 30, 7.

260 Es decir, esperar allí, formados, al enemigo.

denada, y no dejaron de correr hasta que llegaron a Neso[261]. Neso dista de Telefis unas cinco parasangas[262]. Completaron 7
todo el camino esa misma jornada, ¡tan deprisa huían, los valientes!

La parasanga

La parasanga, tal como aparece en Heródoto y en Jenofonte, tiene treinta estadios, pero ahora los iberos y los persas dicen
que sólo veintiuno[263]. Los lazos coinciden en esta medida, pero 8
no lo llaman igual, sino «pausas», creo que con razón: cuando sus porteadores completan una parasanga dejan la carga y descansan un poco, sustituyéndoles otros de refresco y, según las veces que lo hagan, así fraccionan la medida del camino.

Descripción de la zona

En cualquier caso, se llame la parasanga de una manera o 9
de otra, Neso distaba ciento cincuenta estadios desde el campamento. La zona es razonablemente segura e inaccesible, ro-
deada por la corriente de los dos ríos: el Fasis y el Docono[264] 10
corren desde el Cáucaso cada uno por su lado y están muy se-

---

[261] Sitio sin localizar, aunque por su significado, «isla», y la descripción que del lugar da más abajo, se encontraría en el punto en el que el actual río Docono (actual Kvirila) vierte en el Rioni, el Fasis.

[262] Algo menos de 19 km.

[263] Heródoto, II 6, 3, y Jenofonte, *Anábasis* II 2, 6. Otros autores ofrecen otras medidas: Estrabón, XI 518, da sesenta estadios, y Plinio, *Historia Natural* VI 26, 30, nos dice que los propios persas dan este nombre a diferentes longitudes. El estadio son unos 175 m.

[264] Actuales Rioni y Kvirila.

parados al principio, pero aquí la configuración del terreno los
obliga a acercarse paulatinamente y discurren tan cerca que
los romanos incluso hicieron un canal y abrieron una vía desde
el Fasis hasta el Docono, de tal modo que ambos ríos se unen al
11 este de Neso y cierran la zona; desde ese punto trazan mean-
dros y curvas que aíslan una parte no pequeña de la llanura. Si-
guen su curso hacia el oeste confluyendo de manera natural y
acabando por unirse, de modo que todo lo que queda en medio
es, propiamente, una isla. Y allí era donde se encontraban reu-
nidos los romanos.

Merméroes refuerza Onoguris y regresa a Moqueresis

22 Mientras, Merméroes llegó a Quitropolia criticando, con
gran escarnio, la cobardía de esos hombres que no estaban allí
oyéndolo. Decidió no avanzar más ni continuar hasta Neso,
pues no podía conseguir los víveres suficientes para tamaño
ejército en plena tierra enemiga, ni tampoco estaba preparado
2 para un asedio[265]. En consecuencia, como no le parecía bien
volver a Telefis, ni a aquel difícil terreno, conectó las riberas
del Fasis con tablas y pontones que se habían fabricado con ese
fin y tras construir esta especie de puente hizo cruzar a todo
su ejército tranquilamente, sin encontrarse ningún obstáculo.
3 A los persas que se encontraban en la fortaleza de Onoguris[266]
(que él mismo había construido en el territorio de Arqueópolis

[265] A pesar de la vía abierta entre Iberia y Lázica (*cf.* III 2, 6), los persas siempre tuvieron un gran problema de comunicación y por tanto de abastecimiento en la zona, mientras que los romanos tenían una vía más fácil a través del Ponto Euxino, además de aprovechar al máximo las posibilidades de circulación y defensa de los muchos ríos navegables y canales artificiales de la zona, como en el caso de Neso.

[266] Véase III 5, 6 para este enclave.

como baluarte contra los romanos), a estos persas les dio nueva fuerza y ánimos, y tras reforzar la plaza tanto como pudo volvió a Cotais y Moqueresis.

Muerte de Merméroes

Pero como cayó entonces presa de una enfermedad que le 4
producía grandes sufrimientos, dejó la parte más importante y
poderosa de su ejército guardando sus posesiones y él marchó
hacia la tierra de Iberia. Después de que consiguieran llevarlo a 5
la ciudad llamada Mesquita[267], ya no pudo resistirse al mal; esta
vez de verdad murió Merméroes, un varón de los mejores entre
los persas, famoso por su buen juicio, pero también excelente
en la guerra y de alma valiente en extremo: siendo ya un ancia-
no y con ambos pies tan enfermos que ni siquiera podía montar
a caballo, demostraba sin embargo un brío como el de un joven
en la plenitud de sus fuerzas y no rehusaba la lucha, sino que
transportado en una camilla visitaba con asiduidad el frente.
Así infundía el terror en el enemigo y en sus hombres en cambio
un gran coraje; por ello y por sus órdenes precisas y acertadas,
cosechó muchas victorias. Y es que para dirigir a un ejército hay
que emplear la fuerza de la inteligencia y no la del cuerpo. En- 6
tonces los hombres de Merméroes levantaron su cuerpo y lo lle-
varon fuera de la ciudad, donde lo dejaron abandonado y sin

[267] La capital de los moscos o mescos, de quienes Procopio nos dice que habían sido desde antiguo súbditos de los iberos, y que en sus tiempos se dedicaban a la viticultura (*Guerras*, VIII 2, 24-26). En la historiografía bizantina los moscos son los mismos que los capadocios; véase G.L. Kavtaradze, «Probleme der historischen Geographie Anatoliens und Transkaukasiens im ersten Jahrtausend v. Chr.», *Intern. Zeitschrift für hist. Geographie der alten Welt* 2 (1996), 194-196.

cubrir, según su ancestral costumbre, para que se convirtiera en la carroña de perros y sucias aves necrófagas.

PRIMER «EXCURSUS» PERSA[268]

Costumbres funerarias de los persas[269]

23 Así es la costumbre funeraria de los persas[270]: una vez limpios de carne los huesos desnudos se pudren, desmembrados y esparcidos por la llanura[271]; para ellos es absolutamente impío depositar a los muertos en ataúdes o urnas o incluso sepultarlos
2 en la tierra. Por ello, si las aves no se lanzan rápidamente sobre el cuerpo, o los perros no empiezan enseguida a despedazarlo,

---

[268] El más completo estudio de este *excursus*, en CAMERON, «On the Sassanians...», págs. 74-111. Aunque Agatías contaba con un informante, el intérprete Sergio, *cf.* IV 30, que tuvo acceso a los *Anales reales persas*, en este primer *excursus* hay información suplementaria proporcionada por el propio Sergio, junto a una significativa ignorancia o independencia de las fuentes históricas clásicas o contemporáneas, y todo ello deformado por la búsqueda constante de una utilidad moral de lo relatado; véase Introducción 3.3 y 3.9.

[269] Para todo el capítulo 23 se puede suponer una fuente oriental directa, Sergio mismo.

[270] Para un análisis estilístico de la siguiente descripción, que tiene abundantes reminiscencias poéticas, véase QUESTA, «Il morto e la madre...», págs. 384-386.

[271] Aunque. FRANKE, *Quaestiones Agathianae*, pág. 10, sostiene que esta descripción está tomada de HERÓDOTO, I 140, es, con toda seguridad, independiente, ya que aquél relaciona esta costumbre únicamente con los magos, no con los persas, que entierran a sus muertos, mientras Agatías asegura que es universal. La costumbre sigue vigente entre los seguidores del zoroastrismo en la India, los parsis, que colocan a los cadáveres en las llamadas «Torres del Silencio»; véase J. DUCHESNE GUILLEMIN, *La religion de l'Iran ancien*, París, 1962, pág. 106.

creen que esa persona había sido de costumbres depravadas y
que tenía una alma malvada, infernal y dominada por un espíri-
tu perverso. En consecuencia, sus allegados lloran al ausente
aún más, como si estuviera definitivamente muerto y no fuera a
tomar parte del más allá. En cambio, si el cuerpo es devorado 3
enseguida, se congratulan de su buena fortuna y estiman que su
alma es la más excelente y divinal y que ascenderá a la fuente
del bien.

Exposición de los enfermos

En el caso de la gente común y corriente, si se ven afectados 4
por alguna enfermedad grave mientras están en el ejército, se
les aparta aún conscientes y con vida[272]. Cuando a alguien se le
expone así, se coloca junto a él un trozo de pan, agua y un bas-
tón; mientras es capaz de probar la comida y le quedan algunas
fuerzas, con el bastón rechaza a los animales que se le acercan
y ahuyenta a los depredadores. Pero si, aun sin acabar de morir- 5
se, está tan enfermo que no puede ni mover las manos, entonces
comienzan a comerse al pobre desgraciado, medio muerto y en
su último aliento, adelantándose a acabar, así, con la esperanza
de una posible recuperación. Hay muchos casos en los que se 6
reponen y vuelven a casa, como si en el escenario de una trage-
dia llegaran «del portal de las sombras»[273], tan débiles y cada-
véricos que aterrorizan a todo aquel con quien se encuentran.
Pero cuando alguien vuelve así, todos se apartan de él y lo re- 7

---

272 Cameron, «On the Sassanians...», pág. 91, apunta que es posible que esta costumbre, atestiguada en autores como Cicerón, *Tusculanas* I 45, etc., para los antiguos bactrianos, sobreviviera en algunas áreas remotas y Agatías lo haya atribuido erróneamente a toda Persia.

273 Eurípides, *Hécuba* 1, palabras dichas por el fantasma de Polidoro.

húyen como a alguien maldito que perteneciera aún al reino de los muertos y no le permiten tomar parte de la vida diaria antes de que los magos le limpien de la impureza de haber estado realmente en brazos de la muerte[274] y como que se le readmitiera a estar vivo de nuevo.

Origen de esta costumbre

8 Es claro que toda raza humana piensa que, si ha arraigado con una costumbre aceptada por todos ellos, ésta es excelente y venerable; por tanto, actuar de otra manera les parece improcedente, risible e indigno de ser tenido en cuenta. No obstante, los hombres se han procurado causas y argumentos, cada cual los suyos, acerca de sus costumbres tradicionales, puede que verdaderas o puede también que se hayan elaborado en aras de la
9 verosimilitud[275]. Por ello, no creo que sorprenda que también los persas cuando explican sus costumbres intenten probar que son mejores que las de cualquier otro lugar[276]. Al contrario, lo que de verdad me maravilla es que los antiguos habitantes de la zona, sean asirios, caldeos o medos, no parezcan ser como
10 ellos. Y es que en los alrededores de la ciudad de Nino, en el territorio de Babilonia[277] y en la región de los medos hay tumbas

[274] Entre los parsis las reglas acerca de la purificación de quien ha estado en contacto con un cadáver son particularmente estrictas.

[275] En cualquier caso, Agatías aquí no nos da la razón por la que los persas hacen esto —para no contaminar la tierra—. Prefiere explicar la práctica en términos morales; véase II 31, 5-9.

[276] Agatías se muestra especial y personalmente comprensivo, como expresa el «creo», con las creencias de otros pueblos; para KALDELLIS, «The historical...», págs. 247-248, con estas palabras critica también las creencias cristianas, pero lo hace veladamente, insertándolas en un texto que parece hablar únicamente de los paganos persas.

[277] Nino, es decir, Nínive, fue la capital del Imperio asirio y cayó en manos de los babilonios y medos en el 612 a. C.

y enterramientos de fallecidos hace mucho tiempo[278], de un modo en nada distinto al que preservamos nosotros, en el que lo enterrado es el cuerpo o las cenizas, como las de aquellos que eran incinerados según la costumbre griega, en cualquier caso en absoluto parecida a la que tienen los que viven ahora.

Relaciones consanguíneas entre los persas

En efecto, aquellos[279] no tenían estas creencias acerca de los 24
ritos funerarios, no sólo eso, sino que no violaban las sagradas
leyes del tálamo como los de ahora: revueltos con sus hermanas
y sobrinas y también los padres con sus hijas e incluso, ¡suprema ignominia contra las leyes y la naturaleza!, los hijos con
aquellas que les dieron el ser[280]. Es fácil darse cuenta de que
también este aspecto es una innovación entre ellos, como se
puede reconocer con claridad por lo siguiente[281]. Se cuenta que 2

---

278 Aunque es improbable que esto sea testimonio directo de Agatías, es significativo su interés por el uso de la evidencia arqueológica; sin embargo, su imprecisa idea de la relación entre asirios, aqueménidas y sasánidas, como demuestra más adelante, le impide utilizarlo adecuadamente, ya que proyecta hacia el pasado la situación presente, de una única costumbre funeraria; véase CAMERON, «On the Sassanians...», págs. 91-92.

279 Es decir, los asirios.

280 Las relaciones consanguíneas son uno de los hechos capitales del zoroastrismo, aunque ahora abandonado por los parsis, y el rasgo más conocido y denunciado por los escritores griegos; véase O. GARCÍA, «El matrimonio consanguíneo en la Persia aqueménida: la perspectiva griega», *Polis* 12 (2000), 42-73.

281 Aunque su observación parece un razonamiento basado en pruebas objetivas, éstas son erróneas y por tanto también la deducción: piensa que el matrimonio consanguíneo es una innovación sasánida, pero uno de los ejemplos es asirio y otro aqueménida, y en época aqueménida ya hay ejemplos de esta práctica; *cf.* la historia de Cambises en HERÓDOTO, III 31. Véase J. WIESEHÖFER, *Ancient Persia: from 550 BC to 650 AD*, Londres, 2006, págs. 84-85.

en cierta ocasión la famosa asiria Semíramis se vio arrastrada a tal grado de abyección que quería tener tratos carnales con su
3 propio hijo Ninias e incluso llegó a tantear al joven. Pero éste la rechazó con dureza y cuando vio que ella seguía acosándole, llena de deseo, la mató y prefirió este delito al otro. Indudablemente, si hubiera sido costumbre entre ellos, no creo que Ninias hubiera llegado a cometer semejante crimen[282].

4 ¿Y qué falta hace hablar de épocas tan antiguas? Poco antes de los macedonios y de la destrucción del Imperio persa dicen que Artajerjes[283], el hijo de Darío, al sufrir Parisatis, su madre, algo muy parecido a Semíramis y querer yacer con él, éste, aunque no la mató, la rechazó con furia, apartándose de ella, y se negó a un acto impío, que no se daba ni en sus tradiciones ni en su vida cotidiana[284].

Los persas actuales han cambiado sus creencias

5 En cambio los persas actuales han cambiado y sustituido todas las costumbres antiguas; se sirven de leyes ajenas y corruptas, una vez convertidos en seguidores de las enseñanzas de Zo-

---

[282] Este ejemplo procede de CTESIAS (*FGrHist* 688, F 14 y F 16), aunque él mismo no habla del incesto; pero sí hacen referencia más o menos directa a ello los autores que se basan en él: Pompeyo Trogo (JUSTINO, *Epit. Hist.* I.2.8), o PROCOPIO, *Historia Secreta* I 9. Agatías parece desconocer a estos autores contemporáneos que, paradójicamente, dan estos mismos ejemplos para mantener la opinión de que el incesto existía ya en estas épocas. No así, sin embargo, DIODORO, *Biblioteca Histórica* II 20-21, que presenta un retrato muy positivo de esta figura legendaria. Véase A. M. G. CAPOMACCHIA, *Semiramis. Una femminilità ribaltata*, Roma, 1986.

[283] Artajerjes nació en el 433 y reinó desde el 404 hasta su muerte en el 358.

[284] Tampoco el motivo del incesto aparece con respecto a este personaje, ni en JENOFONTE, *Anábasis* I 1, 3, PLUTARCO, *Artajerjes* 2 y *passim*, POLIENO,

roastro[285], el hijo de Horamasdes[286]. De este Zoroastro[287] (o Zarades, pues tiene dos nombres[288]), no es posible saber con exac- 6
titud cuándo alcanzó la madurez y cuándo instauró sus leyes. Los persas de ahora simplemente dicen de él que es de la época de Histaspes, aunque no es posible saber con claridad si se trata del padre de Darío o de otro que se llamara Histaspes[289]. Sea

---

VII 16, 1, pero puede ser un desarrollo posterior, derivado del retrato presentado por CTESIAS como una gran maquinadora (*FGrHist* 688, F 16).

[285] Para Agatías es Zoroastro el culpable de todas estas prácticas abominables; lo sitúa, erróneamente, después del período aqueménida: es probable que el primer rey persa que reconoció la religión propuesta por Zoroastro fuera Darío I el Grande. Artajerjes I (465-425 a. C.) también fue adorador de Mazda, pero quizá adoptara una síntesis de las doctrinas recibidas, bajo la dirección de los magos, en la que las enseñanzas de Zoroastro se confunden con el antiguo politeísmo. En el reinado de Artajerjes II (409-358 a. C.) se construyeron los primeros templos persas. Durante el dominio de los seléucidas griegos (305-64 a. C.) y los arsácidas partos (*circa* 250 a. C.-226 d. C.), prosperaron los cultos a dioses extranjeros junto con el zoroastrismo, aunque fue la nueva dinastía persa de los sasánidas (226-641) la que la estableció como religión oficial de Persia.

[286] En PLATÓN, *Alcibíades* I 122a, el nombre es Horomasdes, esto es, Ahura Mazda, el principio del bien. A lo largo de su conversión en leyenda, Zoroastro pasó a ser considerado, entre los griegos, un semidiós, hijo del único Dios de su religión.

[287] Sobre Zoroastro como profeta de la religión persa hay cinco fragmentos fundamentales en la literatura clásica, de acuerdo con A. DE JONG, *Traditions of the Magi: Zoroastrianism in Greek and Latin Literature*, Leiden, 1997, págs. 76-250: HERÓDOTO, I 131-132, ESTRABÓN, XV 3, 13-15, PLUTARCO, *Isis y Osiris* 46-47, DIÓGENES LAERCIO, I 6-9, y este texto de Agatías. Los tres últimos se refieren a Zoroastro en su papel fundacional. El de Agatías es independiente en su presentación del origen y de las características de esta religión. Para una explicación clara y documentada de ella, se puede consultar J. VARENNE, «Irán Preislámico», en Y. BONNEFOY (comp.), *Dicicionario de las mitologías I*, Barcelona, 1996 (ed. orig. París, 1981), págs. 339-379.

[288] En otros autores, como PLINIO, *Historia Natural* XXX 2, 1, son dos personas diferentes.

[289] Los datos biográficos de Zoroastro en las fuentes griegas y latinas se

7 cual sea la fecha de su *floruit*, se convirtió en fundador y maestro de la religión de los magos: cambió el culto anterior y estableció una mezcla de creencias muy variadas[290].

---

analizan con detalle en J. BIDEZ, F. CUMONT, *Les mages hellénisés: Zoroaster, Ostanès et Hystaspe d'après la tradition grecque* II, París 1973[2], págs. 7-62. Agatías plantea la posible relación con el padre de Darío, quizá una idea personal, ya que no aparece en ninguna fuente conocida excepto en AMIANO MARCELINO, XXIII 6, 32, que confirma la identidad entre los dos, y LACTANCIO, *Instituciones Divinas* VII 15, 19, que la niega; en fuentes persas Histaspes / Vištāspa aparece asociado a Zoroastro por el Zend-Avesta, y muchos estudiosos los hacen contemporáneos. El problema es datar correctamente a Vištāspa, un rey que según las fuentes orientales, poco fiables, reinó en el 1000 a. C. y que más recientemente se sitúa en el comienzo de la era seléucida, hacia el 329 a. C.; véase H. LEWY, «The genesis of the faulty Persian chronology», *Journal Amer. Oriental Soc.* 64 (1944), 197-214. Independientemente de esto, las distintas fuentes dan fechas muy diferentes para Zoroastro: desde cinco siglos antes que la guerra de Troya hasta hacerlo maestro de Pitágoras. En cualquier caso, es notable la ausencia —e independencia, por tanto— en el relato de Agatías de cualquier especulación sobre este dato tan conflictivo. Véase, para este tema, el trabajo de G. GNOLI, «Agathias and the date of Zoroaster», en M. COMPARETI *et al.* (eds.), *Ērān ud Anērān. Studies presented to Boris Il'ic Marsak*, Venecia, 2006 (edición electrónica: http://www.transoxiana.org/Eran/Articles/gnoli.html), que revisa la bibliografía precedente y analiza en detalle el testimonio de Agatías.

290 De acuerdo con CAMERON, «On the Sassanians...», págs. 94-95, una prueba más de que las únicas fuentes utilizadas para este *excursus* fueron referencias contemporáneas es la ausencia de cualquier comentario sobre la brujería con respecto a los magos —como aparece tópicamente en autores como PAUSANIAS, V 27, 3, LUCIANO, *Necromancia* 6, etc.— y la relación entre Zoroastro y Salmoxis como fundadores de dicha brujería, idea que aparece en escritores cristianos, como en JUAN CRISÓSTOMO, *De S. Babyla* 2 (*PG* 50, col. 536). Los autores más conocedores de la historia persa, sin embargo, no dejan de presentar a los magos como los sacerdotes de este culto, entre otros MENANDRO PROTECTOR, frag. 11, o PROCOPIO, *Guerras* I 3, 19 ss. Por otro lado, Agatías sólo sabe de la importancia de Zoroastro, pero no de los aspectos de la religión que proceden de él, como también sucede en la mayoría de las fuentes contemporáneas no persas.

Creencias de los persas antiguos

En tiempos antiguos[291] adoraban a Zeus y Crono y a todos los demás dioses que estaban en boca de los griegos, aunque no conservaban el mismo nombre: llamaban Belo[292] a Zeus, Sandes a Heracles[293], Anaitis a Afrodita[294], a los demás con otros nombres, como testimonian Beroso de Babilonia[295], Atenocles y Símaco[296], que tratan el pasado más antiguo de los asirios y los medos[297]. 8

[291] No está claro a qué tiempos se refiere: por lo que ha dicho antes, a los aqueménidas, aunque luego señala a asirios y medos.

[292] Bel (semítico *bel*, 'señor') es el apelativo de Marduk, dios supremo para los babilonios desde el siglo XVIII a. C.; posteriormente su culto entró en Asiria (siglo XIV a. C.) y en Urartú (siglos VIII-VII a. C.). Véase V. MATIOSSIÁN, «Las leyendas armenias de origen III», *Transoxiana* 10 (julio de 2005) (ed. electrónica).

[293] El Heracles cilicio. Quizá haya que postular una fuente en NONO, *Dionisíacas* XXXIV 191-194, donde habla de Heracles Sandes como nombre de Morreo, en Cilicia.

[294] A esta diosa irania se la identifica más comúnmente con Ártemis (DIODORO, V 77; PLUTARCO, *Artajerjes* 27, etc.); para la identificación con Afrodita, *cf.* BEROSO, *apud* CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protéptico* V 65, 3. No obstante, era una diosa indoeuropea tan importante en el panteón iranio que fue integrada en el monoteísmo de Zoroastro. Véase M.-L. CHAUMONT, «Le culte de la déesse Anāhitā (Anahit) dans la religión des monarques d'Iran et d'Arménie ai Ier siècle de nôtre ère», *Journal Asiatique* 253 (1965), 170.

[295] Historiador babilonio que escribió en griego, en el siglo III a. C., una *Historia de Babilonia*, que fue conocida a través de Posidonio de Apamea (135-50 a. C.), a quien citan Vitrubio, Plinio, Pausanias, o Clemente de Alejandría. Curiosamente, FLAVIO JOSEFO (*Contra Apión* I 142) cita una crítica de Beroso acerca de las leyendas sobre Semíramis de las que se hace eco aquí Agatías. Es probable que estos datos procedan de él, aunque quizá no directamente.

[296] No sabemos de Atenocles y Símaco más allá de esta referencia de Agatías.

[297] Parece que Agatías no tenía un conocimiento de la religión muy detallado y es muy notable que no coincida en esta breve relación de divinidades con las fuentes griegas más próximas, como HERÓDOTO, I 131, o DIODORO; véase nota 287.

Creencias y ritos actuales de los persas

9 Pero ahora en la mayoría de los aspectos coinciden con los llamados maniqueos[298], en cuanto que creen en dos principios[299]: uno, que es bueno y es el origen de los seres mejores, y otro, que es su contrario desde ambos puntos de vista[300]. Les dan nombres bárbaros compuestos en su propia lengua: al dios o creador bueno lo llaman Hormisdates, al malo y destructor,
10 Arimanes[301]. De todas las fiestas religiosas que celebran la más importante es la llamada «La destrucción de los malignos», en la que matan muchos reptiles y otros animales salvajes del desierto y los ofrecen a los magos como prueba de su piedad[302]. Creen que así hacen lo que agrada al bien, al tiempo que irritan

[298] Secta religiosa fundada por el persa Mani, o Manes (*circa* 215-275); se extendió a través de oriente y en muchas partes del Imperio romano y fue perseguida con dureza por Justino I y Justiniano; véase B. FLUSIN, «Triomphe du christianisme et définition de l'orthodoxie», en MORRISSON (ed.), *Le monde bizantine*, págs. 56-57.

[299] El dualismo persa aparece por primera vez en ARISTÓTELES (*apud* DIÓGENES LAERCIO, I, pref. 8) y sobre todo, PLUTARCO, *Isis* 46. Se ha querido ver en ello una simplificación teológica por parte de los magos de la oposición zoroastriana entre las emanaciones de Ahura Mazda: Spenta Mainyu, el Espíritu benefactor, y su gemelo, Angra Mainyu, el espíritu diabólico, simplificación que fue sin embargo doctrina oficial en el período sasánida; véase M. SCHWARTZ, «The religión of achaemenian Iran», en I. GERSHEVITCH, *CHI* II, págs. 664-697. Frente a él existió una herejía, monoteísta, que en el tiempo al que se refiere Agatías tuvo cierta importancia, el zurvanismo, de la que nos habla DAMASCIO, *Dudas y soluciones* 125bis, y que parece desconocer nuestro autor; véase CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 98.

[300] Es decir, desde los puntos de vista de su propiedad y su función.

[301] Sólo Agatías ofrece estas formas para estos nombres, en PLUTARCO, *loc. cit.*, por ejemplo, Horomaces y Arimanio.

[302] También habla de ello HERÓDOTO, I 140, y PLUTARCO, *loc. cit.*, pero refiriéndose a la rata de agua. La ceremonia tiene su origen en que esos animales eran considerados impuros y nocivos y por tanto pertenecientes a la esfera

e injurian a Arimanes. Honran tanto el agua, que no se lavan la 11
cara ni la tocan de ninguna manera que no sea para beber o para el cuidado de las plantas[303].

Dan nombre y veneran a otros muchos dioses y llevan a 25
cabo purificaciones rituales, sacrificios y adivinaciones. El fuego les parece que es sacrosanto[304]; por ello los magos lo tienen siempre guardado en unas apartadas cámaras ocultas[305]. Leen en él, al tiempo que realizan ceremonias secretas
y adivinan el porvenir[306]. Tomaron, creo, esta costumbre de 2
los caldeos o de algún otro pueblo, ya que desentona de las otras. Pues su religión, compuesta a partir de creencias de muchos pueblos[307], resulta de lo más variopinta. Y me parece

---

de Ariman. Véase M. Moazami, «Evil Animals in the Zoroastrian Religion», *History of Religions* 44 (2005), 300-317.

[303] Es uno de los hechos más conocidos de la religión persa: Heródoto, I 138, Plinio, *Historia Natural* XXX 6, 17, etc.

[304] Esta creencia es, para los ajenos, una de las principales características del zoroastrismo, *cf.* Dinón *apud* Clemente de Alejandría, *Protréptico* V 65, 1, etc. También Procopio, *Guerras* II 24, 2, que probablemente haya inspirado a Agatías. El fuego sirve como agente purificador y símbolo, signo perceptible de la suprema deidad, de Ahura Mazda; sobre él pesan diversas prohibiciones, como las cremaciones.

[305] Al impedir la reforma zoroástrica la multiplicación de los símbolos religiosos, se le reservaron al fuego los honores de una construcción en exclusiva; en estos edificios había una cámara cuadrada en la que el fuego ardía perpetuamente. Unas aberturas permitían a los fieles observar el fuego; en época sasánida esos templos de fuego simbolizaban la conquista de nuevos territorios.

[306] También de ello nos habla Procopio, *Guerras* II 24, 2, o Cicerón, *Sobre la adivinación* I 41, 90. Las ceremonias se celebran, sin embargo, no en esos templos, sino en otros recintos, en los que se encendían fuegos de uso exclusivamente ritual, y a los que se entregaban ofrendas y se recitaban plegarias, en secreto, es decir, en silencio, por parte de los magos.

[307] Agatías parece ser consciente de las diferencias entre asirios y persas,

3 que es lógico que se haya llegado a esta situación: no sé de ninguna otra sociedad que haya cambiado tanto en forma y principios y que no haya mantenido ningún tipo de continuidad, sino que haya sufrido la dominación de tantos otros pueblos. Es muy natural que conserve rastros de muchos procedimientos y leyes.

Cronografía persa[308]

Los asirios

4 Se dice que los primeros de los que tenemos noticia, los asirios, domeñaron toda Asia excepto a los indos que habitaban las orillas del Ganges[309]. Parece que Nino fue el fundador que estableció esa poderosa dinastía y, tras él, Semíramis y todos sus descendientes hasta Beleo el hijo de Dercetadas.

5 Cuando acabó la línea sucesoria de Semíramis con este Beleo, un hombre llamado Beletaras, un jardinero que era guardián y jefe de los jardines de palacio, contra toda lógica cosechó

y de que la religión está compuesta por elementos de origen diverso, pero al mismo tiempo cree que todas las características proceden de Zoroastro; *cf.* II 23, 8 y 24, 5.

308 Para este *excursus* dentro del *excursus*, Agatías no ha utilizado fuentes orientales, sino que se ha basado en la tradición de Beroso y principalmente en la de Ctesias, seguida por distintos autores, entre ellos Alejandro Polihístor, al que Jacoby adscribe todo el fragmento en su edición de este autor (*FGrHist* 273, F 81); en desacuerdo con Jacoby, CAMERON, «On the Sassanians...», págs. 100-103. El pasaje está reproducido en JORGE SINCELO, 676, 15 ss., y ZONARAS, XII 15; véase CAMERON, «Zonaras, Syncellus, and Agathias: a Note», *Classical Quarterly* 14.1 (1964), 82-84. La cronología no es correcta, lo que sin duda se debe a la variedad de fuentes utilizadas, que Agatías no cotejó convenientemente.

309 DIODORO, II 1, y EUSEBIO, *Crónica* 27.9.

el trono y plantó su propia simiente, como escriben Bión[310] y Alejandro Polihístor[311], hasta Sardanápalo[312].

Dominio de los medos

Entonces, dicen, cuando el Imperio se marchitaba, Arbaces el medo y Belesis el babilonio se lo arrebataron a los asirios, matando al rey[313] y haciendo pasar el poder a manos de los medos, transcurridos cerca de mil trescientos seis años o algo más desde aquel primer tiempo en que Nino se hizo con aquellos dominios; por lo menos es así para Ctesias de Cnido según el cómputo de tiempo y Diodoro de Sicilia está de acuerdo con él[314]. Los medos se apropiaron del trono y en ese tiempo todo se 6
rigió según sus leyes.

Etapa persa

Después de que llevaran en el poder no menos de trescientos años[315], Ciro, el hijo de Cambises, tras derrotar a Astiages[316], trasladó la supremacía a manos persas, ¿cómo no iba a

---

310 Autor desconocido.

311 Filósofo e historiador de la escuela de Pérgamo, siglos II-I a. C. Lo citan Plinio, Esteban de Bizancio, Eusebio, etc.

312 Asurbanipal. En este caso Agatías sigue a Beroso, pues en la tradición de Ctesias, recogida en DIODORO, II 21, sólo hubo una línea desde Semíramis hasta Sardanápalo.

313 Según DIODORO, II 27, y ATENEO, XII 38, la versión de Ctesias establece que Sardanápalo se suicidó quemándose en una gran hoguera.

314 La cifra procede directamente de Ctesias (DIODORO, II 21, «algo más de mil trescientos años»).

315 También este dato procede de Ctesias, y lo recogen la mayoría de las fuentes posteriores, frente a la cronología «corta» de 128 años, ofrecida por HERÓDOTO, I 130; véase CAMERON, «Zonaras...», pág. 40.

316 Reinó sobre los medos desde el 585 a. C. hasta el 550. Su hija Mandane se casó con el rey persa Cambises I, y fueron los padres de Ciro.

ser así, si él era persa de nacimiento, y estaba rabioso con los medos por sus campañas con Astiages[317]?

7 Los reyes persas tuvieron el poder doscientos veintiocho[318] años, aunque también su Imperio desapareció por completo, destruido por un ejército extranjero y un rey foráneo.

Alejandro conquista Persia

8 En efecto, Alejandro, el hijo de Filipo, tras matar a Darío el hijo de Arsames y dominar toda Persia, lo organizó según el sistema macedonio. Tan magnífico e invencible era que cuando sucedió su muerte, sucedió también que sus continuadores, aún siendo macedonios, sometieron una muy grande cantidad de territorios ajenos y los conservaron durante mucho tiempo. Hasta ahora mismo, creo yo, habrían podido ser sus dueños y señores gracias a la fama del fundador, si no se hubieran producido disensiones entre ellos y si, en las frecuentes guerras entre sí y contra los romanos a causa de la codicia, no hubieran destruido sus propias fuerzas y no hubieran dejado de parecerles invencibles a sus vecinos.

Los partos se hacen con el poder

9 Por tanto, los macedonios dominaron esta tierra no mucho menos tiempo que los medos, ya que tuvieron el poder unos siete años menos (en esto hay que hacer caso a Polihístor[319]), has-

[317] El relato pormenorizado de los hechos, en HERÓDOTO, I 107-130; también en NICOLÁS DAMASCENO (*FGrHist* 90, F 66).

[318] La cifra procede de AFRICANO, *apud* EUSEBIO, *Demostración evangélica* II 8, 46-54. Las fechas van desde el 559 hasta el 330 a. C.

[319] Para CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 102, es improbable que haya tomado el erróneo dato de 293 años de Polihístor, pues es la duración del Imperio macedonio de Egipto, no el de Persia. Para esta autora, la insistencia en nombrar a estos historiadores es un indicativo de que Agatías no está utilizándolos directamente, sino a través de una fuente que los recoge a todos

ta que a su vez, los partos, un pueblo sometido, anónimo hasta ese momento, acabó con el Imperio de los macedonios. Rigieron toda la zona excepto Egipto. Encabezó la rebelión Arsaces[320], a partir del cual se llaman arsácidas sus descendientes, y no mucho después Mitrídates[321] hizo extremadamente famoso el nombre de los partos.

Comienzo del Imperio sasánida

Pasados doscientos setenta años[322] desde Arsaces, el prime- 26
ro, hasta Artábano, el último rey[323], cuando los asuntos de Roma se pusieron en manos de Alejandro, el hijo de Mamea[324], en aquel momento comenzó a reinar la dinastía de nuestro contemporáneo Cosroes; fue entonces cuando el sistema de gobier-

---

ellos, y en concreto para la sección de la cronografía persa, una de las varias obras de ese tipo que existían en la época de Agatías, como, por ejemplo, la de Hesiquio de Mileto de la que nos habla la *Suda*; véase CAMERON, *op. cit.*, págs. 103-104 y 107.

[320] La fecha de la rebelión parta es, en los cronógrafos griegos, el 248 a. C.: EUSEBIO, *loc. cit.*, JUSTINO, *Epítome* XLI 4, ESTRABÓN, XI 9, 2, quienes nos narran que Arsaces I era el jefe de los parnos, una tribu nómada escita. Refugiado en el reino bactriano de Diódoto I, se rebeló y huyó hacia Partia para establecer su propio reino tras eliminar al sátrapa de Partia, Andrágoras.

[321] Se refiere a Mitrídates I (195-138 a. C.). Conquistó Babilonia, Media y Persia.

[322] Esta cifra no sólo es errónea, ya que entre el principio de la dinastía parta y la de los Sasánidas hay 474 años (desde el 248 a. C. hasta el 226 d. C., fecha de la toma de Ctesifonte por Artajares), sino que tampoco coincide con el dato que da en IV 24. Véase CAMERON, «On Sassanians...», págs. 105-106 y 136-137, para quien Agatías aquí se basa en fuentes persas, que presentan en muchas ocasiones una cronología acortada, sobre cuyo origen hay mucha controversia. En cualquier caso, Agatías sería la primera fuente en presentar este dato, quizá procedente de los *Anales reales* persas.

[323] Artábano IV, reinó del 208 al 226.

[324] Alejandro Severo, hijo de Julia Mamea (222-236). En IV 24, 1 especifica que se trata del cuarto año de su reinado, es decir, en el 226.

no que aún se da entre los persas tuvo su principio y puso, por así decir, su base.

2 Un persa llamado Artajares[325], un hombre iletrado y de oscuro origen[326] pero también extraordinariamente dispuesto a acciones formidables y a actos revolucionarios, atacó y eliminó al rey Artábano con la ayuda de un grupo de conjurados[327].

Al ceñirse la tiara[328] acabó con el poder de los partos y renovó a los persas en su propio reino.

Artajares encumbra a los magos

3 Era seguidor de los ritos de los magos y él mismo practicaba sus misterios[329]. Por ello el estamento[330] de los magos se vol-

[325] En Agatías nos encontramos con tres formas distintas del mismo nombre: *Artaxérxēs*, *Artaxárēs* (que aparecen en diversas fuentes, *cf.* ZONARAS, *Epítome* III 161, 14) y *Artaxḗr* (la forma armenia abreviada de los nombres anteriores). Utilizamos, como es tradicional, Artajerjes para los reyes aqueménidas y Artajares para los reyes sasánidas, aunque también se les conoce con la forma moderna del nombre, Ardashir. Como Artajares aparece el nombre del fundador de la dinastía en sus inscripciones escritas en griego; véase R. N. FRYE, «The political history of Iran under the Sasanians», en E. YARSHATER, *CHI* III, págs. 116-117.

[326] Hay dos tradiciones diferentes sobre Artajares, una popular, que es la que con variantes presenta Agatías, véase más adelante, mientras la versión oficial hace a Pabak hijo de Sasán, de una distinguida familia; véase E. YARSHATER, «Iranian national History», en *CHI* III, págs. 378-404.

[327] Artajares era gobernador de Fars, al sudoeste de la meseta irania; se rebeló contra el poder parto y derrotó a Artábano en la batalla de Hormizdagán, DIÓN CASIO, VII 12; LXXVIII 26. No obstante, de acuerdo con CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 107, los datos aquí ofrecidos por Agatías proceden exclusivamente de fuentes persas, no de escritores griegos. Un análisis exhaustivo de dichas fuentes, en págs. 107-111.

[328] La *kítaris*, el tocado en forma de turbante. Para su valor como símbolo real, ya desde los aqueménidas, *cf.* PLUTARCO, *Artajerjes* 26, 4.

[329] En el *Denkard*, una enciclopedia postsasánida, aparece Artajares como el gran restaurador del zoroastrismo, bajo cuya égida el mago Tansar recogió

vió pretencioso y lleno de poder. Aunque ya desde antiguo había ido manteniendo su renombre, nunca antes había sido elevado a tal nivel de influencia e inmunidad[331] e incluso había sucedido que fueran despreciados por los que estaban en el poder.
Una prueba: los persas de Darío no habrían sufrido, hace ya 4
tiempo, la desgracia que sufrieron al apoderarse Esmerdis el mago del trono después de Cambises el hijo de Ciro y no habrían matado a Esmerdis y a la mayoría de sus seguidores si los magos no hubiesen podido vanagloriarse de aspirar al trono imperial. Y así, no pareció que los asesinos fueran unos criminales, sino que eran dignos del más intenso recuerdo, hasta tal punto que a partir de aquella revuelta se denominó a una fiesta «La matanza de los magos», acompañada de sacrificios en ac-
ción de gracias[332]. Ahora, en cambio, todos los honran y vene- 5
ran, todos los asuntos públicos se organizan según su criterio y sus predicciones y, en lo privado, controlan a las partes de un contrato o a quien abra un proceso, ya que vigilan y deciden so-

---

los libros avésticos que se habían conservado tras la conquista de Alejandro, pero no todas las fuentes coinciden en esta descripción. Lo que sí parece indiscutible es que Artajares fuera seguidor de Anaitis. Véase, para esta discusión, J. DUCHESNE-GUILLEMIN, «Zoroastrian religion», en E. YARSHATER, *CHI* III, págs. 855-857.

[330] Literalmente la «tribu», como aparece en HERÓDOTO, I 101; aunque seguramente en un sentido más amplio.

[331] De hecho, no es con Artajares con quien los magos alcanzan su nivel más alto: es, en parte, con Sapor I y en cualquier caso, para llegar a la situación descrita aquí por Agatías, hay que esperar hasta el siglo v. Véase Z. RUBI, «Sasanian Kings and the Zoroastrian Priests», en CAMERON, *CAH* XIV, págs, 647-651.

[332] Agatías utiliza esta historia, tomada de HERÓDOTO, III 67-79, para probar la idea que quiere defender, que todas las innovaciones proceden del reinado de Artajares, como antes ha hecho con los *exempla* de Semíramis y Parisatis. De hecho, ya en Heródoto los magos controlaban los sacrificios y ejercían funciones oficiales, HERÓDOTO, I 132. Para la relación entre Heródoto y Agatías, véase AV. CAMERON, «Herodotus...».

bre los aspectos del mismo. No hay nada entre los persas que se considere justo o legal si no ha sido validado por un mago.

Nacimiento de Artajares

27 Se dice que la madre de Artajares estaba casada con Pabak, un hombre completamente vulgar, zapatero de profesión, pero versado en extremo en el movimiento de las estrellas y capaz de
2 conocer el porvenir con facilidad. Sucedió que cierto soldado, llamado Sasán, que se encontraba de viaje por la región de los caduseos[333], fue acogido por Pabak, que lo hospedó en su casa.
3 Cuando, de alguna manera, creo que por ser adivino, Pabak averiguó que el linaje de su huésped iba a ser extraordinariamente noble y destinado a una gran prosperidad, esto le produjo mucha inquietud y disgusto, ya que no tenía ninguna hija ni hermana, ni familiar cercano alguno que fuera mujer. Al final, hizo que su mujer compartiera el lecho con él, ignorando muy dignamente la vergonzosa afrenta a su honra, a cambio de la
4 buena fortuna futura. Una vez nacido Artajares, fue criado por Pabak y cuando, ya de joven, se hizo tan valientemente con el trono, una sucia disputa estalló de pronto sin reservas entre Sasán y Pabak, ya que cada uno pretendía que el muchacho lleva-
5 se su propio nombre. Con dificultad lograron ponerse de acuerdo en que el muchacho se llamase hijo de Pabak, aunque nacido del linaje de Sasán. Los persas que estudian la genealogía de Artajares aseguran que ésta es la verdad porque así está escrito en los pergaminos reales[334].

---

[333] Caduseos o cadusios, pueblo que vivía en las costas surorientales del mar Caspio, integrados desde el siglo V en los distintos imperios de Persia. Plutarco nos describe esta tribu en *Artajerjes* II 24.

[334] A pesar de lo que dice, la versión que aquí recoge Agatías no es la de los archivos reales, sino una popular, que aparece en *Los hechos de Artajares*: Sasán era un pastor o un soldado, al servicio o acogido por el rey y astrólogo Babak II, que descendía de los aqueménidas, aunque lo mantenía en secreto.

Proyecto de cronología de los reyes sasánidas

Yo, por mi parte, daré un poco más tarde la lista de todos sus descendientes que ocuparon el trono, su nombre y también el tiempo que reinaron. En realidad, entre los cronógrafos hasta la fecha esto se ha obviado y tales investigaciones no se han tenido por importantes[335]. En cambio, enumeran a los reyes romanos quizá desde Rómulo o incluso antes, desde Eneas el hijo de Anquises, hasta Anastasio y Justino I[336], pero para los persas (me refiero a aquellos que han estado reinando tras la caída de los partos) no han hecho un estudio paralelo para establecer la cronología de la misma manera, aunque hay que hacerlo. Por mi parte, he recogido estos datos con exactitud desde sus propios escritos y creo que es muy oportuno consignarlos todos en la presente obra. Y es lo que continuaré haciendo cuando lo crea necesario, aunque haya que realizar largas y desnudas listas de nombres bárbaros, incluso cuando no hayan hecho nada reseñable[337].

6

7

8

Pero un sueño reveló a Babak que un hijo de Sasán gobernaría el mundo, por lo que le dio la mano de su hija. De este matrimonio nacería Artajares. Más tarde, cuando ya eran ancianos, Sasán y Babak discutieron y acudieron a Artajares, que ya era rey, para que actuara de juez. Éste resolvió la disputa proclamándose hijo de Babak y descendiente de Sasán. Con seguridad, Agatías desconoce los diversos orígenes de los datos de Sergio; *cf.* IV 24.

[335] En la historiografía bizantina se pueden distinguir, aunque con matices, las «Historias Eclesiásticas», las «Historias Clasicistas», como la de Agatías, y las «Crónicas», obras en principio concebidas como simples guías de historia cristiana y, relacionada con ella, universal. En el siglo VI, precisamente, se dan las grandes obras de historia clasicista, como la de Procopio, y aparecen las primeras crónicas griegas, un siglo después de su aparición en Occidente. Para la delicada relación entre los tres géneros, con una amplia bibliografía comentada, véase J. SIGNES, «La historiografía en el Oriente...», en especial págs. 144-149.

[336] El emperador bizantino Anastasio I (*circa* 430-9 de julio del 518). Nombró sucesor al futuro Justino I, oficial de su guardia (*circa* 450 - 1 de agosto del 527).

[337] Agatías se muestra especialmente orgulloso de esta cronografía, entre otras razones, por su originalidad.

Reinado actual de Cosroes

9 Únicamente añadiría en este momento en aras de la claridad y con el fin de ser útil que se cumplen trescientos diecinueve años en el veinticinco del reinado de Cosroes, cuando tiene lugar la guerra en la Cólquide y muere Merméroes. Y es el momento en que el emperador Justiniano completa su vigésimo octavo año en el trono de los romanos[338].

Cosroes y su gran cultura[339]

28 Después de ofrecer algunas breves notas acerca de Cosroes, volveré de inmediato al inicio de mi exposición. Pues le alaban y le admiran por su valía no sólo los persas, sino incluso algunos romanos[340], por ser un amante de la literatura y haber profundizado en nuestra filosofía, después de haberle sido traducidas a lengua persa las obras griegas[341].

---

[338] Año 555. Cosroes ocupa el trono desde el año 531, y Justiniano desde el 527. Pero hay un error en la cuenta total del Imperio sasánida, que comienza en el 226, por tanto han pasado 329 años y no 319. La fecha del 226 se confirma en IV 24, 1, donde da una cifra correcta, lo que para CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 110, se explica por el uso de dos fuentes distintas, una persa en este caso y otra siria para IV 24.

[339] Aunque no lo señala, el origen y el fin de este paréntesis sobre Cosroes nada tiene que ver con el *excursus* persa: aquí no hay información tomada de los *Archivos reales*, y en realidad no es un retrato del rey, sino una excusa para hablar de Uranio y de los filósofos. Comentario de parte del pasaje, en CAMERON, «On the Sassanians...», págs. 172-177.

[340] El reinado de Cosroes fue el más importante de su dinastía. El esplendor de su reino está reconocido por todas las fuentes persas, árabes y romanas. Su corte fue famosa por su lujo y por su refinamiento, y fue casi proverbial el amor del rey por la música y la poesía; véase N. FRYE, «The political history of Iran under the Sassanians», en E. YARSHATER, *CHI* III, págs. 171-173.

[341] En época de Cosroes, la filosofía griega fue muy estudiada y el trabajo de traducción de obras foráneas fue enorme, hasta tal punto que muchas de sus

Dicen, en efecto, que se embebió por completo del Estagirita[342], más aún de lo que lo hiciera el orador peanio[343] con las obras del hijo de Óloro[344] y que se llenó completamente de las enseñanzas de Platón, el hijo de Aristón: ni siquiera el *Timeo*[345] lo esquivó, aunque está entretejido de teoría geométrica y se investigan los movimientos de la naturaleza, ni el *Fedón* ni el *Gorgias* ni ninguno de los diálogos más elegantes y complejos, como, a mi parecer, el *Parménides*[346]. 2

Yo, sin embargo, no me puedo creer que él haya tenido una 3
educación tan excelente y tan profunda: ¿cómo iba a ser capaz de captar la pureza de las palabras de antaño, su liberalidad, además de su muy precisa adecuación a la naturaleza de las co-
sas, por medio de una lengua salvaje e inculta? Y ¿cómo un 4
hombre que desde niño ha estado lustrado con la pompa y la

---

ideas entraron a formar parte de los escritos sagrados persas; véase N. GARSOÏAN, «Byzantium and the Sassanians», en E. YARSHATER, *CHI* III, págs. 582-587. Cosroes fue un monarca muy tolerante con las religiones, aunque, paradójicamente, en algunas fuentes se señala su ortodoxia y su persecución de los herejes, en especial los mazdaquitas; véase CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 173.

342 Aristóteles.

343 Demóstenes, que pertenecía al demo de Peania en Ática.

344 Tucídides.

345 El *Timeo* plantea una cosmología y una física: el espacio está lleno de cuerpos primeros en continuo movimiento irregular; por otra parte, Platón presenta una física reductible a fórmulas geométricas heredera de Demócrito y los pitagóricos. El diálogo tuvo una fortuna enorme y generó muchos comentarios; véase R. W. SHARPLES, A. SHEPPARD (eds.), *Ancient Approaches to Plato's Timaeus*, Londres, 2003.

346 Las obras de Platón se conocieron y estudiaron sin cesar en el mundo bizantino, incluso más allá de las escuelas platónicas de Atenas y Alejandría; aunque Justiniano cerró la primera (véanse notas a II 30, 3-4), en Alejandría Olimpiodoro continuó leyendo y comentando a Platón. La pervivencia del filósofo se consiguió gracias a una solución de compromiso con el cristianismo, como la de Juan Filopón, que comentó el *Fedro*.

adulación de la corte, y que ha pasado su vida de la manera más bárbara posible, dedicada por entero a la guerra y a las campañas militares, cómo quien vive así va a llevar a cabo algo grande y digno de alabanza en estas disciplinas?[347]

5 Si alguien le dedicara sus alabanzas porque siendo un rey, un persa, y teniendo que ocuparse de tantos asuntos y de tantos pueblos distintos, aun así él se dedicaba a degustar la literatura y disfrutar por ella de esta fama, yo desde luego estaría de acuerdo y consideraría a este hombre superior a todos los bár-
6 baros. Pero aquellos que lo llaman el más sabio y, en cierto modo, superior a cualquier otro que haya practicado la filosofía antes, al conocer los principios y causas de toda ciencia y disciplina, como el hombre con la más perfecta educación tal y como lo definen los peripatéticos, quedaría completamente al descubierto que no han dado con la verdad, sino que siguen sólo la opinión de la mayoría[348].

La historia de Uranio

29 Andaba por la ciudad del emperador[349] un hombre sirio llamado Uranio[350]; se dedicaba a la práctica médica y aun sin un

---

[347] Es un bárbaro, y contra los bárbaros la actitud negativa de Agatías, como también la de Procopio, en *Historia Secreta* XVIII 29, es incuestionable, salvo para los francos cristianos.

[348] Contra la que parece estar luchando Agatías con esta vehemente refutación, que ha de tener lugar mientras Cosroes estaba vivo, según Cameron, «On the Sassanians...», pág. 174. Como Agatías habla de la muerte de Cosroes en el libro IV, 29, 6-10, tuvieron que pasar unos años entre la redacción del libro II y del IV.

[349] Constantinopla.

[350] La *Suda* recoge parte de este relato en su entrada «Uranio», Jacoby (*FGrHist* 675) lo identifica con un Uranio citado por Esteban de Bizancio y Damascio como autor de una *Historia de los árabes*; pero Agatías dice que era médico y resultaría llamativo que no hablara de una obra histórica de Uranio si la hubiera. Por otro lado, hay tal encarnizamiento contra este personaje que hubo de haber un conocimiento personal entre ambos.

conocimiento exacto de las enseñanzas de Aristóteles, se jactaba de saberlo todo y se sentía muy orgulloso de ser buen polemista en los debates. Muchas veces, frente al Pórtico Im- 2
perial[351], se sentaba en los puestos de libros y se enzarzaba en rimbombantes discusiones con los que se congregaban a su alrededor, que daban vueltas a los habituales tópicos sobre la Divinidad: cómo es, según ellos, su naturaleza y esencia, su pasividad, su no confundibilidad, e ideas similares[352].

Los falsos intelectuales

La mayoría de ellos, creo yo, no habían recibido una edu- 3
cación elemental, ni siquiera eran excepcionales por su modo de vida, así que creían que lo más fácil y sencillo era según el dicho, «meterse uno donde no le llaman»[353] y dedicarse a la teología, un tema tan sublime, inalcanzable y elevado que maravilla a los hombres sólo por ser incomprensible. En efecto, 4
muchas veces, reunidos al caer la tarde, con la lengua un poco suelta, como es natural tras una borrachera, comienzan des-

---

351 En este lugar de Constantinopla los abogados y fiscales preparaban sus casos. Aquí también Justiniano preparó una cisterna para recoger las aguas que sobraban del acueducto (Procopio, *Edificios* I, XI, 12). Podría tratarse de la misma cisterna existente hoy en día, Yeri Batan Serai, que se encuentra al oeste de Santa Sofía.

352 Son términos frecuentes en las disputas teológicas y cristológicas del siglo VI: *tò pathētón* se refiere a la capacidad de padecimiento de la divinidad de sentimientos humanos, mientras *tò axýnchyton* es un concepto central en la discusión acerca de la naturaleza única o doble de Cristo, y que plantea problemas de traducción: Vulcanio traduce *impermistibilitas*. Véase Questa, «Il morto e la madre...», págs. 392-393, con referencias. No es la única ocasión en la que Agatías manifiesta una crítica, aunque velada, a las disputas intelectuales, en este caso teológicas (*cf.* II 15, 12, sobre las causas de los terremotos, por ejemplo).

353 Es un dicho que aparece en Marino, *Vida de Proclo* 13, Simplicio, *Comentario a Epicteto* 84, etc.

preocupadamente con esas sublimes cuestiones y la elevada investigación sobre ellas, aunque con esas sutiles discusiones ni se convencen ellos, ni hacen que nadie cambie su idea ori-
5 ginal, como suele suceder en estos casos. Cada uno se mantiene por completo en sus trece y por su carácter pendenciero acaban enfadados unos con otros e incluso insultándose violentamente con improperios indecentes, como si estuvieran jugando a los dados[354]. Así concluye la contienda[355] cuando se consigue separarlos y todo el provecho que han obtenido ellos o que han procurado a los demás ha sido convertir a sus amigos en enemigos.

Manera de actuar de Uranio

6 En estos casos el personaje principal era Uranio, como el Tersites de Homero[356], gritando y parloteando sin cesar. En efecto, no tenía ni una sola opinión sólida sobre la divinidad, ni tampoco conocía la manera adecuada de participar en una controversia sobre estos temas[357]. Al contrario, a veces se oponía a la primera tesis del problema, a veces preguntaba la razón de una cuestión antes de responderla, y de este modo no dejaba que la discusión siguiese un orden, sino que dificultaba su cla-
7 ridad e imposibilitaba cualquier solución. Pretendía imitar la

[354] Este tema está presente en los epigramas de Agatías, por ejemplo en *AP* IX 769, donde se condena la blasfemia en el juego, delito castigado por la ley, *Cod. Iust.* III 43, 1.

[355] Es una expresión de resonancia homérica, *cf. Ilíada* XXIV 1, y NONO, *Dionisíacas* 3, 1.

[356] Personaje de la *Ilíada*, que en II 212 ss. lanza grandes y groseros insultos a Aquiles, Ulises y Agamenón y es castigado por Ulises.

[357] En general, en la descripción de Uranio hay mucho material utilizado en los epigramas: sobre los falsos intelectuales, que sólo dicen tonterías *(AP* XI 354), son tragones *(AP* XI 379), borrachos *(AP* XI 57), etc.

experiencia llamada «de la suspensión del juicio»[358], ofrecer la
solución de Pirro[359] y Sexto[360] y conseguir finalmente la im-
perturbabilidad al no creer absolutamente nada de lo percibido
por nuestros sentidos. Pero de estas doctrinas no había apren-
dido bastante, sino sólo aquello con lo que había ido haciendo-
se aquí y allá, lo mínimo para poder sorprender y encandilar a
los que no tenían ninguna educación. Era un ignorante intelec- 8
tual, pero lo era mucho más socialmente: iba a casa de los no-
bles y tragaba sin ninguna vergüenza las más elaboradas vian-
das, al mismo tiempo que lo acompañaba con la copa de
Tericles[361] y profería sin parar groserías indecentes. Resultaba
tan risible que incluso se daba golpes en los carrillos y se em-
papaba la cara con los posos de alguna copa. Era así un entre-
tenimiento habitual para los invitados, igual que un payaso o
un actor de mimo[362].

---

[358] Característico de los escépticos, consiste en no formular juicios, sino sólo opiniones, ya que no existen las verdades objetivas y todo es subjetivo; *cf.* FILÓSTRATO, *Vida de los sofistas* I 8, 4.

[359] Pirrón de Elis, el primer filósofo escéptico (360-270 a. C.).

[360] SEXTO EMPÍRICO (180-220 d. C.) es la principal fuente sobre el escepticismo, descrito en sus obras *Contra los dogmáticos*, *Contra los matemáticos* o *Bosquejos pirrónicos*; en esta obra (I 4) expone: «El escepticismo es la facultad de oponer de todas las maneras posibles los fenómenos y los númenos; y de ahí llegamos, por el equilibrio de las cosas y de las razones opuestas, primero a la suspensión del juicio y después a la imperturbabilidad».

[361] Ceramista corintio cuyas copas alcanzaron tal fama que recibieron su nombre y, por extensión, otras hechas con otros materiales, ATENEO, XI 41, 1, *passim*, PLINIO, *Historia Natural* XVI 205, MENANDRO, frags. 226, 324, etc.

[362] Las actuaciones de mimos eran una de las actividades más importantes de la vida social de Constantinopla, a pesar de que era especialmente grosera e inmoral; pero su popularidad era tan grande que la legislación no llegó nunca a prohibirlo por completo. *Cf.* JUAN LIDO, *De mag.* I, 40, PROCOPIO, *Panegírico* 15-16; para más datos, véase A. CAMERON, *Porphyrius the Charioteer*, Oxford, 1973, págs. 231-232.

Uranio se presenta ante Cosroes

9 Pero aunque Uranio era así, consiguió que el embajador Areo-bindo lo llevara a Persia[363]. Siendo un impostor y un hombre de dos caras[364], fue capaz de fingir la respetabilidad de la que carecía: se envolvió en el vestido más elegante, como el que llevan nuestros intelectuales y maestros y así, y con una expresión soberbia y altiva en su cara, se presentó ante Cosro-
10 es. Éste, atónito por el inesperado espectáculo, suponiendo que se trataba de un asunto serio y que era un filósofo de verdad (como así se calificó a sí mismo), se alegró mucho de verle y
11 le dio una sincera bienvenida. Enseguida reunió a los magos para que discutieran con él sobre el origen y el mundo físico y si el universo es eterno y si es posible establecer un único principio para todas las cosas[365].

30 Uranio, por supuesto, ni tenía nada relevante que decir ni conocía este principio; pero sólo con ser atrevido y muy ingenioso triunfó, como dijo Sócrates en el *Gorgias*: «ignorante en-
2 tre ignorantes»[366]. Este loco bufón se ganó de tal manera al rey que le regaló una gran cantidad de dinero, le hizo partícipe de su propia mesa y le ofreció la copa de la amistad[367], algo que nunca había hecho con nadie; juró en muchas ocasiones que jamás había visto un hombre igual.

---

[363] Según STEIN, *HBE* II 551, nota 1, esta embajada tuvo lugar poco después del 531, año del ascenso de Cosroes al trono.

[364] Literalmente «un coturno», calzado que valía para ambos pies indistintamente; *cf.* JENOFONTE, *Helénicas* III 3, 31.

[365] En la obra de PRISCIANO *Respuestas a las cuestiones de Cosroes, rey de Persia*, se habla en cambio «del alma, del sueño, de las ensoñaciones, de las estaciones, de la medicina, del mar, y de la inmutabilidad de las formas en la transmigración»; véase CAMERON, *Agathias*, págs. 103, nota 5.

[366] En *Gorgias* 459b, Sócrates dice: «Así que el que no sabe será más persuasivo entre los que no saben que el que sabe».

[367] La *philotēsía*, la copa con la brindan los amigos; *cf.* ATENEO, XI 502b.

Los filósofos griegos parten hacia la corte de Cosroes

Y eso que de verdad había visto a los mejores filósofos, 3
cuando fueron a su corte[368]. Hacía no mucho tiempo[369], Damascio el Sirio[370], Simplicio de Cilicia[371], Eulamio de Frigia, Pris-

[368] Agatías es nuestra única fuente para el viaje de los filósofos a la corte de Cosroes, consecuencia del cierre de la escuela de Atenas, y de su regreso posterior. Es general la opinión de que Agatías está citando una fuente muy próxima a los hechos; para E. ZELLER, *Philosophie der Griechen* III 2, Leipzig, 1889, pág. 916, nota 3, se trata de Damascio; para CAMERON, *Agathias*, págs. 101-102, de Simplicio, con quien Agatías parece mostrar ciertas coincidencias textuales. Hay, sin embargo, cierta dificultad cronológica en todo este relato: el cierre de la Academia de Atenas se produjo en el 529, cuando aún reinaba Cabades, pues Cosroes subió al trono en el 531. Se supone pues que los filósofos convivieron muy poco tiempo con Cosroes, ya que en los primeros años treinta llega Uranio con Areobindo, según nos ha dicho un poco más arriba. Este problema ha llevado a algunos autores a cuestionarse la credibilidad del relato de Agatías, como I. HADOT, *Simplicius. Commentaire sur le Manuel d'Épictète*, Leiden, 1996, págs. 3-50.

[369] La escuela neoplatónica de Atenas comenzó a desarrollar actividades de enseñanza regular bajo un ateniense llamado Plutarco, a fines del siglo IV. Tras una época de auge, cuando Damascio se hizo cargo de ella hacia el 515, no tenía ninguna importancia. Pero con su nueva interpretación de la filosofía neoplatónica inspirada en los escritos de Jámblico llegó a recuperar su antiguo prestigio, gracias al cual volvió a atraer a jóvenes de muchos lugares, como los mismos filósofos que constituyen el grupo. El cierre de esta escuela se ha tenido tradicionalmente por el símbolo de la muerte de la filosofía clásica y como tal ha recibido una gran atención por parte de los especialistas, desde el trabajo fundamental de A. CAMERON, «The last days of the Academy...». Se puede consultar una puesta al día del tema en R. THIEL, *Simplikios und das Ende der neuplatonischen Schule in Athen*, Stuttgart, 1999, y la más reciente, E. WATTS, «Justinian, Malalas...».

[370] Nació en el 480 en Damasco. Realizó estudios en Atenas con el matemático Marino, Zenódoto e Isodoro, al que sucedió al frente de la Academia de Atenas. Nos ha llegado *Sobre los primeros principios* y algunos comentarios sobre Aristóteles.

[371] 490-560, discípulo de Damascio, conocido por sus comentarios a las obras de Aristóteles.

ciano de Lidia[372], Hermes y Diógenes de Fenicia e Isidoro de Gaza[373], todos ellos, por usar una imagen poética, la más excelsa flor de los filósofos de nuestro tiempo, al no encontrarse a gusto con la religión oficial del Imperio romano[374], creyeron que el Estado persa sería mucho mejor. Fueron seducidos por esas historias que circulaban por todas partes de que entre los persas el poder se regía por la más absoluta justicia, como el diálogo de Platón quería que fuese: se identificaban gobierno y filosofía, los súbditos eran sabios y prudentes en extremo y no había ni ladrones ni bandidos ni se cometía ningún otro delito, sino que, aunque se dejara abandonado en un lugar desierto algún bien preciado, nadie se apoderaría de ello y allí se quedaría, aun sin vigilancia, hasta que volviera quien lo había dejado.
4 Convencidos de que era verdad y al prohibírseles por ley que participaran de la manera que fuera en la vida pública, ya que no aceptaban la situación establecida[375], inmediatamente se

[372] Se le atribuyen dos pequeños tratados, entre ellos el citado en la nota 365, y quizá un comentario de *Sobre el alma* de Aristóteles, atribuido a Simplicio; véase I. Hadot, «Simplicius or Priscianus? On the author of the commentary on Aristotle's *de anima (CAG* XI): a methodological study», *Mnemosyne* 55, 2 (2002), 159-199.

[373] Los cuatro filósofos restantes son completamente desconocidos. La *Suda* nos dice que acompañaron al embajador Areobindo, pero ese dato corresponde a Uranio. Bury, *HLR* II, pág. 371, nota 47, apunta ciertas sospechas sobre el pitagórico número 7 para el grupo de filósofos.

[374] «La religión oficial», *hē kratoûsa dóxa*, es la expresión usada por los filósofos neoplatónicos para referirse al cristianismo, lo que para Kaldellis, «The historical...», pág. 241, es indicio de falta de ortodoxia por parte del propio Agatías; de otra opinión, Cameron, *Agathias*, págs. 101-102.

[375] Atenas, a pesar de la importancia de esta escuela, era una ciudad cristiana y las autoridades cada vez veían con más recelo estos centros de enseñanza, de modo que el cierre definitivo de la Academia en el 529 culminó un siglo de intentos esporádicos de los cristianos por acabar con la enseñanza pagana, todo ello en un marco más amplio de persecución de los paganos.

marcharon a esas tierras extrañas y salvajes, para pasar allí el resto de su vida[376].

La vida real en Persia

Pero primero descubrieron que los que estaban en el poder 5
eran vanidosos y engreídos en exceso, lo que les hizo sentir ha-
cia ellos desprecio y asco; después, vieron que había muchos
ladrones y rateros y que a unos los cogían, mientras otros lo-
graban ocultarse, y que se cometían toda clase de delitos[377]. Los 6
poderosos maltrataban a los débiles y hacían uso de una gran
crueldad e inhumanidad entre ellos. Y lo más increíble de todo:
les era posible tener muchísimas mujeres y en efecto las tenían,
pero aun así se permitían cometer adulterio. Todo esto les cau- 7
saba un profundo disgusto a los filósofos y se arrepentían de ha-
ber hecho el viaje.

MALALAS, XVIII 47, nos habla del decreto que se mandó a Atenas prohibiendo la enseñanza de la filosofía. No hay acuerdo en si la aplicación del decreto fue inmediata, según A. FRANTZ, «Pagan Philosophers in Christian Athens», *Proceedings American Philosophical Soc.* 119.1 (1975), 29-38, o más bien paulatina, así CAMERON, *Agathias*, págs. 101-102. Para WATTS, «Justinian, Malalas...», el cierre de la escuela y la huida a Persia tienen motivos distintos: el primero es un asunto local y la aplicación de la ley de la que habla Malalas pudo obligarles a cerrar, pero no a marcharse inmediatamente, mientras que la ley del 531, que prohibía a los paganos tener posesiones y recibir donativos, entre otros aspectos les imposibilitó el medio de vida *(Cod. Iust.* 1.11.9. y 1.11.10).

[376] Frente a las palabras de Agatías, a las que la mayoría de los críticos dan credibilidad, M. TARDIEU, *Les paysages reliques. Routes et haltes syriennes d'Isidore à Simplicius*, Lovaina - París, 1990, sostiene que el único que marchó a Ctesifonte fue Damascio. Véase la discusión en THIEL, *Simplikios...*, págs. 9-13.

[377] El momento en el que los filósofos llegan a Persia era especialmente turbulento por las luchas entre el poder imperial persa y los mazdaquitas. El aspecto más característico de este movimiento era la absoluta comunidad de bienes y mujeres: esto último producía en los historiadores foráneos una

31 Y cuando conversaron con el rey se desvanecieron sus esperanzas, pues encontraron a un hombre que se vanagloriaba de practicar la filosofía, pero que poseía sólo un conocimiento muy poco profundo; ni siquiera tenían en común la religión, ya que tenía esas creencias de las que ya he hablado. Como, además, no podían soportar la promiscuidad que existía en las relaciones sexuales, se apresuraron a volver a casa[378].

Regreso de los filósofos

2 Ciertamente el rey los apreciaba y quería que se quedaran, pero pensaron que lo mejor que podían hacer era cruzar enseguida la frontera del Imperio romano, donde preferían morir a quedarse con los persas por muy distinguida que fuera a ser su vida. De modo que volvieron a casa, despidiéndose de la hospitalidad de los bárbaros[379].

---

profunda repulsión, como aquí manifiesta Agatías, o como hace Procopio en *Guerras* I, 5.

[378] Sobre el retrato de los filósofos presentado por Agatías hay también controversia; frente a opiniones como la de I. HADOT, «*Simplicius...*», para quien aparecen ridiculizados como inocentes e ingenuos, la mayoría sostiene que Agatías los aprecia, o al menos aprecia su saber, que está en la base de la educación del propio Agatías, así CAMERON, *Agathias*, págs. 101 y 113-123, y THIEL, *Simplikios...*, págs. 13-18. Para G. BECHTLE, reseña a Thiel, *Simplikios...*, *Bryn Mawr Classical Review* 19-4-2000, la finalidad de Agatías es dibujar al persa como un bárbaro, frente a la civilizada Roma; por ello no cita más que de pasada la prohibición de Justiniano, que daría una imagen muy represiva del Imperio romano. Cosroes, a pesar de su interés por la cultura griega, es un ignorante, incapaz de distinguir a los buenos filósofos de los charlatanes como Uranio, en opinión de WATTS, «Justinian...», pág. 180.

[379] De quienes tenemos noticia, sabemos que volvieron a su ocupación como filósofos: Simplicio escribió la mayoría de sus obras después de la vuelta; Prisciano también escribió dos textos y fue tan importante como para que un autor como Juan Filopón atacara sus ideas. De Damascio en cambio no se conoce ninguna actividad.

El viaje tuvo, sin embargo, una ventaja y no fue pequeña: la 3
vida les resultó, en adelante, placentera y dulce. Pues cuando 4
por aquel entonces los romanos y persas firmaron el tratado de paz, se incluyó una cláusula[380] según la cual, si estos hombres volvían a su patria debían vivir el resto de su vida sin ningún temor y no se les obligaría ni a tener otras creencias que las suyas ni a cambiar su religión tradicional. Cosroes no dejó de insistir en este punto para establecer y mantener la tregua[381].

[380] Se trata de la denominada «Paz Perpetua», fechada en septiembre del año 532 (capítulo 104 de la *Crónica de Edesa).* Con esta exigencia de respeto hacia los filósofos, Cosroes pretendía mantener su política como protector de los paganos que vivían en el Imperio de Oriente. Si Cosroes se presentaba como tal, los paganos del Imperio le harían una buena publicidad, igual que los samaritanos recogidos en Persia, en una futura guerra contra Justiniano. El monarca sasánida era consciente de que la «Paz Perpetua» no había sido más que una simple tregua, y que pronto se reanudarían las hostilidades, como así fue. Véase, para el ambiente en los primeros años del reinado de Cosroes y su política de reeducación filohelénica de las capas altas de la sociedad, proyecto en el que se encuadraría tan entusiasmada recepción de los filósofos, G. Fernández, «El rey persa Khusrō I Anōsharvān y la filosofía ateniense ante la crisis del año 529 d. C. Un nuevo episodio de la penetración de la cultura griega en Irán», *Gerión* 5 (1987), 171-181.

[381] Agatías está escribiendo hacia el 570, cuando hacía muchos años que el tratado había prescrito y los filósofos habían muerto. Se deduce por tanto que la vida de los filósofos fue, en efecto, placentera desde su vuelta, pero no por la protección de Cosroes, sino porque encontraron un lugar donde su condición de paganos no les incomodó; entre los posibles, se ha propuesto Alejandría (H. J. Blumenthal, «Alexandria as a Centre of Greek Philosophy in Later Classical Antiquity», *Illinois Class. Studies* 18 [1993], 307-325); Tardieu, «*Les paysages reliques...*», pág. 37, ha propuesto Harran, en el sureste de Turquía. Para E. Watts, «Where to Live the Philosophical Life in the Sixth Century? Damascius, Simplicius, and the Return from Persia», *Greek, Roman & Byzantine Studies* 45 (2005), 285-315, es probable que cada uno se fuera a su país.

Episodio con el cadáver

5 Se cuenta que en su viaje de vuelta les sucedió algo en ex-
6 tremo prodigioso y memorable[382]. Habían parado a descansar en medio de un campo en Persia y vieron que estaba allí abandonado el cadáver insepulto de un hombre muerto recientemente. Compadecidos por lo indecente de la costumbre bárbara y pensando que no era piadoso quedarse viendo un crimen tan antinatural, hicieron que sus sirvientes envolvieran el cuerpo
7 como pudieran y lo sepultaran bajo tierra. Esa noche, ya dormidos, a uno de ellos (no puedo decir su nombre porque no lo sé) le pareció ver en sueños a un hombre mayor, al que no conocía ni podía suponer quién era, pero ilustre y venerable; parecía, por el tipo de ropa que llevaba y su barba larga y suelta, un filósofo. Con potente voz le recitó este poema, como amonestación y precepto:

No sepultes al insepulto, déjalo convertirse en presa de perros.
La tierra, madre de todos, no acepta a quien mancilla a su madre[383].

8 El terror lo hizo despertarse bruscamente y les contó a los demás su sueño. Al principio, estaban completamente desconcertados sobre el sentido que pudiera tener, pero después, a me-

[382] Este *parádoxon* sirve de cierre al *excursus*, que tiene estructura anular, ya que vuelve al tema de las costumbres funerarias, fundidas ahora con las costumbres matrimoniales; véase el análisis de Questa, «Il morto e la madre...», págs. 398-400.

[383] Agatías, a pesar de su comprensión por las creencias y costumbres de los demás, no deja de buscar razones morales para los comportamientos bárbaros: los persas no entierran a sus muertos porque la tierra no quiere a gente que comete incesto —otra costumbre rechazada de plano por los bizantinos—. De este modo se relacionan las dos costumbres bárbaras que más repugnan a los griegos y romanos. El epigrama aparece recogido en la *AP* IX 498, como anónimo.

dida que avanzaba la mañana y continuaban su camino, obliga-
dos por las características del terreno, tuvieron que pasar por el
lugar en el que habían improvisado aquella tumba, encontraron
al cadáver allí tendido, desnudo, como si la tierra misma lo
hubiera expulsado a la superficie negándose a protegerlo de las
hambrientas fieras. Atónitos ante el portentoso espectáculo, 9
siguieron su camino, sin realizar a partir de entonces ninguno
de sus ritos funerarios; pues analizaron el sueño y comprendie-
ron que los persas tenían como castigo por sus impúdicas rela-
ciones con sus madres dejar los cuerpos insepultos para ser des-
pedazados, con toda justicia, por los perros.

Regreso de Uranio

Aunque ésta había sido la experiencia de Cosroes con los fi- **32**
lósofos, él tenía gran aprecio y cariño por Uranio. La causa de
ello radica, creo, en la propia naturaleza del ser humano: todos
tendemos a considerar lo que nos resulta cercano y próximo
más querido y mejor y a rehusar y evitar lo que nos supera.

Por ello mismo, cuando Uranio regresó, el rey le enviaba 2
unas cartas llenas de respeto y le trataba como un discípulo a su
maestro. Aquél se volvió intratable, fanfarroneando de su amis-
tad con el rey, de manera que en los banquetes y en las reunio-
nes los tenía hartos a todos, pues no contaba otra cosa que no
fueran los honores con los que le había distinguido Cosroes y
las discusiones que habían mantenido. Tan noble sujeto volvió 3
a casa mucho más grosero de lo que había sido antes, como si
hubiera hecho tan largo viaje sólo para eso. Sin embargo, aun
siendo en extremo vil y ridículo, gracias a las continuas alaban-
zas del rey bárbaro, dejó completamente convencida a la mayo-
ría de la gente de que era, en verdad, una persona de profundos
conocimientos. Y es que a aquellos que se lo creen todo a pies 4
juntillas y que se embelesan cuando oyen historias extrañas y
maravillosas, le fue muy fácil seducirlos con toda su oratoria

grandilocuente y pomposa, ya que no se cuestionaban quién hacía los elogios, a quién se estaba elogiando y por qué[384].

A Cosroes se le puede admirar con toda justicia por su preparación militar, su organización de las tropas y su esforzada entrega a todo lo referente a la guerra, en la que nunca demostró pereza ni debilidad a causa de su avanzada edad. Pero en literatura y filosofía, hay que pensar de él que era tal como es esperable que fuera un seguidor y discípulo del famoso Uranio.

[384] Sobre Uranio, véase J. WALTER, «The limits of late antiquity: philosophy between Rome and Iran», *The Ancient World* 32 (2002), 45-69.

LIBRO III

SINOPSIS

Intención del autor (Nuevo proemio) (1).
(**Verano 555**) Corroes nombra a Nacoragan nuevo general (2, 1).
La muerte de Gubaces:
Justiniano actúa contra los generales acusados por Gubaces (2, 2-8).
Relación de Martino y Rústico con Gubaces (2, 9-11).
Rústico y Martino acusan falsamente a Gubaces ante el emperador (3, 1-7). Encuentro y parlamento con Gubaces (3, 8-4, 4).
Asesinato de Gubaces (4, 5-7). Los lazos rompen relaciones con los romanos (4, 8). Carácter de los actuales lazos (5, 1-5).
Ataque a Onoguris:
Preparativos de los romanos (5, 6-9). Descripción del espalión (5, 10-11).
Los romanos conocen los planes persas (6, 1-3). Deliberación de los generales (6, 4-8). Los romanos atacan Moqueresis (6, 9-12).
Aparecen los refuerzos persas (7, 1-5). Huida de los romanos (7, 6-11).
Resultado del fallido asalto a Onoguris (8, 1-3).
(**555/556**) Reunión de los lazos acerca de sus futuras alianzas (8, 4-6):
Intervención de Eetes (8, 7-9, 4): los romanos frente a los persas (9, 5-8); la actual situación de la Cólquide obliga a buscar alianzas (9, 9-13); reciente derrota de los romanos (9, 14-10, 2); los lazos no deben soportar la ofensa (10, 3-9); ventajas de ser aliados de los persas (10, 10-12).
Los colcos quieren cambiar de inmediato (11, 1).
Discurso de Fartaces (11, 2-3): poder de la oratoria (11, 4-8); hay que mirar hacia el futuro (11, 9-12); hay que analizar la situación antes de tomar una decisión (12, 1-6); la unión con los persas es perjudicial para nuestro modo de vida (12, 7-11); no es bueno tener a los romanos como enemigos (12, 12-13, 3); ni la Divinidad ni Gubaces se merecen esta deserción (13, 4-11).
Los colcos piden justicia al emperador (14, 1-3).

Se inician los preparativos para el juicio (14, 4-6).
(**Primavera 556**) Llegada del nuevo rey Tzates (15, 1-5).
Revuelta de los misimianos:
Soterico se dirige al país de los misimianos (15, 6-8). Los misimianos sospechan una traición (15, 9-16, 3). Asesinato de Soterico (16, 4-9).
Los misimianos se alían con los persas (17, 1-3).
Nacoragan se dirige a Neso (17, 4).
Refriega cerca de Arqueópolis:
Sabiros y dilimnitas se preparan para una refriega (17, 5-6). Características de los dilimnitas (17, 7-9). Los dilimnitas se dirigen hacia el campamento sabiro (18, 1-4). Fallido ataque de los dilimnitas (18, 5-8). Babas ataca a los dilimnitas supervivientes (18, 9-11).
Nacoragan parlamenta con Martino (19, 1-4).
Respuesta de Martino (19, 5-7).
Ataque a Fasis:
Nacoragan se prepara (19, 8-20, 3). Encuentro en el río (20, 4-7). Los romanos se preparan en Fasis para el asedio (20, 8-21, 6). Los romanos recuperan una nave (21, 7-9). Enfrentamiento en el exterior de la fortaleza (22, 1-8). Los persas preparan el terreno exterior (23, 1-4). Artimaña de Martino (23, 5-13). Los persas se preparan ante el supuesto nuevo ejército (24, 1-6). Justino sale con un grupo de hombres (24, 7-8). Los persas comienzan el ataque (24, 9-25, 2). Los romanos se defienden (25, 3-7). Vuelven los hombres de Martino (25, 8-9). Lucha en el exterior de la fortaleza (26, 1-7). Una parte de los persas se defiende (26, 8). Un elefante causa problemas entre los persas (27, 1-5). Los romanos hacen huir a los persas (27, 6-10). Muerte de los servidores persas (28, 1-3). Fin del fallido asalto a Fasis (28, 4-5).
(**556/557**) Nacoragan se retira a Iberia (28, 6-10).

INTENCIÓN DEL AUTOR (NUEVO PROEMIO)

1 Éstas, son, pues, las costumbres de los persas y éstos han sido los múltiples cambios en su Estado y todo lo que me ha parecido necesario contar acerca de Cosroes y de su linaje aquí está también, aunque haya alargado la narración y no tenga mucha relación con lo anterior, pero quizá no parezca superfluo ni

innecesario, sino, al contrario, incluso un placer, como así lo creo yo, además de tener su utilidad[385]. Pues en lo que de mí de- 2
pende, es mi más ferviente deseo conseguir, según el dicho, «mezclar a las Musas con las Gracias»[386].

Sin embargo, las preocupaciones me zarandean y continúo 3
con las obligaciones impuestas aunque completamente a la fuerza. Pues esta obra, esto es, mi mayor y más insigne labor, «más allá del deber», diría la lira de Beocia[387], resulta ser algo secundario en el camino de mi vida[388] y mi trabajo y no puedo entregarme a mis aficiones con tanto gusto como quisiera. Tendría 4
que ocuparme en leer a los escritores antiguos para imitarles e informarme de los acontecimientos sucedidos en el mundo y valorarlos en su justa medida, teniendo mi mente completamente disponible para ello[389]; en cambio, me siento en el Pórtico Imperial[390] ocupado desde el amanecer hasta la puesta del sol en leer infinidad de documentos llenos de asuntos legales. Y me agobian mucho mis ocupaciones, pero aún sufro más si no las tengo, pues no puedo cubrir suficientemente mis necesidades sin esfuerzo y aflicción[391].

---

385 Referencia a LUCIANO, *De cómo ha de escribirse la historia* 9. En cualquier caso, vuelve a exponer los dos principios en los que basa su obra: la utilidad moral y la belleza literaria; véase Introducción 3.5.

386 Reminiscencia de EURÍPIDES, *Heracles* 673-674.

387 PÍNDARO, *Ístmica* I 2.

388 Está utilizando una expresión de EURÍPIDES, *Electra* 509.

389 La frase puede interpretarse en el sentido que lo que ha de estudiar no son los acontecimientos históricos en sí, sino la forma en la que están allí escritos. Véase, para la discusión, CAMERON, *Agathias*, pág. 40, y TARAGNA, *Logoi...*, págs. 148-150.

390 Véase nota 351. En MENANDRO PROTECTOR, frag. 1, que, sin duda, tiene este párrafo de Agatías en mente, la frase «frecuentar el Pórtico» es «practicar el Derecho»; véase CAMERON, *Agathias*, pág. 4, nota 1.

391 Aunque se relacione con personajes importantes, como se ve por los colaboradores de su *Antología*, Agatías ha de vivir de su trabajo y desde luego

5 Pero ni así desistiré ni abandonaré mi empresa, mientras me dure el afán, aunque se me critique por dedicarme a labores que
6 me sobrepasan y, como se dice, «correr antes que andar»[392]. Incluso si se juzgara mi obra de veras espuria e insustancial como un engendro de una mente dispersa, aún me seguiría resultando placentera, igual que disfrutan cantando los que no tienen ninguna educación musical[393].

7 Pero para no parecer que hago digresiones sin fin y que los cambios de tema llegan a lo antiestético, en este punto he de resumir los enfrentamientos de la Cólquide y mi narración anterior.

COSROES NOMBRA A NACORAGAN NUEVO GENERAL

2 En aquel tiempo[394], Cosroes, cuando se le anunció que Merméroes había muerto, se lamentó profundamente por tal desgracia, como era de esperar, y, dado que el ejército que estaba en Lázica se encontraba sin jefe, de inmediato nombró como general a Nacoragan[395], un hombre insigne y distinguido en extremo.

---

nunca llegó a tener el carácter de favorito o de escritor oficialista. Véase Introducción 1, sobre este aspecto.

[392] Literalmente «empezar el oficio de alfarero con una tinaja». La frase es de PLATÓN, *Laques* 187b y *Gorgias* 514e.

[393] Estamos ante un segundo proemio a su obra, ya propuesto por VEH, *Der Geschischtschreiber...*, pág. 20, que propone una interrupción entre la redacción del libro II y del III. MCCAIL, «The Earthquake...», pág. 246, señala que Agatías está aquí excusándose ante las posibles —y justificadas en parte— críticas que pudieron surgir tras sus dos primeros libros, especialmente en lo referido a su poca precisión en los hechos narrados; véase Introducción 3.9.

[394] El año 555; *cf.* II 27, 9.

[395] CAMERON, *Agathias*, pág. 45, nota 6, señala la confusión de Agatías, pues no es un nombre propio sino un título, *nakhveraghan*; *cf.* A. CHRISTEN-

LA MUERTE DE GUBACES

Justiniano actúa contra los generales acusados por Gubaces

Mientras éste llevaba a cabo los preparativos para la expedición y se ponía en marcha, entretanto habían sucedido algunos acontecimientos inesperados e ilícitos. 2

Después de que los romanos, como ya he relatado, huyeran ignominiosamente y entregaran a los enemigos parte de sus posesiones[396], Gubaces, el rey de los lazos, sintió una insoportable vergüenza, pero era aún mayor su temor de que se cometieran más errores; por ello informó inmediatamente de todo a Justiniano acusando a los generales, a cuya necedad achacaba todo lo sucedido, y culpando sobre todo a Besas y con él a Martino y Rústico. 3

Este Rústico era un grecogálata[397], que no estaba allí como general u oficial o cualquier otro puesto militar, sino sólo como administrador de los bienes del emperador, no de los procedentes de la recaudación de impuestos, que estaban a cargo de otra persona, sino del tesoro imperial del que se pagaban los premios para aquellos que destacaban por sus hazañas en el campo de batalla[398]. 4

SEN, *L'Iran sous les Sassanides*, Copenhague, 1944, pág. 21 nota 3 y pág. 452. Lo mismo sucede con Zic, IV 30, 8.

[396] En II 20-21, 7.

[397] En Asia Menor el griego era la lengua más extendida, pero no en todas las provincias por igual. En concreto, en las zonas interiores aún se hablaban las lenguas nativas: Jerónimo, por ejemplo, nos dice que en su época los gálatas aún hablaban céltico. Véase JONES, *LRE*, págs. 993-994. Se ha de suponer, así, un cierto nivel cultural para Rústico, como es esperable por su cargo.

[398] Las finanzas imperiales estaban a cargo de dos oficinas distintas: una era responsable del fisco y de la administración financiera pública, bajo el mando del *comes sacrarum largitionum*, encargada de la recaudación de impuestos y del pago de los salarios del ejército, entre otras competencias, y la otra, al mando del *comes rerum privatarum*, se ocupaba de las donaciones, re-

5 No era, por tanto, un hombre cualquiera, sino que se encontraba entre los más poderosos, ya que al compartir sus secretos[399], las decisiones de los mandos parecían más seguras y más fiables si tenían su aprobación.

6 Con Besas, sin embargo, Justiniano ya llevaba tiempo molesto, porque tras tomar la fortaleza de Petra[400], antes de la llegada de Merméroes, tenía que haber bloqueado perfectamente los accesos desde Iberia, algo que la naturaleza del terreno facilitaba y, de este modo, haber hecho que el territorio de Lázica resultase impenetrable para los bárbaros[401], pero su negligencia le hizo desentenderse de ello y en cambio acorraló con recaudadores de impuestos las ciudades controladas por él[402].
7 Como el emperador recordaba ese hecho, cuando conoció la nueva acusación, la creyó por completo. Por ello relevó a Besas del mando, confiscó sus bienes y lo mandó al país de los

---

versiones y confiscaciones que generaban los ingresos del tesoro del emperador. En el siglo VI, competencias de la primera, como parte de la recaudación de impuestos, pasaron a la oficina del prefecto y otras como regalos a los funcionarios y soldados merecedores de ellas, tributos a los bárbaros, etc., a la oficina de la *res privata*, como parece ilustrar Rústico. Véase, para este tema, TATE, *Justinien...*, págs. 160-162.

[399] En PROCOPIO, *Guerras* III 4, 7, se llama a esta figura *domesticus*. Los *domestici* eran edecanes de los oficiales militares o bien ayudantes de los funcionarios civiles que se encontraran en misión militar.

[400] En el 551 d.C.

[401] Los persas habían construido una vía de comunicación desde Iberia a Lázica para solucionar sus problemas de abastecimiento producidos por el muy difícil acceso natural, y para ello habían levantado de nuevo fortificaciones como la de Escanda, que los lazos habían destruido previamente. Para el análisis de estos hechos, véase BRAUND, *Georgia in Antiquity...*, págs. 302-303.

[402] El relato de su actuación aparece en PROCOPIO, *Guerras* VIII 13, 8-14. También en Italia, desde donde fue enviado a Lázica, procuró enriquecerse comerciando con el grano de la zona, *Guerras* VII, 17, 10-16.

abasgos[403] para que permaneciera allí mientras decidía qué hacer con él.

En cuanto a Martino, aunque también estaba muy molesto con 8
él, sin embargo le asignó el más alto mando: sería el general en jefe, Justino el segundo, después Buces y a continuación los demás.

Relación de Martino y Rústico con Gubaces

La disposición de Martino y Rústico hacia todo lo referente 9
a Gubaces no había sido nunca buena en absoluto, sino que se estaba cociendo en ellos una mala voluntad profunda y muy grave por cuanto estaba oculta; tenía su origen en la envidia y la inquina y se mantenía por un recelo constante e irracional.
Pues todo lo que hacía él lo analizaban según estos sentimientos 10
y en un continuo reconcomio alimentaban y fortalecían su rabia.
Cuando Gubaces presintió este odio, desde ese momento se 11
adelantó en perjudicarles a su vez: los difamaba en muchas ocasiones diciendo que eran cobardes y fanfarrones y que no iban a cumplir con sus obligaciones; continuamente mostraba su indignación en banquetes y reuniones y no dejaba de hacerlo ni aun estando presentes embajadas de alguno de los países vecinos. Como resultaba insoportable para ellos, angustiados por las acusaciones ante el emperador y sabiendo que no les iba a ser posible exculparse si fracasaban de nuevo, decidieron deshacerse de Gubaces para hacerle pagar por todo lo anterior y no tener nada que temer en el futuro.

---

[403] Al norte de Lázica, entre las montañas y el Cáucaso. Era un pueblo cristiano y aliado de los romanos, *cf.* PROCOPIO, *Guerras* II 25, 14-15, aunque poco tiempo antes Besas había tenido que detener por las armas una rebelión y un intento de unirse a los persas, *Guerras* VIII 9. El exilio a ese país no es desconocido: Juan Crisóstomo fue enviado a una de sus más importantes ciudades, Pitiunte, en el 407; *cf.* TEODORETO, *Historia Eclesiástica* V 34.

Rústico y Martino acusan falsamente a Gubaces ante el emperador

3 Tras muchas deliberaciones, prepararon el siguiente plan: como pensaban que no debían matarle antes de tantear al emperador, enviaron a Constantinopla a Juan, el hermano de Rústico, para anunciar que se había descubierto que Gubaces estaba en tratos con los persas.

2 En una entrevista secreta con el emperador, Juan acusó a Gubaces de haber abandonado ya su causa, de estar en tratos con los persas y de ir a entregarles una parte no pequeña del terri-
3 torio, si no se le impedía de algún modo y rápidamente. El emperador se quedó atónito con la noticia, aunque no se lo acabó de creer y, tras pensárselo dos veces, le dijo: «Veamos cómo lo preparamos para que venga ante nuestra presencia»[404].

4 Juan, temiendo que, si venía el rey, se iba a descubrir la trama, le contestó: «Así se hará, señor. Pero ¿qué haremos si no quiere venir voluntariamente?». El emperador contestó: «Es súbdito nuestro: habrá que obligarle y hacerle salir por el medio que sea».

5 A lo que Juan respondió inmediatamente: «Pero si aun obligándole se resistiera, ¿qué pasaría entonces?». «Pues qué otra cosa —dijo el emperador— sino que sufriría el castigo de los re-
6 beldes y moriría de mala muerte.» «Entonces, señor —preguntó Juan—, ¿nada debería temer quien le ejecutara?» «En absoluto —contestó—, si por desobedecer y enfrentarse a nosotros es muerto como un enemigo.»

---

[404] Quizá la acusación contuviera algo de verdad, ya que habían sido muy frecuentes por parte de los lazos los tratos con ambos bandos al tiempo; y en concreto, Cosroes había hecho algún intento de ganarse a Gubaces como aliado, *cf.* PROCOPIO, *Guerras* VIII 16, 23-31, aunque ni él ni Agatías en ningún momento dudan de su fidelidad. Véase BRAUND, *Georgia in Antiquity...*, pág. 308.

Con tal respuesta del emperador, que con similares pala- 7
bras había comunicado por carta a los generales, Juan ya no tenía más que averiguar y pensando que había logrado de sobra su objetivo, volvió a la Cólquide con esta carta. Cuando Martino y Rústico la leyeron encontraron que el plan se había desarrollado a la perfección y al punto se pusieron manos a la obra.

Encuentro y parlamento con Gubaces

Llamaron a Justino y Buces y ocultándoles su propósito les 8
dijeron que tenían que ir con toda rapidez donde Gubaces y decidir con él si atacaban conjuntamente a los persas en Onoguris[405]; éstos los acompañaron confiadamente. Iba con ellos una pequeña parte de las tropas.

Cuando Gubaces sabe que los generales están a punto de lle- 9
gar, como no sospechaba nada malo, se presenta a orillas del río Coboo[406]. Allí sale a su encuentro el infeliz, confiado y sin protección, en compañía de unos pocos asistentes y éstos desarmados y sin ninguna preparación militar. ¿Cómo no ir así, si los 10
hombres con los que se iba a reunir eran conocidos y amigos, defensores de su tierra, en absoluto enemigos, si incluso la protegían de ataques extranjeros?

De modo que, montados en sus caballos, estuvieron tratan- 4
do entre ellos cómo debían actuar en tales circunstancias. Rústico dijo: «Ea, Gubaces, ayúdanos y danos tu apoyo en la lucha contra los persas que están en Onoguris. Es una vergüenza que

[405] Fortificación cercana a Arqueópolis. Sobre la explicación de su nombre, véase más abajo.

[406] Actual Khobi o Inguri, que nace en el Cáucaso y desemboca en el Mar Negro, al norte del Fasis. Onoguris parece estar situada entre ambos ríos.

sigan impunemente en medio de nuestra tierra por más tiempo,
2 sobre todo siendo pocos y malos soldados». «Pero esa lucha,
mis nobles señores, es cosa vuestra únicamente —respondió
Gubaces—, porque sólo vosotros habéis sido los culpables de
3 lo sucedido. Si no os hubierais ocupado de vuestros deberes con
tamaña negligencia y abandono, ni esta fortificación se elevaría
contra vosotros, ni hubierais cargado con tanta ignominia en
4 vuestra huida, ni hubiera habido ningún otro perjuicio. Y ahora,
excelencias, si decís amar la gloria y disfrutar con el nombre de
general, habréis de recuperar lo perdido. Y yo, por mi parte, ni
os voy a acompañar, ni voy a correr riesgo alguno con vosotros
antes de que corrijáis todos vuestros errores.»

Asesinato de Gubaces

5 Nada más decir estas palabras, como si fueran suficientes
para acusarle de tratos con los medos y de preparar una rebe-
lión, aquel Juan mensajero de las malas nuevas, sacando con
toda tranquilidad un puñal, hirió a Gubaces en el pecho, aunque
6 no mortalmente. Éste, que se encontraba sentado con las pier-
nas cruzadas sobre el cuello de su caballo, cayó derribado por la
fuerza no tanto, creo, de la mano, como de la sorpresa. Como
aún se movía e intentaba ponerse en pie, un miembro de la
guardia de Rústico que estaba a su lado, de acuerdo con sus ins-
trucciones, le golpeó la cabeza con la espada y acabó así con él.
Los más fiables y mejor informados dicen que de este modo y
7 por estas razones Gubaces fue asesinado. Justino y Buces se lle-
naron de ira e indignación y tomaron lo sucedido como una
desgracia, pero se calmaron creyendo que éstas habían sido las
órdenes expresas del emperador Justiniano.

Los lazos rompen relaciones con los romanos

La confusión y el desánimo se adueñaron del pueblo lazo, de 8
modo que decidieron no tener en el futuro ningún trato ni acuerdo militar con los romanos, sino que, tras depositar en tierra el cadáver según sus ritos[407], permanecieron sin combatir, a causa de las terribles afrentas sufridas y del honor patrio perdido.

Carácter de los actuales lazos

Los lazos son un pueblo importante y orgulloso y dominan 5
a muchos otros; presumen sobremanera de su antiguo nombre de colcos y hacen gala de una arrogancia muy desmedida, pero quizá no incomprensible. Pues entre los pueblos que están so- 2
metidos al imperio de otros, no conozco ninguno tan famoso y tan afortunado por sus copiosas riquezas, por su gran cantidad de súbditos, por su excelente geografía, por su abundancia de recursos[408] y por la delicadeza y refinamiento de sus costumbres. Ciertamente, sus antiguos habitantes desconocían por com- 3

[407] La expresión es un tanto ambigua, pero lo esperable es que siguiesen un funeral cristiano, ya que los lazos eran cristianos desde hacía dos siglos. Véase II 18, 7, y PROCOPIO, *Guerras* I 12, 4-5, a propósito de la confrontación entre los iberos —similares a los lazos— y los persas que les obligaban a seguir sus ritos.

[408] El panorama económico que Agatías ofrece aquí es el que aparece generalmente en las fuentes contemporáneas. Únicamente PROCOPIO se diferencia de esa descripción común, al decirnos que necesitaba importar «sal, trigo y vino» (*Guerras* II 15, 5-6). Pero hay razones internas, tanto desde el punto de vista narrativo como histórico, que explican esta imagen distorsionada de Procopio. Cierto es, sin embargo, que la zona presentaba dificultades para abastecer al ejército bizantino, en especial porque el grano que más se cultivaba era el mijo, no el trigo. Véase D. BRAUND, «Procopius on the economy of Lazica», *Classical Quarterly* 41 (1991), 221-225.

pleto las ventajas de la navegación y ni siquiera habían oído la palabra «barco», hasta que los visitó la famosa nave *Argos*[409]. En cambio los de ahora se hacen a la mar siempre que es posible y disfrutan las ganancias del comercio.

4 Ni son bárbaros ni viven como tal, sino que han cambiado en su sistema político y legislativo por el contacto con los romanos. De modo que si se prescinde de los toros de pies de bronce, de la recolección de los hombres sembrados y de todos los prodigiosos e increíbles sucesos de los que la poesía ha hecho gala acerca de Eetes[410], se puede ver que las circunstancias actuales son mucho mejores que las pasadas.

5 Siendo así, es natural que los lazos juzgasen intolerable soportar la afrenta de haber sido privados tan arbitrariamente de su rey.

ATAQUE A ONOGURIS

Preparativos de los romanos

6 De inmediato los romanos, acuciados por Martino, comenzaron a preparar un ataque contra los persas en Onoguris[411] a

---

[409] Referencia al mito de Jasón y los Argonautas, que en la nave *Argos* viajaron hasta la Cólquide para conseguir el Vellocino de Oro. En los numerosos ríos de la zona se buscaba oro desde tiempos remotos; véase BRAUND, *Georgia in Antiquity...*, especialmente págs. 23-25 y 61-63.

[410] Son episodios del mito de los Argonautas; cuando Jasón pide al rey Eetes el vellocino, éste promete entregárselo bajo unas condiciones en apariencia imposibles: debía uncir a dos toros que exhalaban fuego y que tenían las pezuñas de bronce y arar con ellos el campo de Ares; después sembrarlo con los dientes de serpiente que le había dado Atenea, los que sobraron de la siembra de Cadmo en Tebas y de los que nacieron seres humanos. Véase APOLONIO DE RODAS, *Argonáuticas* II 1260-IV 246.

[411] Actual Sepieti, muy cercana a Arqueópolis.

toda prisa. El lugar recibió este nombre en época antigua: quizá en los lejanos tiempos de los hunos, en concreto de los llamados onoguros[412], que entraron allí en guerra con los colcos y la perdieron, y como recuerdo y trofeo de aquello sus habitantes le pusieron ese nombre. Ahora en cambio la mayoría no lo llama así: como en el 7
lugar se levanta un templo a Estéfano, un hombre de Dios, del que dicen que fue el primero, en los viejos tiempos, en arriesgar su vida voluntariamente[413] por las ver-daderas creencias de los cristianos y fue apedreado por sus enemigos, se acostumbra a llamar al lugar con su nombre[414]. Sin embargo, nada impide, en mi opinión, que use para su denominación el nombre antiguo, cuando además encaja muy bien con el estilo histórico[415].

En efecto, el ejército romano se preparaba para avanzar 8
contra Onoguris[416]. Los inductores del asesinato apremiaban a ello; esperaban destruir fácilmente la fortaleza y así el emperador, aunque llegase a tener noticia de su engaño, no se pondría furioso con ellos, sino que su último éxito le haría olvidar la acusación.

---

[412] Tribu relacionada en cierto modo con los protobúlgaros: aparece citada en crónicas europeas a mediados desde el siglo V, por ejemplo por PRISCO, *De legat.*, pág. 586 de Boor, pidiendo una alianza con Bizancio para parar el avance ávaro hacia el oeste. Vivían en la costa norte del Mar Negro: el *Anónimo de Rávena* 170-171 sitúa «la patria que llaman Onogoria» junto al mar de Azov y el bajo Kuban.

[413] Perífrasis para evitar el término cristiano *mártys.*

[414] Hay pruebas arqueológicas que vienen a apoyar esta información de Agatías; véase BRAUND, *Georgia in Antiquity...*, pág. 306.

[415] Este pasaje ha dado lugar a interpretaciones contrarias a propósito del paganismo o cristianismo de Agatías; véase CAMERON, *Agathias*, págs. 98-99. En realidad, sólo prueba que como escritor clasicista, prefiere los nombres antiguos a los cristianos y aquí lo admite claramente; véase también Introducción 3.8.

[416] Véase comentario sobre la posible explicación moral de este episodio en CAMERON, *Agathias*, pág. 45.

9 En consecuencia, todos los generales y las fuerzas acampadas en la llanura de Arqueópolis comenzaron a preparar los llamados «espaliones», las catapultas para lanzar grandes piedras y los otros ingenios, por si eran necesarios para el asalto.

Descripción del espalión

10 El espalión es un cesto de mimbre construido a modo de te-
cho, una cubierta muy ajustada y bien cerrada por ambos lados,
para proteger a quien tiene debajo y rodear lo que está en su in-
terior. Echan por encima pieles y cueros que cubren perfecta-
mente todo el artefacto para que sea una protección muy segura
11 e impida el paso de las flechas[417]. Los hombres, ocultos en la se-
guridad del interior, lo levantan sin ser vistos y lo mueven don-
de quieren. Cuando se está atacando una torre o una muralla, los
hombres de debajo van sacando la tierra que tienen cerca y a
medida que la quitan van dejando sin sujeción la base; después,
la golpean sin cesar con palancas y martillos, hasta derribar la
construcción. Así se preparaban los romanos para el asalto.

Los romanos conocen los planes persas

6 Mientras tanto fue atrapado por la guardia personal de Jus-
tino un persa que se dirigía a la fortaleza. Tras llevarle al cam-
pamento, los latigazos le obligaron a decir la verdad sobre las
2 intenciones de los suyos. En efecto, declaró que Nacoragan ha-
bía llegado ya a Iberia y que a él le habían enviado para dar áni-

[417] El ingenio, también llamado «tortuga», está descrito en varios autores latinos, desde César, *Guerra de las Galias* II 12, hasta Vegecio, *Compendio de técnica militar* IV 15.

mos al ejército que estaba allí con la próxima llegada del general. «Los persas dispuestos en Moqueresis y Cotais —dijo— no 3
tardarán en llegar en auxilio de sus compatriotas de Onoguris al saber que pensáis atacarlos.»

Deliberación de los generales

Ante estas palabras los generales romanos se pusieron in- 4
mediatamente a deliberar sobre su situación. Buces dijo que había que salir al encuentro de los refuerzos que estaban en camino con todo el ejército: una vez vencidos, como era esperable dado su pequeño número, a ello seguiría inmediatamente la rendición de los de la fortaleza, que se habrían quedado indefensos. Y aunque pudieran resistir, con muy poco esfuerzo
acabarían con ellos. La idea fue del gusto de Uligango, el jefe de 5
las tropas hérulas[418]. Además, repitió varias veces un proverbio, bárbaro y simple pero también lleno de fuerza y utilidad: «Primero hay que espantar a las abejas y luego recoger tranquilamente la miel».

Pero Rústico, que se había vuelto audaz y despótico en ex- 6
tremo, debido, creo, al nerviosismo por el crimen y al trato con Martino, se burló a las claras de Buces y le echó en cara no tener nunca ni idea de lo que había que hacer. Dijo que lo mejor 7
era no desgastar al ejército con un esfuerzo tan grande, sino llevar a todos los hombres a la fortaleza, destruirla con toda facilidad y adelantarse a los refuerzos. En todo caso, se podían mandar unos pocos hombres a interceptarlos, para impedirles el avance.

Era mucho mejor el plan de Buces: era coherente con la 8
realidad de la situación, tenía una buena estrategia y era práctico

[418] Véase nota 128.

además de seguro. Pero, como, al parecer, todo el mundo participaba del crimen al convivir y tener trato con los asesinos, resultó vencedora la idea peor y más inútil, para así recibir antes su merecido[419].

Los romanos atacan Moqueresis

9 De modo que envían contra los que vienen de Moqueresis a
no más de seiscientos jinetes. Los dirigían Dabragezas y Usi-
gardo, ambos de raza bárbara, aunque oficiales de las legiones
10 romanas[420]. Todos los demás, junto con los generales, se pusie-
ron manos a la obra y se lanzaron contra la fortaleza: movieron
las máquinas, llegaron hasta las puertas y, tras rodear la mura-
lla con el grueso de sus fuerzas, comenzaron a disparar desde
11 todos los ángulos. A su vez los persas se desplegaron por las al-
menas para defenderse de todas las formas posibles: lanzaban
innumerables proyectiles y se protegían de los que les llega-
ban con unas telas simples que, colgadas desde lo alto, estaban
dispuestas todo alrededor y reducían la fuerza de los disparos.
12 Luchaban con violento ímpetu de uno y otro lado y todo se de-
sarrollaba como en una batalla campal más que como en un ase-
dio, tanta era la furia y el alarde de fuerza de uno y otro lado
luchando, unos por su propia salvación, a causa del enorme pe-
ligro que los rodeaba, y otros porque les parecía una vergüenza,
una vez lanzado el ataque, fracasar y no someter la fortaleza ni
librar a Arqueópolis de la cercanía de los enemigos[421].

[419] Para el valor de esta observación en el contexto de la idea de la causalidad histórica en Agatías, y de su interpretación moral de los acontecimientos, véase Introducción 3.3.

[420] Véase nota 128.

[421] Toda la escena del asalto y de los preparativos corresponde a una descripción retórica típica y tiene poco que ver con la realidad que reflejan las pa-

Aparecen los refuerzos persas

Mientras tanto, los persas de refuerzo, unos tres mil combati- 7
vos jinetes, habían abandonado ya Cotais y Moqueresis y se di-
rigían a Onoguris. Marchaban sin sospechar ningún ataque ene- 2
migo, de modo que cuando cargaron contra ellos los hombres de
Dabragezas y Usigardo, emprendieron la huida, cogidos com-
pletamente por sorpresa. En cuanto lo supieron los romanos que 3
asediaban la plaza, éstos se lanzaron llenos de ardor, arrancaron
las telas y se dispersaron por toda la muralla en completo desor-
den como si fuera fácil apropiarse de todo lo que había dentro,
ahora que los enemigos de fuera habían huido y nadie podría
causarles problemas. Pero las tropas de refuerzo, que compren- 4
dieron enseguida que no les había atacado el ejército en pleno,
como creyeron al principio, sino tan pocos hombres que había
que considerarlos más un grupo de reconocimiento que una uni-
dad preparada para plantar batalla, volvieron la marcha rápida-
mente y les atacaron en medio de gritos de victoria. Como los ro- 5
manos no pudieron soportar que los perseguidos hubiesen
pasado a ser atacantes, se dieron la vuelta y huyeron a toda velo-
cidad. Los persas los seguían tan de cerca que, apremiados todos,
unos para atrapar a los otros y éstos, a su vez, para escapar de
aquéllos, llegaron a alcanzar al mismo tiempo, todos mezclados,
perseguidores y perseguidos, al resto de las tropas romanas.

Huida de los romanos

Como era de esperar, se extendió una absoluta confusión y 6
todo el ejército se olvidó del asedio y del saqueo de la fortaleza

---

labras de Buces, para quien el asedio iba a ser una operación rápida y sin riesgo (III 6. 4); véase CAMERON, *Agathias*, págs. 45-46.

que tan inminente suponían y salieron huyendo junto con sus generales, sin esperar a averiguar qué había pasado o cuántos eran ellos o sus perseguidores, sino que escaparon a todo correr, trastornados como si se hubiese apoderado de ellos un miedo pánico.

7 Los persas, enardecidos al máximo, los persiguieron con más
ahínco aún, mientras también los de la fortaleza, que habían vis-
to lo sucedido, salían a juntarse con los otros y, dirigiéndose to-
dos al mismo punto, provocaron una fuga de los enemigos aún
8 más evidente. La caballería de los romanos corrió al galope y fá-
cilmente llegó fuera del alcance de las flechas enemigas. Pero de
la infantería muchos murieron atrapados en el puente del río lla-
9 mado Cátaro, que tenían que atravesar todos. A causa de su es-
trechez no podían cruzarlo muchos a la vez, por lo que se estor-
baban y se peleaban unos con otros. Y unos caían a la corriente
del río y otros eran empujados a volver atrás, donde caían a ma-
nos de los enemigos. Y por doquier las desgracias se sumaban a
10 las desgracias. Habrían podido morir todos en una aniquilación
absoluta, si el general Buces, que comprendió por los gritos y las
lamentaciones la magnitud del peligro, no se hubiera vuelto con
su propia compañía y hubiera plantado cara a los bárbaros, dificultando un poco la persecución hasta que aquellos cruzaron el puente y consiguieron estar en lugar seguro, como los otros.

11 Es más, al primer campamento, el que estaba levantado cerca de Arqueópolis, no volvió ninguno. Por miedo, pasaron de largo y todo lo que allí habían llevado, víveres y objetos necesarios o de valor, allí se quedó abandonado y ellos se pusieron a salvo en el interior[422], proporcionando a los enemigos no sólo una victoria famosa y digna de orgullo, sino también productiva.

[422] En las tierras del interior, más hacia el este.

Resultado del fallido asalto a Onoguris

8 Pues los persas, al encontrar el campamento vacío de hombres, destrozaron la empalizada y saquearon todo lo que había en el interior; llenos de alegría regresaron al suyo y volvieron a tener el dominio de esa tierra como antes.

2 ¿No es evidente que fue la cólera divina, a causa del sacrílego crimen, quien derrotó a las tropas romanas, que tomaron la peor de las decisiones y que con cerca de cincuenta mil aguerridos soldados fueron puestas vergonzosamente en fuga por tres mil persas, sufriendo innumerables bajas[423]? Sin embargo, 3 los verdaderos artífices del asesinato recibieron su definitivo castigo poco después, como relataré enseguida; entretanto, al llegar el invierno[424], todo el ejército se dispuso a pasarlo repartido en las distintas ciudades y plazas fuertes.

REUNIÓN DE LOS LAZOS ACERCA DE SUS FUTURAS ALIANZAS

4 En aquel momento los asuntos de los colcos andaban muy confusos y revueltos: y, en consecuencia, todos sus jefes estaban desorientados sobre quiénes eran y adónde iban. Y, así, la mayor 5 parte de este pueblo tuvo una reunión secreta en un desfiladero en

[423] La veracidad de este episodio es dudosa en distintos puntos. Las cifras son evidentemente exageradas: cincuenta mil romanos son en sí mismos demasiados y, si fuera cierto que ése era el contingente romano, ¿por qué envían sólo a seiscientos hombres a frenar a los refuerzos (III 6, 9)? Y ¿cómo es posible que sean puestos en fuga por tan sólo tres mil hombres (III 7)? La realidad está deformada tanto porque su fin es servir de *exemplum* moral, que demuestra que los malvados van a ser castigados, como porque sigue el esquema retórico típico del relato de asedio. Véase CAMERON, *Agathias*, págs. 45-46, para ambos aspectos.

[424] Del año 556/557.

el Cáucaso, para que los romanos no tuviesen conocimiento de sus inquietudes; allí discutieron si se asociaban con los persas o
6 permanecían con los romanos. Allí se alzaron innumerables voces, unas a favor de una idea, otras a favor de la otra. El griterío y el tumulto eran inmensos y no se podía saber con claridad ni quién hablaba ni qué decía. Entonces los que tenían más autoridad ordenaron a todos mantener silencio y que quien quisiera hablar lo hiciera en orden y quien pudiera expusiese lo que había que hacer.

Intervención de Eetes

7 Uno de los hombres más distinguidos, de nombre Eetes[425], estaba más indignado y furioso que nadie por lo ocurrido, siendo además que siempre odió a los romanos y tuvo inclinación por los persas. Así que con la buena cara que su causa presentaba entonces, intentó exagerar desproporcionadamente lo sucedido y dijo que, dadas las circunstancias, no había ni que deliberar, sino tomar de inmediato la más decidida postura a favor de los
8 persas. Cuando los demás dijeron que no había necesidad de cambiar de repente lo que se había hecho toda la vida, antes de que tras un profundo debate surgiera la mejor decisión, éste se puso de pie con rabia y saltando al centro comenzó a hablar como si se encontrase en una asamblea popular. Pues era un tremendo orador para ser un bárbaro y capaz por naturaleza en el manejo de los principios de la retórica. Y eso fue lo que dijo[426]:

[425] Tal nombre está atestiguado en la Cólquide de tiempos históricos, como nos muestra ESTRABÓN, I 2, 39, aunque puede que no sea casual la hostilidad hacia los griegos que representa. En cualquier caso, durante toda esta época existe una importante facción filopersa entre los lazos, y Eetes le sirve de portavoz, en un debate característico en la historiografía clásica.

[426] El siguiente debate toma como modelo el de Mitilene en el libro III de TUCÍDIDES.

«Si los romanos nos hubieran ofendido con palabras o pen- 9
samientos, sería justo para nosotros resarcirnos también por los mismos medios. Pero ¿cómo soportar que mientras ellos han cometido los actos más terribles, nosotros dejamos que se diluya la oportunidad de la venganza en el ir a hacer y en el discu-
tir? Pues no es posible decir que nunca han sido descubiertos en 2
plena acción hostil y que serían sólo sospechosos de pensarla y planificarla, ni hará falta traer a la memoria verdaderas pruebas
acusatorias de un plan secreto. No sólo el gran Gubaces ha 3
desaparecido de una forma tan lamentable, como uno cualquiera de sus muchos siervos, sino que se ha desvanecido el antiguo honor de los colcos; en el futuro no va a ser posible recuperar la soberanía sobre otros, sino que habremos de conformarnos con no ser muy inferiores a aquellos que antes eran nuestros súbdi-
tos. ¿No es increíble que nos sentemos a ver si decidimos si los 4
que son responsables de esta situación son nuestros amigos o nuestros enemigos?

Los romanos frente a los persas

»Ciertamente hay que saber que su osadía no quedará redu- 5
cida a estas acciones; al contrario, incluso si nosotros nos olvidamos de esta acusación, ellos no desistirán y seguirán perjudicándonos impunemente si no hacemos nada. Hasta ese punto se insolentan con quien se lo permite y acostumbran a despreciar a
quien les trata bien. Tienen un rey taimadísimo que disfruta des- 6
baratando lo que siempre se ha mantenido estable[427]. Por eso lo del asesinato se llevó a cabo con tanta perfección, porque él dio órdenes estrictas y los otros las ejecutaron resueltamente.
De su parte, casi nos dejan completamente saqueados, sin ha- 7
berles infligido ninguna ofensa, ni haberse producido ningún motivo de hostilidad, sino que, dando la impresión de mantener

[427] La misma idea la expresa Procopio en la *Historia Secreta* XI 1, etc.

la alianza tal y como la tenían antes, han cometido sin embargo los actos más nefandos, como si se hubieran colmado a la vez de crueldad, de locura, de odio y de todo sentimiento semejante.

8 »En cambio, no son así las actitudes de los persas: difieren mucho de éstas. Pues a los amigos que tengan desde el principio procuran tratarles con el afecto más firme y guardan su ira para el enemigo, si es que tienen un enemigo.

La actual situación de la Cólquide obliga a buscar alianzas

9 »Hubiera deseado que el Estado de la Cólquide disfrutara de su antiguo poder, para que no necesitara en absoluto de ninguna ayuda externa y ajena, sino que fuera completamente autosufi-
10 ciente tanto en la guerra como en la paz. Pero una vez que, forzados por el paso del tiempo o por los reveses de la fortuna, o por ambas razones, hemos llegado a este grado de debilidad de tener que sometemos a otros, creo mucho mejor unirnos a los más prudentes y a los que se mantienen inflexibles en su buena
11 disposición hacia los amigos y aliados. De este modo aventajaremos a nuestros enemigos reales, al no dejar impune de ninguna manera el pasado y hacer los preparativos necesarios para
12 que el futuro sea seguro. Lo grosero y podrido de su carácter que, oculto tras un fingido artificio de amable familiaridad, hace que perjudiquen a quienes confían en ellos, resultará por completo inútil y no tendrán modo de usarlo contra nosotros
13 por la pureza de nuestra hostilidad, claramente discernible. Y si intentaran hacernos la guerra, al tener sin embargo que enfrentarse a los lazos junto con los persas, y además en tierra enemiga, no aguantarían ni siquiera nuestro primer ataque.

Reciente derrota de los romanos

14 »Por ejemplo, hace poco presentaron batalla a una pequeña parte de las tropas persas con todo su ejército y al instante se dieron vergonzosamente a la fuga. ¡Casi hasta ahora están sin

aliento por la carrera, inferiores, por así decir, a los otros en todo, aunque superiores en la rapidez con la que huyeron!

»Se diría que la causa evidente e inmediata de esto es su co- 10
bardía y el no haber tomado las decisiones correctas. Pues en verdad tales defectos forman parte de su propia naturaleza. Pero, por otro lado, el crimen deliberado añadido a su maldad natural les ha multiplicado el infortunio al quedar desprovistos de la
protección del Todopoderoso a causa de su irreverencia. Por ello 2
la victoria ha quedado resuelta no por la fuerza de las armas sino por la de la piedad. Jamás diría que los hombres malvados e impuros cuentan con la colaboración de la Suprema Bondad; de modo que, si tenemos sentido común, no debemos relacionarnos con estos que, con el juicio muy reducido, han recibido además el castigo de quien ha nacido para salvarlo todo[428].

Los lazos no deben soportar la ofensa

»Así pues, nuestra unión con los persas será fácil, prove- 3
chosa en extremo y aprobada por la divinidad: lo han demostrado más los hechos que las palabras.

»Y desde luego no pareceríamos cometer una injusticia ni 4
comportarnos como traidores. Muchas veces en el pasado, ofendidos por los romanos, hemos creído, sin embargo, necesario mantenernos en los términos de nuestro acuerdo y juzgábamos la mayor de las vilezas romper la alianza por causas que, aunque muy evidentes, podían tolerarse y no eran completamente insoportables.

»Pero que los que sufren graves y fatales heridas aguanten por 5
completo indiferentes y sin enojarse en absoluto por esas acciones monstruosamente impías, yo digo que esto no es propio de

[428] El sentido de toda esta parte del discurso de Eetes es desarrollar la idea expuesta en otros lugares de la obra acerca de la causalidad moral. Es significativo, sin embargo, que aparezca en boca de Eetes, un personaje marcadamente negativo.

hombres prudentes, sino de cobardes miserables que disfrazan su
indolencia con respecto al bien público bajo el calificativo de lo
6 políticamente seguro. No creo que pudiera haber otro pueblo que
tras padecer este crimen lo ignorara. Ni tampoco ha de ser igno-
rado por nosotros, que caeríamos en la ignominia si pareciera
que nos hemos olvidado de nuestro rey y que nos deshacemos en
7 halagos con sus asesinos. Si él pudiera presentarse aquí, nos lle-
naría de insultos a causa de nuestra indiferencia ante estos cana-
llas que aún viven en su tierra y que no han sido expulsados de
8 ella hace mucho tiempo. Pero como no va a estar presente ni
os va a hablar, evocad su persona y que con vuestra imaginación
se aparezca en mitad de la asamblea mostrándonos su herida en
el pecho y en el cuello suplicando a sus compatriotas que casti-
guen, aunque sea ahora, a sus enemigos. ¿Quién de nosotros ad-
mitiría dudas o vacilaciones acerca de si es justo que Gubaces re-
9 ciba la compasión de los colcos? Hemos de ser precavidos, pues,
no vaya a ser que con nuestro miedo a una indecorosa deserción,
seamos partícipes del crimen, olvidándonos de honrar al que ha
muerto y parezcamos aún más desleales si después de utilizar su
vida como límite de nuestra fraternidad con él, perdemos al mis-
mo tiempo al rey y su recuerdo.

Ventajas de ser aliados de los persas

10 »Cuando las cosas marchan bien, es una gran necedad cam-
biar los planes que se habían hecho; pero cuando se vuelven en
contra, creo que es desacertado no adaptarse de inmediato a los
cambios. La firmeza ha de tener como criterio la razón y no es
digno de alabanza someterse siempre a las circunstancias en cur-
so, sino sólo cuando se acompaña del buen juicio. Pero cuando
sucede que uno ignora lo que es importante y en cambio se obs-
tina en los inconvenientes, entonces el que se ha mantenido en
esa situación anterior es más censurable que el que ha modifica-
do su posición.

»Así pues, cuando los persas conozcan este cambio por nuestra 11
parte y lo comprendan, sentirán, como es natural, un gran afecto hacia nosotros y lucharán en nuestra defensa, ya que son espléndidos, magnánimos y muy buenos en reconocer las intenciones de sus vecinos y además participarán en una alianza que se les ofrece libremente en favor de una tierra de un gran valor estratégico y de un poder militar muy importante, cuya posesión valoran más
que muchos bienes y esfuerzos. No penséis en otra cosa que no 12
sea este objetivo: poneos manos a la obra inmediatamente y descubrid vuestras intenciones. De este modo podríamos recibir una gran gloria por nuestras acciones piadosas, justas y ventajosas.»

Los colcos quieren cambiar de inmediato

Cuando acabó Eetes de decir tales cosas, toda la asamblea se 11
levantó y empezó a gritar y a querer aliarse con los persas inmediatamente, aunque no se lo hubieran hecho saber a éstos ni ellos estuviesen preparados para hacerlo a escondidas ni para defenderse de los romanos si se les oponían. Pero sin ninguna previsión de futuro, ni considerar cómo les resultaría tal dependencia, todo era prisa y desorden: al gusto por la revolución y el cambio de situación, característico en las multitudes, se sumaba que los trastornaba por completo una gran excitación, no sólo porque eran bárbaros, sino porque pensaban que era una causa cargada de razón y estaban maravillados por este discurso.

Discurso de Fartaces

En medio de este alboroto, un hombre llamado Fartaces, de 2
los más principales entre los colcos, sensato y muy popular en sus maneras, puso freno a su ímpetu suplicándoles que no co-

3 menzaran a actuar antes de haber oído sus palabras. Aunque con dificultad, el respeto hacia su persona les persuadió y permanecieron allí mientras él se colocaba en el centro y decía estas palabras:

Poder de la oratoria

4 «Es natural, varones de la Cólquide, que os encontréis con la mente perturbada tras haber oído tan magníficas palabras. Pues este poder es muy difícil de combatir, capaz de trastornar a todos los hombres, cuanto más a los que nunca antes lo habían experimentado, aunque no es completamente imbatible si se tiene una lógica prudencia y se es capaz de juzgar a partir de los hechos.

5 »Pues bien, lo que se ha dicho no ha de agradaros en absoluto, si consideráis que ha resultado creíble sólo por ser repentino y novedoso y no por conveniente y útil. Sabed aún más: que aunque os parezcan gratas en extremo, es posible sin embargo defender otras aún más poderosas. Y sirva como prueba evidente del engaño el hecho de que hayáis sido tan fácilmen-
6 te convencidos. Pues quien da falsos consejos necesita de un mayor ornato y variedad en sus palabras. Y así, haciendo uso de su gran encanto, se atrae rápidamente a los hombres más
7 sencillos. Del mismo modo vosotros, cuando Eetes ha expuesto sus sorprendentes y seductoras falacias, no sabéis cómo habéis sido engañados. Pero a cualquiera le resultaría evidente si no otra cosa, al menos esto, que se ha comenzado por proponer como cuestión inicial de un falso análisis, una completa-
8 mente ajena a lo que nos ocupa. Como si todos vosotros dijerais que lo sucedido no era terrible y no condenarais lo horrendo del crimen, preocupados únicamente por si los que mataron a Gubaces habían errado realmente, él llegó acusándolos y dedicó un larguísimo discurso a lo que ya se había decidido.

Hay que mirar hacia el futuro

»Y yo, efectivamente, afirmo que son unos malditos desgra- 9
ciados y ojalá pudiese verlos sufrir la peor de las muertes, no
sólo a los que dieron el golpe fatal y con sus propias manos le
causaron la muerte, sino sobre todo a aquellos que, pudiendo
evitarlo, no lo hicieron, además de a aquellos a los que agradó
y a los que no les disgustó en demasía. Ahora bien, que yo re- 10
conozca esto no hace conveniente la inmediata alianza con los
persas. Pues no se puede sostener como una consecuencia co-
herente y razonable que por quebrantar ellos la ley, nosotros
tengamos que ignorar nuestras propias costumbres ni que, por
un lado, estemos sufriendo su deslealtad y, por el otro, nos pro-
curemos la misma fama.

»Cavilar ahora sobre lo que ya está pasado y acabado y ya 11
no va a convertirse en algo que no ha sido, eso no debemos ha-
cerlo, para que, al tomar una decisión con el alma llena de ira y
de cólera, no se nos nuble el criterio por tener la mente pertur-
bada y por habernos obstaculizado previamente la mejor solu-
ción. Al contrario, debemos distanciarnos de las pasiones hasta
el punto en que no parezca despreocupación y tener la vista
puesta, eso sí, en los acontecimientos futuros, para que resulten
de la mejor manera posible. Pues es propio de los hombres in- 12
sensatos estar eternamente afligidos e indignados a causa de las
desgracias que fueron; en cambio, es propio de sabios recono-
cer los giros inesperados de la fortuna y no irritarse con estos
vaivenes ni, al verse privados de lo que tenían en el pasado,
echar a perder al mismo tiempo las esperanzas del futuro.

Hay que analizar la situación antes de tomar una decisión

»Pero este consejero, partidario desde antiguo de los persas 12
y deseoso de que nos pasemos a su lado, como si fuéramos ni-
ños intenta meternos miedo sobre los romanos: que si no se
van a contentar con sus recientes osadías, sino que llegarán aún

más lejos y que si su emperador es extremadamente intrigante
y fue él quien ordenó el crimen, preparado y decidido mucho
antes. Al tiempo que dice esto, celebra con su canto de ala-
banza a los persas creyendo que nos convencerá para que aho-
ra mismo supliquemos desertar al bando de nuestros mayores
2 enemigos naturales. Pues todo su discurso se refiere a esto, y
todo su esfuerzo y empeño desde el principio ha sido para po-
der llevar a cabo lo que había planeado y con su arenga irre-
flexiva perturba completamente la deliberación y la hace in-
3 útil. A este proceso le corresponde ir siempre por delante y
hacer de guía, sometiendo a la piedra de toque lo que no está
claro; y es cuando se ha conseguido decidir lo que hay que ha-
cer, cuando tiene que estar presente el deseo de que esas reso-
4 luciones se lleven a cabo. Pero éste ha empezado por el final,
tomando una decisión antes de haber estudiado el asunto. Y
entonces, ¿para qué sirve deliberar, si se hace después de to-
mar una determinación?

5 »Vosotros, varones de Cólquide, dedicaros a estudiar esta cuestión sin tener el juicio sometido de ningún modo a otro y sin atender a un fin determinado previamente. ¿Cómo va a ser posible forzar las consecuencias de los acontecimientos y modificarlas a placer? Pues muy al contrario, nos conviene seguirlas punto por punto y dejar que la razón avance por ellas limpia y autónoma para que tras analizar lo sucedido detalladamente y con calma descubra lo que conviene[429].

6 »Si deliberáis de este modo, os resultará claro que la maquinación contra Gubaces no fue asunto de las tropas romanas, ni de todos los generales, ni mucho menos de su emperador: entre

[429] El propio Agatías ofrece una idea similar sobre cómo debería realizar su obra, en III 1, 4. Por otro lado, hay una evidente contradicción entre la explicación moral que ofrece para este acontecimiento (III 6, 8; III 8, 2) y la que aquí presenta Fartaces. Véase Introducción 3.3, sobre este aspecto.

ellos se ha extendido la noticia, que se tiene por cierta, de que Rústico y Martino, por envidia de la buena fortuna del rey, promovieron su asesinato por propia iniciativa, no sólo no secundados por los otros oficiales, sino, al contrario, con su más radical desaprobación.

La unión con los persas es perjudicial para nuestro modo de vida

»En verdad, creo que es indigno y además inconveniente 7
que por la falta cometida por un solo hombre entre todos, o incluso por dos, violentemos nuestras leyes comunes, que nos comprometimos a respetar, y destruyamos con semejante facilidad todo nuestro sistema político y nuestro modo de vida, que nos es familiar y querido, y seamos señalados como traidores de aquellos que han protegido esta tierra y han corrido tantos peligros para que pudiéramos vivir con bienestar y, lo más nefando de todo, despreciemos la ortodoxia en lo referente a la religión y también a lo más señalado de los sagrados misterios[430].

»¿No es eso lo que va a parecer que hacemos, si nos unimos 8
a los mayores enemigos del Todopoderoso? Pues si nos impidieran continuar con nuestras prácticas religiosas y nos cambiaran a las suyas, ¿qué podríamos sufrir peor que esto, tanto vivos como muertos? ¿Qué ventaja obtendremos —veámoslo así—,
si ganamos toda Persia pero se nos castiga con la pérdida de 9
nuestras almas[431]? Y es más, aunque fueran tolerantes y permisivos, no contaríamos con su completo beneplácito, que sería pérfidamente engañoso y cuya única medida sería el interés.

---

[430] Agatías enfatiza con este discurso la unidad religiosa y la unidad cultural que supone compartir las mismas creencias y ritos ortodoxos, como pasaba también con los francos. Frente a esta unidad se encuentran los persas, que simbolizan lo opuesto desde ambos puntos de vista, el religioso y el cultural, como detalla después.

[431] Nótese la coincidencia con Mt 16, 26.

10 »No pueden mezclarse los hombres que tienen diferentes creencias y ni aunque les asalte el miedo o crean que se han hecho algún favor tiene cabida entre ellos una confianza sólida, excepto que compartan la misma fe. Si esto no se da, el más cercano parentesco o vínculo sólo presenta una intimidad nominal,
11 mientras que con las obras la desmiente. ¿En nombre de qué beneficios, varones colcos, vamos a pasarnos al bando persa, si de hecho van a continuar siendo nuestros enemigos y lo único que ganamos sobre la situación presente es que les será más fácil perjudicarnos, en la medida en que se vigila menos lo que está disimulado que lo manifiesto?

No es bueno tener a los romanos como enemigos

12 »Aunque, si os parece, concedamos que la iniciativa no tiene nada de indigna ni resulta inconveniente y reconozcamos que la manera de ser de los persas es honrada y digna de confianza y que se mantendrá siempre así en los tratados que hagamos en el futuro. Si esto estuviera garantizado y no tuviéramos ningún otro obstáculo, sin embargo no bastaría en lo que respecta a
13 nuestra posición de fuerza. Pues ¿cómo vamos a cambiarnos a su bando, si todavía tenemos a los romanos al frente y están desplegadas aquí sus tropas formadas por multitud de hombres valerosos a las órdenes de los más poderosos generales? ¿Cómo será posible no sufrir daños irreparables cuando los que tienen que ayudarnos están aún en Iberia, avanzando muy lentamente, mientras aquellos de los que nos vamos a vengar ocupan toda nuestra tierra y están instalados en nuestras ciudades?

13 »Y aún dice este honorable Eetes, tomando como patrón lo que ha sucedido hace poco, que no aguantarían ni nuestro primer ataque. Nadie ignoraría que las fluctuaciones de la guerra no necesariamente suceden siempre de una manera fija y que los que ahora son derrotados quizá no sufran siempre los mismos reveses. Al contrario, muchas veces la victoria acompaña a

los que han sido vencidos y les cura de su desgracia. Nosotros 2
no debemos confiarnos demasiado, como si fuera a ser habitual su derrota en todos los enfrentamientos que tengamos en el futuro. Pues si han sido vencidos una única vez por no haber reflexionado lo suficiente, tenemos que aprender de esta lección y guardarnos de los peligros de la irreflexión. Y, desde luego, no debemos tomar por obvia una fácil victoria sobre ellos, pues es natural que quienes antes cometieron un error y han aprendido por la experiencia lo que deben evitar, remedien su anterior equivocación previendo el porvenir.

Ni la Divinidad ni Gubaces se merecen esta deserción

»Si la Divinidad les ha penado con este castigo por su cri- 4
men contra el fallecido, ¿qué obligación tenemos de prestarle nuestra colaboración, como si Aquélla no se bastase sola para aplicar justicia, y necesitase de nuestra ayuda? Y, además, ¿qué grado de impiedad dejaríamos para otros si deshonrásemos con nuestra deserción a la Suprema Bondad, que lucha adecuadamente por nosotros incluso si no hacemos nada?

Así que nadie de nosotros coloque en su discurso al muerto, 5
que en medio de tristes lamentos suplica a sus compatriotas que sientan piedad por él mientras les enseña su herida. Esto quizá vaya bien para almas miserables y afeminadas, pero desde luego no debe aplicarse a un rey, a un rey de los lazos y a Gubaces.
Si él estuviera aquí presente, sin ninguna duda, como hombre 6
piadoso y prudente que era, nos censuraría por haber tomado estas decisiones y nos ordenaría no ser unos cobardes asustados ni tomar la decisión de salir huyendo como criados. Muy al contrario, recuperar el espíritu de libertad de la Cólquide, enfrentarnos a la desgracia con arrojo y, sin dejarnos arrastrar a algo vergonzoso y sin honor para nuestro país, mantenernos firmes en las actuales circunstancias, en la confianza de que el Todopoderoso no abandonará de ningún modo a este pueblo.

7 ¿No sería increíble que a él, que fue asesinado violentamente, le
pareciera, como es probable, que todo está bien, mientras que
nosotros pensamos lo contrario alegando como pretexto nues-
tro afecto hacia él?

8 »Pero me temo que sólo por estar pensando y meditando so-
bre ello recibiremos grandes castigos: pues si estuviésemos
trabajando sobre la deserción en una incierta esperanza que
depende de a qué lado se incline la balanza, sería terrible estar
preparado para un asunto de tal envergadura sólo con la ayuda
de los vaivenes de la fortuna, aunque no corriesen ningún riesgo
los defensores de esta idea, a pesar de estar obrando con tanta
9 impunidad. Pero, si la maldad del asunto se aparece por doquier
con claridad, ¿cómo no odiar a quienes nos empujan a seme-
jante plan? Por tanto, debemos alejarnos de ellos y sobre esto ya
se ha dicho lo suficiente.

10 »Pero además, afirmo que debemos informar de lo sucedido
al emperador de los romanos, para que persiga con toda la fuer-
za de la ley a los culpables del crimen y, si quisiera, acabar en
adelante con nuestras diferencias con los romanos y volver a
colaborar y a participar de una misma organización militar y de
11 un común modo de vida. Pero en el caso de que rechazara esta
petición, entonces deberíamos considerar la conveniencia de
seguir otro camino. Actuando así, no parecería ni que nos olvi-
damos del muerto, ni que nos ocupamos de nuestros asuntos
con más precipitación que sentido común»[432].

[432] Todo este discurso de Fartaces confirma la idea religioso-política de que Dios está con sus fieles y son ellos, y no otros, quienes van a contar con su ayuda, idea que está en la base de las campañas de Justiniano contra los godos y contra los persas, como analiza CONSTANZA, «Orientamienti...», pág. 102; pero además se invocan otros principios tales como el valor del razonamiento lógico, lo que, para autores como KALDELLIS, «The historical...», viene a matizar y relativizar el supuesto cristianismo de Agatías; véase Introducción 3.4.

Los colcos piden justicia al emperador

Una vez pronunciado este discurso de refutación, los colcos lo aplaudieron y mudaron de parecer, pues muchos albergaban el temor de que si cambiaban de bando se les iba a privar de su fe en el Todopoderoso. **14**

Tras triunfar la opinión de Fartaces, los nobles más excelsos del país fueron a comunicar al emperador Justiniano lo sucedido con Gubaces y desvelaron todo el engaño: a éste no se le había sorprendido ni teniendo trato alguno con los medos ni tramando nada contra los romanos, sino que los hombres de Martino y Rústico, a los que había reprochado sus negligentes errores lleno de una natural indignación, maquinaron esta calumnia y mataron a un hombre completamente inocente. Por ello le pedían que hiciese un favor al alma del caído: sólo que no dejara impune el crimen, dijeron, y que no les nombrase como rey a ningún extranjero ni a nadie de fuera, sino a Tzates, el hermano más joven de Gubaces, que en aquel momento vivía en Bizancio[433], para que se mantuvieran a salvo las costumbres ancestrales y quedara íntegra la antigua continuidad del linaje real. 2 9 3

SE INICIAN LOS PREPARATIVOS PARA EL JUICIO

El emperador, a quien estas peticiones le parecieron justas y muy respetables, se dispuso a cumplirlas enseguida: mandó a Atanasio, uno de los hombres principales del Senado[434], a que 4

---

[433] La educación de las familias reales de los países súbditos era una política habitual en el Imperio, pues les proporcionaba un cliente y un peón a corto plazo, y a largo, un rey de cultura romana, además de una forma segura de controlar la sucesión.

[434] Además de una función legislativa, el Senado, que en esa época se lle-

5 investigase con detalle lo sucedido y lo juzgase de acuerdo con las leyes romanas. Y así, cuando llegó, envió de inmediato a Rústico a la ciudad de Apsarunte[435] y allí lo encerró en la cárcel y lo mantuvo vigilado. Por su parte, Juan, el que había mentido al emperador y había cometido el crimen con sus propias manos, se había escapado furtivamente intentando, con su fuga, ponerse a salvo; pero ocurrió que se cruzó en su camino de huida Mestriano (era éste uno de los miembros de la guardia personal del emperador, llamados «escribones»[436], al que había enviado allí con el fin de asistir a Atanasio y ejecutar todo aquello que él decidiese). Mestriano arrestó a Juan y lo llevó ante el
6 juez[437]. Éste lo mandó también a Apsarunte, para que ambos permanecieran allí encerrados, en el cepo[438], hasta la inminente fecha en la que se celebrase el juicio.

---

na de hombres pertenecientes a familias no tradicionales a los que nombra directamente el emperador, tenía también una función judicial, pues actuaba de Tribunal Supremo en las circunstancias especiales en las que el emperador era el único juez y su presidente.

[435] En la costa sureste del Mar Negro, a un día al sur de Petra, según nos dice Procopio, que relata también el origen del nombre y describe con detalle la plaza (*Guerras* VIII 2, 11-16).

[436] La primera mención de este cuerpo es del 545, *Liber Pont.* LXI 4. Es probable que fueran los oficiales de los *excubitores*, el cuerpo de guardia palatino. En la mayor parte de las ocasiones aparecen en misiones especiales como la aquí relatada por Agatías; véase Jones, *LRE*, págs. 658-659.

[437] Es decir, Atanasio, el que ejercía como tal en representación del emperador.

[438] El cepo se utilizaba desde tiempos antiguos como modo de tortura y de inmovilización; para los tipos y sus distintos nombres, véase P. Pavón Torrejón, *La cárcel y el encarcelamiento en el mundo romano*, Madrid, 2003, págs. 60-61. Por otro lado, la detención antes del juicio no sólo era una medida preventiva, también era concebida como una auténtica pena de carácter criminal; véase M. Balzarini, «Pene detentive e cognitio extra ordinem criminale», *Sodalitas. Scritti in onore di Antonio Guarino* VI, Nápoles, 1984, págs. 2865-2890.

LLEGADA DEL NUEVO REY TZATES

Al comenzar la primavera[439] Nacoragan llegó a Moqueresis; 15
de inmediato se dispuso a organizar sus fuerzas y a hacer los preparativos para la guerra con gran entusiasmo. Por supuesto los romanos, reunidos en los alrededores de Neso, también se estaban preparando y, como es natural, aplazaron el juicio pues, ¿qué era para ellos en ese momento más relevante que el buen desarrollo de la guerra?

Mientras tanto, Tzates había llegado de Bizancio junto al ge- 2
neral Soterico tras haber recibido su título ancestral y las insignias reales de manos del emperador de los romanos, como era costumbre desde antiguo[440]. Eran éstas una corona de oro guarnecida de piedras preciosas, una túnica talar de hilo de oro y sandalias escarlatas; también una mitra adornada con plata y gemas. No es lícito que los reyes de los lazos se cubran con un manto púrpura, sólo blanco, pero no como es costumbre normal en todas partes: pues justo en el centro de ambas caras brilla una pieza tejida de oro. Y es regio también el broche del manto que resplandece con sus colgantes de piedras preciosas y otros adornos[441].

No bien llegó Tzates ante sus súbditos, ataviado con el 3
atuendo real, los generales y todo el ejército romano salieron a

[439] Del 555 en la narración, aunque probablemente del 556, véase nota 450.

[440] Desde el 378 Lázica era cliente del Imperio y una de las consecuencias de este hecho era que el heredero debía ir a Constantinopla a expresar la lealtad al emperador y a recibir de sus manos las insignias propias de su realeza. En el 522 se celebró una ceremonia similar a la aquí descrita para la investi dura de Tzates I (*Chronicon Paschale* I 613, etc.). Véase E. K. CHRYSOS, «The title *basileus* in early byzantine international relations», *Dumbarton Oak Papers* 32 (1978), 39-40.

[441] Para pruebas arqueológicas de joyas similares a éstas, véase D. JANES, «The Golden Clasp of the Late Roman state», *Early medieval Europe* 5 (1996), 127-153.

presentarle sus respetos y a rendirle los honores debidos, formando ante él con todas sus armas bien preparadas y la mayoría a lomos de sus caballos.

4 En la alegría del momento, los lazos lograron cambiar su pesar y olvidarlo y le acompañaron dispuestos en líneas, con el sonido de las trompetas llenándolo todo y levantando los estandartes al cielo. La procesión fue espléndida y soberbia, en un grado aún mayor del que suele presumir la monarquía de los lazos.

5 Una vez que Tzates ocupó el trono, comenzó a dirigir todos los asuntos y a gobernar a su pueblo según lo que él deseaba y las costumbres ancestrales determinaban[442].

REVUELTA DE LOS MISIMIANOS

Soterico se dirige al país de los misimianos

6 Por su parte el general Soterico marchó a la empresa para la que había sido enviado: traía oro del emperador[443], para repartirlo entre los vecinos bárbaros según el tratado[444], un pago acostumbrado ya desde hacía tiempo y de carácter anual[445].

---

[442] En realidad, el rey de los lazos sólo tiene un poder nominal, pues los asuntos importantes los controla el duque bizantino nombrado por el emperador. En cualquier caso, Tzates es el último rey de Lázica del que tenemos noticia.

[443] La cantidad es de 28.800 monedas de buena ley; *cf.* IV 20, 9.

[444] La expansión de Lázica comienza en el siglo IV, y poco a poco fue sometiendo a las tribus vecinas, apsilios, abasgos, misimianos y otros pueblos suanos, aunque la relación era distinta con cada uno: los abasgos tenían sus propios gobernantes, mientras que los apsilios y los misimianos estaban bajo su control directo; los primeros pasaron en el siglo VI a ser vasallos directos de Bizancio, mientras los demás, aunque nominalmente eran súbditos de Lázica, de hecho lo eran del Imperio, que de esta manera controlaba una zona de gran interés; véase BRAUND, *Georgia in Antiquity...*, págs. 278-280.

[445] La manera de someter y fortalecer el reino lazo era a través de estas

Lo acompañaban sus dos hijos mayores, Filagrio y Rómulo, 7
para que, una vez fuera de casa, comenzasen su obligado entrenamiento físico al ser casi hombres hechos y derechos, capaces de soportar ese esfuerzo. En cambio, su tercer hijo, Eustratio, se había quedado en Bizancio, pues era muy joven aún y no tenía
fortaleza física. De modo que Soterico llegó a la tierra de los 8
llamados misimianos, que eran súbditos del rey de los colcos, como también los apsilios[446], aunque tienen una lengua distinta y diferentes costumbres. Viven más al norte que los apsilios y un poco más al este[447].

Los misimianos sospechan una traición

Cuando llegó a su tierra, les asaltó la idea de que quería en- 9
tregarles a los alanos[448] una de sus fortalezas levantadas cerca

contribuciones en dinero, cuyo inicio desconocemos, pero que eran tan frecuentes como para no necesitar de ninguna explicación por parte de los autores que hablan de ellas; véase Braund, *Georgia in Antiquity...*, pág. 309.

[446] Para los apsilios, cristianos, que vivían al norte del Fasis, alrededor de Sebastópolis, y eran súbditos de los colcos desde hacía tiempo, Procopio, *Guerras* VIII 10, 1-8, donde nos relata el intento de revuelta de este pueblo contra los colcos, que lo solucionaron con ayuda de los romanos.

[447] En las orillas del curso alto del río Kodor, entre el Cáucaso y la costa. El límite entre un territorio y otro está marcado por la fortaleza de Tibéleos; *cf.* IV 15, 5.

[448] Aunque la mayor presencia de los alanos es en la parte occidental del Imperio, hay un grupo importante en esta zona: Zacarías, *Hist. Eclesiástica* 39, 214-215, los localiza más allá de las Puertas Caspias, en la zona entre la laguna Meotis y el Cáucaso, en territorio huno y junto a varias tribus hunas o turcas que aún vivían en tiendas, como onoguros, oguros, sabiros, búlgaros, cotriguros, etc. Procopio nos dice *(Guerras* II 29, 29) que el rey Gubaces se había procurado una alianza con alanos y sabiros, que por tres centenarios se habían comprometido a proteger el territorio de Lázica de saqueos, y era

de la frontera con Lázica[449], llamada Bucloo, para que los embajadores de los pueblos que habitaban las tierras más lejanas se reunieran allí a recibir el pago y quien llevase el dinero no tuviera ya necesidad de viajar a través de las estribaciones del Cáucaso ni de ir en persona hasta allí.

16 Fuera porque los misimianos lo sabían de fijo o sólo porque lo sospechaban, enviaron a dos de sus hombres más distingui-
2 dos, llamados Cado y Tianes. Al encontrar al general acampado cerca de la fortaleza, éstos confirmaron sus sospechas: «General —le dijeron—, lo que planeas hacernos no es nada bueno: tú no debes permitir que nadie se quede con lo que es nuestro, y mucho menos quererlo para ti. Aunque si en verdad no es éste tu deseo, vete cuanto antes de aquí a entretenerte en otro sitio. No te faltarán víveres: nosotros te procuraremos todos. De ninguna manera has de quedarte aquí y no vamos a permitir que lo hagas bajo ningún pretexto».

3 Ante este presuntuoso comportamiento, Soterico pensó que era inadmisible que unos súbditos de los colcos, subordinados a su vez de los romanos, se insolentasen contra éstos y ordenó a sus guardias que los atacasen con los bastones que llevaban. Ellos los golpearon sin piedad y los enviaron de vuelta medio muertos.

Justiniano quien había de pagar esa cantidad. Para los alanos en esa época, véase A. ALEMANY, «Sixth Century Alania: between Byzantium, Sasanian Iran and the Turkic World», en M. COMPARETI *et al.* (eds.), *Ērān ud Anērān. Studies presented to Boris Il'ic Marsak*, Venecia, 2006 (edición electrónica: http://www.transoxiana.org/Eran/Articles/gnoli.html), quien señala que este episodio demuestra una cierta enemistad entre los dos pueblos.

[449] Los misimianos controlaban la ruta principal a través del Cáucaso en el límite nororiental de Lázica.

Asesinato de Soterico

Soterico no creyó que este suceso fuera a producir ninguna 4
enemistad, al contrario, pensaba que no habría nada de lo que
preocuparse, igual que si hubiera castigado la falta de unos sir-
vientes suyos; permaneció en el mismo lugar y después, cuando
llegó la noche, se fue a dormir sin ningún temor y sin tomar nin-
guna precaución: sus hijos y su guardia, así como los servidores
y esclavos que iban con él, todos se acostaron más despreocupa-
damente que si hubieran estado acampados en territorio enemigo.
Pero entonces los misimianos, para quienes había sido un in- 5
sulto intolerable, los atacaron con su armamento más pesado; en-
seguida alcanzaron la estancia donde dormía el general y mataron
primero a los que le servían como chambelanes. Naturalmente, 6
con el tumulto y el enorme ruido producidos, Soterico y todos sus
acompañantes supieron de la desgracia que estaba teniendo lugar.
Así que el miedo les hizo saltar del lecho, pero como aún estaban
aturdidos, con la cabeza pesada por el sueño, no les era fácil de-
fenderse. Unos intentaban emprender la huida pero las mantas les 7
trababan los pies; otros se lanzaron a sus espadas para intentar al-
guna maniobra contra el enemigo, pero no hacían más que dar
vueltas sin éxito porque estaban a oscuras y no tenían salida: se
golpeaban contra los muros, sin recordar dónde estaban sus ar-
mas. Algunos habían desistido de pelear por sentir que ya estaban
atrapados y sólo se lanzaban tristes gritos unos a otros, pues no
podían hacer nada más. En tal estado de consternación, los bár- 8
baros cayeron sobre ellos y mataron al propio Soterico, a sus hi-
jos y a todos los demás, excepción hecha de uno que se salvó qui-
zá por conseguir llegar a un portillo o por esconderse de algún
otro modo. Después de hacerlo, esos hombres vengativos sa- 9
quearon a los caídos, se llevaron todas sus posesiones y además
se apoderaron del oro del emperador como si hubieran matado a
verdaderos enemigos y no a amigos y señores suyos.

Los misimianos se alían con los persas

17 Una vez hubieron perpetrado el crimen y con la impresión de que satisfacer sus instintos había calmado la cólera que les inflamaba el ánimo, sólo entonces, al pensar en lo que habían hecho, empezaron a considerar y a comprender cómo se la estaban jugando, porque en muy poco tiempo los romanos ven-
2 drían a vengarse y ellos no iban a poder hacerles frente. Como consecuencia, en una clarísima defección, hicieron un acercamiento a los persas y les enviaron embajadores, pidiéndoles que los aceptaran, y les dieran en adelante protección como a súbditos suyos[450].

3 Cuando los generales romanos fueron informados de todos estos sucesos, se indignaron sobremanera pero no pudieron hacérselo pagar inmediatamente a los misimianos, pues estaban agobiados por dificultades de mucha mayor gravedad.

NACORAGAN SE DIRIGE A NESO

4 Pues Nacoragan, al mando de sesenta mil aguerridos soldados, marchaba hacia Neso, donde se encontraban reunidos Martino y Justino, el hijo de Germano, con sus ejércitos.

---

[450] Según la narración *(cf.* II 27, 9), esta embajada tuvo lugar en el 555. Ahora bien, en IV 12, 2-6, se nos describe mucho más detalladamente una embajada de los misimianos a los persas, pero situándola en el 556. Para STEIN, *HBE*, págs. 811-813, se trata de la misma embajada: el asesinato fue en la primavera del 556 y la embajada en el invierno de ese año. Agatías, entonces, comete un importante fallo de cronología. Véase también CAMERON, *Agathias*, págs. 143-144.

REFRIEGA CERCA DE ARQUEÓPOLIS

Sabiros y Dilimnitas se preparan

Había unos mercenarios hunos, llamados sabiros[451], que per- 5
tenecían a la infantería pesada del ejército romano, en número no
inferior a los dos mil, y los dirigían sus más destacados hombres,
Balmax, Cutilzis e Iliger. Estos sabiros estaban acampados en la
llanura que rodeaba Arqueópolis, como les había ordenado Mar-
tino, con el fin de que causaran el mayor daño posible al enemi-
go, que iba a pasar por esa ruta, y le hicieran el camino más difí-
cil y peligroso. Pero cuando Nacoragan supo que los sabiros 6
estaban allí apostados con ese fin, separó del conjunto del ejérci-
to a unos tres mil dilimnitas[452] y los envió contra ellos, ordenán-
doles que los destruyeran completamente a todos (pues era fan-
farrón y jactancioso), para que no quedase con vida ninguno que
acechara su retaguardia mientras él iba a la batalla.

Características de los dilimnitas

Los dilimnitas, el pueblo más numeroso de entre todos los 7
que hacen frontera con Persia a este lado del Tigris[453], son beli-
cosos en extremo y no son sólo arqueros y tiradores, como la in-
mensa mayoría de los medos, sino que llevan lanzas y sarisas y
una espada colgada del hombro; en el brazo izquierdo se ciñen un
pequeño puñal y se defienden con escudos y rodelas. No parece-

---

451 Procopio nos dice que esta tribu vivía cerca de alanos y abasgos, fronterizos con Iberia (*Guerras* II 29, 15-16).

452 Procopio, que los llama dolomitas (*Guerras* VIII 14, 6-7), nos dice que eran bárbaros que vivían en mitad de Persia pero que nunca habían estado sujetos al rey persa, aunque siempre actuaban como mercenarios en su ejército.

453 En realidad, en la ribera occidental, entre el río y el mar Caspio, en la provincia montañosa de Māh, el corazón de la Media.

rían ni auténtica tropa ligera ni tampoco hoplitas y luchadores
8 cuerpo a cuerpo. Pues pueden lanzar proyectiles a distancia y también entablar un combate de contacto y son expertos en cargar sobre las falanges enemigas y con su acometida desbaratar las formaciones cerradas; además, les es fácil reorganizarse y adecuarse a las circunstancias. Escalan con facilidad las cimas de las colinas y desde allí dominan por completo el territorio y si huyen salen corriendo con toda rapidez y si son ellos los perseguidores ejercen un hostigamiento completo y bien coordinado; como son expertos en casi cualquier forma de guerra y están muy
9 bien equipados infligen un gran daño al enemigo[454]. Están además muy acostumbrados a luchar con los persas, aunque no como tropas de reclutamiento entre súbditos, pues son libres e independientes y no están hechos para ser sometidos por la fuerza.

Los dilimnitas se dirigen hacia el campamento sabiro

18 En cuanto se hizo de noche el destacamento de dilimnitas marchó contra los sabiros, ya que les pareció que si los atacaban mientras dormían los matarían a todos fácilmente. Y creo que no habrían fallado sus expectativas si no hubieran tenido la suerte en contra.

2 Pues sucedió que mientras se dirigían a su objetivo en medio de la soledad y las sombras, un colco se topó con ellos; le atraparon muy satisfechos y le obligaron a dirigirles en su marcha hasta los sabiros. Éste acató la orden de muy buen grado y fue el guía de la expedición hasta que, al alcanzar un espeso soto, se agachó sigilosamente y se ocultó. De este modo se escabulló de sus seguidores y a todo correr se adelantó en llegar

---

[454] La descripción es similar, aunque más detallada, a la ofrecida por PROCOPIO, *Guerras* VIII 14, 8-9.

al campamento de los hunos. Los encontró a todos durmiendo y 3
roncando despreocupadamente. «Desgraciados —les increpó a
grandes gritos—, un poco más y estáis muertos.» Así consiguió
despertarles y entonces les anunció que los enemigos llegarían
inmediatamente.

Levantándose con gran alboroto cogieron sus armas, salie- 4
ron fuera de la empalizada y allí se ocultaron divididos en dos
grupos. Dejaron la entrada sin vigilancia y las tiendas de made-
ra y tela tal y como estaban.

Fallido ataque de los dilimnitas

Los dilimnitas, a pesar de haber atravesado una y otra vez los 5
mismos caminos por su desconocimiento del terreno, aun así lle-
garon al campamento de los hunos durante la noche. Se arrojaron
sin dudarlo a su propia desventura y entraron todos dentro.

No hacían nada de ruido, para que los otros no se desperta- 6
ran ni se levantaran: tranquilamente, les clavarían sus lanzas a
través de las mantas y la lona de las tiendas y así acabarían con
ellos mientras aún estaban acostados. Creían que ya se había 7
cumplido todo el plan, cuando los sabiros, emboscados, se lan-
zaron de repente contra ellos atacándoles por todos los lados.
Totalmente atónitos por el revés que habían sufrido sus previ-
siones, se quedaron confusos y horrorizados porque al estar
atrapados en un espacio tan pequeño no les era fácil huir ni tam-
poco distinguir con claridad al enemigo, tanto por la oscuridad
como por el miedo.

Y cierto es que fueron aniquilados por los sabiros, sin que 8
les fuera posible defenderse de ninguna manera. Ochocientos
hombres resultaron muertos dentro del campamento; los otros
que consiguieron escapar se quedaron vagando por la zona, sin
saber dónde estaban: cuando creían que se habían alejado lo su-

ficiente, resultaba que habían estado andando en círculos y volvían a tropezar con el enemigo.

Babas ataca a los dilimnitas supervivientes

9 Todos estos sucesos tuvieron lugar por la noche. Al romper el alba y llegar el día, los dilimnitas que habían sobrevivido pudieron distinguir el camino y correr deprisa hasta el campamento persa, aún acosados por los sabiros.

10 Al general Babas[455], que estaba al mando de las tropas romanas dispuestas desde hacía tiempo en la Cólquide, a este Babas (que casualmente estaba pasando la noche en Arqueópolis) le zumbaron los oídos del estruendo y el griterío que llegaba de
11 todas partes. Mientras duró la oscuridad y la ignorancia de lo sucedido, se quedó dentro, quieto y en completo silencio. Pero cuando amaneció y, desde lo alto, vio exactamente lo que estaba sucediendo y a los dilimnitas perseguidos por los sabiros, entonces él mismo se precipitó fuera de la fortaleza acompañado por una tropa numerosa y mató a una parte no pequeña de los enemigos, de modo que de tamaño contingente[456] no consiguió llegar hasta Nacoragan ni un millar en total.

NACORAGAN PARLAMENTA CON NARTINO

19 Éste, al fallar este intento, se dirigió inmediatamente hacia Neso y acampó cerca de los romanos; después invitó a Martino a
2 parlamentar. Y cuando llegó, le dijo: «General, tú que eres, con

[455] Enviado desde Tracia a la Cólquide en el 551, *cf.* PROCOPIO, *Guerras* VIII 9, 5.

[456] Tres mil hombres, según III 17, 6.

mucho, el más sensato, sagaz y poderoso entre los romanos, aun así no quieres que cesen ya el sufrimiento y las desgracias de ambos monarcas, sino que permites que se arruinen por completo el uno al otro. Si, a pesar de todo, quieres ahora aceptar una nego- 3
ciación y un acuerdo, ve entonces y trasládate con tu ejército a la ciudad póntica de Trapezunte[457], mientras nosotros los persas nos quedamos aquí. De este modo discutiremos los términos del armisticio tranquilamente, usando mensajeros de confianza. Pues 4
si no te llevas a tu ejército voluntariamente, sabe, insigne general, que lo echaremos de aquí a la fuerza: es segurísimo que yo tengo la victoria y me adorno con ella más fácilmente aún que con esta joya». Y al decir esto mostró el anillo que llevaba.

RESPUESTA DE MARTINO

Ante esto, Martino respondió: «La paz a mí desde luego me 5
parece también el mejor objetivo y negociaré contigo si la pretendes y la restableces. Sin embargo, creo que lo mejor sería que hiciéramos lo siguiente: tú te vas lo más rápidamente posible a Iberia, yo me pongo en camino hacia Moqueresis, y así analizamos la situación. En cuanto a la victoria, desde luego puedes 6
fanfarronear y presumir y tenerla por asunto de mercaderes y charlatanes; pero te digo que por decisión del Todopoderoso, la balanza no se inclina del lado de los más arrogantes, sino del lado de aquellos a los que apoya Quien todo lo rige»[458].

---

[457] Hoy Trebisonda. Una de las más antiguas colonias en la Cólquide. En esos momentos formaba parte de la provincia del Ponto Polemoniaco.

[458] Ligera modificación de la creencia, más ortodoxa, defendida por EETES (III 3, 8) y por el propio Agatías en ocasiones (por ejemplo, en III 22, 5) acerca de que la victoria será de los justos, no por serlo, sino porque Dios los apoya; véase Introducción 3.3.

7 Tras la muy valiente y piadosa respuesta de Martino y su indignación ante las bravatas del bárbaro, se separaron sin negociar paz alguna. Nacoragan volvió a su campamento y Martino a Neso.

ATAQUE A FASIS

Nacoragan se prepara

8 Pero Nacoragan no quiso permanecer en ese lugar y decidió ir a la ciudad de Fasis[459] y desafiar allí mismo a los romanos, ya que había tenido conocimiento de que su fortificación era fácil de atacar, al estar hecha completamente de madera y ser la llanura circundante muy accesible y perfecta para acampar[460].

9 Es conocido, creo, por todos, que la ciudad de Fasis recibe su nombre del río que corre muy próximo a ella hacia el Ponto Euxino; muy cerca de la costa y de la desembocadura se levanta la fortaleza. Dista de Neso no más de seis parasangas[461] hacia el oeste.

20 Y en efecto Nacoragan, avanzada la noche, tras echar al río y atar entre sí las barcas que había llevado en los carros, construye, por sus propios medios y a escondidas de los romanos, un pontón por el que hace pasar a todas sus fuerzas al otro lado del río.
2 Quería con ello llegar al lado sur de la fortaleza, donde la corriente del río no le iba a estorbar en su aproximación a la misma,
3 pues fluía por el norte. Ya de madrugada, levantó su ejército del

---

459 Antigua colonia milesia, situada en la desembocadura del río Fasis, rodeada por un lado por el río, por otro por un lago y por el tercero por el mar. Era un importante enclave tanto comercial como militar en la zona.

460 Sobre el asedio de Fasis, CAMERON, *Agathias*, págs. 46-47. Es una colección de episodios de una verosimilitud más que dudosa, aunque sí muy pintorescos, además de servir todos ellos como *exempla* a la idea moral que anima todo el relato.

461 Si son las parasangas lázicas, *cf.* II 21, 7-8, unos 22 km.

ribazo para emprender la marcha y, tras dar un rodeo para alejarse lo más posible de Neso, prosiguió su avance.

Encuentro en el río

Hasta media mañana los romanos no supieron que los persas 4
habían cruzado y muy nerviosos procuraron con todas sus fuerzas llegar a la fortaleza antes que los enemigos. Para ello pusieron en movimiento todas las trirremes y las naves de treinta remeros y las condujeron a toda velocidad por la corriente del río.
Pero Nacoragan se había apresurado y se encontraba ya a mitad 5
de camino entre Neso y la fortaleza. En ese lugar construyó una barrera con troncos y barquichuelas cerrando el río y colocó detrás a sus elefantes en columnas, extendiéndolos hasta donde le
fue posible. Cuando la flota romana vio lo que tenía delante, re- 6
trocedió de popa y remó con fuerza hacia atrás y aunque era muy
dificultoso al ir contra corriente, se alejó de allí. Incluso así, los 7
persas tomaron dos naves vacías de marineros. Los hombres que iban a ser capturados tuvieron el gran coraje de lanzarse a las aguas y eligieron, sin duda, en lugar del peligro más cierto y grave, el menos terrible poniéndose en manos de la imprevisible fortuna; así que saltaron con presteza por la borda y nadaron ocultos bajo el agua hasta conseguir llegar a sus naves.

Los romanos se preparan en Fasis para el asedio

Entonces los romanos dejaron al general Buces en Neso, 8
con su propio ejército, para cuidarse allí de todo y ayudar en lo que hiciera falta. Todos los demás cruzaron el río de través e hicieron otra ruta por tierra firme para no encontrarse en su marcha con el enemigo; llegaron así a la ciudad que debe su nom-

bre al Fasis y al llegar dentro de las puertas los generales repartieron entre sus formaciones la tarea de vigilar la fortificación, pues no se creían lo bastante fuertes como para resistir una batalla cuerpo a cuerpo.

9 Primero Justino el hijo de Germano y sus huestes se aposta-
ron en la parte más alta que caía hacia el mar. Un poco más le-
jos se colocaron el general Martino y sus fuerzas. En la parte
central Angilas con los lanceros y peltastas moros[462], Teodoro
con los soldados tzanos[463] y Filomatio con los honderos y lan-
10 zadores de dardos isaurios[464]. Un poco alejados de éstos se en-
contraba el destacamento de lombardos[465] y hérulos, que dirigía
Gibro. Y todo el resto de la muralla que acababa en el este esta-
ba ocupado por los regimientos orientales, al mando del gene-
ral Valeriano: así es como quedó dispuesto el ejército romano
encima de la muralla[466].

---

[462] También Procopio nos habla de soldados moros en la campaña vándala, *Guerras* V 5, 4.

[463] Los tzanos habitaban en las montañas cercanas a Trapezunte, en los límites con el Ponto Polemoniaco, Armenia y Lázica. PROCOPIO, *Guerras* I 15, 25, nos dice que una vez sometidos, mudaron su modo de vida a otro más civilizado y empezaron a alistarse en el ejército imperial.

[464] Isauria es una región del Tauro, entre Cilicia y Pisidia; su principal ciudad era Seleucia. Por su experiencia en la batalla y sobre todo, en terrenos abruptos, formaron parte del ejército desde el siglo v; véase JONES, *LRE*, págs. 203 y 660-661.

[465] Reclutados en el Danubio, en tierras de Panonia, donde se habían instalado como *foederati* en los primeros años del imperio de Justiniano, aparecen en diversas campañas: en Persia nos los presenta Procopio en *Guerras* VIII 26, 11-13.

[466] Fiel reflejo de la muy variopinta composición étnica del ejército romano, que sin duda había ido aumentando en los últimos años de guerras. Para la evolución en este proceso, en el que parece que los bárbaros ganan importancia más desde el punto de vista cualitativo que cuantitativo, véase J. L. TEALL, «The Barbarians in Justinian's Armies», *Speculum* 40.2 (1965), 294-322.

Además, habían construido una muy sólida empalizada delante de ellos para protegerse ante un primer ataque y como si fuese una parte de la muralla. Pues, como es natural, temían por ésta, ya que estaba hecha de madera y con el paso del tiempo en muchos puntos se encontraba muy deteriorada. También se ha- 21
bía excavado un foso muy ancho alrededor que ya estaba lleno a rebosar de agua, para que quedara completamente oculta la apretada hilera de estacas que estaban allí clavadas. Y es que pueden anegar fácilmente cualquier lugar canalizando el agua de la laguna —que incluso ellos llaman «el pequeño mar»— que se forma en la desembocadura en el Ponto Euxino. 2

Grandes naves mercantes fondeadas en la playa y en la desembocadura del Fasis, muy cerca de la fortaleza, tenían colgados, bien sujetos, los esquifes alrededor de las cofas de los mástiles, a tal altura que alcanzaban e incluso sobrepasaban la de las torres de la ciudad. Allí arriba se habían colocado soldados 3
y también los más aguerridos y valientes marineros; llevaban hondas y arcos y flechas; y también habían preparado catapultas dispuestas ya para entrar en acción. Además, otras naves, 4
que habían subido por el río, se encontraban en la otra orilla, en la que estaba Valeriano, preparadas igual que las anteriores, para así impedir el ataque de los enemigos contra la ciudad disparándoles desde arriba y por ambos lados. Para que estas na- 5
ves que estaban en el río no sufrieran ningún daño, el oficial anto Dabragezas y un centurión huno, de nombre Elmingiro[467], según las órdenes de los generales, llenaron con sus propios hombres diez barcas con dos proas y fueron río arriba todo lo que pudieron para vigilar sin descanso, moviéndose continuamente por los distintos vados, tanto por mitad de la corriente, como por una u otra orilla. 6

[467] Véase nota 128.

Los romanos recuperan una nave

7 Allí les sucedió un hecho agradable en extremo para estar en los preparativos de una guerra: más arriba de donde ellos estaban, las dos naves de treinta remeros romanas, que ya dije habían sido capturadas por los persas vacías de hombres, estas naves, que llevaban hoplitas medos, esperaban en el río amarradas con
8 unos cabos delgados. Al llegar la noche todos los hombres de las naves se tumbaron a dormir. Pero como se produjo una corriente muy fuerte y los cables estaban muy tensos por la inclinación de los barcos, la cuerda de una de las naves se rompió de repente. La corriente la empujó libre y sin traba alguna y, al no tener remeros que ofrecieran resistencia, ni timón alguno que la enderezara, la llevó directamente río abajo y se la entregó a los romanos
9 de Dabragezas. Cuando vieron su botín se hicieron con él llenos de alegría y celebraron su buena fortuna porque había vuelto llena de hombres una nave que antes habían dejado vacía.

Enfrentamiento en el exterior de la fortaleza

22 En esto, Nacoragan levantó campamento y se dirigió hacia la ciudad con todo su ejército; quería plantear un ataque a distancia y probar si los romanos salían a combatir, para de esta manera tener una idea clara de cuáles debían ser sus preparativos para
2 la siguiente ocasión. De modo que, cuando los persas llegaron a tiro de arco, comenzaron a disparar en andanadas, como era su costumbre. Fueron heridos muchos romanos y aunque algunos siguieron con la defensa de la ciudad, otros tuvieron que retirar-
3 se. Angilas y Filomatio y los cerca de doscientos hombres que estaban con ellos, aunque Martino había ordenado a todo el ejército que cada uno permaneciese en su puesto y luchase desde una posición segura, abrieron la puerta que tenían debajo y car-

garon contra el enemigo. Teodoro, el oficial de la hueste tzana, 4
al principio los contuvo y frenó su acometida, indignado con
ellos por su precipitación. Pero como no le obedecían, se some-
tió él mismo a la voluntad de la mayoría y, aunque no cedió de
buen grado, acabó saliendo con ellos para no ser tomado por un
cobarde que sólo por esa razón apelaba a la prudencia y al buen
sentido. Y aunque no le parecía nada bien lo que se estaba ha-
ciendo, sin embargo se resignó a participar y llegar hasta el final.

En poco tiempo todos habrían sido aniquilados si no hubiera 5
sido otra la decisión adoptada por el Todopoderoso. Pues los di-
limnitas que estaban en aquella zona y que estaban formados en
falanges, al ver el pequeño número de los atacantes, los dejaron
acercarse y los esperaron tranquilamente. Cuando estaban ya 6
muy cerca, desplegaron sus alas y los envolvieron a todos en un
círculo perfecto; los romanos, completamente rodeados, no sa-
bían qué hacer contra el enemigo y les parecía imposible y ab-
surda cualquier forma de huida. Replegados sobre sí mismos y 7
con las lanzas en alto, cayeron de repente sobre los enemigos que
se encontraban más cerca de la ciudad. Al ver el enorme impul-
so que llevaban en medio de su desesperación, se apartaron y les
abrieron camino, sin poder enfrentarse a hombres que buscaban
la muerte y que no se paraban a pensar a qué les iba a llevar su
coraje. Así que, al dejarles los otros con el camino libre, los ro- 8
manos llegaron rápidamente al otro lado de la muralla y de un
golpe cerraron las puertas tras de sí. Corrieron tan gran peligro
sólo por merecer el honor de salir huyendo para salvarse.

Los persas preparan el terreno exterior

Por su parte, los porteadores persas habían estado trabajan- 23
do mucho tiempo para cubrir el foso y fue entonces cuando
acabaron su trabajo, tras cerrar completamente todas las grietas

y baches, de modo que fuera un terreno seguro incluso para un
ejército dispuesto al asedio y pudieran las máquinas de asalto
2 aproximarse sin dificultad. Pero gastaron en esta labor mucho
tiempo, en relación a su mano de obra. Pues, aunque habían
vertido una enorme cantidad de piedras y tierra, no les había
bastado para llenarlo y no había apenas madera, excepto la que
cortaban en el lejano bosque y tanto les costaba transportar.
3 Pues los romanos habían quemado previamente todo el campo
que rodeaba la fortaleza e incluso los albergues de viajeros y
cualquier otro alojamiento que estuviese construido cerca. Lo
hicieron para que el enemigo, al no disponer de esa madera, no
pudiese realizar cómodamente los preparativos de sus operacio-
4 nes. Durante aquel día no sucedió nada más digno de mención,
pero al caer la noche Nacoragan volvió al campamento con el
grueso de su ejército.

Artimaña de Martino

5 Al día siguiente Martino, que deseaba exaltar el ánimo de
su gente y asustar al enemigo, reunió al ejército romano al
completo, para reflexionar sobre sus actuales circunstancias.
De repente apareció en el centro —tal y como había planea-
do— un hombre desconocido, completamente cubierto de pol-
vo y con el aspecto de haber hecho un largo viaje; dijo que ve-
6 nía de Bizancio y que traía una carta del emperador. Lleno de
una aparente alegría, el general la abrió al punto y empezó a le-
erla no en secreto ni con la calma suficiente para entender bien
lo que allí leyeran sus ojos, sino en voz alta y clara para que to-
dos pudieran oírlo.

7 En aquella carta quizá estaba escrito algo distinto a esto,
pero las palabras que pronunció fueron las siguientes: «Os he-
mos enviado otro ejército no menor que el que tenéis. Y aunque

el enemigo llegara a ser mucho mayor en número, no será tan superior en tamaño como vosotros en valentía, de modo que sucederá que la inferioridad y la desproporción no quedarán sino como igualdad. Pero para que aquéllos no se jacten de aquélla, 8 ahí tenéis el ejército, que ha sido enviado no por necesidad, sino para nuestra mayor gloria y honor. Por tanto, tened ánimo y actuad con valor, que nosotros no descuidamos ninguna de nuestras obligaciones».

Martino, inmediatamente, le preguntó dónde estaba el ejér- 9 cito. Aquél dijo: «Se encuentra como mucho a cuatro parasangas lázicas»[468], porque los había dejado acampados junto al río Neocno[469].

Entonces Martino, fingiendo enfado, dijo: «Que se marchen 10 ahora mismo lo más rápido posible y que regresen a casa: yo jamás les dejaría estar aquí, porque sería terrible para los hombres que desde hace tanto componen nuestro ejército y que han sufrido durante tanto tiempo y se han enfrentado en tantas ocasiones al enemigo, ahora que están a punto de librarse de él y de alzarse finalmente con la victoria, que lleguen éstos cuando ya no hay necesidad y, tras enfrentarse a un peligro mínimo, consigan la misma fama y se les atribuya a ellos el final de la guerra. Y lo más injusto de todo, que obtengan la misma recompensa que ellos. Quédense, pues, en tanto preparan su marcha: 11 nos bastamos los que estamos aquí para llevar a buen término el resto de la guerra». Y volviéndose a las tropas, dijo: «¿O acaso 12 no opináis lo mismo, compañeros?». Éstos lo aclamaron con grandes voces y gritaron que su decisión era la más justa para el ejército. Pletóricos de confianza, no tenían necesidad de que 13 nadie les ayudara, ya que les movían a superarse a sí mismos la esperanza del botín y también el hecho de creer que iban a con-

[468] Unos 15 km; *cf.* nota 263.

[469] Sin identificar.

seguir todas las riquezas enseguida, como si ya hubieran acabado con los enemigos y sólo tuvieran la preocupación de cómo repartirse las ganancias[470].

Los persas se preparan ante el supuesto nuevo ejército

24 Y también otro de los planes de Martino tuvo éxito, ya que entre la tropa circuló el rumor, que se extendió a todos los rincones y que llegó hasta los propios persas, de que efectivamente junto al río Neocno había otro ejército romano que enseguida se
2 uniría al primero. Se quedaron paralizados por el temor de que ellos, agotados por las muchas penalidades, iban a luchar contra un enemigo nuevo, descansado y fresco. Nacoragan, sin embargo, no perdió el tiempo y mandó, de su caballería, un escuadrón de tamaño regular al camino por el que creía, engañado por la
3 patraña, que pasaría ese ejército. Cuando llegaron derrocharon energías y desvelos innecesarios: ocuparon los puntos estratégicos de la zona y después se ocultaron allí a esperar a los que nunca aparecerían, con la idea de que, como vendrían desprevenidos, el ataque sería por sorpresa y cortarían la velocidad de su avance
4 hasta que consiguieran la rendición de la fortaleza. De modo que una fuerza no pequeña de persas se encontraba allí sin hacer nada útil, separada del resto del ejército. Y aun así, sacó entonces Nacoragan a sus tropas, por el deseo de adelantarse al ataque del inexistente ejército y se dirigió, con gran audacia, contra los romanos, presumiendo sin reparos y muy ufano de que ese mismo día la ciudad entera con todos sus habitantes sería pasto de las lla-
5 mas. Es evidente que había olvidado, él, que estaba lleno de arro-

---

[470] El engaño de Martino es, en opinión de todos los críticos, «manifiestamente absurdo», pero da un gran juego narrativo; véase CAMERON, *Agathias*, pág. 46.

gancia, que se dirigía a la guerra, un asunto incierto y dudoso, en el que ahora se inclina la balanza a un lado, ahora a otro y, sobre todo, en el que cada acontecimiento depende de una fuerza divina y superior, y en el que no hay suceso insignificante, sino que trae como consecuencia que se tambaleen y se trastornen miles de personas, innumerables ciudades y civilizaciones enteras, que ven completamente arruinadas sus esperanzas[471]. Llegó a tal gra- 6
do de engreimiento que incluso a los campesinos y sirvientes que, repartidos por el bosque, estaban talando árboles para hacer leña o para la fabricación de las máquinas de guerra, a todos éstos les ordenó que, cuando vieran que salía humo, supieran que era porque las llamas ya se habían adueñado de la empalizada de los romanos y entonces dejaran lo que tuvieran entre manos, fueran corriendo hasta allí y colaboraran en el fuego para que todo se consumiera más rápidamente. Y él, gloriándose con tales bravatas, lanzó el ataque.

Justino sale con un grupo de hombres

Mientras tanto, a Justino el hijo de Germano (que no sabía 7
que Nacoragan iba a atacar en ese momento) creo que una inspiración divina le hizo ir todo lo rápido que pudo a un lugar sagrado en extremo entre los cristianos[472] y pedir ayuda a la divinidad. Tras elegir, de entre el ejército de Martino y el suyo 8

---

[471] La misma idea recurrente en la obra de la voluntad divina que castiga o premia y más en la situación extrema de una guerra. La palabra *anánkē*, 'fuerza', representa la propia voluntad de la divinidad, que los hombres, que no pueden evitarla, deben considerar como absolutamente necesaria (COSTANZA, *Orientamenti*..., pág. 101). Véase Introducción 3.4.

[472] Una de las muy escasas ocasiones en las que Agatías utiliza términos cristianos, aunque es de destacar la perífrasis para referirse a una iglesia y la falta de precisión en los detalles.

propio, a los hombres más fuertes y aguerridos, reunir cinco mil jinetes y armarlos perfectamente para la batalla, se puso en marcha con todos ellos, mientras los estandartes los seguían y la maniobra se llevaba a cabo con orden y método.

Los persas comienzan el ataque

9 Sucedió entonces que ni los persas vieron la marcha de los hombres de Justino, ni éstos a los persas que se dirigían al asalto, pues llegaron por un camino distinto y lanzaron un rápido ataque contra la empalizada, en el que utilizaron más flechas que antes, para así aterrorizarles aún más y más rápidamente poder tomar la ciudad.

25 Y en efecto, una enorme cantidad de flechas volaba en todas direcciones sobre sus cabezas: se oscurecía el cielo con la profusión de proyectiles que se lanzaban unos a otros[473]. Parecía como si estuviera cayendo una gran nevada o un intenso grani-
2 zo acompañado de fuerte viento. Mientras, otros movían las máquinas de asalto, lanzaban flechas encendidas y, protegidos por los llamados espaliones[474], atacaban con hachas los muros, que al ser de madera se partían fácilmente. Otros intentaban excavar en el suelo, llegar a los cimientos principales y así echar abajo la construcción entera.

Los romanos se defienden

3 Los romanos, sin embargo, apostados en las torres y en las almenas, se defendían y resistían con gran coraje, como queriendo

---

[473] La imagen es tópica, y aparece ya en HERÓDOTO, VII 226.

[474] Véase la descripción en III 5, 10.

demostrar que ellos no necesitaban un ejército de refuerzo: el en- 4
gaño de Martino demostró ser extremadamente útil y eficaz en
esa situación, pues todos lucharon hasta el límite, sin dejar de
aplicar ni una sola medida defensiva. En efecto, la gran cantidad 5
de lanzas arrojadas desde lo alto hizo mucho daño a los enemi-
gos, al caer sobre una multitud sin protección y no poder ser des-
viadas hacia otro lado. Enormes piedras eran lanzadas contra los
espaliones, a los que infligían graves daños, mientras otras más
pequeñas, lanzadas con hondas, rompían en pedazos los cascos y
los escudos de los medos y les impedían acercarse lo necesario a
la muralla, al ser hostigados de una manera tan violenta. Entre- 6
tanto, de entre los que estaban dispuestos en los esquifes como
ya he descrito, unos causaban estragos con las flechas que lanza-
ban desde muy arriba, y otros se ocupaban con gran habilidad de
las catapultas y disparaban con grandísima fuerza los dardos con
plumas, diseñados especialmente para esto, de manera que mu-
chos bárbaros, aunque estuvieran aún muy lejos, eran alcanza-
dos, ellos y sus caballos, de forma repentina e inesperada. Al 7
tiempo se había levantado un gran clamor y de uno y otro lado
llegaba el son guerrero de las trompetas. Los persas golpeaban
sus tímpanos y lanzaban violentos gritos para causar terror y el
relincho de los caballos, el silbar de las flechas y el crujir de las
corazas se mezclaban en un tremendo y salvaje estruendo.

Vuelven los hombres de Martino

En este momento y debido a la confusión y el ruido, Justino, 8
el hijo de Germano, que volvía del templo, tomó conciencia de
lo que estaba pasando. Agrupó de inmediato a todos los jinetes
que iban con él, los colocó en una perfecta formación, ordenó
alzar los estandartes a lo más alto y ponerse todos manos a la
obra, sabiendo que el hecho de que estuviesen fuera de la ciu-

dad no había sido algo ajeno a la divinidad, al contrario, así podían aterrorizar al enemigo en un ataque por sorpresa e impedirles el asalto.

9 En cuanto se acercaron un poco vieron a los persas cargando contra la muralla; entonces, gritando, se lanzaron contra aquellos que se encontraban en el lado que daba al mar, ya que habían llegado por allí. Enseguida, unos con lanzas, otros con sarisas, otros con espadas, destrozaron lo que se encontraba a su paso y, tras violentos ataques y embestidas en las líneas enemigas con los escudos, lograron romper su formación.

Lucha en el exterior de la fortaleza

26 Los persas, al suponer que éste era el ejército de cuya presencia habían oído hablar y al imaginar que había llegado evitando a los efectivos que se habían destinado para él, se llenaron de zozobra y temor y, en desorden, comenzaron a replegarse len-
2 tamente y a batirse en retirada. Cuando los dilimnitas vieron esto desde la lejanía (pues estaban luchando en el centro de la muralla), dejaron allí a unos pocos y los demás se dirigieron hacia ese
3 lugar, donde se luchaba con más intensidad. Angilas y Teodoro, los generales romanos a los que antes he mencionado[475], al darse cuenta del escaso número de los que se habían quedado, salieron de la fortaleza con un contingente considerable, dispuestos al ataque: a unos los mataron y otros salieron huyendo y los roma-
4 nos no desistieron de perseguirlos. Cuando lo vieron los otros dilimnitas, los que habían ido a ayudar a los persas que estaban en apuros, de inmediato se dieron la vuelta hacia el otro lado con la intención de enfrentarse a los romanos, creyendo que era mejor ayudar rápidamente a sus compañeros; pero lo hicieron muy de-

[475] En III 20, 9.

prisa y con tal descontrol, que más parecía una huida que un ata-
que al enemigo, pues aunque corrían a ayudar a los suyos, había
en ellos más de espanto que de coraje. Por su parte, el ejército 5
persa que se encontraba más cerca, viendo que los dilimnitas co-
rrían en medio de tal confusión y desorden, se figuraron que no
hacían otra cosa sino huir y, como aquéllos no habrían llegado a
tal grado de vergüenza sino por un peligro que hubiera resultado
completamente abrumador, entonces también ellos salieron hu-
yendo en cobarde desbandada. Y entonces, la fuga que se les ha-
bía supuesto premeditada y a escondidas, se hizo real. Pues los 6
dilimnitas pensaron lo mismo de los persas y les siguieron en su
huida, causantes y a la vez víctimas del error. Mientras pasaba 7
todo esto, muchos de los romanos que habían salido fuera de la
ciudad hacían más evidente la retirada de los enemigos, corrien-
do tras ellos y acabando con quien se quedaba atrás. Otros desde
diferentes puntos se enfrentaban contra los que todavía aguanta-
ban y mantenían la formación[476].

[476] De entre todos los poco creíbles episodios que componen el asedio a Fasis, éste es sin duda el más inverosímil, pues no tiene sentido que Justino, aunque sintiera una urgente necesidad de orar, se lleve a cinco mil hombres con él, haga todo el camino sin notar que llega el ejército persa y sí en cambio, por el ruido, sea consciente de lo que sucede y sea capaz de atacar al ejército enemigo por sorpresa. A partir de ahí, se produce un encadenamiento de hechos que llevan de manera inexorable a la destrucción del enemigo, como dirigidos por una fuerza superior, aquella que oyó las oraciones de Justino, aunque en opinión de CAMERON, *Agathias*, págs. 47-48, todo el episodio tiene un tono deliberadamente objetivo para que siga pareciendo una narración clásica y no cristiana. Es muy posible que el informante de Agatías le diese una versión de los acontecimientos como si hubiesen sido resultado de un milagro. Agatías, al eliminar la explicación milagrosa y buscar causas aparentemente «reales», ofrece un relato incongruente en extremo. En cualquier caso, es llamativo que Agatías presente como un hecho extraordinario el fracaso del asalto a Fasis, un enclave que siempre resultó inexpugnable; véase BRAUND, *Georgia...*, pág. 306.

Una parte de los persas se defiende

8 Pues, aunque el ala izquierda de los bárbaros había sufrido mucho y estaba desarticulada, en el otro flanco resistían bien organizados y con mucho valor: los elefantes, colocados como una muralla y cargando contra las líneas cerradas de los romanos las desbarataban cada vez que las formaban. Además, los arqueros montados en sus lomos causaban un gran daño en sus atacantes, porque desde su situación elevada disparaban con mucha más precisión. Las rápidas cargas de los escuadrones de jinetes hostigaban sobremanera a los hombres que iban a pie, cargados con sus pesadas armaduras. En consecuencia, los romanos de ese lado se vieron forzados a emprender la huida.

Un elefante causa problemas entre los persas

27 Un miembro de la guardia personal de Martino, llamado Ognaris[477], que se encontraba en una situación tan apurada que no le era posible salir de ella, desesperado por las circunstancias y sólo para probar suerte, al más fiero de los elefantes que se le venían encima le dio un violento golpe en la frente con su lanza y le clavó la punta, mientras el resto quedaba colgando.
2 El animal, irritado por la herida y fuera de sí por la lanza que tenía entre los ojos, se revolvió bruscamente pateando, mientras hacía girar la trompa como un molinete, con lo que alcanzaba a

[477] Resulta sorprendente que Agatías nos dé el nombre de este personaje, poco importante tanto en el ejército como desde el punto de vista narrativo; para CAMERON, *Agathias*, pág. 47, es posible que éste sea el informante de Agatías sobre la campaña persa, lo que es coherente además con la escasez de detalles circunstanciales, al contrario de lo que pasa en la campaña italiana.

numerosos persas y los lanzaba por el aire o bien los mataba a montones en medio de un tremendo y salvaje barrito. Los que 3
iban encima de su lomo se cayeron enseguida y murieron pisoteados. Después, aterrorizó a todo el contingente persa, pues derribaba a los caballos que traían y destrozaba por completo lo que tocaba con sus colmillos. Todo eran gritos de terror e in- 4
quietud, ya que los caballos, asustados por la brutalidad de la fiera, estaban desbocados, así que se encabritaban y tiraban por el suelo a sus jinetes; entre jadeos y relinchos irrumpieron coceando en el centro del ejército. Al darse todos la vuelta y a em- 5
pujones intentar salir de allí antes que el vecino, murieron muchos a manos de los suyos, al precipitarse contra las espadas de sus camaradas y amigos.

Los romanos hacen huir a los persas

Como el desorden cada vez era mayor, los romanos, los que 6
habían salido de la muralla y los que quedaban aún dentro, se agruparon entonces en una única falange cuya vanguardia protegieron lo más posible con los escudos; así cayeron sobre los enemigos, que se encontraban en plena confusión. Éstos, que 7
con lo que les había pasado no pudieron soportar el ataque, emprendieron rápidamente la huida, sin ningún orden y sin ni siquiera defenderse de sus perseguidores: cada uno se iba por su lado para salvarse a sí mismo. Incluso Nacoragan, espantado 8
por lo increíble de los acontecimientos que habían tenido lugar, se retiraba a toda velocidad, mientras les hacía a todos señales con su fusta, ordenándoles que huyeran rápidamente, que era, en realidad, lo que estaban haciendo. En algo tan distinto vinieron a dar sus fanfarronadas. Los romanos no dejaron de perse- 9
guir y matar a los bárbaros hasta que Martino, considerando que ya era suficiente, los convocó con la trompeta y calmó sus

10 ánimos. Gracias a ello, los persas lograron a duras penas alcanzar a su ejército, tras haber perdido no menos de diez mil valerosos soldados en esta acción.

Muerte de los servidores persas

28 Al regreso de esta persecución, los romanos quemaron los espaliones y cuanta maquinaria persa quedaba alrededor de la muralla; cuando los porteadores y sirvientes persas que estaban cortando madera en el bosque vieron alzarse las enormes llamas y el humo que ascendía hacia lo alto y se propagaba por el aire, los pobres desgraciados se pusieron en camino hacia la ciudad, creyendo que el recinto estaba siendo consumido por las llamas, tal y como habían prometido las bravuconadas de
2 Nacoragan. Evidentemente fueron corriendo todo el camino, por el temor, supongo, a que se les escapara la ocasión y todo se hubiera reducido a cenizas antes de que llegaran ellos. Competían así en velocidad, sin saber que al vencedor le tocaría ser el primero en morir: todos, uno a uno, fueron capturados y muertos a manos de los romanos, como si sólo hubieran llegado con
3 ese fin. De este modo murieron cerca de dos mil hombres. Para tan gran cantidad de campesinos, hombres sin ninguna preparación militar y que jamás habían pisado el campo de batalla, Nacoragan fue el auténtico responsable de una muerte completamente inesperada, debido a las descabelladas órdenes que había impartido[478]. Y es que el engreimiento no sólo destruye a los jefes que caen en él, sino también a quienes les toca servirles y obedecerles.

---

[478] La causa, pues, del desastre es más racional que moral, al contrario de lo que otras veces nos presenta el autor.

Fin del fallido asalto a Fasis

Tras estos sucesos, los romanos acrecentaron al máximo 4 sus esperanzas de que, en el caso de un nuevo ataque de los bárbaros, podrían vencerlos otra vez con toda facilidad. A cuantos murieron entonces en el campo de batalla (que fueron no más de doscientos) los enterraron con grandes honores, como extrema alabanza por el coraje que esos valientes habían demostrado. A los cadáveres de los enemigos, por el con- 5
trario, los expoliaron de sus muchas armas y de todos los demás objetos, pues algunos no sólo llevaban encima escudos, corazas y goldres llenos de flechas, también cadenas de oro puro, collares y pendientes y otros muchos adornos superfluos y mujeriles con los que los persas más principales gustan de engalanarse, para así estar deslumbrantes y distinguirse del resto de la gente.

NACORAGAN SE RETIRA A IBERIA

Nacoragan, por su parte, como se había quedado sin provi- 6
siones y estaba llegando el invierno, hizo como si fuera a presentar batalla y estuviera preparándose para ello. Pero no era ése el plan que estaba llevando a cabo: tras mandar al día siguiente a las tropas de los dilimnitas muy cerca de los romanos y hacer así que éstos los viesen y creyeran que estaba preparando el ataque, él, junto al resto de contingentes, se dirigía con toda tranquilidad a Cotais y Moqueresis. Cuando ya había he- 7
cho la mayor parte del camino, entonces los dilimnitas rompieron la formación con toda facilidad, ya que llevaban siempre armamento ligero, a pesar de lo cual resultaban robustos y ágiles. También llegó allí el otro destacamento persa, el que había sido 8
enviado con anterioridad al río Neocno por el engaño de Marti-

9 no, tal y como ya he relatado[479]. Sabiendo que los persas habían sido vencidos y que los romanos controlaban toda la región, fueron inmediatamente hasta Moqueresis por una ruta oculta y alejada de los caminos transitados, sin haber participado en absoluto en la batalla y en cambio sí en la vergüenza e ignominia de la
10 huida. Cuando todo el ejército se encontró allí reunido, dejó como comandante de la mayor parte de la caballería a Vafrices, un muy noble varón persa; y él mismo, junto con un pequeño contingente, regresó a Iberia a pasar el invierno[480].

---

[479] *Cf.* III 24, 2.

[480] Del 556/557.

LIBRO IV

SINOPSIS

(**Invierno 556/557**) El juicio por el asesinato de Gubaces.
Constitución del tribunal (1, 1-3). Razones de Justiniano (1, 4-8).
Se da lectura a la carta del emperador (2, 1-6).
Discurso de los acusadores (3, 1-2): el argumento
de los asesinos (3, 3-7); los acusados se justifican
culpando a Gubaces (4, 1-8); efecto en los aliados (5, 1-6);
los acusados desobedecieron las órdenes del emperador (5, 7-9);
Gubaces era amigo de los romanos (6, 1-3);
análisis del asesinato (6, 4-5); conclusión (6, 6).
El público colco se inquieta (7, 1-2). Discurso de Rústico:
Gubaces era un peligro (7, 7-11); necesidad de prevención (8, 1-2);
Gubaces era un traidor (8, 3-10); campaña de Gubaces
contra los romanos (9, 1-5); sucesos previos (9, 6-11);
inutilidad de otras acciones (10, 1-4); conclusión (10, 5-6).
Finalización del juicio (11, 1-4).
(**556**) Conflicto con los misimianos:
Embajada de los misimianos ante Nacoragan (12, 1-7).
El ejército prepara el ataque a los misimianos (13, 1-4).
El ejército romano se detiene en Apsilia (13, 5-6).
Refriega contra los sabiros (13, 7-14, 5). Recuperación
de Rodópolis (15, 1-3). Los romanos entran en el país
de los misimianos (15, 4-5). Embajada ante los misimianos
(15, 6-7). Exceso de confianza de los misimianos (16, 1-2).
Enfrentamiento en Sidereo (16, 3-7). Desorganización
en el ejército romano (16, 8-17, 1). Martino envía como general
a Juan (17, 2-5). Ilo descubre el camino de acceso (17, 6-7).
Los romanos atacan el poblado (18, 1-19, 6). Comienza
el asedio (20, 1-6). Rendición de los misimianos (20, 7-10).

(**557**) El emperador depone a Martino:
Justino como comandante en jefe (21, 1-4). Justino confía en Juan el libio (21, 5-7). Las extorsiones de Juan (22, 1-6). Castigo de Justino (22, 7-9). Calma entre los dos bandos (23, 1). Cosroes castiga a Nacoragan (23, 2-3): el castigo de Marsias (23, 4-5); Sapor aplica ese castigo (23, 6-8).
Segundo *excursus* persa (24-30, 5):
Reinado de Artajares y Sapor (24, 1-4). De Hormisdates I a Vararanes III (24, 5-6). Origen del título de Segan Sha (24, 7-8). Narsés y Hormisdates (25, 1). Sapor II (25, 2-5). El vergonzoso tratado de Joviano (25, 6-8). Artajares y Sapor (26, 1-2). Isdigerdes y el emperador Arcadio (26, 3-8). Vararanes V e Isdigerdes II (27, 1-2). Peroces y Valas (27, 3-5). El reinado de Cabades: los nobles lo expulsan del trono (27, 6-28, 1); Zamaspes, Cabades en el país de los neftalitas (28, 2-4). Cabades recupera el trono (28, 5-29, 1). Los reinados de Zenón el Isaurio y de Nepote (29, 2-4). Cosroes (29, 5-6). Muerte de Cosroes (29, 7-10). Fin del *excursus* y fuente utilizada (30, 1-5).
(**Otoño 557**) Cosroes negocia una paz (30, 6-10).

EL JUICIO POR EL ASESINATO DE GUBACES

Constitución del tribunal

1 Entonces, cuando con la victoria de los romanos parecía haber una tregua y una momentánea calma en las hostilidades, se comenzó con el proceso por los crímenes cometidos antes contra Gubaces[481].

2 Atanasio ocupó el más alto lugar, revestido de la clámide que corresponde a los principales magistrados civiles, en un tri-

[481] La profesión de jurista de Agatías le permite presentar el desarrollo de este juicio con todo detalle y, aunque sin duda está idealizado y tiene carácter ejemplar, es el testimonio más completo de un proceso judicial en la tardoantigüedad; véase C. Humfress, «Law and Legal Practice in the Age of Justinian», en Maas, *CCAJ*, págs. 177-178.

bunal instituido con gran esplendor. Lo acompañaban hombres expertos en escribir y repasar lo escrito a gran velocidad[482] y además, unos colaboradores distinguidos y graves en extremo, expertísimos en todas las sutilezas legales y también heraldos de potente voz y oficiales con látigos. Todos ellos habían sido seleccionados en la corte de Bizancio[483]. Los grilletes de hierro, 3
potros, cepos y otros instrumentos de tortura los llevaban consigo quienes estaban encargados de tal labor[484].

Razones de Justiniano

A mí me parece que Justiniano ordenó que se formase este 4
tribunal con semejante organización y pompa, no a la ligera y sin ningún sentido, sino como consecuencia de una muy razonada decisión sobre lo que se debía hacer. Con ello los bárbaros, al mostrarles tan ostentosamente las leyes romanas, quedarían admirados y se acostumbrarían a ser regidos por ellas en adelante y, por otra parte, los colcos cederían en su indignación de haber sido gravemente ofendidos si Gubaces había sido ejecutado en justicia por haberse pasado al bando de los medos;

---

[482] Una larga perífrasis para evitar el término técnico *tachygráfos*, que aparece, por ejemplo, en LIDO, *De mag.* III 6. No es probable que Agatías hubiese tenido acceso a esas actas.

[483] La descripción refleja en parte el complicado ceremonial que caracteriza todos los actos oficiales bizantinos y que Justiniano quiere reproducir en Lázica, con Anastasio como representante del emperador en todos los sentidos.

[484] La tortura era un método frecuente de investigación, aunque en algunos textos legales se previene de la posible ineficacia de su uso *(cf. Digesto* 48.18). Las fuentes no describen con demasiado detalle los instrumentos empleados. Parece que el más frecuente era el potro. Los grilletes y los cepos servían para sujetar al preso mientras se le azotaba con barras o cadenas. Véase *Digesto* 48.19, «Sobre los castigos».

5 pero si, por el contrario, después de que los asesinos fueran
convictos y condenados por haber realizado una acusación
completamente falsa y en consecuencia haber cometido un im-
pío crimen, un heraldo lo hiciera público y finalmente los cri-
minales fueran conducidos hasta la espada ejecutora y con ella
decapitados a la vista de todos, la resolución del asunto parece-
6 ría más firme y el castigo doble. Pues sabía que si ordenaba eli-
minar en secreto a la manera bárbara a Rústico y a Juan, los
colcos no creerían que se hubiera reparado suficientemente la
ofensa cometida contra ellos, ni que hubieran obtenido justa
7 compensación por los crímenes sufridos. La constitución del
tribunal, la exposición por cada parte de su defensa, los oficia-
les yendo de acá para allá con el fin de que cada uno de los acu-
sados ocupase su puesto y contestase de acuerdo con el proce-
dimiento, la exhibición de toda la pompa y la grandilocuencia
forense y la inminencia del terrible final que todo ello implica-
ba: Justiniano sabía que con cada uno de estos actos a ellos les
parecería que el asunto revestía gran importancia e incluso que
el castigo era superior al crimen.

8 Si incluso a los ciudadanos de Bizancio tales procesos, aunque eran frecuentes, los dejaban atónitos y sobrecogidos, ¡cómo no iban a impresionar a los bárbaros, que no estaban acostumbrados! Por estas razones, creo, se compuso un tribunal romano y aún más, puramente ateniense[485], a los pies del Cáucaso.

---

[485] El tribunal reúne lo mejor de las tradiciones del Imperio romano, por una parte, y de la Atenas democrática —la finura y complejidad de los discursos de ambas partes, perfectamente ajustadas a la más pura oratoria griega clásica—, por otra, es decir, los pilares en los que se ha desarrollado el Imperio oriental, y por ello tiene su fuerte carácter ejemplarizante para los bárbaros.

Se da lectura a la carta del emperador

Sacaron a Rústico y Juan de la cárcel y, como eran los acusados, fueron sentados a la izquierda. En el otro lado se sentaron los impacientes acusadores, que eran los más sabios entre los colcos y que conocían a la perfección la lengua griega. 2

Empezaron pidiendo que se leyera en público la carta del emperador que Juan había llevado al principio a los generales[486], y que tenía que ver con los hechos[487]. Como al juez le pareció bien la petición, uno de los oficiales encargados de ello la leyó con potente voz. Decía más o menos así: 2

«Son increíblemente insólitas las noticias que nos han llegado de que Gubaces, por propia voluntad, ha abandonado sus tradiciones ancestrales y a los que le son afines en todos los aspectos y son, desde antiguo, sus líderes, me refiero a los romanos, y los ha substituido por unas gentes enemigas y ajenas en extremo, que ni siquiera comparten la creencia en Dios; 3
y lo ha hecho sin agravio alguno por nuestra parte. Empero, 4
como sabemos que la naturaleza humana es inestable, vacilante y por su propia esencia se deja arrastrar por los diversos acontecimientos, hemos creído necesario no ser por completo desconfiados pero tampoco dejar de vigilar sus proyectos, reales o imaginarios, ni liberarnos de extremas sospechas e inquietudes, dado lo incierto de la situación. En verdad produce una extraña inquietud no confiar en absoluto en alguien, sino estar lleno de miedo y sospecha, especialmente si se trata de un allegado. A pesar de ello, nosotros, pues esto es norma para todos, nos dejamos llevar por nuestra condición y sentimos también recelo. Sin embargo, para no actuar contra Gu- 5

[486] *Cf.* III 3, 7.

[487] Es lo que ARISTÓTELES, *Retórica* I 2, 1355b 35, califica como *átechnos pístis*, una prueba no elaborada, sino preexistente.

baces de una manera salvaje y cruel, pero tampoco, convencidos de lo improbable del asunto, comportarnos como cobardes, y evitar así arrepentirnos tanto de lo uno como de lo otro, nos ha parecido que una solución prudente entre ambos extremos es que él venga aquí. Enviadle, pues, rápidamente, sea de grado o a la fuerza.

6 »Si sabiendo que éste es nuestro deseo, se opusiera y se negara al viaje, vosotros (pues os estaría permitido, entonces, obrar así) lo capturaríais a la fuerza para traerlo. Es más, si se negara a ello y opusiera cualquier tipo de resistencia, entonces tendríamos pruebas irrefutables de nuestras sospechas y en adelante estaría en el bando de nuestros más acérrimos enemigos, de modo que si alguien matara a quien había cometido tal osadía, su acción no sería considerada por nosotros como incorrecta ni, por supuesto, el responsable de tal acción sufriría ninguna represalia, pues no habría de ser castigado como asesino, sino más bien alabado como ejecutor de un rebelde». Así se conocieron las órdenes contenidas en la carta del emperador[488].

[488] Aunque es muy improbable que Agatías esté reproduciendo la carta real, que difícilmente se conservaría en el momento del juicio, puesto que, como señala CAMERON, *Agathias*, pág. 128, se discute bastante sobre ella, el autor nos ofrece uno de las pocos testimonios de las verdaderas intenciones del emperador, aunque muy disimuladas por el estilo de la epistolografía cancilleresca. Para LAMMA, «Ricerche...», págs. 102-108, en su análisis del juicio, Agatías no afirma claramente la responsabilidad de Justiniano en la muerte de Gubaces, pero la deja entrever, en la línea de su posición un tanto crítica a la política exterior del emperador. Véase Introducción 3.10.

Discurso de los acusadores

Los colcos que ejercían de acusadores, en cuanto el juez de- 3
terminó que podían exponer sus alegaciones, dieron inmediato comienzo a su acusación con estas palabras[489]:

«Basta, juez, con la desvergüenza cometida para que a sus 2
autores se les condene a las máximas penas, aunque nosotros no dijéramos una sola palabra. Pero como según vuestras leyes parece necesario dictar sentencia sobre crímenes enormes y evidentes sólo después de dar cumplida cuenta de lo sucedido, vamos ahora sencillamente a describir estos sucesos. Así se acatará por nuestra parte lo establecido por la ley, aunque las palabras sean más simples y menos expresivas y no lleguen, ni con mucho, a representar la magnitud de los hechos.

El argumento de los asesinos

»¿Qué clase de excusa les resta a quienes sin más mataron a 3
este hombre, amigo vuestro, huésped y aliado, de similares costumbres y modo de vida, que compartía la misma fe en el Todopoderoso y a quien nada faltaba para ser un igual, a estos que han demostrado haberse valido de una gran hostilidad contra vosotros, al haber estado protegiendo los intereses de vuestros enemigos? Pues, juez, el hombre asesinado era un rey de una nación no miserable, siempre favorecedor de la virtud y amigo de los romanos mucho más que sus asesinos.

»Los asuntos de los colcos están destruidos y en ruinas o, 4
por mejor decir, el Imperio lo está, ya que nosotros somos una parte no pequeña de sus súbditos. La integridad y estabilidad de

[489] En el juicio tal y como lo presenta Agatías destacan más los aspectos retóricos que las precisiones procesales; para el análisis de los discursos, verdadero núcleo del mismo, véase G. A. Kennedy, *Greek Rhetoric under Christian Emperors*, Princeton, 1983, págs. 13-17.

nuestro reino se ha perdido y ha quedado disminuido en extremo nuestro poder. Un estado que no goza de buena salud en todos sus aspectos, sino que falla en alguno, aun poco importante, ya no parecerá que está consolidado, sino que al contrario, ese calificativo sería falso, una vez que se ha visto privado de su unidad.

5 »Después de llevar a cabo todas estas acciones, dicen que no debéis considerar lo sucedido, aunque sea terrible, sino sólo preguntaros sobre el espíritu con el cual fue hecho y que moviéndoos a través de oscuros testimonios con apariencia de verdad permitáis reconstruir con la mente la buena obra que en vuestro beneficio allí se llevó a cabo, más que optar por creer en el agravio, evidente y probado por los hechos.

6 »Pensaron confundir a la mayoría a base de repetir muchas veces estos sofismas incluso antes del juicio. Y si insistieran en tales afirmaciones durante el mismo, que sean conscientes, juez, de que la ley romana no ignora un crimen tan claro y evidente ni se deja engañar por acusaciones oscuras y manipuladas como éstas. Pues es intolerable que ellos digan con toda claridad que le han matado y aun así alardeen de que desde entonces el bien común ha resultado muy beneficiado.

7 »¿Cómo pueden reconciliarse estos contrarios o cómo vamos a poder calificar este suceso de atrocidad y al mismo tiempo alabar la idea que lo ha promovido, como si hubiera estado apuntando al beneficio general? Hace tiempo ya que se estableció la diferencia entre interés público y delito, así como también son radicalmente distintas la crueldad y la justicia y nunca pueden ir de la mano.

Los acusados se justifican culpando a Gubaces

4 »Pero si se trata de establecer la verdad desnuda, será evidente que éstos son unos malvados y criminales, que actuaron de acuerdo con los deseos de los persas, de modo que ni hay

que llamar romanos a estos asesinos, ni se les debe tratar con benevolencia como a compatriotas, sino como a los peores enemigos, puesto que ellos ya han quedado apartados de vosotros según la ley natural común, aunque no la tengáis escrita. Pues 2
hay que reconocer lo contrario y hostil a través de los hechos y no ir más lejos para determinarlo. Quien realiza a propósito actos que son del agrado de los enemigos, podría con toda justicia ser considerado como enemigo aunque viva con nosotros, aunque luche con nosotros, aunque sea de nuestra misma familia. Pero dicen que han matado no a un rey ni a un amigo, sino a un 3
enemigo y a un rebelde que estaba en tratos con los persas. Hasta tal grado de disparate han llegado, acusar al muerto de ser simpatizante de los persas. Ni muerto le han dejado librarse de las desgracias, sino que ahora le abren un proceso por traición, del que ya no va a poder salir inocente. ¿Qué ley entre vosotros 4
o entre los bárbaros podría aprobar una acusación que tiene lugar después de la sentencia? Convirtiéndose a sí mismos en jueces, enemigos y acusadores, en todo a la vez, sin ninguna investigación han determinado una pena para quien en nada ha delinquido, pena igual a la que se merece aquel que es en verdad convicto de rebeldía. Y vienen ahora, cuando tienen que 5
defenderse, acusando a su propia víctima. Sin duda, si ellos están convencidos de estas acusaciones, antes de matarle deberían haberle denunciado e iniciado un proceso contra él, pero no hacer las alegaciones ahora, cuando son ellos los acusados.

»Si a todos les estuviese permitido hacer esto, ¿por qué no 6
ejecutar con nuestra propia mano a estos asesinos, ya que al ser llevados ante la justicia, nos sería posible infligirles el mismo daño cometido por ellos e intentar demostrar entonces, cuando ya están muertos, que han recibido su justo merecido? Es más, nosotros, al causarles el mismo mal que antes ellos, sin lugar a dudas, habían causado, estaríamos castigándoles con toda justicia y tendríamos una muy fácil defensa. Pero ni en nuestro pue- 7

blo ni en otros es posible semejante desvergüenza, por lo menos
si os vais a regir por vuestras leyes ancestrales. Pues si a quien
así lo quiera le fuera posible acabar de una vez con sus enemi-
gos personales y esto sucediera tantas veces que se llegara a
permitirlo sin límite alguno, ¿cómo iba a estar segura en el fu-
8 turo la acción de la justicia entre vosotros? Pues si todos matan
y son matados y confían en hacer uso de mutuas venganzas, no
os daría tiempo a imponer las penas, sino que vuestra gente se
destruiría sin sentido, mientras las ilícitas y constantes represa-
lias imposibilitarían una adecuada investigación.

Efecto en los aliados

5 »Y aún preguntan: ¿qué es tan terrible, si con la muerte de un
solo hombre, un traidor además, todos vuestros aliados serán más
2 respetuosos? En efecto: si desaparece el mayor número posible de
traidores declarados, aunque ningún otro beneficio haya para los
que los han matado, sería bastante ventajoso que muriera seme-
jante ralea. Pero sin estar en absoluto probada la traición, si a al-
guien de muy alto rango se le castiga y se le hace desaparecer rá-
pidamente, como si se hubiese sentenciado sin duda alguna su
culpabilidad, cómo os iban a respetar en adelante vuestros alia-
3 dos? ¿Cómo no iban incluso a romper su alianza si os creen cóm-
plices del crimen? En la conclusión de que ni sois considerados ni
justos con vuestros asociados más cercanos, difícilmente conse-
guiréis manteneros firmes ante gentes extranjeras y distintas a las
que se ha conocido no más que por una necesidad ocasional.

4 »Pero ni estabais al tanto de sus planes, ni el crimen que les
incumbe personalmente a ellos se levantará contra todo el pue-
blo romano en su conjunto, ni su maldad destruirá la reputación
que habéis mantenido durante tanto tiempo sobre vuestra inte-
gridad moral, vuestra fidelidad y la justicia de vuestras leyes.
5 Al contrario, creemos firmemente que el presente tribunal se ha
constituido para la defensa del buen nombre de este pueblo,

para que todo el mundo sepa que no os agradan en absoluto las
graves y terribles ofensas que han sufrido los colcos. Pues qui- 6
zá ahora las mentes de muchos fluctúen entre una idea y otra y la sospecha les lleve a un estado de incertidumbre. Sin embargo, juez, una vez les sentencies a una muerte inmediata, de nuevo quedará clarísimo que no sois traidores para con vuestros amigos, sino estrictos con los infractores.

Los acusados desobedecieron las órdenes del emperador

»Pues, aunque de palabra parezcan defenderse, en realidad 7
demuestran su propia culpabilidad y reconocen lo increíble de su asesinato. Y es que la carta del emperador ordena a los generales enviar a Gubaces a Bizancio, en principio por su voluntad y sólo si se resistía por la fuerza, empleando la violencia en el caso que se opusiera, pero de ningún modo matándole antes de que hubiese consumado la rebelión y haber hecho los preparativos para la guerra. Por el contrario, éstos, que ni habían lle- 8
gado a generales ni se les había autorizado en absoluto para hacer lo que quisieran, mataron inmediatamente al infeliz, sin haberle ordenado ir a Bizancio, ni haberle obligado de una manera razonable al negarse: en ningún momento le propusieron nada que poder rechazar. Y aún se jactan y presumen de haber 9
cumplido las disposiciones del emperador, ellos que demuestran haber despreciado su orden: primero se atrevieron a lanzar falsas calumnias contra Gubaces, hicieron por su cuenta justamente lo contrario de lo que se les había ordenado y, por último, lo más criminal de todo, no mostraron la carta, de modo que se liberaron de aquello a lo que obligaría su contenido, una vez revelado.

Gubaces era amigo de los romanos

»¿Acaso no os parece que ningún tipo de castigo puede al- 6
canzar lo que se han atrevido a hacer? Si cualquier agravio a

otro ha de ser evitado a toda costa, mucho más lo será cuando el agraviado es un devoto amigo que ha corrido innumerables
2 riesgos por sus aliados. Pues, ¿quién fue el que cambió las riquezas de los persas y todas sus promesas por el afecto hacia vosotros? ¿Quién fue el que despreció la amistad de Cosroes y, aunque era posible pasar a vivir una situación de extraordinaria prosperidad, prefirió una peor con vosotros?[490] ¿Quién, después de la presión que durante mucho tiempo llevaban ejerciendo los medos en su tierra y que vuestro auxilio estuviese aún por venir, se retiró rápidamente a las mismísimas gargantas del Cáucaso a vivir allí en unas condiciones infrahumanas antes que aceptar la benevolencia del enemigo y regresar a su propia casa a vivir cómodamente?[491] ¿Quién fue, entonces, ese hom-
3 bre? Ése, el que no tenía miedo de mal alguno si hacía falta padecerlo por vosotros, ¡oh, leyes y justicia!, Gubaces, ese resulta ser el amigo de los medos, el rebelde, el que traicionó a los romanos. Y murió a manos de Rústico y Juan, hombres infames y despreciables, él, un rey. Incluso, aunque hubiera sido merecedor de tal acusación, no tenía que haber sido agredido por ellos, sino que tenía que haber recibido su debido castigo tras ser juzgado con serenidad por el común soberano de romanos y colcos, ya que es la máxima autoridad para todos.

---

[490] En los siglos v y vi, Lázica fluctuó entre el Imperio romano y el persa. Aunque aquí los colcos afirmen que Gubaces nunca aceptó la ayuda persa, no es cierto; véase PROCOPIO, *Guerras* II 15, 21-25 y 17, 2. En el 541, los lazos estaban muy descontentos con los romanos por su falta de autonomía: limitación del poder real, un ejército romano más de ocupación que aliado, monopolio sobre la economía, y Gubaces hizo movimientos de acercamiento a los persas. Sin embargo, fue una unión peor, de modo que pronto se enfrentó a ellos con ayuda de los romanos; véase BRAUND, *Georgia...*, págs 295-298.

[491] *Cf.* PROCOPIO, *Guerras* VIII 16.

Análisis del asesinato

»Pero como su asesinato no tenía una razón basada en la jus- 4
ticia, sino en un odio irracional que, animado por la envidia, los llevó a este crimen, no le dejaron lugar a la sensatez, a la prudencia o a consideraciones sobre su conveniencia, sino que, llena su mente sólo de arrogancia y hostilidad, cuando se encontraron plenamente libres, ejecutaron su plan, trabajosamente tramado hacía tiempo, en cuanto fue posible, sin preocuparse de la crítica situación en la que se estaba, ni reflexionar acerca de las consecuen-
cias. Pues en medio de esta terrible guerra habría sido propio de 5
hombres sensatos ganarse con cordialidad a pueblos extranjeros y que aún no fueran aliados; en cambio ellos lograron enfrentar hasta el límite a los que antes eran los aliados más íntimos de los romanos. Si por ellos hubiera sido, nos habríamos acercado a nuestros enemigos, habríamos conspirado contra nuestros aliados más antiguos, nuestro país en manos persas, nuestras costumbres ancestrales desaparecidas, es decir, habría triunfado sin más toda la insensatez que caracteriza a la revuelta y a la guerra civil.

Conclusión

»Por tanto, hay que aplicarles el castigo que merecen si es 6
que es posible encontrarlo, como si todo esto hubiera sucedido de verdad y todo lo vuestro se hubiera ido a pique. Pues aunque nosotros, juez, seguimos siendo firmemente fieles a los romanos, no es justo que ellos disfruten de nuestra benevolencia y sufran un castigo menor al que la índole de su empresa merece».

El público colco se inquieta

Mientras los acusadores presentaban sus cargos, la muche- 7
dumbre colca allí reunida no era capaz de entender el desarro-

llo de los discursos ni la maestría de los razonamientos. Sin embargo, como conocían el asunto del que trataba cada uno de ellos, apoyaban con entusiasmo la labor de los que participaban en el juicio y seguían las evoluciones de sus gestos. Así sus ánimos se encontraban en disposición de notar cómo aquéllos
2 pasaban de la firmeza a la compasión. Después de haber terminado las intervenciones y, como el juez se demoraba al deliberar, enseguida empezaron a censurarle y a enfadarse para sus adentros porque sus enemigos no fueran ejecutados de inmediato. Y cuando el juez llamó a éstos para que expusieran su defensa, el clamor fue haciéndose evidente, por los murmullos y las voces que ya se oían con claridad. Sin embargo, los que habían presentado la acusación los tranquilizaron con las manos e impidieron que el griterío llegara más lejos.

Discurso de Rústico

Gubaces era un peligro

3 Una vez hecho el silencio, se adelantó Rústico, acompañado de su hermano Juan, y dijo estas palabras[492]:

4 «De repente, ha cambiado nuestra suerte y le ha dado la vuelta al resultado de nuestra decisión y, cuando teníamos que disfrutar de una magnífica recompensa, nos encontramos enfrentados a un proceso de pena de muerte. Aun así, nos parece que es

[492] En el discurso de Rústico se desarrolla el argumento de la *stásis poiētḗs* o estado de causa pragmático. *Cf.* HERMÓGENES, *Sobre los estados de causa* II 38: no se niega la acción, ni se defiende que fuera legal, sino que se intenta justificar la acción demostrando que fue beneficiosa para los romanos, tras describir el carácter malvado de Gubaces, algo que el acusador había anticipado e intentado contrarrestar presentando un retrato muy positivo del rey (IV 3, 3). No se utiliza como argumento la carta, a la que se refiere sólo al final.

un juicio muy agradable, pues engrandecerá nuestro buen nom-
bre. En efecto, a todos les quedará clarísimo que sólo gracias a 5
nosotros se ha terminado con el traidor, se ha matado al rebelde
y por su parte los asuntos del emperador están a salvo. Hasta tal
punto que si nos tocara morir, lo haríamos gozosos y felices
como si el doloroso castigo fuese un regalo deseado. Y partire-
mos bien provistos, con la alegre e íntima certeza de haber con-
seguido que los romanos mantuvieran aún su dominio sobre los
colcos y que ningún otro poder los sometiera.

»Si el presente tribunal fuese persa y fuésemos juzgados por 6
ellos, tendríamos que negar completamente nuestros actos y
deberíamos temer su refutación y, una vez probados, quizá nos
encontrásemos sin saber de qué palabras servirnos ante unos
jueces en extremos hostiles y furiosos porque nuestra acción
hubiera hecho fracasar sus esperanzas. Pero siendo su presiden- 7
te un romano, ¿cómo podríamos negar lo sucedido?

»¿Qué defensa necesitamos ante vosotros si os hemos he-
cho un gran servicio al eliminar al rebelde? Pues no merece el
sagrado nombre de "rey", cuando se ha mostrado tan contrario
a él con sus obras, aunque los acusadores den grandes gritos
para decir que se ha cometido un terrible crimen, matar a un
rey. Ese título no se otorga por el broche o la clámide u otros 8
adornos exteriores sino por el comportamiento justo, y a quien
su deseo no le hace despreciar su deber y cuyos propósitos se
mantienen dentro de los límites establecidos. Ciertamente, si
hubiéramos matado a un hombre así, nuestro crimen habría
sido atroz, la acusación justa y con todo derecho los colcos nos
habrían calificado de criminales y perversos asesinos. Pero si 9
él hubiera estado lo más lejos posible de estos principios y no
hubiera tomado ninguna decisión moderada, sino llamar a los
persas a nuestras espaldas y entregarles su país, ¿por qué habría
sido mejor no adelantarse previsoramente a la ocasión del mal
que, por respeto a la corona, dejarnos caer en manos del enemi-

10 go? Si a los que saben de antemano que se está maquinando en algún lugar una amenaza les es posible detener de inmediato la trama y, previendo de alguna manera la situación, prepararse con calma ante lo que pueda venir después, sería, en este caso, una gran crueldad imponer por adelantado el castigo y no defenderse, sobre todo, de la existencia de cualquier ataque hos-
11 til que pudiera haber. Pero cuando se han llevado a término todas las resoluciones, no queda remedio alguno y todo está completamente perdido, cuando ha desaparecido hasta la más mínima esperanza de salvación para la comunidad, entonces los sensatos han de actuar con rapidez y prepararse para no sufrir daños irreversibles.

Necesidad de prevención

8 »Aunque los acusadores se queden roncos de gritar "¡infamia!, ¡crimen!, ¡sacrilegio!" exagerando con tales palabras lo sucedido y forzando a ver los acontecimientos en un único sentido, tu labor, juez, es tomar en consideración las circunstancias previas, examinar las causas que nos movieron a actuar y, desde lo razonable de nuestra empresa, determinar la bondad de
2 nuestra intención. Cuando vemos por todas partes en las ciudades a mendigos, o ladrones, y delincuentes de otro tipo, a los que se les ha decapitado o cortado los pies[493], no criticamos el espectáculo y no nos parece inhumano, ni nos indignamos con las autoridades que han aplicado tales castigos llamándoles malditos, impuros y criminales. Por el contrario, al considerar sus delitos anteriores y recordar que están pagando los castigos de

[493] Para un catálogo de las penas recogidas en el Código de Justiniano y los delitos a los que correspondían, véase R. González Fernández, *Las estructuras ideológicas del Código de Justiniano*, Murcia, 1997, págs. 239-265. Aunque la mutilación se aplicaba sólo en contadas ocasiones, *cf.* pág. 241, nota 11, por lo que aquí se dice parece que era un castigo frecuente.

sus crímenes, nos alegramos de tal severidad: los castigos no se aplican en vano, ya que los delitos no cesan.

Gubaces era un traidor

»En efecto, Gubaces fue eliminado por nosotros. ¿Y qué hay de terrible, si matamos a un hombre que era un traidor y un enemigo? Los acusadores han analizado este término y dicen que conviene no al que se encuentra muy lejos de nosotros, sino a quien, aunque sea compatriota nuestro, busca congraciarse con nuestros adversarios. También nosotros creemos que ésta es la opinión mejor y más verdadera y la que se centra en la naturaleza del asunto. Y bien, estando ambas partes de acuerdo, de- 4
jadnos demostrar que Gubaces es un enemigo de acuerdo a este criterio aceptado. Una vez hayamos demostrado esto, quedará claro que lo matamos con toda justicia. 3

»Aunque sea súbdito de los romanos, todo pueblo bárbaro, 5
muy distinto en creencias y siempre agobiado por nuestro sistema legal, tiende naturalmente a un comportamiento revolucionario y turbulento. Lo más agradable sería seguir viviendo a su manera sin que nadie más los organice, para no tener que dar cuentas de sus injusticias; si no es posible, por lo menos se esfuerzan en acercarse a aquellos pueblos que son similares y más cercanos a sus propias costumbres. Por otro lado, aunque Gu- 6
baces era naturalmente esclavo de estos defectos, por ser bárbaro y por adolecer de la deslealtad propia de su raza, fue más allá en sus maldades contra nosotros de modo que no creyó necesario seguir callándolo, al contrario, se apresuró a poner en práctica su hostilidad, una idea fija hasta entonces oculta en su mente. Mientras nosotros hacíamos grandes esfuerzos y nos en- 7
frentábamos a todos los peligros para que no llegasen a buen puerto ninguno de los planes del enemigo, él juzgó necesario quedarse en casa con sus compatriotas y evitar cualquier riesgo. Empero, observaba y analizaba con cuidado los movimientos

8 de la guerra y cómo evolucionaban[494]. Si los romanos obtenían un gran éxito en la guerra y alcanzaban una gloria fecunda y verdadera, él, que mostraría así lo hostil e infame de su alma, enseguida intentaría ridiculizarnos y desvirtuar nuestra brillante actuación, tildando a la empresa de insignificante, de aún más insignificante su resultado y de obra ajena a nosotros todo,
9 excepto lo absurdo de nuestra suerte. Pero si por casualidad fracasábamos (pues los asuntos humanos, ¿cómo no van a cambiar y cómo van a marchar siempre por el mismo camino?), en el papel de analista casual de los hechos, eximiría de cualquier responsabilidad en su acusación a la suerte, que no habría tenido participación alguna en lo sucedido: él tenía decidido de antemano que no había otra causa para cualquier penalidad que sufriéramos sino la flaqueza de espíritu, la debilidad de nues-
10 tros brazos y una corta inteligencia. De lo veleidoso, impredecible e irracional de la fortuna y de cuanto se servía para insultarnos a nosotros, esto jamás se lo atribuía a nuestros enemigos, aunque precisamente por eso les era posible vencernos.

Campaña de Gubaces contra los romanos

9 »Tales ideas las proclamaba abiertamente y procuraba que las conocieran no sólo los ejércitos de los persas, en cuyo beneficio realizaba todas y cada una de sus acciones, sino que también mandó mensajeros para comunicarlo a Iberia, a la tierra de los alanos[495], a los suanos[496], a los bárbaros de más allá

---

[494] Aunque durante la larga guerra de Lázica hubo constantes derrotas y victorias para ambos bandos, se puede decir que en el 554 los persas se encontraban en cierta ventaja, consiguiendo, entre otras cosas, el dominio sobre Suania. Véase BRAUND, *Georgia...*, págs. 295-298.

[495] Véase nota 448.

[496] Vivían al noroeste de Lázica, en las montañas del Cáucaso. Véase BRAUND, *Georgia...*, págs. 311-314.

del Cáucaso, a los que estaban más lejos de éstos, a los que aún lo estaban más[497], y si hubieran podido ir a los últimos confines de la tierra, no habría dejado de mandarlos. El mensaje era: "Los romanos son malos en la guerra y están siendo vencidos por los bárbaros". Este empeño no estaba dirigido sólo a llevar 2 al oprobio a los romanos, aunque fuera una terrible y muy evidente señal de su espíritu hostil, sino que había otro objetivo distinto y mayor, al que dedicaba sus esfuerzos y preparativos. En efecto, sabía que era necesario destruir la reputación que 3 prevalecía entre los distintos pueblos sobre el gran emperador, por su extremo poder y multitud de triunfos y, por su parte, transformar lo que hasta ahora era admiración y asombro en osadía y arrogancia. Así pues, ¿qué nombre sería más justo 4 para quien así actúa, el de enemigo o el de amigo afecto, rey y aliado, y cuanto han estado pregonando los acusadores sobre el tirano? Ciertamente, ambas partes han coincidido en que hay que distinguir al amigo del enemigo no de otra manera sino por el resultado de los acontecimientos y por su buena o mala inclinación de espíritu. Una vez queda demostrado que a Guba- 5 ces le irritaban nuestros éxitos y disfrutaba de nuestros errores, ¿por qué los bárbaros van a protestar contra las leyes romanas, según las cuales acostumbramos a castigar o a ejecutar, si así se requiere, a los que socavan y perjudican los cimientos del Estado?

Sucesos previos

»Pero, si os parece, dejemos testimonios, demostraciones y 6 argumentos a partir de lo verosímil y concentrémonos sólo en la prueba de los hechos, dondequiera que nos lleve. Fue capturada por los persas la fortaleza de Onoguris, de la que se apoderaron

---

[497] PROCOPIO, *Guerras* VIII 2, 21-3, 33, nos ofrece un amplio catálogo de los pueblos de la zona y de su situación geográfica.

desde el territorio de Arqueópolis[498]. Fue una infamia insoportable que el ejército enemigo se instalase permanentemente dentro de nuestras murallas. Entre los generales triunfó la idea de atacarlos con todo el ejército y acabar con ellos o, al menos,
7 expulsar a quien desde hacía tiempo les afligía y agobiaba. Necesitábamos imperiosamente al ejército de la Cólquide, no sólo para que con su conocimiento del terreno nos aconsejara la mejor actuación a los que no lo conocíamos, sino también para que sirviera de apoyo y auxilio cuando lucháramos contra los hoplitas apostados en las murallas y también contra los que probablemente llegaran de Moqueresis.

8 »En estas circunstancias, ¿qué tenían que hacer los generales? Probablemente, suplicar al dirigente de esa nación y pedir su colaboración en la lucha, señalando lo razonable de su peti-
9 ción: así se lo pidieron y se lo explicaron. Pero él, como si se creyera un auténtico rey en pleno abuso de su poder, rechazó participar en el asalto a la fortaleza, e incluso hacer acto de presencia. Y ni siquiera elaboró una disculpa, aunque fuese grosera, pero que sirviera como pretexto disimulado de su negativa: lo rechazó abiertamente con una soberbia mayor de la que le correspondía a un súbdito a sueldo. Y continuó insultando a los generales y violentándolos, como si así mostrara un comportamiento valeroso y propio de un rey, pues ya no iba a tardar más en cumplir con todo descaro lo que había planeado.

10 »¿Acaso había que dejar pasar el tiempo, aguardar mayores pruebas y mostrar la carta del emperador por la cual tenía que ir hasta Bizancio el hombre al que ni siquiera se había convencido de recorrer una pequeña distancia en su propia tierra? Y si hubiéramos intentado mandarlo tras haber promovido tanta inquina contra nosotros, cómo hubiera sido posible que no se produjesen infinidad de revueltas y matanzas civiles, además de

[498] Relatado en III 7-8, 2.

abiertas deserciones y las inmediatas incursiones de los persas; pues él, nuestro enemigo, se negaba a obedecer, enfrentándose a nosotros abiertamente y todo el pueblo, además, aceptaba la revolución por su bárbara inclinación contra el orden establecido y por tener cerca a quienes los iban a apoyar.

»Ciertamente, nosotros, al eliminar al jefe de la trama, pusi- 11
mos fin a la multitud de tristes desgracias que estaban sucediendo, de tan atinada manera que ahora se duda abiertamente de que algo fuera a pasar.

Inutilidad de otras acciones

»Entonces, juez, que no se nos eche en cara la carta ni se nos **10**
acuse de haber desobedecido todo lo que allí estaba escrito, pues ¿no es absolutamente evidente que lo escrito, esto es, la obligación de ir a la ciudad del emperador sólo era una probatoria piedra de toque para saber si iba a seguir las órdenes libre-
mente de modo que se comportase conforme a justicia? Sabido, 2
en efecto, por nosotros lo insubordinado y porfiado de sus intenciones, a causa de lo cual rechazó una acción de tan poca importancia, ¿cómo había que persuadirle para que accediera a una mayor y no recurrir rápida y definitivamente a aquella a la que, aun así, tras sufrir en ese transcurso muchas penalidades, hubiéramos tenido que volver? Pues a los que ven el momento justo de actuar y no obran de acuerdo con lo que debe hacerse, no les es posible después recuperar la ocasión perdida.

»Parece que habría hecho falta, según dicen los acusadores, 3
promover un proceso contra Gubaces, iniciar unos debates sin sentido y preferir a la seguridad de los hechos la finura de las palabras. Pero no lo permitió la proximidad, oh miserables, de los persas, que nos agobiaban con sus acciones y estaban preparados para caer sobre toda la Cólquide gracias a los planes
de éste. Pero una vez que ha quedado demostrado desde todos 4
los puntos de vista que Gubaces era un enemigo y un traidor

que sostenía aspiraciones de rebelión, ¿qué diferencia creen los colcos que hay entre haber sido ejecutado por nosotros o por otros?

Conclusión

5 »La benevolencia no tiene como fin nacer y estar junto a los
generales y otros poderosos, sino que todo aquel que la asuma ha
de poder y deber sufrir por el Estado en el que se encuentra, y di-
6 rigir al éxito el interés común. Cierto es que, aunque nos tengan
por infames y despreciables, sin embargo somos en extremo fie-
les al emperador, defensores de los asuntos romanos e incapaces
de permitir cualquier intento de conspiración. Si hiciera falta aña-
dir algo, sabe bien, juez, que nuestro acto ha sido verdaderamente
noble, justo, oportuno y de acuerdo a la voluntad de Martino[499].»

Finalización del juicio

11 Una vez dichas estas palabras, Atanasio permitió a Rústico un alegato similar. Tras la comparecencia de ambas partes, lo examinó y juzgó todo con detalle[500] y quedó claramente demostrado que no había evidencia de que Gubaces cometiera ningún delito de traición o rebeldía y que el asesinato fue completamente injusto e ilegal, puesto que la negativa al ataque conjunto a Onoguris no se debió a su amistad con los medos, sino a su

[499] Para LAMMA, «Ricerche...», págs 104-106, todo el juicio demuestra que a Agatías no le interesaban los hechos en sí mismos, que hubieran podido justificar en parte las acciones de los acusados, como el cambio de Gubaces al bando persa en el 541, que no se nombra, sino únicamente los aspectos más emotivos del suceso al mismo tiempo que las consideraciones de tipo político-moral acerca de la situación de los aliados y de la deseable comunidad entre pueblos de las mismas creencias.

[500] De acuerdo con el uso de la época, interrogó a las partes implicadas, otra *átechnos pístis.*

enfado con los generales, que perdieron la plaza por su desidia, vanidad e incompetencia. Tras estas conclusiones, decidió comunicar al emperador que quedaba probada la complicidad de Martino en estos planes. Y con respecto a los que habían reco- 2 nocido el asesinato abiertamente, emitió una sentencia por escrito en la que ordenaba que fueran muertos con el sable ceremonial, decapitados.

Ver a éstos montados sobre mulas recorriendo las calles les 3 pareció a los colcos un formidable y sobrecogedor espectáculo[501]; igualmente quedaron impresionados por el heraldo, que con una voz clara y penetrante anunciaba que había que temer las leyes y evitar los actos criminales. Pero cuando se les cortó 4 la cabeza entonces todos empezaron a lamentarse y a olvidar su cólera: de esta manera se consumó el juicio[502]. Por su parte los colcos mantuvieron y aun renovaron su antigua buena disposición para con los romanos.

CONFLICTO CON LOS MISIMIANOS

Embajada de los Misimianos ante Nacoragan

Tras estos acontecimientos, las legiones romanas se retira- 12 ron a pasar el invierno[503] en las ciudades y fuertes[504] tal y como había sido ordenado.

---

[501] Para C. HUMFRESS, «Law and legal practice...», pág. 178, este juicio es un ejemplo del carácter espectacular que podían llegar a tener los procesos judiciales en la época, que requerían, sobre todo cuando afectaban a las altas instancias, una auténtica puesta en escena teatral.

[502] Utiliza una expresión poética, *cf.* HOMERO, *Ilíada* XXIV 1, y NONO, *Dionisíacas* III 1.

[503] Invierno de 556-557.

[504] En estos casos los soldados se alojaban en las casas de los civiles, que

2 Entonces unos importantes varones misimianos llegaron a visitar a Nacoragan en Iberia[505] y relataron todo lo que se habían atrevido a hacer contra Soterico, manteniendo parcialmente en secreto la verdadera razón y diciendo que, al sentirse muy proclives hacia los persas, fueron insultados y sometidos a las mayores vejaciones tanto por los propios colcos como por los romanos y, finalmente, se les presentó Soterico, según sus palabras para repartir oro entre los aliados, pero según sus obras para causar la ruina y la total aniquilación de su pueblo.

3 «Por tanto, ante la posibilidad —dijeron los embajadores— o de ser destruidos por completo o, si nos adelantamos, de provocar quizá que otros lo consideren precipitado y nos acusen de ello, pero de vivir a nuestro arbitrio y ocuparnos de nuestros asuntos como mejor parezca, elegimos lo mejor y lo más humano, sin importarnos mucho las injurias y las acusaciones y
4 procurando ante todo nuestro bienestar. Matamos a Soterico y a los que iban con él para hacerles pagar su delito y obtener un gran triunfo en nuestros asuntos al ofrecer a los persas la prue-
5 ba más firme de nuestra buena voluntad. Por todos estos hechos y por nuestra amistad con los persas, los romanos no tardarán en hacernos objeto de su ira y enseguida caerán sobre nosotros y, si pueden, nos destruirán a todos: es justo, pues, general, que nos recibas de buen grado y que en adelante cuides de esta tierra como si fuera la tuya, consideres nuestros asuntos los de tus súbditos y no permitas que desaparezca, por el peligro en el que se encuentra, un pueblo no pequeño e insignificante, sino capaz
6 de procurarle un muy gran beneficio al Imperio persa. Pues podéis descubrir que tenemos bastante experiencia en la guerra y

tenían la obligación de darles hospedaje, cediéndoles un tercio de la casa; véase RAVEGNANI, *Soldados...*, pág. 130-131.

[505] Es la misma embajada a la que se hace referencia en III 17, 2; véase nota 450.

somos poderosos aliados en la batalla. Y nuestra tierra, que se encuentra en una posición más elevada que la de los colcos, será una base de operaciones segura y servirá como baluarte contra los enemigos».

Cuando Nacoragan oyó esto los recibió de buen grado, ala- 7
bó su cambio de bando y les permitió marchar en la confianza de obtener de Persia toda la ayuda necesaria. Así las cosas, cuando los embajadores volvieron a casa y comunicaron todas estas noticias, colmaron de esperanza a su pueblo.

El ejército prepara el ataque a los misimianos

En cuanto comenzó la primavera[506], los generales romanos, **13**
reunidos por este asunto, decidieron marchar contra los misimianos. Pero a Buces y Justino se les ordenó quedarse en Neso 2
para vigilar la zona y cuidarse de todo. Enviaron a la guerra a cuatro mil hombres, tanto de infantería como de caballería; entre otros hombres excelentes se encontraban Majencio y Teodoro, el jefe del contingente de los tzanos, del que ya he hablado varias veces[507], ambos comandantes muy aguerridos. Así pues, dieron comienzo a su camino. Martino iba a llegar 3
en breve para hacerse cargo del mando de la expedición. Sin embargo, para que no estuviesen sin jefe ni siquiera por poco tiempo, mientras atravesaban territorios sometidos, les correspondió el mando absoluto a Baraces, un armenio, y al colco Farsantes, que no eran superiores al resto del ejército ni por su valor militar ni por su rango, sino más bien inferiores a alguno. El uno, Baraces, se contaba en la categoría de los centu- 4

[506] Primavera del 556. Agatías duplica el año 556; véase nota 450.
[507] II 20, 7; III 20, 9, etc.

riones[508] y el otro mandaba la guardia del palacio real colco (el puesto recibe el nombre de *magister*, pues así está considerado también entre los bárbaros[509]): carecían de la suficiente confianza e independencia para dirigir el ejército con decisión.

El ejército romano se detiene en Apsilia

5 Tal ejército, una vez entrado el verano, llegó a la tierra de los apsilios. Aunque querían llegar más lejos, un contingente persa reunido allí se interpuso en su camino, pues al darse cuenta de los preparativos de los romanos y de que iban a atacar a los misimianos, dejaron Iberia y las plazas fuertes en el territorio de Moqueresis y marcharon también hacia esa tierra, para
6 ocuparla antes y protegerla en lo posible. Los romanos, que se habían detenido en las fortificaciones de los apsilios, intentaban eludir el enfrentamiento y hacer tiempo hasta que llegara el final del verano, pues les parecía una muy peligrosa insensatez enfrentarse al mismo tiempo a los persas y a los misimianos. De modo que ambos ejércitos permanecían inactivos y ninguno de los dos se aventuraba a ir más allá, sino que se observaban uno a otro y aguardaban a que el otro se moviese primero.

Refriega contra los sabiros

7 Entre los persas se encontraban como mercenarios hunos sabiros. Es éste un pueblo grande y numeroso, amante de la guerra en extremo, codicioso y siempre capaz de lanzarse a saquear

[508] Quien estaba al mando de un *lóchos*, una división del *numerus*, unos cien hombres; véase Ravegnani, *Soldados*..., págs. 27-28.

[509] De manera excepcional, Agatías hace uso del término latino, a diferen-

tierra ajena y de enfrentarse a grandes peligros en la batalla sólo por dinero y por la esperanza de botín ahora con unos, ahora con otros, ahora cambiando de nuevo al bando enemigo. Pues unas 8
veces colaboraban, luchando en sus filas contra sus enemigos, con los romanos, otras con los persas y al poco tiempo se convertían en mercenarios del contrario. De hecho, su primer combate lo llevaron a cabo de nuestro lado contra los persas, cuando mataron a la mayoría de los dilimnitas que los atacaron en la batalla nocturna que ya he descrito con detalle[510]. Después de aquella ac- 9
ción, se separaron de los romanos tras cobrarles lo convenido. Pero luego, justo con aquellos contra los que habían estado combatiendo hacía poco, con ésos se unieron, quizá los mismos hombres, quizá otros, pero siempre sabiros, enviados por su propio pueblo para luchar con ese bando.

Estos sabiros, unos quinientos, se encontraban acampados en 14
un recinto al aire libre lejos del resto del ejército; cuando Majencio y Teodoro lo supieron de firme, y también que llevaban una vida dejada, incluso que no tenían armas, de inmediato mandaron contra ellos a trescientos jinetes. Se acercaron rodeando 2
la empalizada (que no era muy alta, sino que desde fuera asomaría por encima la cara de un hombre montado a caballo) y arrojaron a los bárbaros desde todas partes jabalinas, piedras, flechas y todo lo que tenían a su alcance. Éstos, suponiendo que 3
los atacantes eran más de los que en realidad eran y perplejos además por lo inesperado del ataque, no sabían cómo defenderse y tampoco podían escapar, rodeados como estaban por la valla. Así pues, murieron todos allí a montones y sólo cuarenta hombres que prodigiosamente consiguieron ocultarse, trepar a la cerca y escapar por el otro lado, se escondieron en el espeso bosque

cia de lo que hace Procopio, que habla de este cargo en varias ocasiones, *Guerras* I 8, 2; 13, 10, también para oficiales bárbaros, I 11, 26, etc.

510 *Cf.* III 17, 4-18, 8.

cercano. Pero incluso a éstos los romanos lograron capturarlos.
4 Cuando los persas lo supieron, enviaron unos escuadrones de caballería compuestos por dos mil hombres. Pero los romanos, como eran inferiores en número y estaban ya satisfechos con lo que había sucedido, se retiraron deprisa y enseguida se encontraron a salvo en la primera plaza fuerte, orgullosos de estos he-
5 chos y sólo disgustados con lo sucedido a Majencio. Éste había recibido de uno de los bárbaros escapados en el bosque una herida tan profunda que, aunque se lo llevaron inmediatamente en una camilla, seguía vivo más allá de toda esperanza. Cuando fue herido, su guardia se lo llevó a toda velocidad, antes de que el enemigo se les echara encima. Al llegar éste y atacarles, entonces los demás romanos huyeron por otro camino y se hicieron seguir por sus perseguidores, procurándole así una vía libre para volver a la fortificación.

Recuperación de Rodópolis

15 Entretanto, Justino, el hijo de Germano, envió a uno de sus comandantes, un huno llamado Elminzur[511], desde Neso a Rodópolis con dos mil jinetes. Rodópolis es una ciudad de la Cólquide, aunque entonces estaba en manos persas, tras haber sido conquistada hacía tiempo por Merméroes y convertida en una fortaleza persa. No voy a relatar cómo sucedieron estos hechos,
2 pues ya han sido descritos claramente por Procopio[512]. A Elminzur le acompañó la buena fortuna cuando llegó allí. Pues sucedió que la guarnición persa se encontraba fuera de la fortaleza y la mayoría de los habitantes andaban desperdigados aquí

[511] Véase nota 128.

[512] *Guerras* VIII 13. Rodópolis estaba situada a unos 12 km al sudoeste de Cotais, en la desembocadura del Docono en el Fasis.

y allá. En consecuencia, entró sin ningún esfuerzo en la ciudad y 3
se apoderó de todo, y también saqueó sus alrededores. Exterminó por completo cuanto contingente persa se encontró, mientras que a toda la población indígena, como comprendió que estaban con los persas más por miedo al bárbaro que por deslealtad a los romanos, le permitió llevar otra vez una vida normal en su propia tierra, después de tomar rehenes como garantía y adoptar las necesarias medidas de seguridad. De este modo Rodópolis volvió a su estado anterior, conservando sus tradiciones ancestrales, como súbditos del emperador romano.

Los romanos entran en el país de los misimianos

Durante aquel verano[513] no ocurrió nada más que precise 4
ser recordado en este relato. Cuando comenzó el invierno, los persas se retiraron a Cotais e Iberia, pues querían pasarlo allí y se despreocuparon por completo de la defensa de los misimianos. Pues para ellos no es una costumbre permitida dedicar sus esfuerzos a una campaña fuera de sus fronteras en esa época del año.

Los romanos, libres del control enemigo, se encaminaron 5
de nuevo a su anterior destino. Una vez que llegaron a la fortificación llamada Tibéleos, que marca el límite entre la tierra de los misimianos y la de los apsilios, Martino se puso al frente, para tener en adelante bajo su mando a todo el ejército. Pero una terrible enfermedad que se abatió sobre él le impidió seguir adelante con su deseo: se quedó allí para volver poco después a la Cólquide y a sus plazas fuertes, mientras que los demás, aun así, siguieron avanzando, dirigidos de nuevo por sus anteriores mandos.

[513] Del año 556, véase nota 506.

Embajada ante los misimianos

6 Primero creyeron necesario intentar ver si los misimianos querrían recobrar la sensatez y reconocer a sus dirigentes naturales, arrepentirse entonces de sus faltas, ponerse en manos de los romanos y devolver todo el dinero que le quitaron a Soteri-
7 co. Así, eligieron de entre los apsilios a los hombres más honorables que pudieron y los enviaron como embajadores para ese fin. Pero los misimianos estaban muy lejos de abandonar su crueldad y de reparar lo incorrecto de su acción pasada con sus acciones futuras, de modo que esos malvados, malditos, desgraciados y merecedores de cualquier insulto que, con toda justicia, se les quisiera aplicar, despreciando por completo las normas comunes a todos, mataron a todos los embajadores y eso que eran apsilios, que tenían sus mismas costumbres y eran sus vecinos, que no habían participado jamás en aquello de lo que acusaban a los romanos y a Soterico, y que les habían invitado muy cortésmente a una beneficiosa relación de amistad.

Exceso de confianza de los misimianos

16 Como es natural, al tener como punto de partida actos impíos y locura, siguieron cometiendo sin cesar crímenes similares o incluso peores. Así, aunque sabían que los persas se habían marchado en retirada y no los iban a proteger como habían acordado, sin embargo cometieron atrocidades aún mayores, convencidos de la dificultad del terreno y de que los romanos
2 nunca podrían sortearlo y franquearlo. De hecho, un monte protege su territorio, no demasiado alto ni muy pendiente, pero escarpado y abrupto en extremo y lleno de piedras cortantes por todas partes. En medio se adivina un pequeño camino muy poco transitado; como no es cómodo ni accesible ni siquiera a quien

anduviera por él tranquilamente, cuanto menos si alguien estuviera apostado en la cima impidiendo el avance de los que suben por él, ni aunque los enemigos fueran muchísimos en número, todos muy ágiles y con armas muy ligeras, como dicen que son los isaurios[514]. Así pues, se dejaron llevar por la más violenta insensatez porque confiaban por completo en el terreno.

Enfrentamiento en Sidereo

A causa de lo sucedido, una gran ira invadió a los romanos 3
cuando se enteraron del crimen. Y gracias a la dejadez de los bárbaros, que no se encontraban en el puesto de guardia de la colina, se adelantaron en ocupar la cima y sin que nadie se lo impidiera subieron todos hasta un terreno apto para la caballería y llegaron a campo abierto. Cuando los misimianos comprendie- 4
ron lo equivocado de su previsión, quemaron la mayoría de sus baluartes inútiles, para que nadie pudiese usarlos, y se congregaron todos en uno sólo, el que les parecía más resistente. Desde antiguo se llama Tzacar, pero también recibe el sobrenombre de Sidereo[515] por ser sólido e inexpugnable.

A unos pocos jinetes romanos, no más de cuarenta en total 5
(pues no eran de la tropa, sino mandos del ejército muy principales), que iban por un camino distinto al del resto de las fuerzas, los atacaron cerca de seiscientos misimianos entre caballería e infantería, creyendo que, como superaban en número al enemigo, los iban a matar fácilmente a todos. Pero éstos, gra- 6
cias a su experiencia en la guerra, alcanzaron rápidamente la cima de una colina y mostraron abiertamente las pruebas de su excelencia: fue una batalla dura y con muchos frentes, intentan-

[514] Acostumbrados como estaban al terreno de su país, muy montañoso.

[515] Literalmente, 'de hierro'.

do los misimianos completar el cerco mientras los romanos en un momento se lanzaban todos juntos sobre ellos para destrozar por completo su falange y en otro se precipitaban monte arriba
7 para protegerse en lugar seguro. Entretanto apareció la otra parte del ejército en lo alto de una colina más elevada; los bárbaros sospecharon que el asunto era una terrible emboscada y huyeron inmediatamente en desbandada. Pero el ejército romano (que para entonces ya había unido todas sus fuerzas) les persiguió con saña hasta que mataron a la mayoría, de modo que sólo ochenta hombres consiguieron llegar a salvo a la fortaleza de Sidereo.

Desorganización en el ejército romano

8 Si entonces los romanos, enardecidos como estaban, hubieran asaltado el fuerte, yo creo que al primer ataque habrían aniquilado a todos los enemigos, que se encontraban aturdidos por
9 lo sucedido, y la guerra habría acabado inmediatamente. Pero como no tenían un general importante que los dirigiera con autoridad y sensatez, sino que al estar casi todos al mismo nivel, se daban órdenes y contraórdenes unos a otros y sólo prestaban atención a lo que uno mismo decía, no se llegó a considerar vá-
10 lida ninguna acción. Pues divididos en opiniones distintas, apoyando unos una y otros otra, no se llevó a cabo ninguna de ellas. Como todo el mundo estaba enfadado porque no había triunfado la suya, se ocupaba de su trabajo de manera negligente y desganada, más bien disfrutando con el fracaso, pues así podía alardear después y decir sin ningún reparo a quien tuviese cerca que la causa del fallo había sido, evidentemente, no haber actuado de acuerdo con su criterio.

17 Así las cosas, acamparon mucho más lejos del enemigo que lo normal en un asedio. Además, no llevaron a cabo los ataques

como debían, durante la madrugada, sino que, entregados a la cobardía y a la indolencia, consideraban secundario lo que era verdaderamente importante, de modo que atacaban a los enemigos pasado el momento oportuno y se retiraban antes.

Martino envía como general a Juan

Cuando Martino supo esto, les envió rápidamente a un ge- 2
neral que asumiese el mando supremo, a un capadocio, que, sin embargo, se había hecho merecedor del grado de general hacía
tiempo, de nombre Juan, también llamado Dacnas. Había sido 3
enviado recientemente por el emperador a la Cólquide, con la misma función que Rústico: dar cumplida cuenta de todo lo que sucedía y premiar con los regalos imperiales a los soldados más
excelentes[516]. Cuando Juan llegó al territorio de los misimianos 4
y tomó el mando del ejército romano, de inmediato colocó a todos alrededor de la fortaleza e intentó el asedio, al mismo tiempo que atacaba a los habitantes de la zona y sembraba entre ellos una gran confusión. Pues la mayoría de las casas no estaban dentro del recinto, sino en una cima cercana, cubierta casi por completo por piedras y rocas cortadas a pico, que hacían prácticamente imposible el acceso a los extraños que no esta-
ban acostumbrados a ello. Por su conocimiento del terreno, la 5
población autóctona conseguía bajar cuando era necesario, aunque con mucho esfuerzo, por un camino estrechísimo y prácticamente oculto y luego volver a subir. A los pies del monte, del mismo y simple suelo, manaban unas fuentes de agua potable de la que se abastecían de agua los habitantes del poblado.

---

[516] Véase nota 399, aunque allí no habla de la función de informador para el emperador.

Ilo descubre el camino de acceso

6 Sin embargo, en aquellos días era sólo de noche cuando los bárbaros bajaban a sacar agua, pues los romanos andaban al acecho y se lo ponían difícil. Un isaurio, de nombre Ilo, estaba haciendo la guardia cuando vio a muchos misimianos bajando a la fuente a altas horas de la noche; se ocultó y esperó con calma sin impedirles el paso. Cuando salieron con los cántaros llenos, el isaurio los siguió a escondidas, subió con ellos hasta la cima y se fijó en el lugar todo lo bien que la noche le permitía y también en que no había apostados más de ocho hombres de guardia en la su-
7 bida. En cuanto advirtió eso, bajó corriendo e informó de todo al general, que se alegró sobremanera con las buenas noticias. A la noche siguiente envió al camino a cien hombres escogidos por su valor y su fuerza para que estudiasen el terreno y lanzaran un ataque donde fuera posible. Les dijo también que cuando llegaran seguros arriba, dieran una señal con la trompeta para que el resto del ejército atacara entonces la fortaleza y de este modo confundir al enemigo en uno y otro frente.

Los romanos atacan el poblado

18 Ilo, como tenía ya experiencia y conocía el camino, iba en cabeza para dirigir a los hombres en el ascenso. Le seguía Ziper, miembro de la guardia personal de Marcelino, seguido por Leoncio el de Dabragezas[517] y por Teodoro el oficial de los tzanos, y así iban subiendo todos en fila uno detrás de otro.
2 Cuando ya habían llegado a más de la mitad del camino, los que estaban delante vieron con claridad el fuego encendido de los

[517] Probablemente el hijo de Dabragezas, no miembro de su guardia personal. En cualquier caso, los cuatro personajes nos son desconocidos.

guardias y a ellos tendidos a su lado. Siete de ellos estaban
completamente dormidos y roncando y sólo uno, apoyado so-
bre el codo, se mantenía despierto con mucha dificultad y no
parecía que fuera a conseguirlo, pues también a él lo dominaba
el sueño y daba constantes cabezadas. Pero en ese momento 3
Leoncio el de Dabragezas resbaló a causa del barro y al caer
cuan largo era arrastró consigo el escudo y lo rompió. Lógica-
mente con tal estruendo, los guardias saltaron sobresaltados y
de pie sobre sus lechos desenvainaron las espadas escudriñando
a su alrededor y moviendo la cabeza en todas direcciones. Pero
no lograron interpretar lo que estaba pasando, pues deslumbra-
dos por el fuego no podían distinguir a los que estaban en la os-
curidad, ni el ruido que había interrumpido su sueño había sido
lo suficientemente claro ni perceptible como para revelar que
era el producido por la caída de unas armas; en cambio los ro-
manos distinguían todo con precisión. Ciertamente, habían pa- 4
rado la marcha y permanecían inmóviles como si tuvieran
raíces en la tierra; no emitían el menor sonido ni movían los pies
lo más mínimo, sino que así como estaban se quedaron quietos,
ya estuvieran encima de una roca puntiaguda o de una mata.
Si no lo hubieran hecho así y los guardias se hubieran perca- 5
tado de lo que estaba pasando, sin duda les habrían arrojado
pendiente abajo una gran roca para acabar con todos los atacan-
tes. Por esa causa, éstos se quedaron mudos e imperturbables,
manteniendo incluso una respiración suave y controlada. Yo en 6
verdad me maravillo de su comportamiento, de que todos a un
tiempo, como si obedecieran a una consigna, se dieran cuenta
en un instante de lo que les convenía, se mantuvieran firmes en
su posición y comprendieran cada uno por sí mismo lo que la
situación no les permitía decirse en voz alta[518]. Por su parte los 7

[518] Llama la atención el detalle con el que narra este episodio no excesivamente importante. Como en otras ocasiones, es un *exemplum*, pero no moral,

bárbaros, como no veían nada que les resultase peligroso, se tranquilizaron de nuevo y se durmieron muy a gusto.

19 Así que mientras éstos descansaban despreocupados, los romanos cayeron sobre ellos y los mataron a todos, incluso al que en broma podría recibir el nombre de «semidespierto». Después continuaron su camino sin problemas y se repartieron por las callejuelas que había entre las casas, al tiempo que la trompeta to-
2 caba la señal para la batalla. Al oírla los misimianos se quedaron atónitos por la sorpresa; se despertaban sin comprender la situación y echaban a correr por todas partes, buscando estar unos
3 junto a otros. Pero los romanos los encontraron en las puertas y, como si de una bienvenida con las espadas se tratara, así fue la destrucción que causaron. Pues unos eran masacrados nada más salir, otros mientras salían y otros cuando iban a hacerlo, de modo que no paró la matanza hasta que no llegó a todos. También entonces un gran número de mujeres se levantaron y como una riada fueron hacia las puertas entre grandes lamentos. Sin embargo, los romanos, llenos de furia como estaban, ni siquiera a éstas las perdonaron: también ellas fueron cruelmente elimina-
4 das a causa de la iniquidad de sus hombres. Una mujer muy elegante se dirigía hacia allí con mucha ostentación, sosteniendo una antorcha encendida. También ella murió de una manera terrible cuando una lanza le atravesó el vientre, mientras un romano se apoderaba de la antorcha y prendía fuego a las cabañas, que ardieron rápidamente por estar construidas con madera y paja. Las llamas alcanzaron tanta altura que llegaron a avisar de lo que
5 estaba pasando a los apsilios e incluso a pueblos más lejanos. A partir de ahí los bárbaros siguieron muriendo todavía más indis-

---

sino racional: el resultado de una acción depende de la inteligencia y la habilidad con las que se lleve a cabo, como expresa Narsés en su discurso de II 12, 1-9, lo que en este caso se refiere a que el éxito de un ejército depende directamente de la presencia y autoridad de sus jefes.

criminadamente: los que habían permanecido en casa se abrasaron o cayeron sepultados, mientras que los que habían escapado fuera encontraron en las espadas una muerte aún más segura. Fueron capturados muchos niños, que entre lágrimas clamaban por sus madres: a unos los hicieron pedazos al arrojarlos sin contemplaciones contra las piedras y a otros, como si fuera un juego, los lanzaban hacia arriba y cuando caían por su peso los atravesaban en el aire con las lanzas que tenían esperándolos.

Ciertamente entra dentro de lo razonable que los romanos 6
fuesen tan duros con el pueblo misimiano, a causa de Soterico y del ultraje contra los embajadores. Sin embargo, no deberían haber sido tan crueles y furibundos con criaturas recién nacidas que nada sabían de la insolencia de sus padres. Y en efecto, el crimen que cometieron no quedó sin castigo.

Comienza el asedio

Pasaron toda la noche ocupados en estas atrocidades, en la **20**
idea de que el lugar estaba completamente arrasado; pero entonces unos cincuenta misimianos muy bien armados salen de la fortaleza con las primeras luces y atacan a los romanos, que estaban sin guardia alguna al creer que habían tenido una victoria absoluta. A muchos los hieren y a todos los ponen en fuga,
echándolos de allí violentamente. Éstos se precipitaron por la 2
cuesta en completo desorden y después volvieron al campamento repletos de heridas de todo tipo, causadas tanto por los dardos arrojados por los enemigos como por las piedras que les habían
destrozado las piernas durante la caída. Decidieron no trepar de 3
nuevo al peñón y en cambio atacar el recinto por donde pareciera más vulnerable y al mismo tiempo rellenar el foso. Y así, en efecto, después de construir cerca unas cabañas y unas casetas, empezaron a asaltar los muros desde una posición segura, usan-

do máquinas de asalto, arcos y flechas y cuanto pudiera dificul-
4 tarles la vida y hacer el asedio insoportable a los de dentro. Los
bárbaros soportaron grandes sufrimientos, pero aun así consi-
guieron resistir: algunos, protegidos por un espalión, se dirigie-
ron contra la barrera romana con intención de derribar todas las
máquinas. Pero antes de que llegaran y lograran esconderse de-
bajo, un eslavo[519] llamado Suarunas arrojó su lanza al que era
más visible y le alcanzó de lleno. Cuando cayó, el espalión tem-
bló y se desplomó del revés y, al hacerlo, dejó al descubierto y
5 sin protección a los hombres que estaban dentro. A la mayoría
los mataron fácilmente con sus dardos, pero uno consiguió huir.
Y ya estaba muy cerca de la poterna y ya podía acceder a ella,
cuando se derrumbó abatido por un disparo de flecha. Cayó jus-
to en el umbral, de modo que una pequeña parte de su cuerpo
6 quedó fuera y el resto dentro. Cuando lo vieron los misimianos
les pareció, creo, una muy funesta señal acerca del futuro, ade-
más de que estaban ya cansados de tanto esfuerzo y querían que
cesaran las hostilidades con los romanos, sobre todo porque los
refuerzos persas convenidos no habían llegado aún.

Rendición de los misimianos

7 Con estas consideraciones y, tras hacer recuento de sus propias fuerzas y comprender que no iban a poder mantenerse mucho más en guerra en esas condiciones, enviaron una embajada a Juan y le suplicaron que no los llevase a una completa destrucción ni exterminase a un pueblo súbdito suyo desde antiguo y de sus

[519] Aunque los eslavos eran uno de los mayores enemigos del Imperio en época de Justiniano, desde el principio de su reinado fuerzas eslavas se integraron en el ejército como *foederati*, al igual que hunos, hérulos, tzanos, etc. Véase Teall, «The Barbarians...», págs. 300-303.

mismas creencias religiosas, pues cuantas ofensas hubiera cometido antes y cuanto movimiento en contra hubiera realizado se debía a la insania de los bárbaros. Dijeron que eran en cierto modo dignos de consideración e indulgencia, después de haber sufrido tan terriblemente y de haber recibido tan enormes castigos: tenían todos los alrededores de su fortaleza reducidos a cenizas, no menos de cinco mil de sus hombres jóvenes habían muerto, así como la mayoría de las mujeres, también la mayoría de los niños, de tal modo que poco faltaba para que su pueblo desapareciera por completo. Juan admitió satisfecho sus súplicas porque 8
no quería exponer a su ejército a más peligros en esa tierra desierta y desapacible y porque en verdad los culpables de tanta iniquidad habían recibido ya suficiente castigo. Así pues, tomó re- 9
henes y todas las riquezas que Soterico había llevado y entre ellas también el oro del emperador, que en total sumaba 28.800 monedas de buena ley. Después de haber cobrado este dinero y de apoderarse de un gran botín, les permitió dirigir de nuevo sus propios asuntos y retomar su antiguo modo de vida. Él, por su parte, vol- 10
vió a la Cólquide junto a un orgulloso ejército que regresaba cubierto de fama, sin haber perdido nada más que treinta hombres.

EL EMPERADOR DEPONE A MARTINO

Justino como comandante en jefe

Tras estos acontecimientos, el emperador Justiniano relevó 21
completamente del mando a Martino y en su lugar nombró a Justino, el hijo de Germano[520], como comandante en jefe de las fuerzas que se encontraban en la Cólquide y en Armenia. Ya antes de esto le disgustaba sobremanera que tuviese el mando ab-

[520] *Cf.* II 18, 8.

soluto, debido a su no pequeña participación en la conjura con-
2 tra Gubaces[521]. Sin embargo, había ocultado tanto tiempo su decisión porque, en su opinión, no había que cambiar o renovar el mando cuando todo estaba aún tan revuelto y sobre todo cuando al ejército le gustaba tanto Martino a causa de su experiencia mi-
3 litar y de sus certeras dotes de mando. Por esta causa, creo, logró salvarse, puesto que él también habría sido ejecutado junto a Juan y Rústico. En cambio, en consideración, por así decir, a sus victorias y a su buen criterio ante situaciones peligrosas, entendió de una manera laxa la ley textual y estricta y rebajó la acusación contra él, aunque no consintió que permaneciese al mando, sino que lo convirtió en un civil cualquiera, pensando que, aunque había tomado parte en tan terrible crimen, esa deshonra
4 era castigo suficiente. Así, en cuanto los persas hicieron un pausa en sus hostilidades y con la tregua el asunto pareció razonable, le depuso y convocó en Constantinopla a Justino, no sólo muy cercano a él por lazos de sangre[522] sino también digno de la más alta reputación por aquel entonces; le dio el mando supremo y lo envió de nuevo a la Cólquide para que se hiciera cargo de lo que fuera a suceder a partir de entonces.

Justino confía en Juan el libio

5 En su compañía había un libio llamado Juan, al principio insignificante y tan pobre que para ganarse la vida había ido a sueldo de un miembro de la guardia personal y había sufrido la dureza de la vida de criado, pero que no mucho después se
6 había alzado con una gran riqueza y mucha arrogancia. Pues ha-

[521] Sobre su demostrada complicidad, *cf.* IV 11, 1.

[522] El padre de Justino, Germano, era primo de Justiniano; véase PROCOPIO, *Guerras* II 6, 9.

ciendo uso de muchas artimañas y valiéndose de su astuta inteligencia se hizo conocer por Justino en muy poco tiempo, él, que era perverso y malicioso e incapaz de rechazar cualquier empresa criminal e impía si se trataba de dinero. Le pidió al general una cantidad determinada de oro y le prometió que, si se la daba, le proporcionaría a él, con su permiso, cuantos víveres fueran suficientes para el tiempo que quisiera, además de servidumbre y esclavos, así como asistentes, ordenanzas y guardia personal y en realidad todos cuantos integraban su sustento habitual. Y, más 7
aún, él le aseguró que, incluso haciendo esto, conservaría todo el dinero y devolvería todo lo que había recibido, completamente intacto, tal y como se lo habían prestado, aunque, eso sí, incrementado en otro tanto. A la mayoría su proposición le pareció un enredo de charlatán. Pero Justino, a pesar de que debería haber mostrado su indignación por el disparate del libio y a pesar de que sabía que no iba a poder cumplir su promesa sin cometer delitos y abusos y sin arruinar con sus negocios ilícitos a todos aquellos con los que tratase, sin embargo creyó sus palabras y tras entregarle el oro acordado, le permitió hacer lo que quisiera.

Las extorsiones de Juan

Entonces Juan empezó a visitar cuantas aldeas de Roma[523] se 22
encontraban en la ruta; convocaba a sus habitantes, y allí donde no había abundancia de ganado les anunciaba que el ejército lo necesitaba. Les ofrecía veinte talentos[524]: «Vosotros —decía— tenéis que darme algo a cambio de este dinero y no puede ser menos.

[523] Esto es, las que estaban habitadas por súbditos del Imperio, y no eran bárbaras.

[524] El talento de plata equivalía a 100 libras, que a su vez pesaban cada una alrededor de 320 g.

Pero tomad esto primero y traedme lo más rápidamente posible
2 todos los animales». Cuando le suplicaban que les liberase de esa obligación y le juraban que no tenían ganado suficiente para trabajar el campo, el maldito se negaba con grandes aspavientos y se quejaba de que al general no le iba a ser posible comprar víveres. Su enfado llegaba hasta tal punto que los habitantes vendían sus más preciadas posesiones, reunían tanto dinero como les era posible y se lo daban a este malnacido para liberarse del tributo[525].
3 Entonces se marchaba de allí y de nuevo se presentaba en otro lugar, donde no conocían los camellos o los mulos ni de nombre; a gritos les decía que había venido en busca de estos animales y, usando el mismo recurso, de nuevo les enseñaba su oro y de nue-
4 vo se marchaba llevándose el de ellos. De esta manera, recorrió la zona exigiendo lo que no había y, sin hacer ni una sola compra, ni una sola venta, ni un solo préstamo, recaudó dinero reclamándoselo a los que nada le debían y con los beneficios dobló rápi-
5 damente la cantidad inicial. Cuando llegó a la Cólquide, hizo lo mismo y consiguió además, no sé cómo, unas naves mercantes; después de hacerse, por la fuerza, con gran cantidad de frutos de la región y comprar muchos productos a muy bajo precio, los llevó al extranjero y los vendió todos. Como es natural, una gran escasez de bienes básicos afectó al ejército, que tenía que pagar incluso por el forraje, mientras aquel sujeto infame, traficante y
6 tramposo, se hacía con enormes beneficios. Ciertamente cumplió gracias a estos métodos su trato con Justino, pues le suministró las provisiones y le devolvió el oro inicial; éste, por su parte, aunque conocedor de lo que se estaba haciendo porque muchas veces las

---

[525] El procedimiento es una variación sobre la *coemptio* o *synōnḗ*, una venta obligatoria al precio fijado por el Estado: el sistema fue habilitado por Atanasio I, pero sólo como medida extraordinaria, *Cod. Iust.* X, 27, 2, aunque debido a las múltiples campañas se usó y abusó de ella con mucha frecuencia: véase Ravegnani, *Soldados...*, págs. 133-136.

víctimas de tales saqueos habían ido ante él y se habían postrado a sus pies entre grandes lamentos, suplicándole que cesaran sus desgracias, sin embargo él, con muy poca consideración por sus quejas y sus lágrimas, comía tranquilamente de estas iniquidades y disfrutaba con esa buena vida, que no le costaba nada, al tiempo que se llenaba los bolsillos hasta el borde.

Castigo de Justino

Pero tiempo después iba a recibir un grandísimo castigo[526], 7
como es natural, pues aunque realizó miles de empresas y se alzó con una excelente fama por haber impedido las incursiones de los bárbaros en las riberas del río Istro[527], desde entonces la justicia del Todopoderoso no estaba tranquila y estas acciones no ocultaron aquéllas, que permanecieron sin embargo en espera y quedaron puntualmente registradas hasta el momento oportuno. Pues no
nos llega a la vez el crimen y su correspondiente castigo, sino, por 8
lo general, después de un tiempo, y quizá cuando ya se nos han olvidado los hechos pasados[528]. En ese momento nos llenamos de indignación con lo que se nos viene encima, como si fuera irracional e injusto y culpamos de ello a la envidia y la maldad hu-

[526] De acuerdo con EVAGRIO, *Historia Eclesiástica* V 1-2, el futuro Justino II, que era su pariente, tenía un acuerdo con él: como ambos tenían la misma jerarquía y podían llegar a ser emperadores, quien lo consiguiera debía tener al otro como su segundo. Pero el nuevo emperador no quiso cumplir el trato; lo acusó de ciertos delitos, lo exilió a Alejandría y allí finalmente lo mandó asesinar en el 566. Evagrio añade que era tanto el odio que le tenían el emperador y su esposa Sofía, que se divirtieron dándole patadas en la cabeza al cadáver.

[527] Cuando fue asesinado, Justino se encontraba en el Danubio evitando que los ávaros cruzasen sus orillas; véase MENANDRO PROTECTOR, frag. 4, y EVAGRIO, *Hist. Eclesiástica* V 1.

[528] Véase PROCOPIO, *Guerras* VIII 12, 34-35, donde añade que cuando los hombres no entienden las acciones de Dios lo llaman Fortuna.

mana porque por ellas estamos sufriendo lo que no merecemos. Quien nos regula y organiza sabe lo que es útil y conveniente a cada uno y del modo que le parece oportuno persigue y rastrea los pecados de mucho tiempo antes[529]. Pero de lo que le sucedió des-
9 pués a Justino y de cómo se arruinó de repente su prosperidad y su vida, de eso hablaré detalladamente cuando mi narración, que va siguiendo el mismo camino que llevan los hechos, alcance ese momento en el tiempo[530]. Pero ahora he de volver al principio de los acontecimientos y dedicarme a ellos de manera ordenada.

CALMA ENTRE LOS DOS BANDOS

23 Con tal estado de cosas en Lázica y con Justino nombrado comandante en jefe de todo el ejército, ni los persas hacían preparativo alguno para reanudar las hostilidades, ni tampoco los romanos atacaban, aunque ambos bandos se mantenían muy alerta, averiguando los planes del enemigo en la medida que les era posible. Pero sin que ninguno de ellos iniciara la batalla, permanecían en calma y guardaban las distancias entre sí tan espontáneamente como si se hubiesen puesto de acuerdo.

COSROES CASTIGA A NACORAGAN

2 Cosroes, el rey persa, cuando hubo conocido lo sucedido en Fasis y que Nacoragan había huido de la batalla[531], le hizo vol-

[529] Nueva formulación de la idea recurrente en la obra de la causalidad moral de los acontecimientos humanos; véase Introducción 3.3.

[530] No llega a hacerlo, sin embargo, por el repentino final de su obra. Es curioso, por otra parte, que no haga ningún comentario sobre el destino de Juan, que era sin duda también merecedor de castigo.

[531] III 27, 6-9.

ver de Iberia y le infligió un cruelísimo castigo, de acuerdo con la ley ancestral[532]. Pues creía que ejecutarle sin más no era sufi- 3
ciente pena para la cobardía, así que haciéndole un corte en el cuello, le arrancó la piel hasta los pies en una pieza, que quedó separada de la carne y dada la vuelta, de modo que eran visibles las marcas de las distintas partes del cuerpo por el revés; después, un poco hinchada, como si fuera un odre, la colgaron de una estaca, un espectáculo horrible e infame en extremo: creo que el primero que tuvo la crueldad de hacerlo fue Sapor[533], rey de los persas mucho tiempo antes que Cosroes.

El castigo de Marsias

Se cuenta lo siguiente sobre Marsias el frigio: entre él y Apo- 4
lo hubo una competición de flautas y del arte de tocarlas[534]; fue

[532] En realidad, la huida de Nacoragan se había producido en el 556, pero Agatías la retrasa un año, hasta el 557, de acuerdo con McCail, «The Earthquake...», págs. 246-247, por razones estéticas: al posponer la mención del despellejamiento de Nacoragan hasta después de la relación de los acontecimientos militares, puede organizar una estructurada narración de historias paralelas: Apolo y Marsias, Sapor y Valeriano, hasta el establecimiento de la dinastía Sasánida por el predecesor de Sapor, Artajerjes. Puede así acabar el libro IV con la lista cronológica de la dinastía Sasánida prometida en el II 27, seguida por la tregua del 557.

[533] Sapor I (241-272), hijo de Artajerjes I. En realidad, el castigo está documentado para el período aqueménida (Heródoto, V 25, 1, Plutarco, *Artajerjes* 17), pero Agatías lo silencia para poder insistir en la degeneración de los actuales persas con respecto a los anteriores. Véase Rampi, «La storiografia agaziana...», págs. 44-45.

[534] El sátiro Marsias aprendió a tocar la flauta de dos bocas que había despreciado Atenea cuando vio cuánto afeaba su rostro al tocarla, y retó a Apolo a un concurso musical. Las Musas, que actuaron de jueces, le dieron el triunfo a Apolo, que había tocado la lira, de modo que Agatías no es muy preciso en su explicación.

derrotado, con rotundidad y también con justicia, como era de esperar —aunque no haga mucha falta decirlo— al estar compitiendo con su propio dios[535], y sufrió de parte del vencedor el siguiente castigo a su atrevimiento: arrancarle toda la piel y dejarla colgada de un árbol. Ciertamente, todo ha de ser una falsedad, un cuento, un entretenimiento de poetas, que no tiene que ver ni con lo verdadero ni con lo verosímil, si dicen que Apolo se hizo flautista y participó en un concurso de este arte y tras su victoria se enfureció tanto que impuso al vencido un castigo hasta tal punto cruel e insensato. Y además, ¿cómo iba a consentir que se viera flotando en el aire la prueba de su inhumano comportamiento?[536]

5 Esta historia la trataron los poetas de antaño[537] y los nuevos la han retomado para cantarla a su vez; entre ellos Nono[538], nacido en Pano de Egipto[539], en una de sus obras poéticas a la que le dio el nombre de *Dionisíacas*[540], tras hacer mención de Apo-

[535] Apolo es el dios de la música.

[536] Es una crítica un tanto tibia al mito, ya que no niega la existencia de Apolo sino sólo la coherencia de sus acciones. Véase para el comentario de todo el pasaje, RAMPI, «La storiografia agaziana...», págs. 44-49.

[537] MELANÍPIDES DE MELOS (PAGE, *PMG*, frag. 758); ANTÍPATRO DE TESALÓNICA, en *AP* IX 266, OVIDIO, *Metamorfosis* VI 392-395.

[538] La fecha de Nono es desconocida y la única referencia que hay sobre ella es este calificativo de Agatías. Para algunos, el calificativo que le aplica como «nuevo» lo sitúa en los años anteriores a él mismo, esto es, de principios del siglo VI, salvo que lo llame así para marcar la oposición de este poeta con respecto a los clásicos. Véase B. BALDWIN, «Nonnus and Agathias: Two Problems in Literary Chronology», *Eranos* 84.1 (1986), 60-61. En cualquier caso, es muy significativo que Agatías cite aquí a Nono, una de las influencias más notables en todos los epigramatistas de la época, en vocabulario, fraseología y métrica. Véase, entre otros trabajos, I. GALLI CALDERINI, «L'epigramma greco tardoantico. Tradizione e innovazione», *Vichiana* 16 (1987), 103-134.

[539] Pano o Panópolis, actual Akhmim, en la orilla este del alto Nilo.

[540] Poema épico en 48 libros que narra el viaje de Dioniso a la India y su vuelta. Es la obra principal de Nono, del que se nos ha conservado, además, una

lo unos pocos versos antes, no sé a propósito de qué, pues no recuerdo las palabras anteriores, sigue así:

> ... desde el día que castigó de Marsias la flauta que
> [contendía con los dioses
> y suspendió de un árbol su piel, inflada por el viento[541].

Sapor aplica ese castigo

Desde entonces esa infamia se había mantenido ignorada 6
por el género humano y de ello son evidentes y manifiestas las pruebas para quienes son capaces de examinar y analizar los testimonios antiguos y no se dejan engañar por los relatos de los poetas sobre los dioses. Pero, aunque Sapor era perverso, bru- 7
tal y presto a la ira y a la crueldad al tiempo que tardo a la compasión y a la clemencia, no puedo afirmar tajantemente que no hubiese cometido ese acto impío antes contra otros. Pero que al emperador romano Valeriano, que le declaró la guerra y fue vencido, él lo capturó vivo y le infligió este castigo, lo testimonian abundantes relatos históricos[542]. Sin duda, los primeros en 8

---

paráfrasis al Evangelio de San Juan. De otros poemas suyos, como la *Bassarica* y la *Batalla de los Gigantes*, sólo conocemos el título.

541 NONO, *Dionisíacas*, I 42-43. También en X 232 ss.

542 Valeriano subió al trono en el año 253, junto con su hijo Galieno. En el 259, en medio de un intento por parte de Valeriano de parar la ofensiva persa en Mesopotamia, su ejército fue diezmado por una plaga cerca de Edesa. Valeriano quiso negociar una tregua, pero, posiblemente traicionado por alguno de sus hombres, en el 260 fue capturado por Sapor, quien lo mató. Hay varias versiones de su muerte; la que presenta aquí Agatías coincide con la de los escritores cristianos, empezando por LACTANCIO, *Sobre la muerte de los perseguidores* V 2, EUSEBIO, *Vida de Constantino* IV 11, etc., que presentan esta horrible muerte como una suerte de castigo por las persecuciones que llevó a cabo.

apoderarse del trono persa después de la caída de los partos, esto es, Artajares y Sapor, eran ambos extremadamente crueles e infames: uno se rebeló y se hizo con el poder de manera violenta, matando a su soberano[543], y el otro fue el primero en aplicar este castigo terrible y digno de la mayor abominación.

SEGUNDO «EXCURSUS» PERSA[544]

Reinado de Artajares y Sapor

24 Como en el curso de su desarrollo el relato me ha llevado otra vez a Artajares, sería conveniente ahora completar lo anunciado anteriormente[545] y hacer una relación de los reyes que le siguieron[546]. De quienes venía éste y de qué modo se ciñó la tiara, eso ya lo he relatado con detalle. Sólo añadiré a aquello que Artajares se apoderó del trono persa tal y como he contado anteriormente[547], quinientos treinta y ocho años después de Alejandro Magno de Macedonia[548], en el cuarto año del reinado del

[543] Como ya ha relatado en II 26, 2.

[544] Traducción y amplio comentario en CAMERON, «On the Sassanians...», págs. 121-163.

[545] En II 27, 6-7.

[546] La cronología que presenta Agatías tiene algunas imprecisiones y errores —algunos derivados de las peculiaridades del calendario persa—, pero es la lista más completa que se posee, que se ha corregido en parte por otras fuentes, como la numismática, y que se puede consultar en CAMERON, «On the Sassanians...», págs. 116-117, basándose a su vez en A. CHRISTENSEN, *L'Iran sous les Sassanides*, Copenhague, 1944.

[547] Sólo DIÓN CASIO, LXXX 3, y HERODIANO, VI 2, 6 ss., dan alguna referencia sobre Artajares, de cuya existencia se supo en Roma en el 234.

[548] La cifra 538 no se ajusta a la que da en II 26, 1, de 270 años de duración de la dinastía parta. Véase nota 322, pero es correcta si se toma el 312, re-

otro Alejandro, el hijo de Mamea[549], y su reinado duró quince años menos dos meses.

2 Aquel maldito Sapor[550] heredó el reino y vivió después treinta y un años, la mayoría de ellos causando grandes problemas a los romanos. 3 Al haber eliminado a su emperador y pensar que no habría ningún otro obstáculo, llegó muy lejos, devastó Mesopotamia y la región limítrofe, saqueó Cilicia y Siria hasta llegar a Capadocia: cometió una masacre tan grande y tan terrible que llenó con los cuerpos de los hombres caídos los pozos y las oquedades de las paredes de las montañas y con ellos dejó al ras las grietas y los picos de las peñas, de modo que cabalgaban por allí, cruzando las cimas de los montes, como si estuvieran en llano. 4 Después de volver a casa haciendo gala de sus impíos logros sin ninguna mesura, al contrario, cada vez con más soberbia[551], al poco tiempo puso fin a su insolencia

---

greso de Seleuco a Babilonia, como inicio de la Era Seléucida, que era convencionalmente llamada «Era de Alejandro». La cifra de 538 años es un dato seléucida, que se encuentra en fuentes sirias, de donde procedería también la sincronización con Alejandro Severo.

549 Marco Aurelio Severo Alejandro. Subió al trono en el 222 y murió asesinado en una rebelión de sus soldados en el 236. Parece entonces que Agatías da como fecha de inicio del reinado de Artajares el 226, año en que fue coronado, y no el 223, cuando mató a Artábano V.

550 Rey desde el 241 al 272. El retrato que presenta aquí Agatías es tan negativo que difícilmente ha podido obtenerlo de los *Anales*, más bien de su informante sirio Sergio (véase Introducción 3.9), pero lo ha admitido sin duda porque encaja bien con su visión moral de la historia.

551 ZÓSIMO, I 27, 2, también insiste en la extrema crueldad de Sapor, y ZONARAS, XII 23, repite el relato de Agatías. Aunque es comprensible que la crueldad del conquistador de esas tierras llegara a ser legendaria, lo que aquí presenta Agatías parece más bien un adorno de su cronografía utilizando un *topos* que aparece en otras obras históricas; el paralelo más cercano es ARRIANO, *Anábasis de Alejandro* II 11.

Odenato[552] el de Palmira, un hombre antes oscuro y desconocido pero que con los sucesos de Sapor y con lo que hizo contra él alcanzó un gran renombre[553] y mereció que se hablara de él en muchas obras antiguas[554].

De Hormisdates I a Vararanes III

5 Al morir Sapor heredó el Imperio Hormisdates[555], su hijo, que duró en él un tiempo brevísimo[556], pues disfrutó de esa fortuna un año y diez días, sin haber hecho nada digno de mención, igual que su sucesor, Vararanes[557], que reinó tres años.
6 Pero el hijo de éste, que llevaba el mismo nombre que su padre, permaneció en el trono dieciocho años[558]. El tercer Vararanes disfrutó la corona sólo cuatro meses, pero recibió el título de

[552] Odenato era el gobernador de Palmira, pero posteriormente fue nombrado rey por el emperador Galieno en el 261. Realizó una serie de campañas exitosas contra los persas, en las que recuperó ciudades y territorios antes tomados por Artajares y Sapor, por lo que, evidentemente, tampoco son los *Anales* persas la fuente de estas informaciones.

[553] Para CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 141, la referencia a su oscuro origen, que no aparece en fuente alguna, es un mero artificio retórico para construir una antítesis frente al «gran renombre» posterior, como en II 26, 2, para Artajares, y IV 21, 5 para Juan el libio.

[554] Aunque hay muchos autores que hablan de Odenato, desde Eusebio a Procopio (*cf.* para las referencias CAMERON, *loc. cit.*), no presentan paralelos significativos con Agatías. Llama la atención, por lo demás, la vaguedad de las expresiones «muchos historiadores», «muchas obras» que utiliza en este *excursus*, frente a los muchos nombres que da en el primero.

[555] Más conocido como Hormuz.

[556] Años 272-273.

[557] Hijo de Sapor I y hermano de Hormisdates, años 273-276. Conocido también como Bahram.

[558] Vararanes II, años 276-293.

Segan Sha no de manera casual o sin sentido, sino debido a una antigua costumbre ancestral.

Origen del título de Segan Sha

Pues los reyes persas, cuando atacaban y conquistaban un 7
gran pueblo vecino y se apoderaban de su tierra no mataban a los vencidos, sino que con la imposición del pago de un impuesto, les permitían vivir y cultivar la tierra conquistada. Ahora bien, infligían un lamentable final a sus dirigentes más principales y daban a sus propios hijos la titularidad del poder, según parece por mantener el recuerdo de su fama y del orgullo de su
victoria. Así pues, después de que el pueblo de los segestanos[559] 8
fuera sometido por su padre Vararanes, fue natural que recibiera el nombre de Segan Sha, que es como se llama en griego al rey de los segestanos[560].

Narsés y Hormisdates

Después de la rápida muerte de éste, le siguió en el trono 25
Narsés[561] durante siete años y cinco meses. Pasó el Imperio a

[559] Los habitantes de Sakastāna, «Tierra de los sakas», actual Sistán, provincia al sureste de Irán.

[560] En realidad, Vararanes II se enfrentó a su hermano Hormisdates, que gobernaba Jorasán con el título de *Segan Shah* o *Sakan Shah* (rey de los sacas) y que se rebeló contra su hermano; pero éste logró aplastar la revuelta y puso a su hijo Vararanes en el lugar de su hermano *(Scriptores Historiae Augustae*, Caro 8).

[561] 293-302. Llegó al trono tras una revuelta contra Vararanes III, lo que fue suprimido en el *Khvadhāynāmagh* o *Libro de los reyes* (véase Introducción 3.9)

su hijo Hormisdates[562], que heredó de su padre no sólo el poder, sino también igual duración en él. Uno podría sorprenderse de que ambos ejercieran el poder exactamente los mismos años y meses.

Sapor II

2 Pero Sapor, el siguiente rey[563], disfrutó su reinado durante mucho tiempo[564], gobernando tantos años como vivió. Pues cuando su madre aún estaba encinta de él, la línea sucesoria requirió en el trono al nonato. Pero hasta el parto no se sabía qué sexo
3 iba a tener. Por ello todos los miembros del gobierno ofrecieron regalos y honores a los magos por adivinar el futuro. Condujeron hasta el centro de la escena a una yegua preñada y a punto de parir y les ordenaron que adivinaran primero sobre lo que creían que iba a tener la yegua, pues pensaban que a los pocos días iban a saber cómo había ido la adivinación y que resultaría exactamente igual lo que adivinaran con respecto a la mujer. Lo que predijeron a propósito de la yegua, no puedo decirlo con precisión, porque no he tenido noticias exactas sobre ello; pero sea como fuere, predijeron lo que vino a suceder después.
4 Al comprobar los otros que los magos dominan perfectamente su arte, les urgen a que expongan también lo que va a suceder

---

así como su derrota ante Diocleciano y la subsiguiente pérdida de Nisibis; *cf.* Pedro Patricio, frag. 14 *(FHG* IV 189).

[562] 309 / 310-379. Parece que la información de Agatías es correcta; véase Cameron, «On the Sassanians...», págs 143-144.

[563] Tras la muerte de Hormisdates II, los nobles se libraron de los tres hijos mayores del rey, fruto de su primera esposa, y coronaron al nonato. En los *Anales* parece que no había referencia alguna a este conflicto, que se conoce por otras fuentes, entre ellas Zósimo, II 27; véase Cameron, *loc. cit.*

[564] 309 / 310-379.

con la mujer. Al decir que es un niño varón, no esperan más, sino que ciñen la tiara al vientre, proclaman rey al nonato y distinguen con un nombre a un ser formado y evolucionado lo suficiente, creo, como para moverse y saltar ligeramente dentro
del seno de su madre[565]. Así, al cambiar lo que en la naturaleza 5
es incierto y confuso por lo que en su creencia es seguro y reconocido no yerran, sin embargo, en sus esperanzas, sino que dan de lleno en el blanco, aún más de lo que habían pensado. Pues poco después nace Sapor con su dignidad de rey y con ella crece y envejece, hasta acabar su vida con setenta años.

El vergonzoso tratado de Joviano

En el año veinticuatro de su reinado, la ciudad de Nisibis 6
cayó en poder de los persas[566]; aunque desde antiguo había estado sometida a los romanos, fue entregada y abandonada por su propio emperador Joviano. Pues cuando de repente fue asesinado el soberano anterior, Juliano, que había llegado al mismo centro del Imperio persa[567], Joviano fue proclamado emperador por los generales, el ejército y la demás muchedumbre.
Por su apresurado advenimiento al trono y por la confusión 7
que como es natural reinaba, y más en medio del territorio ene-

[565] Otras fuentes dan la cifra de cuarenta días antes del parto para esta precoronación y para la verdadera, otros cuarenta días tras el nacimiento.

[566] El tratado se firmó en el 363, no en el 333, como aquí dice Agatías, aunque la confusión aparece en otras fuentes.

[567] Sobre la notable ausencia de actitud negativa hacia Juliano, véase CAMERON, «Agathias and Cedrenus...», que deduce de ello que la fuente de Agatías no pudo ser ni persa ni grecorromana sino siria, en cuyas fuentes aparece abundantemente este episodio. A pesar de la escueta referencia a Juliano, en CEDRENO (I, pág. 538 Bonn) se habla de un oráculo recibido por este emperador en Nisibis para el que cita como fuente a Agatías.

migo, no fue capaz de actuar con la calma que requerían las circunstancias. Por tanto, en su deseo de acabar su estancia en un hostil país extranjero y con la única idea de conseguir regresar rápidamente a su propia tierra, estableció un tratado tan vergonzoso e innoble, que hasta hoy mismo resulta una mancha para el Estado romano[568], según el cual constriñó al Imperio en unas nuevas fronteras más reducidas y recortó los extre-
8 mos de su propio territorio[569]. Los sucesos de aquel tiempo ya han sido relatados por muchos historiadores anteriores[570] y yo por mi parte no tengo tiempo para detenerme en ellos, sino que he de volver al tema anterior.

Artajares y Sapor

26 Después de Sapor su hermano Artajares[571] ocupó el trono durante cuatro años y luego murió[572]. Su hijo, que también se llamaba Sapor[573], estuvo en el poder cinco años. Por el doble y uno

---

568 La indignación por ese tratado es tradicional en el mundo romano; *cf.* AMIANO MARCELINO, XXV 7, 13; 9, 8.

569 A pesar de que Sapor tuvo actuaciones muy importantes, sobre todo desde el punto de vista de un romano (guerras con Roma, persecuciones de cristianos, etc.), no hay nada de ello aquí, excepto el suceso de Nisibis, el único citado por la tradición del *Khvadhāynāmagh*, su única fuente, al parecer.

570 Para las fuentes posibles, véase CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 146.

571 Artajares II, 379-383. En realidad el nombre que utiliza Agatías es *Artaxḗr*, la abreviación de Artajares, *cf.* nota 325. Es probable que no fuera hermano de Sapor, sino hijo de su hermanastro. Véase CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 147.

572 Según otras fuentes, véase CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 147, fue destronado por los nobles.

573 Sapor III, 383-388. Según algunas fuentes era hijo de Sapor II, no de Artajares.

más lo hizo su hijo Vararanes[574], que tuvo el título de Kerman Sha. Ya he explicado la causa de estos sobrenombres: Kerman[575], 2
pues, quizá sea un pueblo o un lugar, cuyo nombre tomó, después de someterlo el padre de Vararanes, como también antes sucedía entre los romanos: uno el Africano, otro el Germánico y otro el de otro pueblo conquistado[576].

Isdigerdes y el emperador Arcadio

Después de éstos, heredó el poder el hijo de Sapor[577], Isdiger- 3
des[578], afamado en extremo entre los romanos: cuentan que cuando el emperador Arcadio estaba a punto de morir y, como es costumbre entre los hombres, estaba disponiendo sus asuntos, puso a éste como guardián y protector de su hijo Teodosio y de todo el
Estado romano. Este relato está en nuestra memoria desde anti- 4
guo pasando de generación en generación hasta nuestros días, tanto en las clases altas como en el pueblo llano. Sin embargo, no he podido encontrarlo en ningún escrito ni obra histórica, ni siquiera en aquellos que rememoran el final de Arcadio[579], con la

---

[574] Vararanes IV, 388-399, hijo de Sapor II o de Sapor III, según las diversas fuentes; véase CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 147.

[575] Kerman o Carmania, una región al sureste del actual Irán, de la que Sapor hizo gobernador a Vararanes IV. Éste fundó allí una ciudad llamada Kirmānshāh; véase C. BRUNNER, «Geographical and administrative divisions: settlements and economy», en CAMERON, *CHI* III, págs. 767 y 771-773.

[576] La costumbre seguía existiendo en época de Justiniano, *cf.* I 4, 4, aunque era el propio emperador quien tomaba el sobrenombre, no su hijo.

[577] No se sabe si Sapor II o III, y otras fuentes lo hacen hijo de Vararanes IV; véase CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 147.

[578] Isdigerdes (o Yazgerd, la abreviación armenia del nombre) I, 399-421.

[579] La noticia aparece más tarde en TEÓFANES, A. M. 5900. Para las fuentes del período, véase JONES, *LRE*, págs 170-173.

única excepción de los libros del rétor Procopio[580], lo que no tiene nada de extraordinario, pues él, con sus vastísimos conocimientos, habrá leído, por así decir, toda la historia y habrá encontrado escrita esta narración en algún autor anterior que no he podido leer
5 yo, que sé muy poco, si es que sé algo[581]. Pero lo que me parece más sorprendente es que al referir estos hechos no hace sólo una mera exposición de lo que ya sabemos, sino que alaba y solemniza a Arcadio por haber tomado la mejor decisión, pues dice que, aunque no había nacido demasiado sagaz en otros aspectos, en
6 éste sin embargo se mostró prudente y previsor. En cambio, a mí me parece que quien admire su decisión juzga su acierto no tanto por el punto de partida de la misma, sino por su resultado posterior. Porque, ¿cómo va a estar bien que se confíe lo más preciado a un extranjero, bárbaro y rey de nuestros mayores enemigos, tan incapaz de comprender la confianza y la justicia y que, además,
7 tiene creencias religiosas extrañas y desviadas[582]? Si no hubo ningún problema con el niño, sino que su Imperio permaneció seguro al cuidado de su protector, incluso durante todo el tiempo en que era un niño de pecho, es más digna de alabanza la buena voluntad de aquél que la iniciativa de Arcadio. Aunque sobre este tema, juzgue cada uno según su exacto criterio[583].

---

[580] La historia aparece en PROCOPIO, *Guerras* I 2, y otros autores posteriores, como Teófanes o Zonaras, pero es muy discutida por los historiadores; véase para las referencias, CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 149 y desde una perspectiva más amplia A. CAMERON, J. LONG, *Barbarians and Politics at the Court of Arcadius*, Berkeley - Oxford, 1993.

[581] Para TREADGOLD, «Agathias...», pág. 286, Agatías es evidentemente sarcástico, y en general está muy orgulloso de su obra; *cf.* Proem. 16, 20.

[582] El término empleado por Agatías, *peplanēménōi*, según CAMERON, *Agathias*, pág. 91, nota 1, es un término técnico en la polémica cristiana contra los paganos, *cf.* PROCOPIO, *Historia Secreta* XI 14.

[583] La excesiva longitud de este paréntesis que tiene en realidad muy poco que ver con la cronografía persa parece, en opinión de CAMERON, «On the Sas-

Isdigerdes, en los veintiún años de su reinado, no entró en guerra con los romanos ni hizo nada en su perjuicio. Al contrario, se le recuerda como un rey bien dispuesto y pacífico, fuera por casualidad o fuera porque respetaba de verdad al niño y las obligaciones propias de un protector[584]. 8

Vararanes V e Isdigerdes II

Sin embargo, al morir éste, se puso al frente del reino su hijo Vararanes[585], que hizo una incursión en territorio romano; pero cuando fue recibido de manera amistosa y humilde por los generales establecidos en la frontera, se dio la vuelta rápidamente y regresó a sus dominios y no les hizo la guerra a sus vecinos ni dañó ese territorio de ninguna otra manera[586]. 27

Tras su reinado de veinte años, dejó el trono a su propio hijo, al segundo Isdigerdes[587], que permaneció en él diecisiete años y cuatro meses. 2

sanians...», pág. 149, originada por un deseo de marcar la diferencia de criterio con Procopio que no surge de datos concretos, sino de una reflexión de carácter general. Por otro lado, refleja la misma tendencia antipersa que insiste en demostrar en otras ocasiones, como en la historia de Cosroes y Uranio; véase Introducción 3.4.

[584] Como era de esperar, en las fuentes persas la opinión sobre este rey, llamado «el pecador», es bien distinta; Agatías no se ha basado, entonces, en los *Anales Reales*, sino probablemente sólo en Procopio.

[585] Vararanes V, 421-438 / 439.

[586] Nada de esto está en la tradición de la *Khvadhāynāmagh*, que sin embargo habla de graves problemas sucesorios y de las persecuciones de cristianos. Agatías presenta aquí un resumen de PROCOPIO, *Guerras* I 2, 11 ss., que sigue utilizando como fuente, por lo que mantiene su error de datar el tratado de paz, que tuvo lugar en tiempos de Isdigerdes II, en el reinado de Vararanes; véase CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 151.

[587] Isdigerdes II (438 / 439-457).

Peroces y Valas

3 Después de él, fue proclamado emperador Peroces[588], un hombre lleno de arrogancia, amante de la guerra y siempre ávido de realizar grandes acciones, aunque no tenía una mente estable y firme, sino que en él había más de atrevimiento que de
4 sensatez. Por ello murió en una campaña contra los neftalitas[589], no tanto por la fuerza de los enemigos como por su propia desorganización: tenía que haber tomado precauciones para que las incursiones secretas en territorio enemigo se fueran a realizar con plena seguridad y, sin embargo, cayó, sin darse cuenta, en una trampa, un conjunto de hoyos y zanjas, que habían sido camuflados hasta el extremo más lejano de la llanura; sucumbieron él y su ejército, en el año veinticuatro de su reinado, y perdió la vida de manera infame[590], vencido por un ardid de los hunos, pues los neftalitas son un pueblo huno[591].

---

[588] Peroces o Firuz (459-484). Agatías omite a Hormisdates III, hermano de Peroces, que reinó del 457 al 459.

[589] El nombre de neftalitas es una más de las variantes (heftalitas, eptalitas, eftalitas —en Procopio—) de este pueblo. Los neftalitas dominaron gran parte de Asia Central y del norte de la India en su momento de máximo poder (aproximadamente hacia el 460-570). Los neftalitas ayudaron a Peroces a conseguir el trono, pero después empezó una serie de campañas contra ellos, en las que salió derrotado; véase R. N. Frye, «The political history of Iran under the Sasanians», *CHI* III, págs. 146-149.

[590] Para la narración de la muerte de Peroces, Cameron, «On the Sassanians...», pág. 153, propone una fuente sirio-armenia, ya que un retrato tan contrario y negativo del monarca está ausente de la tradición de la *Khvadhāynāmagh* y también de Procopio, que, en *Guerras* I 3 y 4, presenta además una narración mucho más amplia de los hechos de Peroces, que Agatías ha ignorado por completo.

[591] Se les llama «hunos blancos», así Procopio, *Guerras* I 3, 1, que es la fuente de Agatías. Sin embargo, la relación de este pueblo con los hunos es dudosa; véase A. D. Bivar, «The History of Eastern Iran», en *CHI* III, págs. 212-214.

Subió al trono su hermano Valas[592], que no es digno de 5
recuerdo por ninguna acción bélica ni táctica, sino por su comportamiento pacífico y dulce y por su nula disposición a dejarse llevar por el enfrentamiento y los deseos irracionales[593]; también porque vivió poco tiempo, ya que sólo duró en el trono cuatro años[594].

El reinado de Cabades

Los nobles lo expulsan del trono

A continuación gobernó el Imperio persa Cabades[595], el 6
hijo de Peroces. Promovió muchas guerras contra los romanos[596], pero también se alzó con numerosas victorias sobre sus vecinos bárbaros[597] y no dejó pasar un solo momento sin
la excitación del peligro y el tumulto. Era, como es de espe- 7
rar, cruel e inflexible con sus súbditos y dispuesto a revolucionar el orden establecido, transformar el sistema político y alterar las costumbres ancestrales. Se dice incluso que pro-

---

592 Años 484-488. Procopio lo omite, y cita en su lugar a Blases *(Guerras* I 5, 2-3). Agatías, por su parte, no menciona que Persia estuvo durante un tiempo sometida a los neftalitas, como aparece en PROCOPIO *(Guerras* I 4, 35) y en otras fuentes no griegas.

593 También para la descripción de Valas, Agatías sigue la tradición siriopersa; véase CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 153.

594 Fue en realidad eliminado por los nobles y reemplazado por Cabades, *cf.* PROCOPIO, *Guerras* I 6, 17, aunque lo confunde con Blases.

595 Cabades I, 488-496 y 499-531. Para los hechos de su reinado, repleto de conflictos religiosos y de luchas con los romanos, principalmente, véase R. N. FRYE, «The political history of Iran under the Sasanians», *CHI* III, págs. 148-151.

596 Descritas por PROCOPIO, *Guerras* I, 5-21, *cf.* Proem. 23.

597 La afirmación obedece más a un artificio retórico que a la realidad, según CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 153.

mulgó la ley de que las mujeres fuesen bien común para los hombres[598] pero no, creo, de acuerdo con el tratado de Sócrates y Platón y la utilidad que se escondía en él[599], sino para que le fuera posible a cualquiera ir a por la mujer que quisiera y compartir el lecho con ella, aunque hubiese sido elegida por otro hombre y viviese con él[600].

28 Como sin cesar cometía estas tropelías con total impunidad, los nobles[601] manifestaron abiertamente su indignación, pues lo consideraban una vergüenza insoportable. Y es que fue esa ley en concreto la que provocó la conspiración y su ruina: en efecto, todos los nobles se pusieron de acuerdo en alzarse

---

598 Tanto Procopio como Agatías, que parece estar simplemente repitiendo lo dicho por aquél (*Guerras* I 5, 1), se limitan a citar el aspecto más externo y anecdótico del mazdaquismo, movimiento encabezado por el reformador religioso Mazdak, que murió en el 524 o el 528 y que tuvo una gran importancia en el reinado de Cabades: al principio fue simpatizante del mismo y provocó con ello que los nobles, que defendían la religión oficial, el zoroastrismo, lo echaran del trono. Refugiado en la corte de los neftalitas, con ayuda de éstos recuperó el poder, pero en sus últimos años dejó de apoyar el mazdaquismo, al que persiguió ya abiertamente su hijo Cosroes. Véase E. Yarshater, «Mazdakism», en *CHI* III, págs. 991-997.

599 *República* V 457 c ss., donde Platón propone uniones libres entre los hombres y mujeres capacitados para engendrar a los mejores descendientes, que formarán parte de la clase rectora de guardianes-gobernantes.

600 La comunidad de mujeres es la innovación más conocida del mazdaquismo, doctrina que teológicamente estaba cerca del maniqueísmo; su fin último era liberar al hombre de sus preocupaciones, entre otras, las de la propiedad; pero más que una promiscuidad sexual, como casi todas las fuentes condenan, busca una protección de los pobres. Véase para un completo análisis de la doctrina, E. Yarshater, «Mazdakism», en *CHI* III, págs. 991-1024.

601 En Procopio, *Guerras* I 5, 1, es «el pueblo», pero eran los nobles y los sacerdotes los afectados por estas innovaciones que tienen un fuerte carácter social y económico, y no tanto moral, que es el único aspecto al que ambos autores parecen dar importancia; véase E. Yarshater, «Mazdakism», en *CHI* III, págs. 891-893 y 991-1024.

contra él, lo expulsaron del trono y lo enviaron a «La fortaleza del olvido»[602], en el undécimo año de su reinado[603].

Zamaspes. Cabades en el país de los neftalitas

Entregaron el poder a Zamaspes[604], también hijo de Peroces, 2
y que parecía además pacífico y justo en extremo. Creían así haber resuelto todo este asunto con bien para ellos, que podrían en adelante disfrutar de su vida pública y privada con toda tranquilidad. Pero Cabades escapó al poco tiempo, o bien por un 3
engaño, como Procopio dice, en el que le ayudó su esposa, que prefirió morir en su lugar, o bien por otros medios[605], en cualquier caso evitó la cárcel y escapó al país de los neftalitas, a cuyo rey se dirigió como suplicante. Éste, consciente de las 4
inesperadas vueltas de la fortuna, le recibió con cordialidad y no dejó de consolarle y de aliviar su mente atormentada, al principio con grandes lisonjas y con los mejores consejos que reanimaban y mejoraban su espíritu, y también compartiendo con él abundantes banquetes, brindis con la copa de la amistad, lujosos vestidos y ciertamente con todos y cada uno de los usos propios de la hospitalidad. Pero poco después, le dio al extranjero la mano de su hija[606] y tras armarle con un ejército sufi-

---

[602] PROCOPIO, *Guerras* I 5, 8, nos dice que el lugar recibía ese nombre porque estaba prohibido bajo pena de muerte nombrar a los que estaban allí presos. Véase CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 157, para otras fuentes que nos hablan del lugar.

[603] En realidad, el undécimo año (499) es el de su regreso al trono.

[604] O Jamasp. PROCOPIO, *Guerras* I 5, 2, lo llama Blases, confundiéndole con Valas.

[605] Otras fuentes hablan de un amigo. PROCOPIO, *Guerras* I 6, combina ambas versiones. Para más detalles, véase CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 157.

[606] JOSUÉ EL ESTILITA, *Crónica* 15, nos dice que su madre era la hermana de Peroces, que había sido capturada por los neftalitas.

ciente para su regreso le envió de vuelta para acabar con toda la oposición y recuperar su antigua opulencia.

Cabades recupera el trono

5 Como muchas veces los asuntos de los hombres dan un re-
sultado contrario a lo que se había pensado, lo mismo sucedió
entonces: la vida de Cabades osciló en muy poco tiempo de un
6 lado de la balanza al totalmente opuesto. Pues primero pasó
de rey a acusado y prisionero, escapó de su encierro como fu-
gitivo, forastero y suplicante, y de ser suplicante y extranjero
pasó a ser íntimo amigo de un rey. En cuanto regresó a su tie-
rra natal recuperó de nuevo el poder sin esfuerzo ni riesgo al-
guno, como si nunca lo hubiera abandonado, pues lo encontró
7 vacante y como esperándole. Y es que Zamaspes había re-
nunciado voluntariamente[607], pues prefirió abandonar el trono
después de haberlo disfrutado cuatro años, prescindir del sen-
timiento de la ambición y del placer de la fama y elegir en su
8 lugar un retiro seguro: hizo así de la necesidad virtud. Caba-
des, con un poder más fuerte[608] del que antes había tenido,
permaneció otros treinta años en el trono real que, con los
once anteriores, suponen que estuvo en él cuarenta y un años
en total[609].

607 PROCOPIO, *Guerras* I 6, 17, dice que Cabades lo dejó ciego; pero dado que confunde a Blases con Zamaspes, es más verídica la versión de Agatías; véase CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 158. En cierto modo, en todo este relato Agatías está corrigiendo a Procopio.

608 J. D. FRENDO, *Agathias. The Histories, ad loc.*, apunta que puede hacer referencia también a un mayor dominio de sus instintos, lo que lleva a Cabades a alejarse del mazdaquismo e incluso a perseguirlo.

609 Cabades, años 488-496, Zamaspes, años 496-498 / 499, Cabades, años 498 / 499-531.

Los sucesos de la primera y de la segunda parte de su reina- 29
do han quedado puntualmente recogidos por escritores anteriores en forma de narración histórica[610]. Pero lo que falta en mis antecesores, que creo digno de conocer y recordar, sería deseable exponerlo[611].

Los reinados de Zenón el Isaurio y de Nepote

Pues causaría admiración el hecho de que en aquel momen- 2
to los sucesos acaecidos en el mundo romano y en el persa fuesen tan similares, como si sobre cada uno de los monarcas de ambos imperios hubiera caído espontáneamente una conmoción adversa: muy poco tiempo antes el emperador de los romanos, Zenón el Isaurio, que antes tenía el nombre de Tarasicodisa[612], sufrió una conspiración por parte de Ilo, Basilisco y Conón, con la estrecha colaboración de Verina, y fue derrocado y desterrado y apenas logró encontrar refugio en Isauria. Pero regresó de nuevo al trono y, tras despojar del rango y matar a Basilisco, que no había reinado más de dos años[613], continuó teniendo el poder y completo control sobre todos los asuntos y, aunque no fue por mucho tiempo, se mantuvo en el trono hasta
su muerte[614]. Entretanto, el emperador occidental Nepote sufría 3

[610] En realidad, se refiere a Procopio, que da un detallado, pero a veces equívoco, relato de su reinado.

[611] Aquí acaba la sección basada en los *Anales reales persas*, para continuar con una digresión irrelevante desde el punto de vista histórico pero llamativa desde el narrativo.

[612] El nombre completo era Tarasicodisa Rusumbladeotes y lo cambió a Zenón al casarse con la hija del emperador anterior, León I.

[613] En realidad reinó unos veinte meses.

[614] Hay cierta confusión en este escueto relato: Zenón subió al trono en el año 474. En enero del 475 una conspiración lo expulsó del poder y fue nom-

desgracias similares o aún peores[615]. Engañado por Orestes, huyó de Italia despojado de la púrpura, que ya nunca recuperó, sino que murió como un ciudadano cualquiera[616].

4 Éstos fueron los extraordinarios acontecimientos que en aquel tiempo coincidieron en los imperios más poderosos. Los que están acostumbrados a investigar el fundamento de los hechos misteriosos, que busquen la causa de éstos y digan lo que quieran; yo, por mi parte, he de retomar ahora mi anterior exposición.

Cosroes

5 Al morir Cabades en el quinto año de reinado de Justiniano en Roma, recibió el trono de su padre el famoso Cosroes, cuyo reinado llega hasta nuestra época[617]. Ha realizado muchas y muy grandes acciones[618], algunas de las cuales han sido relatadas previamente por Procopio el rétor[619], mientras que de las demás he

brado emperador Basilisco, hermano de Verina, esposa de León I, pero Zenón volvió al cabo de veinte meses, con ayuda de Ilo, y reinó durante quince años (476-491), aunque en ellos se sucedieron las conjuras, en especial de su antiguo general Ilo y su compatriota Leoncio, contra quienes mantuvo un largo enfrentamiento (484-488). Murió en el 491. Véase CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 159, para las fuentes y las posibles causas de esta confusión.

[615] La similitud entre ambos emperadores fue señalada ya por MALCO (*FHG* IV 119), quizá la fuente de Agatías.

[616] Julio Nepote fue nombrado emperador en el 474 y en el 475 fue depuesto por el patricio Orestes, que colocó en el trono a su hijo Rómulo Augústulo. Su poder a partir de entonces se limitó a Dalmacia. Murió en el 480.

[617] Cosroes I, 531-579. Agatías se refiere a la época de la que está hablando en las *Historias*, no a aquella en la que está escribiendo, que es posterior a Cosroes.

[618] Sobre Cosroes, «el justo», se han conservado numerosos relatos en fuentes árabes y persas que atestiguan su popularidad; véase R. N. FRYE, «The political history of Iran under the Sasanians», en E. YARSHATER, *CHI* III, págs. 161-162.

[619] En *Guerras* I, II y VIII.

hablado ya de algunas y de otras hablaré a continuación. Pero 6
para mantener un estricto orden cronológico, diré ahora que ha estado cuarenta y ocho años en el poder, que ha conseguido muchas victorias y que ninguno de los anteriores reyes persas ha llegado a ser como él, y mucho menos si se compara cada reinado en conjunto: ni podría decirse de Ciro, el hijo de Cambises[620], ni de Darío el hijo de Histaspes[621], ni del famoso Jerjes que enseñó el mar a la caballería y a navegar entre los montes[622].

Muerte de Cosroes

Sin embargo, a pesar de ser así, su vida tuvo un infame final, 7
no sólo lamentable sino también radicalmente opuesto a lo ya referido. Se encontraba por entonces en los montes Carduquios[623] cerca de la aldea de Tamanon, donde había ido a pasar el verano
debido a su buen clima. Mauricio el hijo de Pablo[624], al que el em- 8
perador de Roma Tiberio Constantino[625] había entregado el mando de todo el ejército oriental, invadió repentinamente el territo-

[620] Ciro II el Grande, rey aqueménida de Persia, 559-530 a. C., *cf.* II 25, 6.

[621] 521-485 a. C.

[622] Jerjes construyó dos puentes para que su ejército cruzara el Helesponto y excavó un canal a través del istmo de la península del Atos. *Cf.* II 10, 4. JORGE DE PISIDIA, *Heraclíada* I 27, establece la misma comparación entre Cosroes II y Jerjes.

[623] Los montes de los carduquios, pueblo de las montañas al sur del lago Van, los actuales kurdos; *cf.* JENOFONTE, *Anábasis* IV 2, 27-28, y DIODORO, *Biblioteca* XIV 27, 1.

[624] El futuro emperador Mauricio (582-602). El hecho de que Agatías no haga ninguna referencia a ello ha llevado a suponer que está redactando antes del 582, fecha de su ascenso al trono; véase Introducción 1.

[625] Tiberio Constantino, 574-582. Mauricio recibió el mando del ejército oriental incluso antes de que Tiberio llegase a ser emperador; véase CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 160.

rio de Arquianene[626], muy cercano a la comarca de la aldea. Y naturalmente no hubo lugar donde no cometiese, sin piedad alguna, pillaje y destrucción. Una vez cruzó el río Zirma, avanzaba cada vez más lejos saqueando e incendiando todo lo que le salía al
9 paso. Mientras Mauricio estaba ocupado en arrasar y devastarlo todo, Cosroes (que estaba tan cerca de allí como para ver alzarse las llamas), no apartaba la mirada del fuego enemigo, pues jamás había visto algo así; estupefacto, entre la admiración y el temor, no emprendió ninguna acción de ataque ni de defensa[627]. Bien al contrario, estos sucesos le provocaron un sufrimiento fuera de lo normal y, perdida toda esperanza, se dejó caer en un terrible e in-
10 curable desaliento. Por ello fue llevado rápidamente en su litera a sus posesiones en Seleucia y Ctesifonte. Hizo de su huida un retiro y no mucho después se apagó su vida[628].

Fin del excursus *y fuente utilizada*

30 No sé de qué manera se ha desarrollado el curso de mi narración para retrotraerme tanto; disfrutando con lo que creo tienen de admirable estos hechos, he recordado los acontecimientos más

---

[626] Región de Mesopotamia en la cuenca del río Ninfio, un afluente del alto Tigris; *cf.* Arzanena en AMIANO MARCELINO, *Historia* XXIV 6, 9, y PROCOPIO, *Edificios* III 2.

[627] El relato vuelve a ser inexacto: Cosroes había roto el tratado de tres años y había comenzado una ofensiva en respuesta de la cual Mauricio había saqueado Arquianene. Todo ello sucedió en el año 578; para las fuentes y la bibliografía posterior, véase CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 161, y R.N. FRYE, «The political history of Iran under the Sasanians», en *CHI* III, págs. 159-160.

[628] Murió en el invierno del 578/579, no sin antes intentar una tregua con los romanos; *cf.* MENANDRO PROTECTOR, frags. 54-55. A la muerte de Cosroes se refieren además TEOFILACTO SIMOCATA, III 16, 7, y JUAN DE ÉFESO, VI 21.

lejanos mientras pasaba por encima de lo sucedido entretanto. Pero sin duda ahora que me he dado cuenta de hasta qué punto me he alejado y cómo me he apartado de mi camino, he de dejar estos asuntos por el momento, para hacer relación de ellos en el momento oportuno[629]; ahora voy a volver al punto justo desde el que continuar con la relación de los acontecimientos anteriores.
Pues la genealogía de los reyes persas y la relación de fechas que 2
yo había prometido[630] han quedado cumplidamente expuestas. Todo este informe, creo, es verdadero y está elaborado con exactitud, al proceder de fuentes persas[631]. Cuando Sergio el intérpre- 3
te[632] estuvo allí, insistió para que los guardianes y vigilantes de los archivos reales[633] le permitieran tener acceso a lo escrito sobre estos asuntos (pues muchas veces yo se lo había pedido) y la causa de su pretensión era que quería conseguirlo no por otra razón sino porque de esa manera nosotros tendríamos constancia de lo que entre los persas era conocido y valorado; ellos con la mejor disposición se lo permitieron de inmediato, pensando que

---

629 Ésta era, pues, la intención de Agatías, aunque la obra se detiene bruscamente en el 558.

630 II 27, 6, y IV 24, 1.

631 La confianza sobre sus fuentes es muy grande y, consciente de sus limitaciones como historiador —frente a Procopio, por ejemplo—, hace gala de ello allí donde puede, aunque en ocasiones esta información sea errónea o imprecisa; véase Introducción 3.9.

632 De acuerdo con algunos estudiosos, entre ellos CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 162, Sergio tuvo que ser un sirio, dada la notable influencia siria que se detecta en la información dada a Agatías. Los sirios y su lengua, el siríaco, fueron a menudo el puente entre Persia y Occidente.

633 Ya HERÓDOTO (VIII 100, 1) habla de estos archivos reales que se remontan, entonces, a la época aqueménida. Fueron la principal fuente del perdido *Khvadhāynāmagh*, o *Libro de los Reyes*, cuyo contenido se encuentra, con las debidas modificaciones, en las crónicas persas y árabes posteriores al siglo IX. El relato de Agatías, por tanto, es un testimonio de gran importancia para cotejar estas fuentes con él, mucho más temprano; *cf.* Introducción 3.9.

el asunto no carecía de beneficio sino que estaba encaminado a la mayor gloria de sus propios reyes, si iba a conocerse también entre los romanos cuántos y cómo habían sido y de qué modo se ha-
4 bía mantenido la sucesión de su dinastía. Así pues, Sergio tomó nota de los nombres, las fechas y los más importantes acontecimientos y los tradujo a un hermoso griego (pues él era el mejor de todos los intérpretes de entonces, capaz de asombrar al mismo Cosroes, pues en su arte era el más excelso maestro en ambos imperios[634]); tras hacer una traducción, naturalmente, muy exacta, me lo envió todo, como amigo fiel que era, exhortándome a que completara el motivo por el cual había realizado este encar-
5 go. Y es exactamente lo que estoy haciendo. Entonces, aunque aquí se relaten los años del reinado de Cabades de manera distinta a lo que refiere Procopio el rétor, no obstante nosotros hemos de seguir a los escribas persas y considerar como lo más verídico lo que ellos relatan. Bien, ahora que hemos completado esta labor, retomemos la continuidad del relato, a la que volvemos desde el punto donde la dejamos, en los sucesos de Lázica.

COSROES NEGOCIA UNA PAZ

6 Así pues, Nacoragan, a causa de lo cobarde de su comportamiento, de su completa derrota a manos de Martino y del ejército romano y de su vergonzosa huida a Iberia, murió de ese modo cruelísimo del que ya he hablado antes[635].

7 Al darse cuenta Cosroes de que no podía enfrentarse a los romanos en la Cólquide, pues mientras éstos tenían el control

[634] MENANDRO PROTECTOR, frag. 37, y PROCOPIO, *Guerras* II 2, 3, nos hablan del trabajo de estos intérpretes. La lengua de la que está traduciendo Sergio es sin duda el pahlavī; véase CAMERON, «On the Sassanians...», pág. 162.

[635] IV 23, 2.

del mar y podían obtener con facilidad todo lo que necesitaran, él en cambio estaba obligado a enviar unos pocos víveres a sus tropas allí acampadas a través de un largo y desierto camino por medio de porteadores y animales de carga, entonces, considerando esto, decidió poner fin a la guerra en todos los frentes, con el fin de que la paz no resultara inútil y como coja, si se limitaba únicamente a algunos de los territorios, sino que se extendiera por todos de la misma manera. Así pues, envió una em- 8
bajada a Bizancio y al mando a uno de los más insignes varones persas, de nombre Zic[636].

Cuando este Zic se reunió con Justiniano, habló mucho del 9
tema que les ocupaba y también escuchó mucho. Finalmente llegaron al acuerdo siguiente: tanto los romanos como los persas conservarían todo aquello que habían obtenido por derecho de conquista en la tierra de los lazos, fueran fortalezas o puestos de guardia, mantendrían la paz entre ellos y no lucharían unos con otros, hasta que las autoridades de ambos imperios hiciesen otro acuerdo mejor y más definitivo[637]. Zic, que había cumplido su embajada, volvió a casa. Una vez comunicado a los generales, 10
todas las fuerzas permanecieron completamente inactivas durante largo tiempo y lo que antes había tenido lugar de manera espontánea, entonces quedó ratificado por el tratado[638].

---

[636] Malalas, XVIII pág. 488, que habla de Isdigusnas como embajador, sitúa su embajada en mayo (del 557). Por su parte, Menandro Protector, frag. 6, nos informa que «Zic» es un cargo, no un nombre propio; Agatías presenta la misma confusión que a propósito de Nacoragan.

[637] Otoño del 557. A Cosroes le interesaba esta tregua, en principio sin contrapartida financiera, no por los éxitos obtenidos, sino para poder enfrentarse a los neftalitas con ayuda del poderoso Imperio turco, que a partir de entonces fue su principal objetivo en política exterior; véase Tate, *Justinien...*, págs. 769-771.

[638] En realidad una tregua antes de la firma definitiva del tratado de paz, que tuvo lugar en el 561.

LIBRO V

SINOPSIS

(**¿558?**) Problemas con los tzanos (1, 2):
El emperador envía a Teodoro (1, 3-4). Comienza la lucha (1, 5-2, 2).
Condiciones de la derrota de los tzanos (2, 3-5).
(**Diciembre 557**) Terremoto en Bizancio (3, 1-9):
Historia de Anatolio (3, 10-4, 1): razones para la muerte
de Anatolio (4, 2-6). Consecuencias del terremoto:
aparecen los charlatanes (5, 1-3); cambio de vida
en la población (5, 4-6). Antemio de Tralles (6, 1-6):
el falso terremoto de Antemio (6, 7-7, 5);
el mecanismo de Antemio como prueba de las causas
de los terremotos (8, 1-6). Reconstrucción
de Santa Sofía (9, 1-5). El poema de Pablo Silenciario (9, 6-9).
(**Primavera 558**) La epidemia de peste (10, 1-2):
Síntomas (10, 3-4). Distintas explicaciones (10, 5-7).
Excursus sobre los hunos (11, 1-4):
(**559**) Invasión de los hunos: las tribus hunas
cruzan el Istro (11, 5-7); el Quersoneso tracio (12, 1-3).;
planes de Zabergan (12, 4-7); avance de los cotriguros (13, 1-4);
los cotriguros llegan a las murallas de Constantinopla (13, 5-6);
situación del ejército (13, 7-14, 4); el miedo embarga
a la población de la ciudad (14, 5-15, 6); Belisario asume
el mando (15, 7-9); preparativos de Belisario (16, 1-6);
discurso de Belisario a sus tropas (16, 7-17, 1):
hay que reconocer las limitaciones propias (17, 2-5),
hemos de ser sensatos (17, 6-18, 8), cómo enfrentarnos
a los bárbaros (18, 9-11); efecto del discurso de Belisario (19, 1-2);
se prepara la batalla (19, 3-5); el enfrentamiento (19, 6-12);
resultado de la batalla (20, 1-3);.regreso de Belisario a la ciudad (20, 4-8);
Germano al mando de la defensa del Quersoneso (21, 1-5);

los hunos atacan por mar (21, 6-22, 2);
Germano rechaza las barcas enemigas (22, 3-4);
encuentro en el mar (22, 5-10); los romanos contraatacan (23, 1-4);
estado de las tropas hunas (23, 5-6); el emperador paga
un rescate a los cotriguros (23, 7-9); planes de Justiniano
sobre los hunos (24, 1-2); carta de Justiniano a Sandilco (24, 3-8);
los utiguros se enfrentan a los cotriguros (25, 1-6).

1 Así, en virtud del tratado, los dos grandes pueblos rivales depusieron las armas y permanecieron en paz durante largo tiempo, sin que ninguno de ellos molestase al otro[639].

PROBLEMAS CON LOS TZANOS

2 Pero en aquel tiempo sucedió el asunto de los tzanos —que viven al sur del Ponto Euxino, en la zona de la ciudad de Trapezunte—. De estos tzanos, aunque por tratado eran aliados y súbditos de los romanos desde antiguo, mientras una parte mantenía las costumbres antiguas y no había llegado a practicar una vida licenciosa, la mayoría, en cambio, abandonaron el modo de vida que habían adquirido, empezaron a vivir como piratas y a hacer correrías en la zona del Ponto[640], saqueando los campos y atacando a los viajeros. Incluso llegaron hasta donde les fue posible en Armenia y allí entraron a saco sin demostrar otra actitud que la de los enemigos declarados.

---

[639] Pedro, el *magister officiorum*, e Isdigusnas firmaron en Daras en el 561 una paz de cincuenta años por la que los persas renunciaban a Lázica a cambio de 30.000 piezas de oro. Para los detalles de la paz; véase TATE, *Justinien*..., págs. 770-771.

[640] Los tzanos vivían en las montañas cercanas a Trapezunte, en los límites con el Ponto Polemoniaco, Armenia y Lázica. Desde Arriano, en el 132, se

El emperador envía a Teodoro

En consecuencia, fue enviado allí Teodoro[641], compatriota 3
suyo y uno de los comandantes romanos más distinguidos, al que me he referido antes en muchas ocasiones[642]. Dado que era un gran conocedor de su propia tierra, pues sabía perfectamente desde dónde era mejor comenzar la invasión, dónde estaban los mejores lugares para los campamentos y cómo seguir el rastro de los enemigos, naturalmente fue a él a quien el emperador le encomendó ocuparse de este asunto. Marchó desde la Cól- 4
quide con contingentes suficientes; cruzó la frontera hacia el oeste, al otro lado del río Fasis, y llegó enseguida al mismo centro de la tierra enemiga. Tras acampar en los alrededores de la ciudad de Teodoriade y del lugar llamado Riceo[643] y rodear al ejército con una empalizada[644], convocó a los que no habían dejado de ser amigos pacíficos y se los ganó con regalos, mientras ensalzaba su buen criterio; por el contrario, a los que con tanta insolencia se habían rebelado y habían roto la alianza, se preparó para castigarles de inmediato con las armas.

---

estuvieron haciendo campañas contra ellos, pero las victorias no eran nunca muy duraderas, pues era imposible dominarlos en su terreno montañoso. Véase Procopio, *Guerras* I 15, 20-25, acerca de su modo de vida, consecuencia de la pobreza de su tierra, y *Edificios* III 6, 9-18, donde señala que ya habían adoptado un modo de vida civilizado, tras la derrota a manos de Sitas.

[641] En el 558.

[642] II 20, 7; III 20, 9, etc.

[643] Actual Rize. La zona está descrita con detalle en Procopio, *Guerras* VIII 2.

[644] Quizá un terraplén; el término empleado, *charákoma*, puede referirse a ambas cosas o ser otro tipo de defensa; véase Ravegnani, *Soldados...*, págs. 128-129.

Comienza la lucha

5 Pero aquéllos no esperaron para atacar la fortificación: juntándose en gran número sobre una colina que se elevaba cerca, arrojaron desde allí tal lluvia de lanzas y flechas sobre los romanos que una gran confusión se apoderó de todo el ejérci-
6 to, por esa osadía inesperada. Muchos, sin embargo, lograron sobreponerse e hicieron frente a los enemigos con gran ardor, pero ni avanzaban en orden ni se permitían atraerlos a un lugar más bajo de la llanura; al contrario, furiosos y en completo desorden se lanzaron ligeramente encorvados con los escudos cruzados sobre la cabeza e intentaron trepar a gatas hacia lo
7 alto. Los tzanos, sin embargo, los rechazaron con facilidad arrojándoles desde arriba lanzas y piedras rodantes y después de arremeter contra ellos mataron a casi cuarenta hombres y a los
8 demás los forzaron a una vergonzosa huida. Los bárbaros, crecidos por lo increíble de su éxito, avanzaron hasta las cercanías del campamento. Allí se formó una violenta lucha, ansiosos los tzanos por llegar adentro y capturarlos a todos y los romanos pensando que sería una vergüenza no sólo no repeler inmediatamente a los enemigos, sino incluso no aniquilarlos. Ambos bandos empleaban toda su energía en atacar y defenderse en una cerrada batalla cuerpo a cuerpo. La lucha, muy igualada, se prolongó largo tiempo en medio de un gran griterío y confusión, sin resolverse en ningún sentido.

2 Teodoro, el comandante romano, al ver que los enemigos no tenían mando alguno, que no tomaban ninguna medida de seguridad y que se colocaban para el ataque a la empalizada no por distintos lados, sino todos reunidos en un solo punto, ordenó a algunos de los suyos resistir y luchar frente a frente, al tiempo que enviaba en secreto al mayor número posible de sus
2 hombres a atacar a los bárbaros desde atrás. Así que marcharon a escondidas y les atacaron por la espalda en medio de un estri-

dente griterío de guerra, de modo que los tzanos, desconcertados por completo, no tenían otra idea que escapar como cobardes. Huían, pues, pero al estar fuera de sí por el terror, los romanos enseguida los alcanzaron: a dos mil los mataron y dispersaron al resto.

Condiciones de la derrota de los tzanos

Tras haber sometido así Teodoro por la fuerza a todo este 3
pueblo, comunicó al emperador lo sucedido y le preguntó qué más quería que hiciera. Éste le ordenó imponerles un tributo fijo cada año que se habría de pagar a perpetuidad, para que de esta manera reconociesen que eran súbditos, tributarios y que se encontraban, en todos los sentidos, esclavizados. Y, en efecto, todos quedaron registrados y sujetos al pago de un impuesto; desde entonces hasta hoy han seguido cumpliendo con esta obligación. Al emperador Justiniano le agradó mucho lo suce- 4
dido, creo que como una de sus más grandes empresas; hasta tal punto, que en uno de sus decretos, que conocemos como «novelas», al enumerar sus otras victorias recuerda especialmente la obtenida sobre este pueblo[645]. Teodoro, una vez puso fin de 5
esta manera a la insolencia de los tzanos, regresó junto a los generales en Lázica.

---

[645] *Novella* 1, Proem.: «Ahora que estamos ocupados con todas las preocupaciones del Imperio, no podemos pensar en asuntos menores, ahora que los persas están tranquilos, los vándalos y moros sometidos, los cartagineses han recuperado su libertad antigua y los tzanos se han convertido por primera vez en súbditos del poder de Roma (una bendición sin precedentes que Dios ha regalado a los romanos sólo en nuestro reino) ... nos acosan sin embargo una multitud de problemas individuales planteados por nuestros súbditos...».

TERREMOTO EN BIZANCIO

3 No mucho antes de estos sucesos se abatió de nuevo sobre Bizancio la terrible desgracia de un terremoto que derruyó la ciudad y la arrasó casi por completo[646]. Fue, sin duda, más grande y peor, creo, de lo que nunca antes había sido, tanto por la furia como por la duración de los temblores[647]. Y lo hicieron todavía más pavoroso la época del año[648] y la violencia de los
2 acontecimientos posteriores. Pues cuando estaba llegando a su fin el otoño de aquel año y se estaban celebrando los Banquetes de los Nombres[649], como es tradicional entre los romanos, el frío había hecho su aparición, lo que era esperable pues el sol estaba ya avanzando por el solsticio de invierno y se acercaba ya a Capricornio, sobre todo, para hablar con propiedad, en el «Octavo Clima», el del Ponto Euxino, según lo llaman los ex-

[646] 14-23 de diciembre del 557.

[647] Constantinopla está situada en una zona de gran actividad sísmica. En época de Justiniano tenemos noticia de varios seísmos, de mayor o menor intensidad; para el catálogo y las fuentes que nos dan testimonio de ellos, véase G. Downey, «Earthquakes at Constantinople and Vicinity, A. D. 342-1454», *Speculum* 30.4 (1955), 596-600.

[648] Ese mismo año hubo dos más: el 16 de abril, *cf.* Malalas, 18.123, Teófanes, A. M. 6049; y el 19 de octubre, Malalas, 18.118, Teófanes, A. M. 6051, sin daños notables.

[649] Se trata de las *Brumalia*, el festival de origen pagano en honor de Dioniso, que se celebraba del 24 de noviembre al solsticio de invierno. Lido, *De mensibus* 158, nos describe la supervivencia del culto pagano en su época; por la *Cronografía* de Malalas, VII 179, 19, sabemos que el emperador en esas fechas ofrecía banquetes al Senado, a los altos funcionarios y los mandos del ejército. Los veinticuatro días de la fiesta corresponden cada uno a las veinticuatro letras del alfabeto griego y un invitado cuyo nombre empezaba por esa letra era homenajeado en su día correspondiente. Para más testimonios de esta innovación, probablemente debida a Justiniano, véase R. Mazza, «De la *Bruma* ai *Brumalia*. Modelli di cristianizzacione tra Roma e Constantinopoli», en A. Saggioro, *Diritto romano e identità cristiana*, Roma, 2005, págs. 161-178.

pertos en este campo[650]. Entonces, en mitad de la noche, cuando 3
los ciudadanos dormían tranquilos, de repente se abatió sobre ellos el desastre y en un momento todo fue arrancado de sus cimientos. El temblor, que ya al principio atacó con muchísima fuerza, sin embargo crecía y crecía, como si quisiera alcanzar el culmen de la calamidad. Todos se despertaron y por todas partes 4
se oían lamentos y alaridos y las voces que, en circunstancias así, acostumbran a alzarse hacia la divinidad. Un profundo y salvaje estruendo, como un trueno que saliera de las entrañas de la tierra, acompañaba cada temblor y duplicaba el pánico. El aire circundante se oscureció con vapores humeantes que no sé de dónde salían y todo lo envolvía una niebla que parecía centellear. Con 5
la mente completamente confusa por el terror, la gente escapó de sus casas y enseguida la multitud llenó calles y callejones como si, por estar allí fuera, no pudieran morir. En todas partes las 6
casas de la ciudad están tan juntas y pegadas unas a otras que sería muy raro ver algún espacio libre, despejado y sin obstáculo alguno. Aun así, dirigir la vista hacia lo alto, de algún modo ver el cielo y suplicar a la divinidad, les parecía que rebajaba un poco el miedo y la agitación de sus almas: ni siquiera cuando

[650] Desde Eratóstenes, los antiguos geógrafos concebían la división de la tierra en siete climas geográficos de latitud, referidos al paralelo de Rodas y al meridiano de Alejandría. Los climas eran zonas terrestres paralelas al Ecuador y su anchura estaba determinada por la duración del día solsticial, cuando el sol ocupaba la posición más alta de la Eclíptica. Con respecto a ellos se fijaba la posición de las ciudades. La geografía bizantina es heredera de la clásica de Ptolomeo, aunque van modificando las relaciones de ciudades en cada clima. En este proceso, Bizancio va desplazándose de la quinta zona a la séptima. Agatías, por su parte, parece referirse aquí a una división del mundo en ocho cinturones, de la que tenemos algún testimonio; *cf.* MARCIANO CAPELA, VIII, 876. Véase, como obra general, E. HONIGMANN, *Die sieben Klimata und die* póleis epísēmoi. *Eine Untersuchung zur Geschichte der Geographie und Astrologie im Altertum und Mittelalter*, Heidelberg, 1929.

empezaron a mojarse con el agua nieve y a sufrir los efectos del frío fueron bajo techo, excepto aquellos que yacían postrados en
7 las iglesias en las que se refugiaron. Muchas mujeres, pero no sólo de la plebe, sino incluso de las más notables, salían y se mezclaban libremente con los hombres: todo el orden establecido, la decencia, el orgullo de los nobles, la excelencia y la distinción, todo, en aquel momento, andaba revuelto y pisoteado.
8 A causa del inmenso miedo que los dominaba, los esclavos, ignorando a sus dueños y desobedeciendo sus órdenes, se congregaron en los templos: los humildes se encontraban al lado de los poderosos, y eso por el peligro que a todos por igual había atacado y por la idea de que todos iban a morir en muy poco tiempo.
9 Numerosas casas se habían venido abajo aquella noche, la mayoría en Regio, el puerto de la ciudad[651]. Pasaron muchos sucesos increíbles y extraordinarios: en un lugar los tejados, estuviesen construidos con piedra o con madera, se desencajaron y se abrieron tanto que podía verse el cielo y las estrellas como si fuera campo abierto, e inmediatamente se volvieron a unir como estaban antes. En otro lugar, los pilares del piso superior de una casa salieron despedidos por la fuerza del temblor saltando por encima de las casas vecinas hasta las que estaban mucho más lejos, como si fueran disparados con una honda, y destrozaron todo lo que encontraron al caer de nuevo desde lo alto. En otros lugares tuvieron lugar otras cosas aún más terroríficas que, aunque han sucedido muchas veces antes y siempre lo harán, mientras exista la tierra y los fallos de la naturaleza, entonces se produjeron en un grado extremo todas a la vez[652].

---

[651] Para la descripción de la zona, véase PROCOPIO, *Edificios* IV 8.

[652] El impacto en la población fue tan grande que a partir del 557 todos los años se conmemoraba con una liturgia de súplica; véase B. CROKE, «Two Early Byzantine Earthquakes and their Liturgical Commemoration», *Byzantion* 51 (1981), 127-147.

Historia de Anatolio

Murieron un gran número de personas comunes y descono- 10
cidas. De los notables y de los que eran miembros del Senado[653] sólo murió Anatolio, un hombre honrado con la dignidad de cónsul y que se encargaba de velar y administrar la casa real y sus bienes[654]. Los romanos les llaman a éstos «curadores»[655].

Este Anatolio se encontraba durmiendo en su lecho habitual 11
y cerca de la cama había una de esas placas de mármol que sirven para adorno de la casa, como las que colocan en las paredes para demostrar belleza y lujo aquellos que se obnubilan con los adornos excesivos y superfluos, más allá de toda medida. Cuando la sacudida la arrancó de la pared cayó con todo su peso sobre la cabeza de Anatolio y la aplastó por completo. Con el golpe, sólo tuvo tiempo para lanzar un grito profundo y sordo antes de yacer de nuevo en la cama, abatido por la muerte.

Cuando despuntó el día, empezaron enseguida a mirarse 4
unos a otros en busca de su familia y sus seres queridos; cada uno saludaba con un abrazo a los suyos, llorando de alegría y sin creérselo aún.

---

[653] En época de Justiniano el Senado lo constituían los miembros del *status* más elevado, los *illustres*.

[654] Los bienes de la corona repartidos a través de todo el Imperio constituían un conjunto de departamentos administrativos, llamados *domus divinae*. A partir del siglo VI el control de estas «casas divinas» fue quedando en manos de los *curatores*, miembros de la clase más alta, que actuaban con mucha independencia con respecto a los demás curadores y también con respecto al *comes res privatae*, el encargado de las finanzas del emperador. Tenían, pues, un gran poder, que a menudo ejercían abusivamente; véase J. HALDON, «Economy and Administration», en MAAS, *CCAJ*, págs. 38-41.

[655] En *AP* XVI 41 utiliza para el mismo cargo la palabra poética —y griega— *kēdemoneús*.

Razones para la muerte de Anatolio

2 Cuando el cuerpo de Anatolio fue trasladado para su sepultura, algunos entre la multitud empezaron a propagar el rumor de que su muerte había sido un muy justo castigo, pues él había sido un malvado y había despojado a muchos de sus posesiones: a eso le habían llevado las tablillas y los pedazos de tela púrpura[656] que había colocado en tantas y tantas casas de ricos, con la excusa de obediencia al emperador; de esta manera se había adueñado de todos los bienes, violentando sin miramientos los deseos de los fallecidos y demostrando así una total burla de las leyes, que quieren que los hijos hereden los bienes de
3 sus padres[657]. Esto se susurraba entre la multitud y les parecía evidente que habían encontrado la causa de lo sucedido. Yo, en cambio, tengo mis dudas sobre este tema y no puedo asegurar cómo ocurrió. Sin duda, el terremoto hubiera sido un bien grato y admirable en extremo si hubiera podido distinguir a los miserables de los bondadosos y a aquéllos les hubiera dado un final horrible y a éstos los hubiera tratado con benevolencia; pero aunque concediéramos que aquél había sido realmente malvado, había otros muchos como él en la ciudad, o incluso peores, excepto que él fue sorprendido por la muerte, mientras éstos ha-
4 bían resultado ilesos[658]. En verdad, no es nada claro ni sencillo determinar por qué, de entre todos, sólo murió Anatolio. En el

[656] Las tablillas donde se escribían los decretos y los avisos públicos, mientras que el color púrpura indicaba que era una expropiación en nombre del emperador; véase TATE, *Justinien...*, págs. 181-183. Para las distintas formas de enriquecimientos indebidos por parte de funcionarios públicos, véase JONES, *LRE*, págs. 396-401.

[657] PROCOPIO, *Historia Secreta* XIII, nos describe con detalle algunos casos de apropiaciones indebidas por parte del emperador de bienes privados tras el fallecimiento de los dueños de grandes fortunas.

[658] Hay cierta contradicción entre lo que aquí dice y lo que señala en II 15 y 30 a propósito del terremoto de Berito: no puede ser Dios quien cause este fe-

diálogo de Platón[659] se dice que los que han llevado una mala vida son los más miserables y desgraciados, no porque paguen sus faltas aquí, con una muerte violenta o castigados de cualquier otro modo, sino porque mueren como los esclavos fugitivos que llevan las marcas de su crimen y que no se han beneficiado de la purificación. De modo que, si esto es admisible, sin duda fue más afortunado el que entonces sufrió, que el que se
salvó[660]. Sin embargo, se debe permitir que esta opinión quede 5
fijada en el alma de los hombres, pues quizá haga cambiar a algún malvado, por miedo a una muerte horrible, a un modo de
ser más moderado[661]. En cualquier caso, es evidente que, aun- 6
que alguien tenga una vida larga y afortunada, eso no bastaría como prueba de su rectitud, ni una muerte, por violenta que sea, en absoluto demostraría la mayor de las maldades. En cambio, el verdadero examen y la retribución por lo que hemos vivido aquí, eso, lo que sea, lo conoceremos cuando pasemos al otro lado. Cierto es que sobre este asunto unos dirán una cosa, otros otra distinta, lo que a cada uno le parezca[662]. Yo, por mi parte, he de retomar mi narración anterior.

---

númeno que acaba castigando a buenos y malos indiscriminadamente. Hay cierto escepticismo, que expresa también en otras ocasiones; véase CONSTANZA, *Orientamienti cristiani*, págs 104-105, e Introducción 3.3 y 3.4.

[659] *Gorgias* 523a-527a.

[660] Esta paradójica idea aparece previamente en el *Gorgias*, 472e-479e.

[661] En realidad esta idea resume su concepción de la Historia, en la que pesa más la utilidad moral que la verdad; véase Introducción 3.3

[662] Las reflexiones de Agatías a propósito del episodio de Anatolio han sido interpretadas por algunos como muestra de cierta ideología neoplatónica poco cristiana; véase KALDELLIS, «The historical and religious...», págs. 233-234: la diferencia esencial entre neoplatonismo y cristianismo es el castigo eterno, del que Agatías no hace ninguna mención. Para CAMERON, *Agathias*, págs. 100-101, en cambio, la respuesta que da es profundamente cristiana, pues

Consecuencias del terremoto

Aparecen los charlatanes

5 Los temblores de tierra continuaron durante muchos días, más pequeños de lo que fueron al principio, pero suficientes para desbarajustar lo que quedaba.

2 Hubo lugar para historias extraordinarias e increíbles predicciones acerca del inmediato fin del mundo. Así, charlatanes y sujetos autodenominados profetas vagaban por la ciudad vaticinando lo que les parecía y sobre todo asustando a la mayoría de la gente, que se dejaba convencer muy fácilmente por lo atemorizados que estaban ya. Y los que, de cualquier manera, fingían estar poseídos y en trance hacían los más terribles augurios, porque les habían enseñado el futuro los espíritus que tenían a su lado,
3 al tiempo que se jactaban de su posesión demoníaca[663]. Otros, considerando los movimientos y posiciones de las estrellas, aludían oscuramente a las mayores desgracias y a una casi absoluta destrucción[664]; en los malos momentos siempre acostumbra a aparecer una gran multitud de gente como ésta[665]. Afortunada-

---

parece preferir el castigo en vida que el posterior a la muerte, es decir, tras el juicio eterno. Ideas muy similares en CORIPO, *Panegírico* IV 352-360.

[663] Este tipo de posesión, uno de los pilares de la teurgia, la magia religiosa, tiene una amplia difusión en la Antigüedad tardía, e interesantes relaciones con el neoplatonismo; véase E. R. DODDS, *The Greeks and the Irrational* = *Los griegos y lo irracional* [trad. M. ARAUJO], Madrid, 1986, págs. 265-272. Aunque Agatías tenga inclinaciones neoplatónicas, véase nota 662, no las tiene hacia estas prácticas.

[664] Aunque el fatalismo astrológico está condenado y perseguido por la Iglesia, la astrología no desaparece completamente, sino que adopta una formulación de compromiso: los astros no son causas, sino signos, y Dios puede intervenir en todo momento; véase DAGRON, «Quand la terre tremble...», págs. 92-93.

[665] La extensión del cristianismo, como se ve, no eliminó de ningún modo la superstición, y la tensión entre ambos tipos de creencias fue constante en la tardoantigüedad; véase JONES, *LRE*, págs. 957-964.

mente, cada una de estas dos predicciones fue errónea. Yo creo que deberían ser acusados de impiedad los que hacen tales predicciones y no tienen ninguna consideración por el conocimiento del Todopoderoso[666].

Cambio de vida en la población

Pero no hubo nadie que en aquella circunstancia no se encontrase lleno de temor y zozobra. Se oían plegarias e himnos de súplica por todas partes, con la gente reunida para ese fin[667]. Lo que de palabra se valora, pero que rara vez se pone en práctica, es a lo que entonces se inclinaba la gente: de repente todos se habían vuelto justos en los tratos mutuos, de modo que incluso los jueces, olvidándose de su ganancia, administraban justicia de acuerdo con las leyes y los que tenían algún tipo de poder vivían de manera pacífica ocupados en sus propios asuntos, actuando piadosamente y olvidándose de sus actos malvados. Algunos incluso dieron un vuelco a su existencia y abrazaron una vida solitaria y agreste: abandonaron por completo las riquezas, los honores y todo cuanto es dulce para los hombres[668]. Se llevaban muchas ofrendas a las iglesias y durante la noche los notables de la ciudad recorrían las calles cuidando con generosas cantidades de alimentos y ropa a los más necesitados y miserables, como los muchos mutilados que yacían tendidos en el suelo y que tenían lo indispensable gracias a las limosnas. Sin embargo, todo esto se redujo a un período

4 (margin, beside "Pero no hubo nadie...")
5 (margin, beside "olvidándose de sus actos malvados...")
6 (margin, beside "cias a las limosnas...")

[666] De hecho, la legislación de Justiniano fue muy severa con ellos; *cf. Código* I 11, 9-10.

[667] Es llamativo que Agatías no haga ninguna referencia a la opinión, que aparece reflejada en la legislación de Justiniano, según la cual el terremoto era un castigo de Dios, en concreto a los pecados de los pederastas y blasfemos (*Novela* 77, quizá del 538, y 141, del 559).

[668] Agatías usa una larga perífrasis para evitar la palabra cristiana, *monachós*. El monacato, originario de Egipto, tuvo un gran desarrollo en todo el Imperio, y en la época de Agatías en la misma Constantinopla había 75 monaste-

de tiempo limitado, mientras el miedo era aún reciente. Pero en cuanto se vislumbró una tregua y una pausa en el peligro, la mayoría volvió a sus costumbres. Este tipo de impulsos, a decir verdad, no pueden ser llamados ni justicia ni tampoco piedad[669] sólida y activa, como la que queda grabada en la mente por la ortodoxia y por un muy constante afán, sino un recurso inusual, como un negocio fraudulento cuyo fin es escapar a toda costa de una situación. Así que, obligados sin duda por la necesidad, gustamos de las buenas obras sólo hasta que se nos pasa el miedo[670].

Antemio de Tralles

6 Durante ese tiempo se hablaba en uno y otro sentido sobre las exhalaciones. En los debates aparecía con frecuencia el nombre del Estagirita: unas veces se decía de él que tenía toda la razón al explicar estos fenómenos y sus causas y otras que se
2 alejaba mucho de la verdad[671]. Algunos, creyendo firmemente en su opinión que un denso y oscuro vapor encerrado en las cavidades de la tierra producía estos movimientos, relataban lo que había inventado hacía un tiempo Antemio[672].
3 Este Antemio tenía como patria Tralles y como especialidad la de las máquinas de los ingenieros, que son los que se

rios masculinos; véase, como aproximación general, B. FLUSSIN, «La vie religieuse. Les chrètiens dans le monde —le monachisme», en MORRISSON (ed.), *Le monde byzantine*, págs. 236-254.

669 En realidad este término, *eusébeia*, es el utilizado a menudo para «cristiandad»; véase CAMERON, *Agathias*, pág. 91, nota 6.

670 Para KALDELLIS, «The historical...», págs. 212-213, la idea de la justicia, humana y divina, es aquí puesta en entredicho; véase Introducción 3.3 y 3.4.

671 Véanse las teorías expuestas en II 15, 9-13.

672 Antemio de Tralles (*circa* 474-*circa* 534) fue profesor de geometría y matemáticas y escribió varios tratados de los que conservamos algunos frag-

ocupan de aplicar la razón de la geometría al mundo material
y crear así copias y como imágenes de la realidad. Fue, con mu- 4
cho, el mejor de todos y llegó a la más alta cima de la ciencia
matemática, del mismo modo que su hermano Metrodoro[673] lo
hizo entre los llamados «gramáticos»[674]. Yo, desde luego, ten- 5
go por muy afortunada a su madre, que dio a luz a unos hijos de
tanto talento[675]. Pues además de estos dos, tuvo a Olimpio, versado jurista y eminente abogado en los tribunales, y también a Dióscoro y Alejandro, ambos expertos médicos. De éstos, Dióscoro vivió en su patria, haciendo gala de un gran dominio de su ciencia. El otro vivió, lleno de honores, en la antigua Roma[676].
Por su parte, la fama de Antemio y Metrodoro se extendió por 6
todas partes y llegó hasta el mismo emperador[677], de manera que fueron llamados a Bizancio y se instalaron aquí para el resto de su vida, exhibiendo cada uno las excelencias de su

---

mentos. Véase, como obra general, G. L. HUXLEY, *Anthemius of Tralles*, Cambridge (Massachusetts), 1959.

[673] No se sabe nada de este Metrodoro, salvo que es el probable autor de *AP* IX 712, y quizá el compilador o autor de *AP* XIV 116-146. Véase R. A. KASTER, *Guardians of Language: The Grammarian and Society in Late Antiquity*, Berkeley, 1997, págs. 312-313.

[674] Tanto en el caso de esta expresión, *grammatikós*, como en la larga perífrasis a propósito de lo que es un ingeniero —o también arquitecto—, *mēchanopoiós*, Agatías está explicando los términos técnicos poco clásicos.

[675] Su padre, por su parte, fue Esteban de Tralles, un médico al que se refiere su hijo Alejandro de Tralles (*Sobre la ciencia médica* IV 1, pág. 198).

[676] Trabajó también en otros lugares y su fama fue inmensa, hasta el punto de ser llamado «Alejandro el médico». Escribió una extensa obra en doce volúmenes, *Sobre la ciencia médica*, que no sólo es una gran compilación, sino que en algunos capítulos, como los de las enfermedades mentales o los parásitos intestinales, es significativamente original, véase J. SCARBOROUGH, «The Life and Times of Alexander of Tralles», *Expedition* 39. 2 (1997), 51-60.

[677] Aunque no se sabe en qué fecha exactamente, el *floruit* de los hermanos debe situarse hacia el primer tercio del siglo VI porque Antemio estaba ya

propia sabiduría: uno educó a muchos hijos de la nobleza enseñándoles los principios de tan hermosa disciplina para así sembrar en el corazón de todos ellos el amor por la elocuencia; el otro construyó tales maravillas en la ciudad y en otros lugares[678], que aunque nada se dijera sobre ellas sería suficiente que permanecieran en pie y a salvo, para tener fama eterna[679].

El falso terremoto de Antemio

7 Pero lo que ha provocado mi recuerdo de este hombre, lo diré inmediatamente: en Bizancio, un hombre llamado Zenón, inscrito en el registro de rétores[680], por lo demás muy distinguido y estimado por el emperador, vivía tan cerca de Antemio que sus casas parecían estar unidas la una a la otra dentro del mis-
8 mo límite. Con el paso del tiempo, una incómoda disputa surgió entre ellos, bien a causa de alguna intromisión inusual hasta entonces, bien porque se había levantado alguna construcción

en Constantinopla cuando Justiniano le encargó que reconstruyera Santa Sofía tras los disturbios de la *Nika* del 532 (*cf.* V 9, 2, y PROCOPIO, *Edificios* I 1, 20) y hacía tiempo que había muerto, en el 557 (*cf.* V 9, 4).

678 Aunque es conocido sobre todo por sus obras en Santa Sofía, PROCOPIO, *Edificios* II 3, se le encargó reparar los muros de Daras tras unas inundaciones.

679 Para CAMERON, *Agathias*, pág. 61, esta descripción está inspirada en la historia de Cleobis y Bitón de HERÓDOTO, I 31, por otra parte, un *topos* retórico habitual. Para LAMMA, «Ricerche...», pág. 116, Agatías opone la anterior narración sobre el terremoto, como ejemplo de fuerzas incontrolables, a este elogio, a su vez ejemplo de hombres de profunda preparación capaces de obras estables y también ingeniosas, lo que mostraría a un Agatías en cierto modo racionalista; véase Introducción 3.3.

680 Se trata del colegio profesional de abogados; el número de miembros de estos colegios estaba limitado; por ejemplo, el emperador León I (*Cod. Iust.* II 7, 17) decreta que la prefectura del Ilírico debía tener 150 abogados; véase JONES, *LRE*, págs. 507-516.

desmedida que impedía el paso de la luz o por cualquier otra ra-
zón de las muchas por las que forzosamente disputan los que vi-
ven tan cerca.

Entonces, Antemio, una vez vencido en el proceso por su 7
oponente, que era abogado, y sin ser capaz de competir al mis-
mo nivel en habilidad oratoria, contraatacó con las armas de su
profesión, de la siguiente manera: Zenón tenía una sala mag- 2
nífica en la planta alta, muy espaciosa y bellísimamente deco-
rada en la que acostumbraba a estar con frecuencia y recibir en
ella a sus íntimos. Pero sucedía que lo que estaba bajo su sue-
lo eran las habitaciones de Antemio, es decir, que lo que había
entre ambos para uno era el piso y para otro el techo. Antemio 3
puso grandes calderas llenas de agua repartidas a intervalos
por las habitaciones y las cubrió por fuera con unos tubos de
piel, por la parte de abajo suficientemente anchos como para
tapar todo el contorno de la caldera y por la de arriba estrechos
y con forma como de trompeta; clavó los extremos de los tu-
bos a las vigas y a las traviesas y los sujetó firmemente, para
que el aire que circulaba por ellos, contenido por la bolsa, tu-
viese el camino libre para ascender hacia arriba a través del
tubo hueco e hiciese presión directamente en el techo sin que
pudiese escaparse al exterior de ninguna manera. Una vez co- 4
locado todo en secreto, prendió grandes fuegos debajo de las
calderas, de los que salían grandes llamas. En cuanto el agua
comenzó a calentarse y a hervir, se levantaba sin cesar una
gran cantidad de vapor espeso y comprimido. Al no tener por
dónde expandirse subía por los tubos y constreñido por su es-
trechez, empujaba con fuerza hacia arriba, hasta que chocaba
con el techo de manera constante y todo se movía y se agitaba
hasta tal punto que temblaba y crujía la madera[681]. Esto aterro- 5

[681] Todo este experimento prueba un elevado conocimiento teórico sobre los estados de la materia, las propiedades de los diferentes materiales, etc., muy

rizó a la gente de Zenón, que se tiraron a la calle dando gritos y alaridos llenos de miedo. Al ir a palacio, empezó a preguntar a los nobles sobre lo que les había parecido el terremoto y si no les había causado ningún daño. «¡Calla, desgraciado, déjalo —dijeron—, no sea que suceda!», y además se enfadaron con él por inventar hechos tan funestos y ominosos. Él no sabía qué pensar, pues aunque era incapaz de dudar de los recientes sucesos en los que creía firmemente, también se sentía avergonzado de tener una opinión contraria a la de tantos hombres tan distinguidos.

El mecanismo de Antemio como prueba de las causas de los terremotos

8 Utilizaban mucho este relato los que achacaban el origen de los seísmos a las exhalaciones y los vapores fuliginosos[682]: «El ingeniero —decían—, como conocía la causa que hace moverse a la tierra, actuó de una manera muy similar e imitó a la naturaleza con la técnica». Y algo de lo que decían había, pero no
2 tanto como pensaban. Me parece que esta explicación, aunque ingeniosa y verosímil, no constituye una prueba de lo que de verdad sucede. Pues que unos perritos de Malta[683] pasando por los tejados hagan que se muevan, y eso con su paso tan ligero, podría también decirse que es lo mismo y utilizarse como un
3 ejemplo similar para ello. Aunque no hay que considerar tales juegos de ingeniería falsos y sin gracia, han de buscarse, sin embargo, otras causas —si es que en realidad hace falta—,

---

destacado para la época, y en cierto modo, un primer paso en la experimentación antisísmica; véase E. Darmstädter, «Anthemios und sein künstliches Erdbeben' in Byzanz», *Philologus* 88 (1933), 477-482.

682 Es la teoría de Aristóteles, ya expuesta en II 15, 9-13.

683 Pequeños perritos falderos originarios bien de la isla de Malta (Estrabón, *Geografía* VI 2, 11) o bien de una isla de Dalmacia llamada hoy Meleda; *cf.* Plinio, *Historia Natural* III 26, 152.

para los desastres naturales[684]. Y es que esto no fue lo único
que hizo Antemio contra Zenón, pues reprodujo rayos y true-
nos en su habitación. En efecto, colocó un disco trabajado co- 4
mo un espejo ligeramente cóncavo, orientado hacia el sol, con
el que recogía sus rayos. Al girarlo hacia otro lado, disparaba
de repente un gran haz de luz que deslumbraba a todos aque-
llos sobre los que caía y que les hacía guiñar los ojos[685]; planeó
además golpear y entrechocar objetos que resonasen y lograr
así el violento estampido del trueno, que espantaba los senti-
dos. Cuando Zenón consiguió averiguar de dónde salían todos
estos fenómenos, públicamente se lanzó a los pies del empera-
dor y acusó a su vecino de malvado y criminal y la ira le hizo
pronunciar un bonito discurso. Elaboró una parodia de frases 5
poéticas y gritó ante el Senado en tono de burla que él, sólo un
hombre, no era capaz de enfrentarse al mismo tiempo al «to-
nante» Zeus, «el lanzador del rayo», y a Poseidón «el que agi-
ta la tierra»[686]. Es indudable que éstos son hermosos entreteni- 6
mientos propios de esta especialidad, aunque no suponen
necesariamente que la naturaleza los imite y actúe de la misma
manera[687]. En cualquier caso, sea cada uno de la opinión que
prefiera. Yo, por mi parte, he de volver a mi narración anterior.

---

[684] Sobre el escepticismo reflejado aquí por Agatías, véase G. TRAINA, «Un terremoto artificiale nel VI secolo d. C.: gli esperimenti di Antemio di Tralle a Costantinopoli», en E. GUIDOBONI, *I terremoti prima del Mille in Italia e nell'area mediterranea: storia, archeologia, sismologia*, Roma, 1989, págs. 186-191, e Introducción 3.3.

[685] Materia en la que era experto, ya que sabemos que escribió un tratado sobre los espejos y su poder incendiario.

[686] Son los epítetos homéricos habituales, *Ilíada* I 580, V 672, *passim* (de Zeus), XIII 43 y *passim* (de Poseidón).

[687] El *excursus* de Antemio tiene ante todo una finalidad narrativa, proporcionando a la obra una muy real imagen de la vida en Constantinopla. Pero también sirve para que Agatías demuestre su escepticismo sobre la posibilidad

Reconstrucción de Santa Sofía

9 Así estaban las cosas durante aquel invierno en la ciudad y muchos días a todos les parecía que el suelo se movía, aun cuando habían cesado ya por completo los temblores: tan reciente estaba el sufrimiento en el espíritu de todos que la sospecha que habitaba en ellos perturbaba el sentido común.

2 El emperador intentó restaurar muchos de los edificios afectados; algunos de ellos estaban dañados y resultaban peligrosos y otros estaban completamente derruidos. El que más le tenía preocupado era el gran templo de Dios[688]. Después de haber sido incendiado por el pueblo[689], se reconstruyó de la más maravillosa de las maneras desde los mismos cimientos: de enormes dimensiones, con una estructura perfecta y adornado con mármoles multicolores[690]. Estaba construido con ladrillo cocido y cal y todas las vigas eran de hierro; se usó muy poca madera, para evitar que se incendiara de nuevo tan fácilmente[691].

---

de que el hombre pueda llegar a conocer determinados hechos naturales. Y para TRAINA, «Un terremoto artificiale...», pág. 189, además, puede encerrar una velada crítica a Justiniano.

[688] Evita así el nombre cristiano, Santa Sofía, con esta perífrasis, con la que por otro lado acostumbraban a llamar al templo en la ciudad; *cf.* PROCOPIO, *Edificios* I, 1, 66. El templo primigenio fue construido por Constancio II e inaugurado en el 360. Fue incendiado en el 404 y reinaugurado en el 415; véase R. J. MAINSTONE, *Hagia Sophia. Architecture, structure and liturgy of Justinian's great church*, Londres, 1988.

[689] En la revuelta de la *Nika* en el 532. La nueva iglesia, mucho más grande y con un diseño diferente, fue consagrada el 27 de diciembre del 537. Nos la describe PROCOPIO, *Edificios* I 1, 20-78, y TEÓFANES, A. M. 6051, 232-233.

[690] Pablo Silenciario, en *Descripción de Santa Sofía,* la obra fundamental para conocer el templo, *cf.* más adelante, relaciona y describe todos los que se emplearon (620-646).

[691] PABLO SILENCIARIO, *Descripción de Santa Sofía* 517-528, da como explicación que no se encontraron árboles suficientemente grandes.

Fue precisamente el famoso Antemio del que acabo de hablar quien lo proyectó y construyó[692].

3 En esta ocasión, tras venirse abajo con el terremoto la parte central de la cubierta y todo lo que se elevaba por encima[693], el emperador lo reparó de nuevo, haciéndolo más seguro[694] y aún más alto[695]. 4 Ahora bien, Antemio había muerto hacía tiempo; por su parte, Isidoro el joven[696] y los demás ingenieros examinaron en primer lugar la estructura y estudiaron, en relación con lo que se había mantenido intacto, qué parte era la afectada y en qué había fallado; dejaron tal y como estaban las bóvedas oriental y occidental y en cambio, para las de la cara norte y la cara sur, ampliaron hacia dentro el armazón de los arcos y lo ensancharon[697] de manera que, mejor encajados en los otros, convergían para formar un cuadrado perfecto[698], con el que pudieron

---

692 PROCOPIO, *Edificios*, I 1, 24, nos informa de que Justiniano buscó a los mejores técnicos, que fueron Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto. Parece que Antemio destacaba por sus conocimientos teóricos, mientras Isidoro tenía una gran experiencia a pie de obra; véase TATE, *Justinien*..., págs. 472-476. Llama la atención que tanto Agatías como Pablo Silenciario (268-278) alaban la obra de Antemio e Isidoro, a pesar de que pronto se vino abajo; para otros testimonios más críticos, véase G. DAGRON, *Constantinople imaginaire*, París, 1984, págs. 288-291.

693 El derrumbamiento no fue durante el terremoto en el invierno del 557, sino durante las obras de reparación en mayo, cuando se vino abajo el arco oriental, la semicúpula adyacente y una parte de la cúpula central, que cayó sobre el altar mayor y el presbiterio; véase PABLO SILENCIARIO, *Descripción*...186-213.

694 Sobre la seguridad, PABLO SILENCIARIO, *Descripción*... 450-456 y 476-480.

695 56,2 m, más alto que cualquier edificio conocido entonces: el Panteón de Roma, 43,3 m, y el palacio sasánida de Ctesifonte, 37 m.

696 Sobrino de Isidoro de Mileto.

697 Los arcos, situados frente a la nave central, sobre los que se asentaba la cúpula.

698 Al este y al oeste, su enorme empuje se distribuye sobre medias cúpulas de diámetros iguales (33 m), sustentadas por pilares dispuestos ortogonalmente y contrarrestados a su vez por tres nichos que se abren en arcadas entre

rodear el inmenso espacio vacío[699] y ocultar la pequeña zona que quedaba de la estructura elíptica[700]. De esta manera volvieron a construir encima de la parte central un orbe o semiesfera, o como ellos lo llamen[701]. Resulta, como era de esperar, más enhiesto, lleno de bellas curvas y de líneas simétricas por todas partes, pero al tiempo más estrecho y con un perfil más duro; ya no logra provocar tanto temor y admiración como antes en quien lo contempla[702], aunque es mucho más firme y seguro[703].

El poema de Pablo Silenciario

6 Sin duda, todo lo que sobre el templo es necesario decir en una obra histórica y lo que por tanto es adecuado al curso de mi

---

ellas. En los otros dos lados, al norte y sur, los empujes están contrarrestados por dos arcos que actúan a modo de contrafuertes exteriores, cerrados por dos filas de columnas y ventanas.

[699] El que está debajo de la cúpula.

[700] La original.

[701] Perífrasis para evitar el término técnico latino, *trulla*. En el poema de Pablo Silenciario son también frecuentes las perífrasis, mucho más complejas, para evitar los términos técnicos, poco poéticos; véase M. C. FAYANT, «De la description au panégyrique. Un art au service du povoir», en M. Ch. FAYANT, P. CHUVIN, *Paul le Silentiaire, Description de Sainte-Sophie de Constantinople*, París, 1997, págs. 33-49.

[702] Agatías se encuentra, con esta opinión, lejos de la admiración desmedida de Pablo Silenciario, pero también muy lejos de las severas críticas del poema anónimo tardío *Poema sobre la construcción de Santa Sofía*, traducción y comentario en G. DAGRON, *Constantinople imaginaire...*, págs. 191-314.

[703] Es interesante observar que en su descripción de Santa Sofía no hay nada acerca de su valor como símbolo de eternidad relacionado con Dios, o de su misticismo, sólo hay admiración por esa obra que representa la capacidad humana y el poder de Justiniano; véase LAMMA, «Ricerche...», págs., 126-130. Resulta interesante, desde este punto de vista, observar las diferencias con la *Descripción de Santa Sofía* de Pablo Silenciario.

relato, ya está suficientemente descrito, pues alabar cada una de sus maravillas y describirlas con detalle sería superfluo e inadecuado al carácter de este trabajo.

Pero si alguien que viva fuera de la ciudad quisiera cono- 7
cerlo todo, como si estuviera delante viéndolo, que lea el poema de Pablo el hijo de Ciro, el de Floro[704], que tuvo el mayor rango entre los silenciarios del emperador[705]. Lo adornaban la nobleza de su linaje y una gran fortuna heredada de sus padres y, a pesar de ello, se dedicó sin descanso al estudio y a la práctica de la literatura, lo que era su mayor motivo de orgullo. Y en efecto, escribió otras obras muy dignas de alabanza y fama[706], aunque, en mi opinión, su poema sobre el Gran Templo rebosa sabiduría y esmero, debido a lo extraordinario de su tema[707].
Puedes encontrar en él el completo ordenamiento de la cons- 8
trucción y la cuidadosa descripción de los tipos de mármoles artísticamente trabajados, la elegancia al tiempo que la utilidad de los atrios y su adecuada proporción entre tamaño y altura, así como entre las líneas, las que suben rectas, las circulares, las horizontales y las verticales[708]. Por sus palabras conocerás

[704] Quizá el mismo Floro a cuya familia pertenece Eutiquiano, Proem. 12. Tanto Ciro como Floro pueden ser dos cónsules atestiguados por otras fuentes. Para más detalles sobre Pablo, véase Introducción 1.

[705] «Los guardianes del silencio» literalmente. En principio era una guardia personal encargada de mantener el *silentium* en las sesiones del Consistorio, pero pronto pasaron a depender del *magister officiorum*, con una gran importancia dentro de la corte. Véase Procopio, *Guerras* II 21, 2, y R. Guilland, «Silentaire», *Mélanges A. K. Orlandos*, Atenas, 1967, vol. IV, págs. 33-46.

[706] Por ejemplo, los 75 epigramas que el propio Agatías recogió en su *Ciclo*.

[707] Lo más notable del *Poema* es el uso de un lenguaje muy poético y difícil, heredero en parte de Nono pero fundamentalmente de inspiración homérica, para un tema por completo alejado de lo homérico. Para su obra, véase, entre otros estudios, C. Corbato, *La poesia de Paolo Silenziario*, Trieste, 1951.

[708] De hecho, una de las características más notables del poema es que, a diferencia de la mayoría de poemas ecfrásticos, Pablo se centra en la descrip-

cómo el sagrado lugar reservado a los misterios[709] está maravillosamente decorado con oro y plata y cualquier otra peculiaridad que allí pudiera haber, grande o pequeña, tan bien como los visitantes que lo observan todo con atención.

9 Sin embargo, esta segunda restauración del templo se realizó y completó poco tiempo después[710].

LA EPIDEMIA DE PESTE

10 También durante aquel año[711], al principio de la primavera, la peste volvió a caer sobre la ciudad y murieron miles de personas[712]. En cierto modo, nunca había desaparecido por completo, desde sus inicios, esto es, en el décimo quinto año del rei-
2 nado de Justiniano, cuando penetró en nuestra tierra[713]. Más bien se había desplazado muchas veces de aquí para allá, ata-

---

ción real de los elementos arquitectónicos; véase P. CHUVIN, «Paul le Silentaire er la Description de Sainte-Sophie. Éclairages historiques», en FAYANT, CHUVIN, *Paul le Silentiaire...*, págs. 24-27.

[709] El altar, descrito en el poema de Pablo, vv. 720-805.

[710] La reconstrucción duró cinco años, casi tanto como su construcción. La fiesta de consagración tuvo lugar durante las Navidades del 562, *Descripción...* 311-353. El poema se leyó unos días más tarde, quizá en la Epifanía del 563; véase CHUVIN, *Paul le Silentiaire...*, págs. 22-23.

[711] El 558.

[712] La bibliografía sobre la peste en la época de Justiniano es inmensa; véase, como obra más reciente, L. K. LITTLE, *Plague and the End of Antiquity. The Pandemic of 541-750*, Cambridge, 2007, págs. 99-133.

[713] La peste llegó a Constantinopla tras devastar todo Egipto, y se propagó también por Palestina y Siria. Las primeras víctimas aparecieron en la ciudad en octubre del 541 y su peor momento fue la primavera y verano del 542, cuando se llegó a unas cifras de entre cinco y diez mil muertos diarios. Los autores contemporáneos, EVAGRIO, *Hist. Eclesiástica* IV 29, JUAN DE ÉFESO *(apud* PSEUDO-DIONISIO DE TEL-MAHRE), IX 28, y especialmente PROCOPIO, *Gue-*

cando un lugar después de otro y dando así cierto respiro en las zonas de las que se retiraba[714]. Pero entonces cayó sobre Bizancio otra vez, como si al haberse ido la primera más rápido de lo debido se hubiera sentido engañada.

Síntomas

3 Y así fue: mucha gente moría tan repentinamente como si les afectase un violento ataque de apoplejía[715]. Los que más resistían expiraban al quinto día[716]. La forma de la enfermedad fue muy similar a la anterior. A causa de los bubones ardían de una fiebre constante y sin tregua que no se moderaba de ninguna manera, hasta abandonar a sus víctimas en el momento de su muerte. Al- 4 gunos, por el contrario, sin tener ni fiebre ni dolor alguno, mientras se dedicaban a sus asuntos de costumbre donde se encontrasen, en casa o en la calle, de repente caían sin respiración, como

rras II 22-24, a través de la imitación del relato de TUCÍDIDES (II 47-54) de la peste de Atenas, nos describen detalladamente sus devastadores efectos. Para una descripción de los aspectos más materiales de la peste del 542, y bibliografía actualizada, véase P. HORDEN, «The Mediterranean Plague in the Age of Justinian», en MAAS, *CCAJ*, págs. 134-160.

714 EVAGRIO, *loc. cit.*, también habla de una única ola de epidemia, desde el 542 hasta la década del 590, cuando escribe su obra. Según los expertos, la bacteria permanece endémica en la población entre 250 y 300 años y la epidemia rebrota con una frecuencia de entre nueve y doce años: J.N. BIRABEN, J. LE GOFF, «The Plague in the Early Middle Ages», R. FOSTER, O. RANUM (eds.), *Biology of Man in History*, Baltimore - Londres, 1975, págs. 48-80.

715 Es probablemente la variedad más mortífera, la septicémica, que contamina la sangre antes de que los bubones aparezcan.

716 EVAGRIO, *loc. cit.*, nos dice que los afectados podían morir en dos o tres días. Esta epidemia de peste bubónica, en sus variedades pulmonares y septicémicas, fue de una notable virulencia; véase HORDEN, «The Mediterranean Plague...», págs. 143-148.

si hubieran fingido su muerte. Todas las edades sucumbían indiscriminadamente, pero sobre todo los jóvenes y vigorosos y en especial los varones[717]; a las mujeres no les afectó tanto.

Distintas explicaciones

5 Antiquísimos oráculos egipcios y también los más sabios astrólogos persas de ahora afirman que hay unos ciclos en el tiempo infinito, unos buenos y dichosos, otros desdichados y nefastos, y que el momento presente es el peor y más funesto de éstos y por eso precisamente hay ahora tal acumulación en todas partes de guerras y revueltas en las ciudades y las plagas se suceden de
6 manera persistente[718]. Otros dicen que la causa de la destrucción es la ira del Todopoderoso, que castiga con toda justicia las mal-
7 dades de la humanidad y diezma así su población[719]. No es posible para mí decidir entre una u otra opinión[720], ni he de intentar demostrar la verdadera, quizá porque no tengo el conocimiento

[717] Agatías no ofrece, sin embargo, ningún dato, y no hay ninguna prueba médica que lo confirme. Como en Tucídides, II 49, donde encontramos una observación similar, es muy probable que se deba a la impresión causada al ver morir a quien habitualmente no muere y en quien recae la continuidad de la población.

[718] En Séneca, *Cuestiones naturales* III 29, se atribuyen estas ideas al sacerdote e historiador babilonio Beroso, del siglo III a. C. La fuente última de estas ideas no está clara; véase R. Drews, «The Babylonian Chronicles and Berossus», *Iraq* 37 (1975), 39-55.

[719] De hecho, el 7 de marzo del año 544 Justiniano promulgó una *Novela* (*Nov.* 141) en la que urgía a los homosexuales a arrepentirse de sus pecados, causa posible de nuevas plagas aún peores que las que acababan de vivir. Por su parte, Procopio, en la *Historia Secreta* XVIII 1 y 36-38, acusa al emperador de todas las desgracias acaecidas en su reinado.

[720] Aunque esta observación se repite en otras ocasiones en la obra, coincide con lo dicho también por Procopio en su descripción de la peste del 542, *Guerras* II 22, 1-5. Para P. Allen, «The Justinianic Plague», *Byzantion* 49

suficiente para ello o quizá porque, aunque lo tuviera, no me parece indispensable ni adecuado a la presente narración. Pues cumplo las normas de una obra histórica sólo si hago una relación, y mejor si breve, de los acontecimientos sucedidos[721].

«EXCURSUS» SOBRE LOS HUNOS

A estas desgracias en la ciudad siguieron en ese momento 11
otras, rebosantes de inquietud y zozobra y no menos penosas que las ya relatadas. Al punto diré cuáles fueron, después de remontarme un poco a hechos anteriores.

El pueblo de los hunos[722] habitaba antiguamente la región este 2
del lago Meótide[723] al norte del río Tanais[724], como los otros pueblos bárbaros que viven en Asia a este lado del Imeo[725]. Todos estos pueblos reciben el nombre general de escitas y hunos[726], aun-

(1979), 6-20, tanto Procopio como Agatías reflejan un agnosticismo, derivado de Tucídides, muy diferente de la postura de Evagrio, Juan de Éfeso, etc., que interpretan la peste como una manifestación de la justicia divina.

[721] Idea completamente contraria a la que expresa en I 7, 7. Pero quizá se debe a que aquí no puede aplicar tan directamente su principio de que las calamidades tienen como origen el pecado o la ignorancia. Para CAMERON, *Agathias*, págs. 33-34, es consecuencia de falta de cuidado y superficialidad, para KALDELLIS, «The historical and religious...» pág. 224, se está refiriendo a los hechos narrados o por narrar en este punto concreto de su obra. Véase, para más detalle, Introducción 3.3 y 3.4.

[722] Véase LAMMA, «Ricerche...», págs. 130-131, sobre su visión de los hunos: ellos son los verdaderos bárbaros.

[723] El mar de Azov.

[724] El río Don.

[725] El Imeo corresponde más o menos en la geografía antigua con el Himalaya; *cf.* PTOLOMEO, VII 5.

[726] Los escitas eran tribus nómadas de la estepa euroasiática, aunque los escritores bizantinos utilizan el término como arcaísmo para referirse a todo pueblo nómada de la zona, como los hunos, los antiguos turcos, etc.

que cada tribu en particular recibe uno: unos cotriguros[727], otros utiguros[728], otros ultizuros[729] , otros burugundos[730], y los demás
3 según sus ancestrales tradiciones. Sin embargo, muchas generaciones después, o bien con una cierva como guía, según el relato popular[731], o bien por alguna otra vicisitud, cruzaron a Europa y atravesaron de alguna manera el canal que sale del lago hasta el Ponto Euxino[732], lo que hasta entonces les había parecido imposible, y se extendieron por tierras extranjeras[733]: al caer sobre ellas de manera inesperada hicieron tanto daño a estas poblaciones, que incluso expulsaron a los habitantes primitivos y se
4 apropiaron ellos de su tierra. Pero no iban a permanecer allí mucho tiempo, pues desaparecieron, por decirlo así, de raíz, como por ejemplo, los ultizuros y los burugundos, hasta la época del emperador León muy renombrados y tenidos por muy poderosos entre los romanos de entonces[734]. Los que vivimos ahora, en

---

[727] En Procopio, *Guerras* VIII 5, 1, cutriguros.

[728] De las dos primeras tribus nos habla Procopio, *Guerras* VIII 4, 7 y 5, 1-4, descendientes según él de cada uno de los hijos, uno Utrigur y otro Cutrigur, de un rey cimerio. Para estas tribus, véase W. Pohl, *Die Awaeren. Ein Steppenvolk in Mitteleuropa 567-822 n. Ch.*, Múnich, 1988, págs. 23-27, y para la importancia de las observaciones de Agatías, págs. 33-35.

[729] En Jordanes, *Origen y gestas de los godos* 272, ultzinzuros.

[730] En Zósimo, I 27, 1 se les llama urugundos, que junto a godos, boranos y carpos, devastan Europa a mediados del siglo iii. Se trata de una tribu no germánica que presenta mezcla con razas mongolas; véase S. Bock, *Los hunos: tradición e historia*, Murcia, 1992, págs. 92-93 y 196. Por su parte, los ultizuros aparecen citados en Jordanes, *Origen y gestas de los godos* 272, como una tribu dependiente de Dindzico, hijo de Atila.

[731] Transmitido por Jordanes, *Origen y gestas de los godos* 123-124, y Procopio, *Guerras* VIII 5, 7-10.

[732] Presumiblemente el estrecho de Kerch, que ahora tiene una anchura de entre 4,5 y 15 km.

[733] Habitadas por ostrogodos; véase Procopio, *Guerras* VIII 5, 7.

[734] León I (457-474). Para Cesa, «Agatia Scolastico...», págs. 1177-1178, es

cambio, ni sabemos de ellos ni creo que vayamos a saber, tal vez porque se hayan extinguido, tal vez porque se hayan trasladado a los confines de la tierra.

Invasión de los hunos

Las tribus hunas cruzan el Istro

Aquel año, cuando la peste se abatió sobre la ciudad, como 5
ya he descrito, el resto de las tribus hunas sobrevivían y eran
aún muy importantes[735]. Sin embargo, por decisión propia, los
hunos bajaron hacia el sur y acamparon no lejos de la ribera
del río Istro[736]. Cuando llegó el invierno, la corriente del río se 6
congeló hasta gran profundidad, como era habitual por el frío,
y quedó tan dura y firme que podían pasar por ella las caballe-
rías. Zabergan, el jefe de los hunos cotriguros, acompañado de

---

probable que la fuente de este *excursus* no sea sólo Procopio (así CAMERON, *Agathias*, pág. 148), sino Prisco, cuya *Historia* llegaba hasta el emperador León.

[735] En concreto, los cotriguros vivían en las estepas del sur de Rusia, desde el Don hasta el Dniéster. Los utiguros vivían al otro lado del Don, en el este del mar de Azov. Como suponían una importante amenaza para el Imperio, la política de Justiniano fue comprar a una de las tribus y enfrentar a ambas. Los sucesos que aquí cuenta Agatías son, en parte, la repetición de otros similares sucedidos en el 551 y de los que nos da cuenta PROCOPIO en *Guerras* VIII 18, 18-19, 22. Véase M. WHITBY, «The Balkans and Greece 420-602», en CAMERON, *CAH*, págs. 712-721.

[736] En la época de Justiniano hubo tres oleadas de ataques de los hunos: en el 540, cuando hordas de cotriguros y sus aliados esclavenos arrasaron los Balcanes y llegaron a las puertas de Constantinopla (PROCOPIO, *Guerras* II 4); en el 551, cuando devastan la zona cercana al Danubio (PROCOPIO, *Guerras* VIII 18-19), y la aquí relatada por Agatías. Para la compleja, y discutible, cronología de estos ataques y su presentación en las diversas fuentes, véase E. KISLINGER, «Ein Angriff zu viel: zur Verteidigung der Thermopylen in justinianischer Zeit», *Byzantinische Zeitschrift* 91.1 (1998), 49-58.

muchísimos jinetes, galopó sobre las aguas como si fueran tierra firme y cruzó con toda facilidad hasta el Imperio romano[737]. Al estar la zona desierta y no encontrarse con ningún obstáculo, siguió su camino; pronto atravesó Misia y Escitia e
7 invadió Tracia. Una vez allí, dividió su ejército y envió una parte a la Hélade, que se dedicó al pillaje y al saqueo de los lugares sin vigilancia mientras los demás se dirigían al Quersoneso tracio[738].

El Quersoneso tracio

12 La costa suroriental del Quersoneso está bañada por el Helesponto[739], hasta su extremo más meridional. El mar lo rodea casi por completo y lo circunda un sinuoso litoral, con sólo una pequeña lengua de tierra de menos de cuarenta estadios[740]
2 impidiéndole ser una isla. A lo largo de este istmo está construida una muralla que sin interrupción va de costa a costa[741]. En el lado interior[742] se encuentran las ciudades de Afrodisias, Tesco y Ciberis y muy alejada de ellas, en la punta más saliente ya en el mismo estrecho, la ciudad de Sesto, famosa y

[737] En marzo del 559.

[738] Actual península de Gallípoli.

[739] El estrecho de los Dardanelos.

[740] Unos 7 km.

[741] La muralla para proteger la península se erigió en tiempos de Milcíades en el 560 a. C. (Heródoto, VI 36) y a partir de ahí fue sucesivamente reparada. En la época de Justiniano se encontraba en un estado lamentable: se derruyó en gran parte por el terremoto del 447 (Evagrio, *Hist. Eclesiástica* I 17) y fue inútil en el ataque huno del 540, Procopio, *Guerras* II 4, 8, y para su reforzamiento por parte de Justiniano, *Edificios* IV 10, 9. Véase G. Geatrex, «Procopius and Agathias on the defences of the Thracian Chersonese», en C. Mango, G. Dagron, *Constantinople and Its Hinterland*, Aldershot, 1995, págs. 125-129.

[742] Es decir, hacia el continente.

celebrada en extremo por la poesía, no por otra razón, creo,
que por el candil de Hero, la muchacha de Sesto, y por el amor
y la muerte de Leandro[743]. No lejos de esa ciudad hay otra, 3
muy pequeña, fea y sin ningún encanto, que, sin embargo, se
llama Calípolis[744]. Sus alrededores, en cambio, disfrutan de
campiñas, radas, gran variedad de árboles y de ríos de agua
potable y de una tierra muy productiva que ofrece todo lo necesario. Así pues, la muralla alberga en su interior tantas ciudades y tan gran extensión de terreno, que no resulta fácil un ataque enemigo.

Planes de Zabergan

Entonces Zabergan empezó a soñar despierto y a dar vueltas 4
en su cabeza a la idea de que, si derribaba la muralla y llegaba a
la zona que ésta albergaba, podría rápidamente tener el dominio
del mar. Una vez allí, soñaba con procurarse una gran escuadra
de naves, cruzar navegando a Asia con toda comodidad, dado lo
estrecho del canal y la ausencia de oleaje fuerte e inmediatamente asaltar Abido y saquear la oficina del diezmo[745]. Estimu- 5

[743] Hero vivía en una torre en Sesto, y su amado Leandro atravesaba a nado el estrecho todas las noches para visitarla. El candil de Hero le indicaba el destino. Pero una noche una tormenta apagó el candil, él se ahogó y cuando, a la mañana siguiente, Hero vio el cadáver de su amado en la playa a los pies de su torre, se suicidó lanzándose al vacío. La historia se nos ha transmitido principalmente por un poema helenístico de Museo, y es citada con mucha frecuencia por poetas posteriores, entre ellos el propio Agatías, *AP* V 263, o Pablo Silenciario, *AP* V 293.

[744] Literalmente «hermosa ciudad». Es la moderna Gallípoli.

[745] Abido era uno de los puestos de aduanas más importantes para controlar el tráfico desde y hacia Constantinopla; según Procopio, *Historia Secreta* XXV 3, estaba administrado por un oficial que inspeccionaba las naves para vigilar que la documentación estuviese en regla y controlar el tráfico de armas y que cobraba una tasa a cada barco.

lado por estas vanas ideas mandó al Quersoneso las tropas que creyó suficientes para esta empresa. Él, por su parte, se dirigió con siete mil jinetes directamente a Constantinopla y de camino iba devastando las tierras, atacando ciudades y sembrando por
6 todas parte confusión y caos. La causa cierta de su ataque, a decir verdad, fue la característica iniquidad de los bárbaros y su ansia de violencia; sin embargo usó como pretexto y disculpa la hostilidad contra los utiguros. Pues un huno llamado Sandilco[746] era el jefe de ese pueblo y mantenía estrechos lazos de amistad y alianza con los romanos. El emperador lo apreciaba de verdad
7 y se lo demostraba con frecuentes regalos. Por su parte los cotriguros, que no gozaban en absoluto del mismo trato, sino que eran abiertamente despreciados y denigrados por todos, creyeron que necesitaban llevar a cabo esta incursión para demostrar que ellos, ciertamente dignos de miedo y de respeto, no iban a permitir que nadie los humillara[747].

Avance de los cotriguros

13 Así pues, al no encontrarse con ningún obstáculo, avanzaron sin reparo y saquearon la zona, apoderándose de un enorme
2 botín y reuniendo una gran cantidad de prisioneros. Entre ellos, se llevaron con enorme violencia a muchas de las mujeres de buena familia que habían elegido vivir en castidad y que sufrieron la peor de las desgracias, forzadas a servir a la lujuria más desaforada. Algunas habían renunciado incluso desde muy jóvenes al matrimonio, al gusto por los adornos y a la vida y la compañía mundanas y se habían ocultado en un recinto aparta-

---

[746] Sandil en PROCOPIO, *Guerras* VIII 18-19, donde nos relata la manera en que Justiniano se atrajo a los utiguros para que se enfrentaran a los cotriguros.

[747] Y también para forzar a Bizancio a tratar con ellos de la misma manera que con los utiguros, ya que los subsidios les libraban de costosas batallas y les permitían el comercio con la zona del Bósforo bizantino.

do y adecuado para servir a Dios, cumpliendo estrictamente con la privación y ausencia completa de intimidad con los hombres y permitiéndose sólo la vida contemplativa[748]. Pues bien, incluso a ellas, tras sacarlas de su sagrado ginecco, las violaron y se revolcaron con ellas forzándolas vilmente. También se llevaron 3
consigo a otras muchas, que no se habían negado al trato con los hombres y que en ese momento se encontraban embarazadas; después, cuando llegó la hora del parto, dieron a luz en mitad del camino a la vista de todos, sin poder ocultar la vergüenza de sus dolores ni alzar y estrechar en sus brazos, como es justo, a sus hijos. Así y todo eran arrastradas sin que, si se pue- 4
de decir de ese modo, les fuera permitido sentir dolor y en mitad de la nada dejaban de pasto para perros y buitres a aquellos desgraciados, como si sólo hubieran nacido para eso y hubieran probado la vida en vano[749].

Los cotriguros llegan a las murallas de Constantinopla

Hasta tal punto de infortunio habían llegado los asuntos de 5
Roma que incluso en los alrededores de la propia ciudad imperial se estaban sufriendo tales atrocidades a manos de unos pocos bárbaros[750]. Pero su osadía no acabó allí, sino que siguieron su camino hasta pasar fácilmente a este lado de los

---

[748] Una de las más complejas e incómodas perífrasis para evitar el término cristiano, *monachaí*, que además de interrumpir la narración, da la falsa impresión de que el monacato fuese una realidad desconocida en Bizancio. CALÍNICO, *Vida de San Hipacio*, 138, 21 ss., nos habla de un ataque similar, del que se protegen las monjas, en el 447. Véase CAMERON, *Agathias*, pág. 86.

[749] El relato de estas atrocidades aparece también en MALALAS, XVIII, pág. 490, y TEÓFANES, A. M. 6051. Los hunos estuvieron cerca de un año en territorio romano.

[750] TEÓFANES, *loc. cit.*, añade que dos generales, Sergio y Edermas, fueron derrotados por los cotriguros antes de alcanzar las Grandes Murallas; *cf.* V 23, 8, donde se libera a Sergio.

llamados «Muros Largos»[751] y acercarse a las fortificaciones interiores[752]. Y es que la estructura del gran muro se encontraba en muchas partes completamente derruida por efecto del tiempo y del abandono[753], mientras que otras las habían echado abajo ellos mismos sin ningún tipo de reparo como si estuviesen
6 demoliendo su propia casa. Y allí nada los detenía: ni había un destacamento de guardia, ni máquinas defensivas ni quienes supiesen manejarlas, sino que no se oía ni el ladrido de un perro, si se me permite decirlo, como al menos sucedería en un establo o en una pocilga.

Situación del ejército

7 El ejército romano no había mantenido el tamaño que se había logrado al principio con los antiguos emperadores[754], sino que se había reducido a una pequeña parte, que ya no bastaba para la magnitud del Imperio. Pues era necesario desplegar una fuerza de unos seiscientos cuarenta y cinco mil hombres en total y se había reducido en ese tiempo a unos escasos ciento cin-

---

[751] Murallas situadas a 65 km al oeste de Bizancio, desde la actual Evcik en el Mar Negro hasta Silivri, antigua Selimbria, en el mar de Mármara. Fueron construidas por el emperador Anastasio, en el siglo V y reforzadas en los siglos V y VI; véase J. CROW, «The Long Walls of Thrace», en C. MANGO, G. DAGRON, *Constantinople and Its Hinterland*, Aldershot, 1995, págs. 109-124.

[752] La muralla de Teodosio, levantada en el 408, que rodeaba la ciudad por el oeste, y que tenía unos 5.630 m, entre el mar de Mármara y el suburbio de las Blaquernas.

[753] Además de esas causas, había quedado seriamente dañado tras el terremoto del 557.

[754] TREADGOLD, *Byzantium...*, que analiza este texto en relación con las cifras dadas por la *Notitia Dignitatum* (según la Tabla IX de JONES, *LRE* 1438-1445), y ZÓSIMO *(Historia Nueva* II 15, 1-2 y II 22, 1-2) entiende que se refiere a la época de Constantino, Majencio, Licinio y Maximinio, como hace Zósimo, pues ambos probablemente compartieron la misma fuente. Véase allí, sin embargo, la discusión sobre este aspecto.

cuenta mil. Además, de éstos, unos se encontraban acantonados 8
en Italia, otros en Libia, otros en Hispania, otros con los colcos y otros en Alejandría y en Tebas en Egipto; unos pocos más se encontraban junto a la frontera oriental con Persia: allí no se necesitaba más, a causa de los tratados y de la firmeza de la tregua. Así que el ejército se fue reduciendo cada vez más, recortado por la negligencia de los gobernantes[755].

Después de que el emperador sometiese a Italia entera y a Li- 14
bia y acabase aquellas grandes guerras y fuese, por así decir, el primero de los reyes bizantinos en recibir el título de emperador de los romanos[756], de palabra y de obra, en efecto, después, de llevar a término estas y otras acciones similares aún en la flor de su juventud y de su vigor, al ir llegando al final de su vida (pues ya estaba envejeciendo) parecía evitar tales empresas y era más de su agrado enemistar entre sí a los enemigos y, si hacía falta, persuadirles con regalos y de una manera u otra mantenerlos alejados, más que confiar en sí mismo y estar siempre en peligro. Por

---

[755] A diferencia de otros testimonios, la cercanía de Agatías al momento que describe asegura que las cifras son, muy probablemente, ciertas. Sin embargo, para TREADGOLD, *Byzantium...*, págs. 59-64, Agatías está comparando realidades distintas. Los 645.000 hombres del siglo IV incluyen el ejército del oeste, las tropas de frontera y la marina, mientras que en la cifra del 559 omite las tropas de frontera y las *Scholae*, en su intento de dramatizar la situación del momento; véase PROCOPIO, *Historia Secreta* XXIV 13, donde nos relata cómo Justiniano había ignorado a los *limitanei* en beneficio de los *comitatenses*, las tropas móviles. Cierto es, sin embargo, que con la peste del 541, y la subsiguiente escasez económica y demográfica, las pagas al ejército se hacían muy difíciles y hubo muchas deserciones. Por las cifras de los ejércitos particulares que se tienen de diversas fuentes, J. HALDON, *War, State and Society in the Byzantine World*, Londres, 1999, págs. 100-101, ha sugerido que el ejército en estos momentos tendría de 300.000 a 350.000 hombres.

[756] Hasta Justiniano no se había usado el título específico de «emperador de los romanos»; Justiniano lo utiliza por derecho de conquista tras sus campañas en Italia.

2 ello permitió que las legiones se fuesen deteriorando, pues en el futuro las iba a necesitar muy poco. Aprovechándose de esta debilidad, las autoridades que se encontraban inmediatamente por debajo de la Corona[757], encargadas de cobrar los impuestos a los súbditos y de los subsiguientes pagos al ejército, con todo descaro les privaban de una parte y la otra no se la pagaban hasta mucho tiempo después de que la necesitaran. Pero, además, una vez devuelta la deuda mucho tiempo después, estos sujetos que habían tramado tan inmoral y sórdida contabilidad se hacían al punto con los registros y retiraban los suministros. Pues su cargo les do-
3 taba del privilegio de acusar por una u otra razón a los soldados y privarles así de la comida. Y como el flujo y reflujo del agua, así, en la medida en que los impuestos cobrados se distribuían entre las tropas, no sé de qué manera confluían en un canal de regreso y volvían a la fuente de donde habían salido. De este modo, esta-
4 ban descuidadas tanto las fuerzas de defensa como las de combate y, agobiados por la escasez de alimento, abandonaban la milicia, para la que habían sido entrenados, y se dispersaban por aquí y por allá para procurarse cada uno su modo de vida. Los sueldos del ejército se repartían sobre todo entre mujeres de mala vida y también entre aurigas y hombres innobles y afeminados en los momentos de necesidad y sólo enérgicos y resueltos en las revueltas civiles y en los enfrentamientos por los colores[758] y en otras gentes aún más inútiles.

---

[757] De nuevo una larga paráfrasis para evitar el término técnico *logotetas*; *cf.* Procopio, *Guerras* VII 1, 28-34, e *Historia Secreta* XXIV, 1-11, donde detalla las extorsiones de estos oficiales, en principio nombrados como auditores de cuentas, tanto en las ciudades como en los regimientos. A diferencia de Agatías, presenta a Justiniano como cómplice del delito; véase Jones, *LRE*..., págs. 285 y 405-406.

[758] Los colores de las facciones de aficionados a las carreras de carros en el circo, especialmente «azules» y «verdes». Tuvieron una gran importancia

El miedo embarga a la población de la ciudad

Por ello el resto de Tracia y los lugares próximos a la propia ciudad imperial estaban desiertos y sin vigilancia, de modo que a los bárbaros les resultaron completamente accesibles: llegaron a tal grado de osadía que acamparon en los alrededores de la aldea de Melantiade, que se encuentra a no más de 140 estadios[759] de la ciudad. Junto a ella discurre el río Atiras[760], que un poco más adelante se desvía ligeramente hacia el noroeste para verter sus aguas en la Propóntide[761]; el puerto que se extiende por la desembocadura y la costa recibe su mismo nombre. 5

Al saber los ciudadanos que los enemigos estaban acampados tan cerca de Bizancio, les embargó el terror y con la mente puesta no sólo en los peligros del momento, sino aún más en los futuros, soñaban con asedios, incendios, falta de alimentos y brechas en la muralla. Por ejemplo, se dio el caso frecuente de que la gente que huía se agolpaba en las calles de dentro de la ciudad, peleándose con un terror tan irracional como si el enemigo hubiese entrado ya. Se produjo, además, un gran estruendo cuando las puertas de las tiendas se cerraron de golpe. Pero no sólo a la multitud y a los ignorantes les invadió el pánico y la angustia, también a todas las autoridades. Ni siquiera el propio emperador, creo, tuvo en poco lo sucedido y, en efecto, por una orden suya se retiraron todos los adornos de los templos que se encontraban fuera de la ciudad en la parte europea y en la zona de la costa que va desde las llamadas Bla- 6 7 8

---

social y política, y fueron el germen de revueltas como la *Nika*; *cf.* nota 41. Véase A. Cameron, *Circus Factions*, Oxford, 1976.

759 Unos 24 km.

760 Actual Büyuk Tchekmece, discurría entre Bizancio y Selimbria; *cf.* Estrabón, *Geografía* VII, frag. 55.

761 El mar de Mármara.

9 quernas y el Cuerno[762] y que llega al Ponto Euxino, a la orilla del Bósforo[763]. Las ofrendas de valor y el resto de la decoración fueron quitadas de todos por los encargados de ese trabajo, que guardaron una parte, después de transportarla en carros hasta el interior de la ciudad; la otra la cargaron en esquifes y la trasladaron a la orilla opuesta del estrecho: en aquellos días se podía, así, contemplar los templos de aquella zona desnudos y sin adornos, como si estuviesen sin consagrar por haber acabado de construirse.

15 Tan terriblemente grandes eran los peligros que previsiblemente se avecinaban[764], que algunos centuriones y comandantes y muchos hoplitas se apostaron en la muralla de Sicas[765] y en la llamada Puerta de Oro[766], para contener con todas sus fuerzas a
2 los enemigos, si es que atacaban. No eran especialmente belicosos, ni tenían la adecuada preparación en tales asuntos, sino que pertenecían a los regimientos de los que se elegía a los denominados «escolarios» para pasar día y noche en la Corte; se les llama soldados y sus nombres aparecen en los registros, aunque son civiles ricamente vestidos, cuya única razón de ser es la pompa

[762] Las Blaquernas es una área en el extremo noroccidental de la ciudad: una iglesia a la Virgen, fuera de las murallas, fue el núcleo de la zona, en la que a principios del siglo VI se levantó un palacio imperial; véase *ODB s. v. Blachernai*. El Cuerno de Oro es el estuario natural que divide la Constantinopla europea.

[763] Es decir, todas las iglesias que no estaban protegidas por las murallas de la ciudad.

[764] MENANDRO PROTECTOR, frag. 2, relata cómo el emperador mandó numerosas embajadas a Sandilco para que atacaran a los cotriguros, por el miedo a no poder defenderse; parece desconocer el tratado previo que tenía, véase G. BAKALOV, «Les ouvres d'Agathias...», págs. 206-207.

[765] Actual barrio de Gálata, en la orilla norte del Cuerno de Oro, frente a la ciudad. Las murallas para protegerlo se construyeron en el siglo V.

[766] Puerta monumental en el extremo sur de las murallas de la ciudad, construida por Teodosio I.

del rey y el esplendor de las paradas[767]. Y antiguamente era costumbre que en estos cuerpos no entraran otros sino aquellos que habían adquirido experiencia militar. Es más, ni siquiera cobraban dinero cuando se incorporaban al servicio, sino que recibían este honor gratis y en claro agradecimiento por haberse mostrado dignos de él en sus anteriores campañas. Parece que fue Ze- 4
nón el isaurio, tras recuperar el trono, el primero en contar para estos cuerpos con muchos de sus compatriotas que, aunque no se hubiesen distinguido en el combate o no tuviesen experiencia alguna, eran, sin embargo, conocidos suyos por alguna otra razón y próximos a él[768]. Una vez dado este caso y admitido que fuera 5
lícito reclutar, a modo de recompensa y dignidad, no sólo a los distinguidos en razón de sus esfuerzos, sus campañas y su valor en la lucha, sino también hacer partícipes de los mismos honores a quienes no habían tenido ni el más mínimo contacto con la guerra, no como honor, sino como favor, una vez dado esto fue natural que el interés, que es el acicate más poderoso de todos, hiciera abandonar abiertamente aquel principio, y que en adelante el dinero convirtiera todo este asunto en una mercadería: ya nunca más se alistaban en esos batallones los que lo deseaban, sin antes pagar una cantidad de oro. Nada más satisfacer esa suma eran registrados sin ninguna investigación previa y pasaban a formar parte de esa compañía, aunque fueran unos absolutos ig-

[767] Son los miembros de las *Scholae Palatinae*, la Guardia de Palacio, de gran importancia como cuerpo de élite y de control político, aunque durante el siglo v su poder militar fue asumido por el cuerpo de los *excubitores*, mientras que ellos quedaban reducidos a lo meramente ceremonial. Con Justino I eran 3.500 hombres y Justiniano añadió 2.000 más, aunque a lo largo de su reinado siguieron perdiendo fuerza, y su número se redujo de nuevo, sobre todo tras su falta de apoyo al emperador en la revuelta de la *Nika*. Véase R. I. FRANK, *Scholae Palatinae*, Roma, 1969.

[768] En realidad, el cuerpo para el que Zenón empleó a los isaurios fue el de los *excubitores*.

norantes en el arte de la guerra. De modo que, una vez ignorado
6 aquel criterio, no estaban en absoluto dispuestos a realizar el menor esfuerzo, pues habían comprado ese honor y habían pagado mucho por encontrarse en ese estado de inactividad[769]. Así pues, a esta clase de hombres, por la falta de soldados con preparación militar, fue a quienes se decidió encargar la protección de las murallas.

Belisario asume el mando

7 Tras un largo tiempo de zozobra para la ciudad y de continuos saqueos por parte de los bárbaros de todo aquello que se encontraba a su paso, el general Belisario, aunque ya vencido por la vejez, fue enviado contra ellos por orden del emperador.
8 Y en efecto, el anciano, cuando, después de tanto tiempo, volvió a ceñirse la coraza y el casco y a vestirse con todo el equipo que acostumbraba a usar de joven, revivió en su mente el pasado y rejuveneció lleno de ardor. Pues realizar esta campaña, la última de su vida, le iba a proporcionar una gloria no me-
9 nor a la de sus triunfos contra los vándalos y los godos[770]. Pues la gravedad de los acontecimientos previos y las dificultades futuras hacían a esta empresa mayor y más importante, y a la

[769] PROCOPIO, *Historia Secreta* XXIV 15-25, nos habla de la venta de estos puestos. Para BALDWIN, «Four problems...», págs. 303-305, este párrafo tiene muchas similitudes con la *Historia Secreta* de PROCOPIO (XIV 15-20), tanto de contenido como léxicas, de modo que Agatías pudo haber utilizado muy posiblemente el texto de Procopio como fuente para este capítulo.

[770] Para estas campañas, PROCOPIO, *Guerras* III y IV para la guerra vándala, y V-VIII para la gótica, aunque no todo fueron éxitos; su relación con el emperador fue siempre difícil, pues le necesitaba como general pero le temía como posible traidor. Por otro lado, Procopio, que fue secretario personal del general, nos ha transmitido dos imágenes distintas de él: el militar honesto y brillante en *Guerras* y un cobarde en *Historia Secreta.* Véase J. SIGNES, *Procopio. Historia Secreta...*, págs. 12-16.

victoria en ella, la que iba a procurar mayor contento. Ahora pasaré a relatar con detalle cómo tuvieron lugar todos y cada uno de los hechos.

Preparativos de Belisario

El general se alejó un poco de la ciudad para acampar en 16
los alrededores de la aldea de Queto, demostrando una gran experiencia y una osadía mucho mayor de la que correspondía a su edad, pues era ya anciano y estaba, como es natural, muy débil, aunque no parecía temer los peligros ni acobardarse ante
nada. Lo acompañaban unos trescientos soldados, hombres 2
buenos en la batalla y que habían luchado con él en alguna de sus últimas campañas. Todos los demás, sin embargo, eran claramente civiles desarmados que, por su nula experiencia, pensaban que el peligro era algo muy ameno y que iban, más que
a una campaña militar, a un espectáculo. También marchaba 3
con él un contingente de campesinos de la zona: como sus campos habían sido arrasados por los bárbaros no tenían a dón-
de ir, así que de inmediato se unieron a Belisario. Él, en la 4
necesidad, aprovechó su número para excavar alrededor del campamento una amplia fosa y enviar al mismo tiempo exploradores para que calculasen exactamente el número de los enemigos y diesen cuenta de cualquier otra información que pudiesen conseguir. De esta manera conseguía conocer todos los
aspectos y analizarlos. Al llegar la noche, encendió muchas 5
hogueras esparcidas por toda la llanura, para que los enemigos creyesen, al contar las fogatas, que el ejército era enorme[771]. Y, en efecto, así lo creyeron y el miedo los paralizó por completo.

[771] En la versión de TEÓFANES, A. M. 6051, el engaño se produce en medio de la batalla: cortó muchísimos árboles y los fue arrastrando para levantar una enorme cantidad de polvo como la que produciría un gran ejército; véase CAMERON, *Agathias*, págs. 49-50.

Pero no permanecieron engañados con esta estratagema mucho tiempo y enseguida recuperaron la calma, en cuanto oyeron que el ejército romano era muy pequeño y mucho menos
6 preparado que el suyo. Los soldados, sin embargo, enardecidos, se consideraban superiores a los enemigos, aunque fueran miles los invasores, y confiaban plenamente en su propia eficacia, puesto que eran romanos y militares bien entrenados con la experiencia de los grandes peligros a los que se habían enfrentado.

Discurso de Belisario a sus tropas

7 Consciente Belisario de la arrogancia de sus hombres y de que, al preciarse en exceso por las campañas pasadas, subestimaban lo que tenían delante, temía que dar de tal manera rienda suelta a sus ilusiones les embargase y les alejase de sus objetivos, por suponer que el resultado de esa empresa iba a ser fácil y favorable. Para que esto no sucediera, los reunió a todos, como si la batalla resultase ya inminente, y en medio de la multitud apareció él, diciendo estas palabras:

17 «Soldados, yo no he venido, como suele suceder antes de un combate, para hablaros con las palabras acostumbradas y llevaros desde el miedo hasta el valor, pues ciertamente parecería que he olvidado todo lo que se me ha dado a conocer por medio de mi experiencia anterior, si entre soldados romanos, que siempre se han entrenado para la guerra y que han destruido, por así decir, las civilizaciones de alguno de los más grandes pueblos, ahora, cuando están preparados para atacar a unos bárbaros vagabundos, y más cuando son hunos y cotriguros, yo aconsejase a alguno de vosotros no tener miedo.

Hay que reconocer las limitaciones propias

2 »Al contrario, al ver en vosotros mucha soberbia, mucha audacia y más exaltación de la justa, pensé que no era absurdo

tener que recordaros vuestra pasada moderación. Pues los 3
hombres sensatos han de guardarse en toda circunstancia de la desmesura, aunque se dé el caso de que conduzca hacia un objetivo loable. Vanagloriarse tanto del pasado como para estar convencido de que siempre va a suceder de la misma manera busca renunciar a un plan razonable y llevar a la fanfarronería, y los que se dejan llevar hasta tal grado de demencia que en su mente no hay nada de moderación son incluso empujados a enfrentarse al mismo Todopoderoso. Además, es necesario tener 4
presente que, aunque sois muy superiores en valor, os vencen en número y, aunque contrapongamos nuestra superioridad en un aspecto, su ventaja en el otro la igualará. Así pues, ¿no se- 5
ría vergonzoso que nosotros, que entramos a combatir desde unas condiciones equivalentes a las suyas, caigamos de tal modo en la precipitación y el descontrol que no tengamos en cuenta ni la oportunidad ni la formación de batalla ni las informes variaciones de la fortuna? Pues nadie podría derrotar, creo, a un enemigo inferior en fuerza excepto si sigue el criterio correcto y razonable.

Hemos de ser sensatos

»Pues, yo mismo, que ya tengo canas y me queda muy le- 6
jos el tiempo de la guerra, ¿cómo iba a ser capaz ahora de volver a enfrentarme a peligrosas campañas si no hubiera podido confiar de una manera u otra en las ventajas de la sensatez? En efecto, aunque una mente firme y con la vista puesta en lo conveniente fortalece la debilidad de la vejez y la dispone para las futuras acciones, compensando con la previsión las carencias de la edad, ¿cómo no va a beneficiaros a vosotros, al unirse a la juventud y vigor de vuestros cuerpos? Y es que quizá una 7
mente firme y capaz de adaptarse a las circunstancias adversas pueda convertir en beneficio los reveses producidos por la suerte o por una mano innoble, y remedie el error. Pero cuan-

do ha sucedido algo no querido porque nuestra mente se ha equivocado al no planificar adecuadamente, ¿de dónde podríamos obtener socorro y salvación si primero se hubiera alterado aquello que solía proporcionarlo?

8 »Puede que alguien se maraville por mi nueva forma de exhortación: debía elevar la confianza y el ánimo en vosotros pero, al contrario, los socavo y derribo, lanzando temerosas objeciones y confundiendo vuestras esperanzas.

18 »Empero, a mí me parece que es muy agradable y esperan-
zador ir a combatir acompañado de unos hombres tales que se-
ría tenido por un experto orador si lograra convencerles de dis-
2 minuir un poco su energía. Sabed, sin embargo, todos y cada
uno de vosotros, que no han de atribuirse las empresas insensa-
tas a los impulsos de la valentía, sino a la osadía, la precipita-
ción y la desviación del camino adecuado. Así pues, mantened
vivo en vosotros el ánimo de espíritu, e incluso acrecentadlo,
pero cortad de raíz el exceso de audacia que lleva al orgullo, por
3 medio de una mente sensata y moderada. No produce temor y
cobardía, sino confianza y dignidad, analizar con cuidado cómo
hay que proceder en cada circunstancia. Pues una confianza
plena, lo que viene después de considerar las ventajas de una
acción, ya que no se va a ciegas hacia una suerte incierta, sino
que, gracias a la aplicación del juicio, se tiene plena confianza
al comprenderlo todo y saber que es seguro.

4 »Alguno podría decir que a una noble y sensata naturaleza
siempre presta a la acción, no es posible ahora, de repente, po-
nerle freno y forzarla a la inactividad y a una reflexión que
llevará mucho tiempo, sobre todo porque no puede soportar
más los abusos de los que nos hacen objeto los bárbaros, con su
constante y violento pillaje y el atrevimiento de llegar en sus
5 correrías a los alrededores de la propia ciudad imperial. Así es-
tán las cosas, ciertamente, y queda claro que lo que debemos
hacer es dirigir nuestra ira contra el enemigo, que ha abusado

sin medida de nuestra inicial condescendencia. Sin embargo, a 6
las personas razonables no les resulta difícil, creo, refrenar lo
que en su ánimo hay de agitada locura y de tendencia a actuar
irreflexivamente contra cualquiera que se le ponga delante y
mantener sólo magnanimidad, firmeza y resistencia a las con-
trariedades. De los movimientos del alma, hay que cultivar, sin 7
duda, los que hacen que, de una manera sencilla y honesta, se
consiga lo deseable y conveniente. Pero aquellos que pueden
volverse en nuestra contra, de éstos no hay que hacer uso indis-
criminado, sino sólo cuando ofrezcan alguna ventaja. Sin duda, 8
todos diríais que la prudencia es un bien puro y absoluto, mien-
tras que la ira tiene un lado de gloriosa eficacia y otro de preci-
pitación indeseable e inadecuada.

Cómo enfrentarnos a los bárbaros

»Así, tomando de aquélla todo y de ésta lo mejor y mez- 9
clando la audacia con la sensatez, vayamos contra nuestros ene-
migos con plena confianza en que no hemos pasado por alto
ningún aspecto necesario. Sólo hay que saber que tenemos que 10
enfrentarnos a bárbaros, acostumbrados a luchar como bandi-
dos y a lanzar ataques por sorpresa, pero poco experimentados
en las formaciones regulares y en aguantar combates abiertos.
Pero al ver ahora que se ha preparado una batalla cuerpo a cuer-
po contra ellos y que el ejército que les hace frente está acam-
pado fuera de las murallas y las fortificaciones, abandonarán,
como es natural, sus modos habituales y se verán empujados a
un combate frente a frente y a poca distancia cuando compren-
dan que no hay otro remedio. Si somos prudentes, seguimos 11
nuestra tradicional disciplina y cumplimos nuestras obligacio-
nes con sensatez, sabrán por experiencia que una voluntaria
preparación previa es siempre y en todos los sentidos mejor que
la improvisación obligada por las circunstancias.»

Efecto del discurso de Belisario

19 Éstas fueron las palabras de Belisario; operaron un gran cambio en los soldados, en los que aun conservándose todo su valor, quedó sin embargo más precaución que orgullo. A mi parecer, rebosaban tanta disciplina y valor, aunque fuera en su más modesto nivel, como aquellos de los que dicen hacían gala los lacedemonios de Leónidas en las Termópilas, ante la inmi-
2 nente llegada de Jerjes[772]. Pero aquéllos perecieron en una masacre, famosos sólo por haber caído sin deshonor y no sin antes matar a muchos persas. En cambio, los romanos de Belisario, que disfrutaban de la misma confianza lacedemonia, sin embargo, pusieron en fuga a todos los enemigos y a muchos los mataron, sin sufrir ellos ninguna desgracia digna de mención.

Se prepara la batalla

3 En efecto, inmediatamente después de que un destacamento de bárbaros de unos dos mil jinetes salieran a galope de su ejército en medio de un gran griterío para arrasar fácilmente todo lo que les saliera al paso, Belisario, como los exploradores habían vuelto refiriendo que estaban ahí mismo y casi señalándolos, condujo a sus hombres contra ellos, con el plan de
4 ocultar como pudiera su inferioridad numérica: eligió doscientos jinetes armados con escudos y jabalinas[773] y los emboscó en

[772] Batalla del 480 a. C. en la que el rey lacedemonio Leónidas y sus trescientos soldados espartanos lograron hacer frente en el desfiladero de las Termópilas al ejército persa de Jerjes, de unos trescientos mil hombres, y frenarlo el tiempo suficiente para que el resto de los griegos pudieran preparar su defensa. Es el paradigma del valor en el combate.

[773] En general, todos los jinetes van equipados con escudo, arco y lanza. La lanza podía ser la corta, como en este caso, o bien la sarisa o lanza larga, un arma de choque, reservada para cuerpos especiales; véase RAVEGNANI, *Soldados...*, págs. 45-47.

dos grupos uno a cada lado de la cañada, por donde pensó que vendría el ataque de los bárbaros; les ordenó que, cuando él diese la señal, empezaran a atacar con las jabalinas la falange enemiga para que retrocedieran agobiados y su número no les sirviese de nada, al no poder desplegarse por la confusión pro-
vocada entre ellos. A los campesinos y a los más belicosos de 5
entre los ciudadanos les ordenó que lo siguiesen allí donde él fuese, gritando y haciendo un ruido escandaloso; él se había colocado en el centro con el resto de las tropas, porque allí se recibiría sin duda el ataque[774].

El enfrentamiento

Tan pronto como los enemigos se acercaron y la mayoría es- 6
tuvo en el radio de acción de la emboscada, Belisario avanzó de frente junto a sus hombres para chocar violentamente con ellos, mientras los campesinos animaban a los combatientes con sus
gritos y los golpes de los palos que llevaban para ese fin. Cuan- 7
do se dio la señal, los demás salieron de sus escondrijos y descargaron sus proyectiles oblicuamente cada uno desde su lado. Se produjo un clamor y una confusión mucho mayor que la que
correspondía al tamaño de la batalla. Los bárbaros, que reci- 8
bían dardos por todas partes, se replegaron, tal y como había supuesto Belisario, y al estar tan estrechamente apelotonados no eran capaces de rechazar el ataque, ya que no podían usar sus arcos al no tener espacio para las flechas, ni podían cargar o rodear al enemigo con sus caballos: parecía como si estuviesen
completamente acorralados por un gran ejército; cundía el es- 9
panto debido a los gritos y al estruendo que producían los que

---

[774] Para CAMERON, *Agathias*, pág. 61, esta escena está claramente inspirada en la de Leónidas en las Termópilas de HERÓDOTO, *Historia* VII 175-176, como apunta además la comparación anterior.

estaban detrás y la gran polvareda que se levantaba no les per-
mitía averiguar el número exacto de los que estaban luchando.
10 Primero Belisario, tras matar a muchos de los que le hicieron
frente y romper las filas enemigas, los obligó a huir; después, al
echárseles los demás encima, los bárbaros volvieron la espalda
y se retiraron en desorden, dispersándose en todas direcciones,
sin proteger en absoluto su retaguardia, pues huían de la mane-
11 ra que cada uno creía la más rápida. Los romanos los siguieron
en una ordenada formación y cómodamente daban muerte a los
que tenían a mano; hubo una gran masacre entre los bárbaros, que
galopaban sin volver siquiera la vista atrás: llevaban a los caba-
llos a rienda suelta y las apremiantes fustas evitaban que dismi-
12 nuyese su velocidad. Pues por efecto del terror se habían que-
dado sin la habilidad de la que tanto se enorgullecen: al huir,
estos bárbaros se defienden aún más de los que les persiguen,
disparándoles vueltos de espaldas; así alcanzan las flechas
su objetivo con más fuerza porque se dirigen con mucho más
impulso directas a los perseguidores mientras éstos, que van
corriendo en sentido contrario, se lanzan a su vez contra las fle-
chas y así facilitan ellos mismos un impacto más violento, como
si lo recibieran desde más cerca[775].

Resultado de la batalla

20 Pero entonces a los hunos todo les parecía imposible y no
quisieron intentar técnica alguna de defensa. De los suyos mu-
rieron cerca de cuatrocientos y, en cambio, ningún romano;
2 sólo unos pocos resultaron heridos. Con gran dificultad su cau-
dillo Zabergan y los que escaparon consiguieron llegar conten-
tos al campamento: fueron los caballos de los romanos, que se
agotaron en la persecución, los responsables de que sobrevivie-

[775] *Cf.* I 22, 1.

ran, puesto que al primer contacto hubieran sido aniquilados. Aun así, entonces, cuando entraron en medio de un gran tumulto dentro de la empalizada, provocaron un enorme revuelo en todo el resto del ejército, que temió ir a ser aniquilado en ese mismo instante. Se escuchó un bárbaro y colosal alarido: eran los lamentos que lanzaban al desgarrarse las mejillas con puñales, según su ancestral costumbre[776]. Los romanos, junto a Beli- 3
sario, regresaron de vuelta, tras haber realizado una hazaña que, aunque asombrosa en sus circunstancias, era digna, sin embargo, de la previsión de su general. Mientras, los bárbaros, después de sucederles este desastre, levantaron el campamento y se retiraron de Melantiade llenos de miedo[777].

Regreso de Belisario a la ciudad

Belisario, a pesar de haber podido acabar por completo con 4
esos hombres que se iban, pues perseguía a hombres asustados y que estaban llevando a cabo una huida más que una retirada, volvió a la ciudad no por su propia voluntad, sino porque así se lo había ordenado el emperador. Cuando todo el pueblo, al sa- 5
ber la noticia, empezó a dedicarle colecciones de canciones e himnos por haber sido tan brillantemente salvados por él, esto molestó sobremanera a muchos poderosos, que estaban dominados por la envidia y los celos, terribles pasiones que corrom-

[776] JORDANES, *Origen y gestas de los godos* 127-128, nos relata como infligen estas heridas incluso a los recién nacidos.

[777] Es interesante comparar esta narración con la ofrecida por TEÓFANES, A. M. 6051, pág. 233, 14-37, que nos habla de una batalla ganada por los hunos en los Muros Largos, aunque después el ardid de Belisario fue tan efectivo que los hunos se retiraron. En Agatías todo el relato está proyectado para engrandecer la figura de Belisario, que consigue salvar a la ciudad *in extremis*, lo que, de nuevo, está causado por la intención moralizante del autor; véase CAMERON, *Agathias*, págs. 49-50.

pen siempre los sentimientos más hermosos. Por ello acusaron falsamente a este hombre de haber perdido la cabeza y llenarse de ínfulas a causa de su éxito entre la gente y también de te-
6 ner la vista puesta en otras aspiraciones. Por esto volvió más rápido, para que su gloria no fuera completa: ni siquiera recibió el reconocimiento debido a lo que ya había conseguido, sino que hicieron lo que estaba en su mano para que se perdiera lo referente a su victoria, que quedó borrada, sin recompen-
7 sa y completamente silenciada[778]. Ciertamente, la capacidad de iniciativa de las mejores almas se debilita si éstas no reciben su justa recompensa y reconocimiento y, en consecuencia, el bien público queda muy mermado al no cultivar correctamente las acciones que han sido desacreditadas, sean contiendas militares o logros literarios o cualquier otro triunfo en otro campo: esto ya lo determinaron los sabios de antaño y yo, por mi parte, creo que a cualquiera le resulta muy fácil comprobarlo en los sucesos de cada día.[779]

8 Por su parte, los hunos, que al principio sospechaban que les perseguían y por ello huían de los llamados «Muros Largos»[780] con gran zozobra, después, cuando supieron que Belisario había sido reclamado de vuelta y que ningún otro le había sustituido, empezaron a marchar mucho más lentamente.

[778] El protagonista del triunfo fue, de hecho, Justiniano, a quien se recibió y aclamó como *victor* en agosto del 559, a su vuelta de Selimbria tras acabar la restauración de los Muros Largos en el Quersoneso, en una ceremonia de gran esplendor. Véase B. Croke, «Justinian's Constantinople», en Maas, *CCAJ*, págs. 60-61 y 78.

[779] Es una idea que aparece en Cicerón, *Defensa del poeta Arquías* 11-12, y Procopio, *Edificios* I 1, 1-5, y que el propio Agatías da como razón para su labor histórica en el Proemio 2-3.

[780] Véase nota 751.

Germano al mando de la defensa del Quersoneso

Mientras tanto, la otra parte de los bárbaros, que se encontraban situados en el Quersoneso, lanzaban frecuentes ataques a la muralla, acercando escalas y máquinas de asalto, aunque con la misma frecuencia eran rechazados por los romanos de dentro, que se defendían con todas sus fuerzas. Los dirigía Germano el hijo de Doroteo, que, aunque muy joven y con barba incipiente[781], poseía una brillante habilidad como general y una capacidad de acción mucho mayor que la propia de su edad. Su patria era una ciudad iliria, llamada en la Antigüedad Vederiana[782] y que después recibió el nuevo nombre de Justiniana Prima. Pues el emperador Justiniano, como nació en ella, la adornó, lógicamente, con bellos edificios, y la convirtió, de una ciudad desconocida, en una ciudad afortunada y le cambió el nombre por el suyo propio[783]. Por ello, al tener el mismo origen, Germano recibió su especial atención. En efecto, fue separado de su padre para traerlo a la ciudad imperial a los ocho años y desde entonces disfrutó de la más completa educación: estuvo en la escuela primaria[784] y después asistió a la escuela superior, donde también recibió enseñanza en latín[785]. En cuando llegó a adulto, lo mandó al Quersoneso y lo

21 (margin, line 1) · 2 (line 5) · 3 (line 14) · 4 (line 19)

[781] La vida militar comenzaba, según este testimonio, a una edad muy temprana.

[782] Justiniano nació en la pequeña localidad de Taurisium, cerca de Verediana, en la provincia del Ilírico, en la actual Macedonia.

[783] Moderna Scupi. PROCOPIO, *Edificios* IV I 18-27, describe detalladamente el embellecimiento de la ciudad gracias a la construcción de un acueducto, iglesias, pórticos, etc.

[784] Donde, de la mano de un *grammatistḗs*, se aprendían la escritura, la lectura y los rudimentos del cálculo, y posteriormente gramática.

[785] Este término, *phrontistḗria*, puede referirse a la educación secundaria, centrada fundamentalmente en la retórica, y también a estudios sobre alguna materia específica, quizá Leyes, dado su aprendizaje de latín, necesario en

puso al mando del ejército, para que diera satisfacción inmediata a su juvenil energía y a su desenfrenado ímpetu en acciones adecuadas y útiles y no desperdiciara sus fuerzas en actividades sin sentido, en vulgares correrías y en peleas entre facciones de los colores del hipódromo[786], que tan fácilmente disipan y perturban a la juventud, si no tiene algo más provechoso en lo que ocuparse.

5 Y efectivamente, ante los asaltos de los hunos acampados en el Quersoneso, el joven no dejó de detener sus ataques y de desarrollar toda una estrategia defensiva. Pues él, por disposición natural, sabía con toda exactitud lo que había que hacer y seguía con diligencia los consejos sobre lo que debía hacerse por parte de los ancianos que estaban con él y que tenían amplia experiencia anterior en asuntos militares.

Los hunos atacan por mar

6 Los bárbaros, al haber fracasado en todos sus intentos tanto del asedio alrededor de la muralla como de un más directo ataque a los muros, decidieron intentarlo de una manera más arriesgada y peligrosa y así o tomar el lugar rápidamente o dejarlo de
7 una vez y volver a su tierra. Recogieron muchísimos juncos de gran longitud, grosor y dureza que unieron entre sí con cuerdas y nudos para formar un gran número de gavillas. Entonces colocaron encima de ellas transversalmente unas maderas cruzadas a modo de tablones de barco, que ataron no del todo, sino sólo por los extremos y la parte central y que aseguraron con cuerdas muy robustas; las fijaron unas a otras, bien apretadas entre sí, de modo que con tres o quizá alguna más resultaba una especie de balsa, que tenía la anchura suficiente para que montaran en

esa especialidad, aunque también era muy útil en la administración y en la milicia; véase Jones, *LRE*, págs. 985-991.

[786] Véase nota 758.

ella cuatro hombres y la profundidad necesaria para soportar esa
carga y no hundirse por ser demasiado ligera. Construyeron no
menos de ciento cincuenta balsas de este tipo; para que pudiesen
navegar mejor, doblaron los extremos delanteros un poco hacia 8
arriba como la proa de un barco, imitando la forma picuda de los
espolones y construyeron a cada lado improvisados escálamos y
algo parecido a portarremos.

Entonces, después de asegurarlo todo lo más que pudieron, **22**
se hicieron a la mar con el mayor secreto al oeste de la sinuosa
bahía que rodea la ciudad de Eno[787]. Unos seiscientos hombres 2
embarcaron en ellas con gran cantidad de palas que fijaron a los
toletes y remando de cualquier manera se fueron alejando de
la costa, completamente armados y preparados para la acción.
Creían que al hacerlo así, por mar, más fácilmente franquearían
el brazo de muralla que se extendía hasta lo más profundo del
mar[788] y podrían desembarcar sin peligro alguno en la zona que
estaba más allá y que no estaba rodeada por otra protección que el
propio Helesponto[789].

Germano rechaza las barcas enemigas

Cuando Germano supo por los exploradores que iba a llegar 3
en poco tiempo una armada de barcas de cañas, se burló de la
insensatez enemiga, pero también sintió un gran regocijo, pues
iban a caer en su poder. Al punto preparó veinte esquifes dota- 4

---

787 Ciudad en la costa sureste de Tracia, en la desembocadura del río Hebro, no lejos del golfo de Melas. Es la moderna Enez. El plan era llegar por mar hasta el sudoeste del Quersoneso, en el punto en el que ya no había murallas.

788 Probablemente se refiere a unos baluartes defensivos que añadió Justiniano a la línea original de la muralla y que se adentraban en el agua (PROCOPIO, *Edificios* IV 15, 10)

789 PROCOPIO, *Edificios* IV 10, 10-28, nos relata con detalle las fortificaciones que Justiniano reforzó o levantó en el Quersoneso.

dos de muchos remos y dos timones y los llenó de hombres con armadura pesada y equipados con escudos y arcos, además de largas guadañas. Embarcó también a los remeros y a los timoneles, los hizo entrar por la cala que se extendía detrás del muro y los hizo ocultarse allí, como emboscados, para que no fuesen vistos de lejos.

Encuentro en el mar

5 Cuando los bárbaros hubieron acabado de pasar el final de
la de muralla, que era la parte que sobresalía de la costa, y do-
blaron hacia dentro navegando con mucha confianza y ánimo,
entonces las naves romanas les salieron al encuentro y se en-
frentaron a ellos. Ayudadas por la marea se les echaron encima
y chocaron violentamente proa contra proa con las balsas de
6 juncos. Y en verdad el choque las hizo zozobrar y dar banda-
zos por efecto de la sacudida, de modo que ya no constituían
una base segura para los que estaban dentro: los que se caían
por la borda morían en las olas, mientras otros, que se desplo-
maban en el interior de las barcas, no sabían qué hacer. Inclu-
so los que se mantenían de pie estaban aterrorizados por el olea-
je, que, aunque producía un movimiento incluso menor que el
normal en barcos o esquifes, era durísimo por la ligereza de
7 esas balsas de juncos. Por ello, tan pronto estaban en el aire le-
vantados por las rugientes olas, como de nuevo hundidos en
el fondo. De este modo, los hombres no podían ni siquiera in-
tentar luchar, pues no tenían otro deseo que estar quietos y es-
8 tables sobre sus pies. Mientras los bárbaros eran presa de la
inquietud y la perplejidad, los romanos rompían sus líneas
siempre que podían y hacían embestidas sobre ellos como si
estuviesen en una batalla en tierra y, de este modo, mientras
ellos se encontraban seguros y estables en sus naves, arrojaban
al mar a muchos enemigos y a otros los mataban de su propia
9 mano, con sus espadas. Pero como muchas veces estaban lejos

y no alcanzaban, entonces los atacaban con las jabalinas y usando las hojas curvas de aquellas hoces cortaban una tras otra las cuerdas que sujetaban los juntos y destruían su trenzado: las cañas se separaban unas de otras para flotar diseminadas aquí y allá. Los hunos, al perder su base, se hundían todos a la vez en las profundidades y morían ahogados en el agua funesta[790]. De este modo, perecieron todos y ninguno de ellos volvió nunca a tierra firme.

Los romanos contraatacan

Los romanos, en cuanto recogieron las armas que habían 23
quedado a flote, volvieron navegando a su primera posición y llenaron de gran placer y contento al ejército, regocijado con tales sucesos. Reunidos todos con este motivo, decidieron que a partir de ahora debían aprovechar las circunstancias y su situación de
superioridad. En efecto, unos pocos días después, bien equipa- 2
dos, hicieron una incursión fuera del recinto y atacaron al todavía numeroso contingente de los bárbaros que los asediaban, aunque ahora afectados y atemorizados por su reciente desgracia.

Entonces Germano, como era muy joven y no muy capaz de 3
dominar por completo su enérgica naturaleza, sino que, dominado en exceso mucho más por el entusiasmo y el amor a la gloria que por la previsión y la seguridad, sin ningún miedo lanzó el ataque contra los enemigos, y él fue el primero en correr peligro, pues no fue como un general exhortando y organizando a sus tropas, sino en medio de la lucha como un soldado cualquiera. Como era de esperar, fue alcanzado por una flecha en un muslo, lo que casi le obligó a dejar la lucha. Pero la urgencia de la situación en la que se encontraba y la importancia de la empresa

[790] La expresión aparece precisamente en MUSEO, *Hero y Leandro* 328, para referirse al mismo Helesponto en el que muere ahogado Leandro.

eran más poderosas que el dolor y no dejó de esforzarse él y de exigírselo a los demás antes de haber hecho un gran daño al
4 enemigo y haber dado muerte a muchos de ellos. La batalla acabó y los romanos regresaron al interior de la muralla, pues sabían que no era seguro ni sensato enfrentarse en un combate cuerpo a cuerpo siendo, después de todo, tan inferiores en número.

Estado de las tropas hunas

5 A pesar de ello, sin embargo, los bárbaros habían caído en tal estado de perplejidad a causa del desgraciado naufragio y por el repentino ataque que los romanos les habían lanzado que abandonaron en ese mismo momento el territorio del Quersoneso y marcharon al encuentro de Zabergan y su ejército, vencidos al encuentro de vencidos.

6 Por su parte, los que habían sido enviados a la Hélade no habían hecho nada reseñable: ni habían atacado el istmo[791], ni siquiera habían pasado del principio de las Termópilas a causa de la guarnición que mantenían los romanos allí destacados[792]. En consecuencia, también éstos se retiraron y emprendieron el camino hacia Tracia, para unirse allí, como era de esperar, con sus compatriotas y a partir de ahí regresar juntos a su tierra.

El emperador paga un rescate a los cotriguros

7 Pero los hombres de Zabergan dijeron que no se marcharían antes de conseguir la mayor cantidad de dinero posible de los

---

[791] El de Corinto.

[792] PROCOPIO, *Edificios* IV 2, describe la fortificación que allí levantó Justiniano. En *Historia Secreta* XXVI 33 relata que el dinero para pagar a los dos mil soldados allí acantonados procedía de todos los municipios de Grecia, no del tesoro. Para las fortificaciones de la zona, véase R. L. HOHLFELDER, «Trans-Isthmian Walls in the Age of Justinian», *Greek, Roman & Byzantine Stud.*, 18.2 (1977), 173-179.

romanos, como los utiguros, y amenazaron con degollar a todos los cautivos, si no pagaban por ellos sus allegados. El empera- 8
dor les envió el oro que creyó suficiente como rescate por los prisioneros y para que abandonasen la zona pacíficamente. Entre otros muchos, se encontraba también el general Sergio, el hijo de Baco[793]. Había sido apresado poco tiempo antes por un golpe de mala suerte y también él había acabado entre los cautivos. De esta manera cesaron los saqueos y emprendieron el camino a casa; a ellos se unieron, poco después, los que habían llegado de Hélade.

Planes de Justiniano sobre los hunos

A los habitantes de la ciudad imperial tales acuerdos les pa- 24
recieron indignos, vergonzosos e innobles, como si se tratase de soportar que, después de la burla infligida por los enemigos al llegar a las puertas mismas de la ciudad, no sufrieran una completa aniquilación, sino que, además, consiguieran ese oro en agradecimiento por haber soportado una ofensa causada por nosotros[794].

Pero la decisión del emperador fijaba la vista en un objeti- 2
vo más importante, que, al cumplirse poco después, obligó a los que antes lo criticaban a admirarlo como previsor y sagaz

---

793 Baco es hermano de Salomón, gobernador de Libia y padre de Ciro y Sergio. Procopio, *Guerras* IV 21, 1, nos dice que se les entregó el mando de las ciudades de Libia: a Ciro, Pentápolis y a Sergio, Trípolis. Poco después, en el 546, Sergio es enviado a Italia *(Guerras* VII 27, 2); véase nota 772.

794 La política de subsidios de la etapa final de Justiniano fue severamente criticada por Justino II, época más cercana al momento en que Agatías escribe, en tiempos de Tiberio, que, sin embargo, volvió a ponerla en práctica. Para las implicaciones de estos comentarios, véase Cameron, *Agathias*, págs. 125-126. También Procopio, *Guerras* VIII 19, 9-22, cuando relata los sucesos similares ocurridos en el 551, critica esta manera de actuar, aunque por boca de los embajadores utiguros.

en extremo. Pues comprendió que debía procurar por cualquier medio que los bárbaros se enemistasen e hiciesen la guerra entre sí. Para que esto sucediera, mientras Zabergan y sus hombres marchaban con toda tranquilidad, mandó inmediatamente una carta a Sandilco, el otro caudillo, aliado y tributario suyo.

Carta de Justiniano a Sandilco

3 Parece que la carta decía lo siguiente: «Si sabiendo lo que los cotriguros han hecho contra nosotros aun así no hacéis nada voluntariamente, me sorprendería, como es natural, por vuestra parte, la falta de fidelidad y, por la nuestra, no haber sospechado nosotros de vuestra verdadera manera de pensar y haber llegado a un juicio equivocado. En cambio, si aún no lo sabíais, es excusable, aunque no habría otra prueba de vuestro desconocimiento de lo que ha pasado que no demoraros más tras esos su-
4 cesos. Ellos han llegado hasta aquí no con el objetivo ni la aspiración inicial, que luego sin embargo ha surgido en el curso de los acontecimientos, de tener que destruir nuestras posesiones, sino para demostrar por medio de los hechos que nos engañábamos al ignorar a los mejores y más poderosos mientras dábamos por bueno confiar en vosotros. Pues les resulta insoportable que se les pueda tratar como iguales a los utiguros o que se discuta su superioridad y no creen que ésta sea pequeña,
5 y ni siquiera que no lo sea en mucho. En consecuencia, no dejaron de vagar por Tracia hasta que consiguieron tener en sus manos todo el oro que solemos pagaros cada año como subsidio. Cierto es que nos hubiera sido fácil acabar con todos ellos o, al menos, haberlos despachado sin que consiguieran su objetivo. Sin embargo renunciamos a ambas posibilidades para someter a prueba vuestras ideas.

6 »Pues si en verdad sois valerosos y razonables e incapaces de soportar que os usurpen lo que es vuestro, ni siquiera ahora

obtendréis menos, pues es el momento oportuno para vengar la afrenta y cobrar vuestros pagos por derecho de guerra como si os los mandásemos a través de ellos. Pero si aun después de 7
haber sufrido a sus manos tales ultrajes, no quieres hacer nada y, supongo que por miedo, te inclinas por la indolencia más deshonrosa, oh noble varón, tú te quedarás sin tu oro y ellos, en cambio, recibirán nuestra donación. Entonces, si te parece, abandona el orgullo y aprende a ceder ante los más poderosos: pues sabe bien, oh insigne varón, que os cambiaremos a vosotros por ellos en el tratado que establecimos contigo y con tu pueblo, pues incluso en otras circunstancias sería una estupidez compartir la deshonra de los vencidos cuando es posible tener la amistad del vencedor.»

Los utiguros se enfrentan a los cotriguros

Cuando Sandilco supo de estas palabras por los intérpretes, 25
se encolerizó en extremo, e incapaz de contener su ira marchó de inmediato a castigar a los cotriguros por su desvergüenza: ¿cómo no iban a conseguir estas palabras, sin ningún esfuerzo, trastornar la mente de un bárbaro, arrogante y siempre ávida de riquezas? En consecuencia, puso primeramente en marcha a su 2
propio ejército e hizo un ataque por sorpresa en el territorio enemigo. Los que permanecían allí[795] quedaron espantados por lo inaudito del ataque, y muchas mujeres y niños fueron capturados como esclavos. Después, les salió al paso repentinamente a los que volvían de Tracia y que acababan de cruzar el río Istro; mató a muchos de ellos y se hizo con el dinero que les había dado el emperador y con todo su botín. Los supervivientes con- 3
siguieron a duras penas volver a su tierra y, poco después, se unieron a los demás para hacer la guerra a sus enemigos. De

[795] Los que habían acompañado a Zabergan.

esta manera, a partir de entonces y durante largo tiempo siguie-
4 ron enfrentándose entre sí y manteniendo su hostilidad[796]. En
ocasiones hacían incursiones y saqueos, en otras se disponían
para una guerra abierta, hasta que las quebradas fuerzas de uno
y otro lado quedaron tan diezmadas que llegaron incluso a per-
5 der su nombre ancestral. A esta deplorable situación han acaba-
do llegando las tribus hunas, pues si había sobrevivido alguna
pequeña parte, ha sido esclavizada aquí o allá por otros pueblos
y ha recibido el nombre de éstos. Así de riguroso fue el castigo
recibido por sus pasadas impiedades[797]. Pero la completa des-
trucción y desaparición de ambos pueblos sucedió tiempo
después, lo que relataré puntualmente cuando se acomode al or-
den temporal[798].

6 Cuando el conflicto entre ellos estaba en su punto álgido y se supo en Bizancio, fue reconocida por todos y quedó claramente manifiesta la previsión y el buen juicio del emperador, pues los bárbaros se aniquilaban por su propia mano, mientras él, sin tomar las armas, resultaba ser el vencedor absoluto con su conocimiento de la balanza de la guerra y podía disfrutar con la esperanza de que, al estar siempre ocupados y absortos en sus problemas internos, nunca iban a pensar en ir contra los romanos; la mayoría ni siquiera sabría dónde estaba su tierra[799].

[796] También MENANDRO PROTECTOR, frag. 1.

[797] De nuevo el principio moral que rige los avatares históricos.

[798] Los cotriguros fueron dominados por los ávaros, y los utiguros conquistados por los turcos sobre el 576; *cf.* MENANDRO PROTECTOR, frag. 14. Antes, sin embargo, hubo otra invasión huna, en la que capturaron Anastasiópolis, en el 562; *cf.* TEÓFANES, A. M. 6054.

[799] La obra se interrumpe bruscamente, muy probablemente por la muerte del autor.

APÉNDICES

APÉNDICE 1

CRONOLOGÍA PERSA

FECHA	ACONTECIMIENTO	REFERENCIA EN AGATÍAS
2700 a. C.	**Comienza el Imperio elamita**	
1813-1780	**Comienza el primer Imperio asirio**	Fundador Nino
810	Sube al trono asirio Adanērarī III, pero gobierna su madre Semíramis	Semíramis, cuya línea sucesoria acaba con Beleo el de Dercetadas. Sigue Beletaras, hasta Sardanápalo
630	Muerte de Asurbanipal	El Imperio asirio dura 1.308 años
645-555	**Imperio medo**	El Imperio medo dura 300 años
549	Ciro derrota al último rey medo, Astiages	
555-329	**Imperio persa: aqueménidas**	El Imperio persa dura 228 años
555-530	Ciro II	
329	Muere Darío a manos de Alejandro	

FECHA	ACONTECIMIENTO	REFERENCIA EN AGATÍAS
329	**Dinastía seléucida: Seléuco**	Los macedonios dominan Persia 293 años
323	Muerte de Alejandro	
248	Rebelión de Arsaces. Comienzo del reino parto	
248 a. C.-226 d. C.	**Reino parto**	La dinastía parta dura: 270 años (en II 26, 1) 538 años (en IV 24, 1)
223/224 d. C.	Muere el último rey parto, Artábano V a manos de Artajares	
226-651	**Imperio sasánida Comienza con Artajares**	319 años hasta el 555: 25 del reinado de Cosroes (531) 29 de Justiniano (527) II 27, 9
226-241	Reinado de Artajares	Reina 14 años y 10 meses, desde el cuarto año del reinado de Alejandro Severo (*s.c.* 226)
241-272	Sapor I	31 años
272-273	Hormisdates I	1 año y 10 días
273-276	Vararanes I	3 años
276-293	Vararanes II	17 años
293	Vararanes III	4 meses
293-302	Narsés	7 años y 5 meses
302-309/310	Hormisdates II	7 años y 5 meses
309/310-379	Sapor II	70 años
379-383	Artajares II	4 años

FECHA	ACONTECIMIENTO	REFERENCIA EN AGATÍAS
383-388	Sapor III	5 años
388-399	Vararanes IV	11 años
399-421	Isdigerdes I	21 años
421-438/439	Vararanes V	20 años
438/439-457	Isdigerdes II	17 años y 4 meses
457-459	Hormisdates III	Omitido
459-484	Peroces	24 años
484-488	Valash	4 años
488-496	Cabades I	11 años
496-498/499	Zamaspes	4 años
498/499-531	Cabades I	30 años
531-579	Cosroes I	48 años

APÉNDICE 2

MAPA DE ITALIA



APÉNDICE 3

MAPA DE LÁZICA



ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL